

VIAJE AL REINO DE TRAPISONDA

Juan María Hoyas



Esta obra está bajo una licencia de *Creative Commons*. Usted es libre de **copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra** bajo las condiciones siguientes:

- **Reconocimiento.** Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).
- **No comercial.** No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
- **Sin obras derivadas.** No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

A Bego que apoyó,
que compartió.

*Au dessus des vieux volcans,
glisse des ailes sous les tapis du vent,
voyage, voyage [...]*

Desireless, 1986

<http://www.youtube.com/watch?v=6PDmZnG8KsM>

*Al partir
un beso y una flor,
un te quiero, una caricia y un adiós.
Es ligero equipaje
para tan largo viaje;
las penas pesan en el corazón.*

Nino Bravo, 1972

<http://www.youtube.com/watch?v=r-OvqPW3j6c>

La luz del puerto de Barcelona es opaca y blanquecina. Yo imaginaba que el día de nuestra partida tendría un sol radiante y un cielo azulísimo, pero las cosas son como son.. Hace poco, viendo en un foro las imágenes de prueba de una cámara réflex que al final no compré, venía una instantánea de la ciudad condal, sacada desde una terraza. Se quejaban algunos de los apagados colores y lo difuso de los contornos, hasta que alguien zanjó la polémica diciendo que no es que la cámara o el fotógrafo fueran malos, sino que *Barcelona es así*.

Aunque peor que la neblina es el calor: de la seca y contundente solajina extremeña pasamos a la mucho más moderada de Castilla hasta acabar en este sudario húmedo que se pega al cuerpo y que nos acompaña desde ayer tarde, cuando llegamos a dormir a Poblet.

Hoy es 6 de julio, y van tres días desde que salimos de casa. Como teníamos tiempo, en vez de cruzar Madrid decidimos subir por la N-110, la antigua vía de transhumancia Plasencia-Soria. La primera noche dormimos en Puerto Castilla, sin novedad. La segunda recalamos en la literaria San Esteban de Gormaz, donde tuvimos que cambiar de sitio debido a la pedorrez de unos niños que se pusieron a dar golpecitos a nuestra puerta. La tercera, como he dicho, en el monasterio de Poblet, donde la temperatura en el interior de la auto no bajó de 25 grados en toda la noche, y eso que tenemos enfriador.

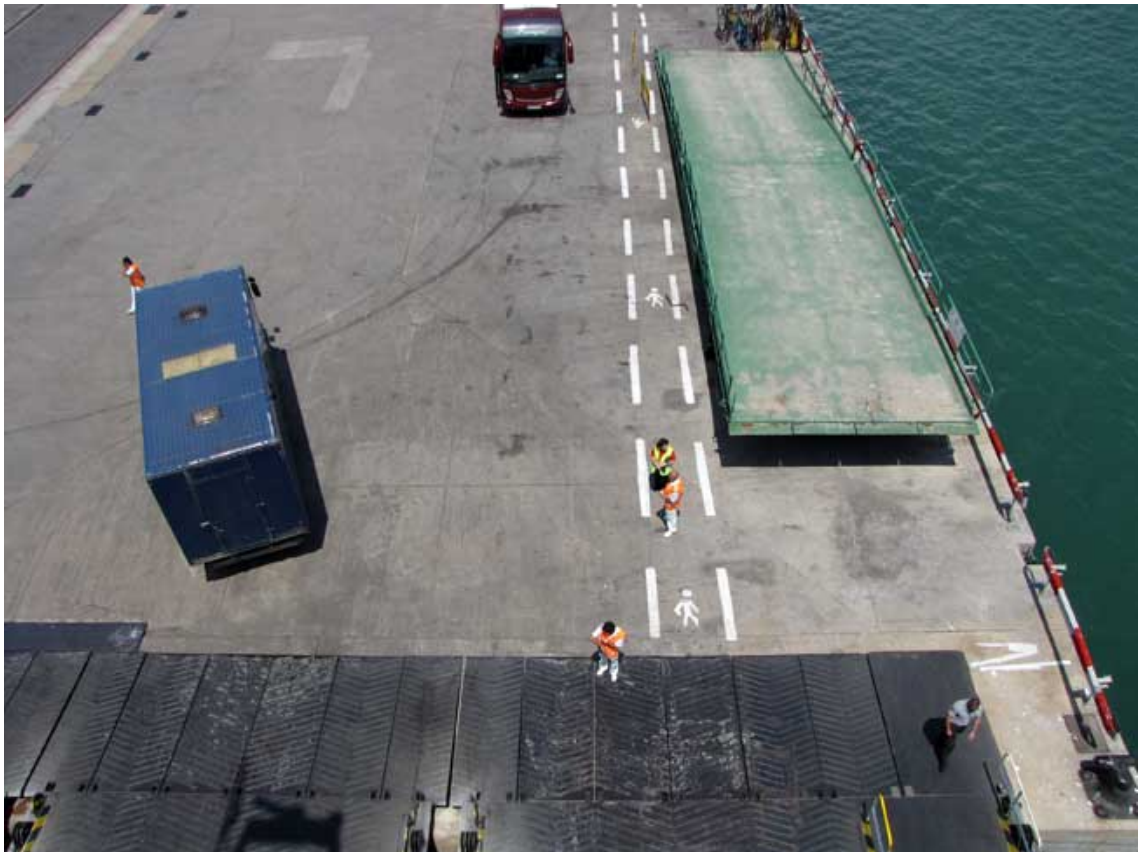


En las entrañas del *Majestic*

Llevamos 835 kilómetros entre pecho y espalda, casi los mismos que nos vamos a ahorrar gracias a una *Autostrada del mare*: el barco que, en dieciocho horas, nos pondrá en tierras italianas. Los preparativos de este trayecto fueron un poco azarosos pues, pese a haber comprado el billete con tres semanas de antelación, seis días antes de partir me llega un SMS (en italiano) avisándome de que el barco adelantaba su salida tres horas, y remitiéndome a un número de teléfono (en Italia) para formalizar de nuevo los billetes. De nada sirvió contactar con Transmediterránea, que tiene un acuerdo con Grandi Navi Veloci y que es quien en realidad me vendió los pasajes. Arguyen que ellos no pueden hacer nada, excepto reembolsarme el dinero. De modo que llamo a Palermo, y quien se pone es la chica-robot de Telefónica diciéndome que el número que he marcado *no se encuentra disponible desde la red privada desde la que llamo*. Espero un rato y vuelvo a marcar. Al tercer intento lo consigo, me sale el contestador de GNV comunicándome que la oficina cerró a las siete, y son ya las siete y media. Gracias, Telefónica de España.

Al día siguiente, nuevo intento. Descuelga el teléfono una moza que no habla ni papa de español. Como puedo, le explico lo del cambio de hora del barco y procede a expedir de nuevo los billetes. El escollo se presenta cuando pretende que le deletree una dirección de

correo electrónico. Ante la imposibilidad material, le explico que voy a colgar y a tratar de conseguir el número de fax de mi trabajo. Cuando lo tengo, se pone otra chica, Michela. Esta vez no pregunto si habla mi idioma, sino que empiezo a chapurrear directamente mi *italiñol*. Para mi sorpresa, Michela me responde en perfecto castellano. Me explica que es de Lima. Hablamos un rato de Perú, adonde dentro de quince días volverá de vacaciones. Por los billetes yo ya había pagado 284 euros, pero Michela me notifica amablemente que al de Transmediterránea se le había olvidado sacarme el de Chandra. Cuesta 50 euros, entonces ella quita un seguro más o menos obligatorio y me lo deja en 29. Le paso el número de fax y mi correo electrónico (deletreado). Le deseo una feliz estancia en casa y cuelgo, contento de tener de nuevo pasaje a Génova.



Últimas tareas

Todos esos azares son ya historia mientras aguardamos el embarque, que es a las 15 horas, en un aparcamiento cubierto. Lo cierto es que me intranquiliza esto de meter y sacar la auto desde la chungra experiencia del ferry Tarifa-Tánger y la más catastrófica aun Tánger-Tarifa (terrible golpe con el sobrechasis en la rampa de salida del primero; rotura de un Fiamma y de la pared del garaje en el segundo). En cambio aquí el personal encargado

exhibe una profesionalidad envidiable, y cuando nos queremos dar cuenta estamos ubicados en la bodega del *Majestic*.



Camarote

Para nuestro asombro, la inmensa mayoría de la tripulación –incluidos azafatos y camareros- es de origen chino. Me acuerdo entonces de *Gomorra*, la novela que he dejado en casa sin terminar, que comienza hablando de la gran cantidad de ciudadanos de este país que viven en la zona de Nápoles. Para encontrarlos en el barco se me ocurren dos motivos: menores salarios y mejor disposición que los locales a la hora de tratar con los pasajeros.

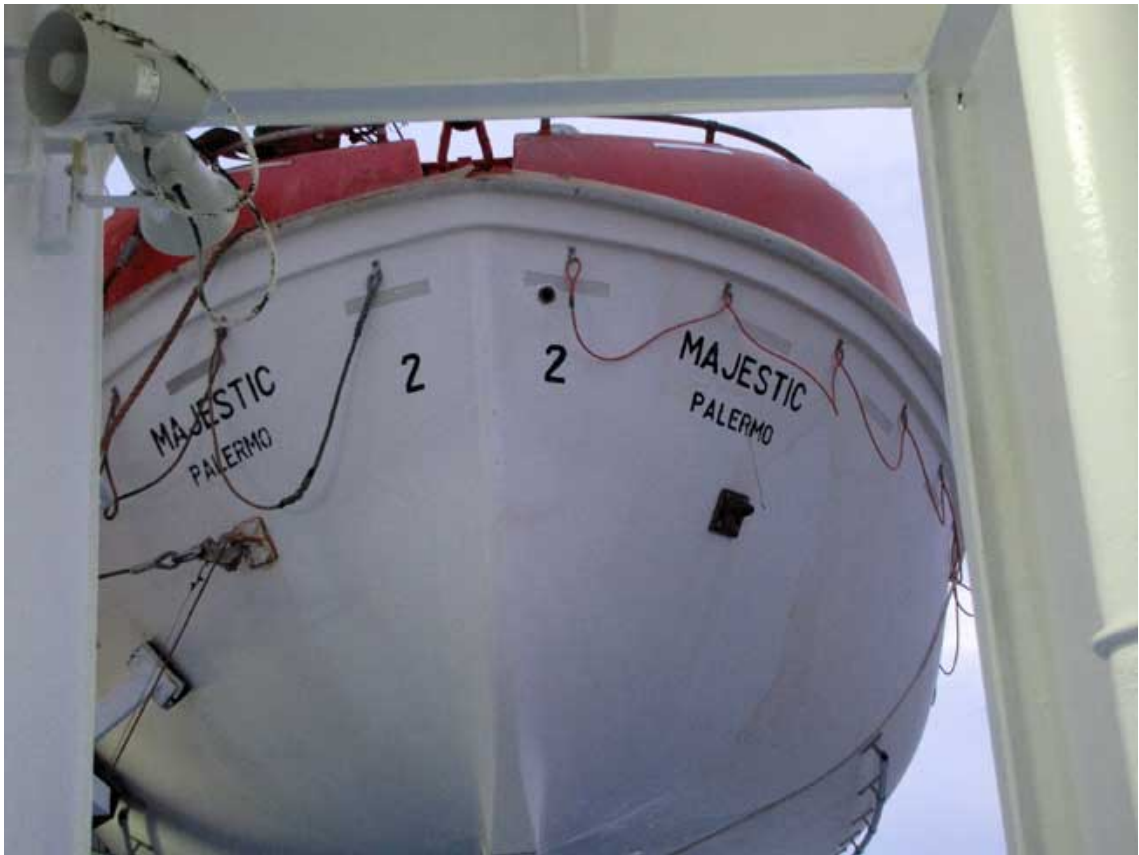
Vamos primero al camarote (conseguí uno en el que permiten mascotas, de manera que Chandra viajará con nosotros) a soltar el equipaje y a continuación subimos a cubierta. El calor sigue siendo intenso, pero aguantamos hasta que el barco suelta amarras. Resulta curioso ver desde aquí el Puerto Viejo, el teleférico, estatua de Colón, Sagrada Familia y todas las demás señas de identidad de Barcelona. Y digo que me resulta curioso porque esta ciudad para mí siempre ha sido un lugar de llegada, pero nunca de partida hacia otros mundos. Poco a poco la masa urbana se va empequeñeciendo. Lo último que pierdo de vista

tras la pertinaz calima es el promontorio del Montjuic y las tres chimeneas de la térmica de Sant Adrià.



La partida

Navegamos paralelos a la orilla, a la vista de las aglomeraciones de la costa catalana. La perderemos de vista cuando rebasemos el Cabo de Creus y nos internemos en el Golfo de León. Antes de eso, y como aún tengo cobertura en el móvil, realizo unas cuantas llamadas de despedida. Y es que esto de partir en barco parece mucho más emotivo que cruzar las fronteras terrestres.



Por si nos hundimos



Cubierta al atardecer

En cubierta no se siente apenas balanceo, pero nuestro camarote es interior y por tanto sin ventanas, y allí sí que me mareo un poco, de modo que biodramina al canto. Como algo y después duermo una pesada siesta. Cuando despierto son más de las siete de la tarde. Subo a cubierta. Aún es de día, pero el cielo aparece cubierto por nubarrones. Tras unas cuantas vueltas ya me tengo dominado el barco, al menos las cubiertas que van de la 6 a la 9, las permitidas al pasaje. En la 7 están la mayoría de los camarotes; en la 6 el self-service, restaurante, piano bar y tienda. En la 9 se encuentran las salas de butacas y el cine (sesiones a las 17:30 y a las 22). En la 8 sólo es accesible el puente, que va escalonado con el de la 7 y la 9.

De los perros que viajan a bordo, sin duda Chandra es la privilegiada, pues nos pasamos buena parte del día con ella en cubierta. El resto de los animales o están en los camarotes o en el *canile*, especie de perrera con celdas individuales accesible desde el puente 9.

Esta mañana, nada más embarcar, conocimos a una familia autocaravanista de Reus. Tenían también una perrilla de tamaño mediano, muy ladadora, y se disponían a llevarla al *canile*. Se sorprendieron cuando les explicamos que este barco tenía camarotes en los que admitían mascotas. Les sugerí que indagaran si les podían cambiar el suyo por uno de este tipo. Más tarde los encontramos de nuevo y por lo visto el cambio sí era posible, pero habían desistido, pues que los camarotes para perros eran todos interiores, y ellos habían pagado por uno exterior, así que la perrita ladadora a la perrera. A ver, cada cual tiene sus prioridades.

La verdad es que el barco está muy bien, la única decepción es que tenga vacía la piscina. ¡Y nosotros que veníamos con el bañador, ilusionados con el chapuzón!



Mediterráneo de luces y sombras

Pasan rapidísimas las horas. A las once de la noche me doy una vuelta por la sala de cine, amplia y muy acogedora. Están echando *Vicky Cristina Barcelona*

<http://www.vickycristinabarcelonalapelicula.es/>.

Resulta divertido escuchar a Bardem doblándose a sí mismo en italiano. Me quedo un rato, pero al no haberla visto empezar prefiero marcharme. Salgo un momento a percibir la oscuridad, la brisa, las olas y el rumor del barco abriéndose paso a través de la noche y el Mediterráneo de todos los cuentos. Luego vuelvo al camarote, donde me esperan Chandra y Bego, y ceno de lo que hemos subido de la auto. A las doce, en la cama.

Velocidad: 22 nudos (39,5 km/h)

Distancia Barcelona-Génova: 700 kilómetros

7 DE JULIO: GÉNOVA-RIVA DEL GARDA

La misma chica que, en su mal inglés y peor castellano, estuvo toda la tarde de ayer dándonos la tabarra para que bajáramos a hacer gasto al self-service, es quien nos despierta a las siete de la mañana avisándonos de que dentro de dos horas arribaremos a Génova.



Llegada a Génova

Desde cubierta ya se ve el puerto italiano / al pie de las montañas. Imposible no evocar el relato de Edmundo de Amicis

http://es.wikipedia.org/wiki/Marco_de_los_Apeninos_a_los_Andes

que, por obra y gracia de la televisión japonesa,

http://www.alu.ua.es/m/mmt3/IMAGES/marco_2.jpg

pobló nuestra infancia de lacrimógenos momentos. Los sábados por la tarde, toda España se pegaba al televisor a ver si Marco encontraba de una vez por todas a su madre. Eran otros tiempos, no sé si mejores. Corría 1977.



Divertido barco

En la popa nos congregamos los perros con sus amos. Los hay enormes (los perros) con pinta de buena gente, pero no quisiera encontrarme a solas con ninguno de ellos.

Por fin bajamos a la bodega. Resulta acogedor volver a entrar en el auto, y nos parece un poco mentira que haya venido hasta aquí con nosotros. Me siento al volante y comienzo a armarme de paciencia en espera de una maniobra de desembarco lenta y tediosa, cuando de repente el personal de a bordo ya me está indicando que gire para salir. Pisamos muelle antes que los de Reus, y ya no los volvemos a ver.

Como evidencia de los vientos xenófobo-berlusconianos que soplan en Italia, en la puerta del barco nos espera un comité de recepción de los Carabinieri. A nosotros nos dan paso, pero a quien paran es a la furgoneta matrícula de Soria cuyo conductor es el *rasta* que durmió en cubierta. Le están inspeccionando el contenido. Poco rato, la verdad, porque un poco después nos adelanta.

La salida del puerto es un tanto caótica. De todos es sabido que en Italia las señales de stop, al igual que la línea continua, tienen un mero valor orientativo, y sólo se respetan cuando el conductor lo estima conveniente. Hace tres años en la subida a los Dolomitas

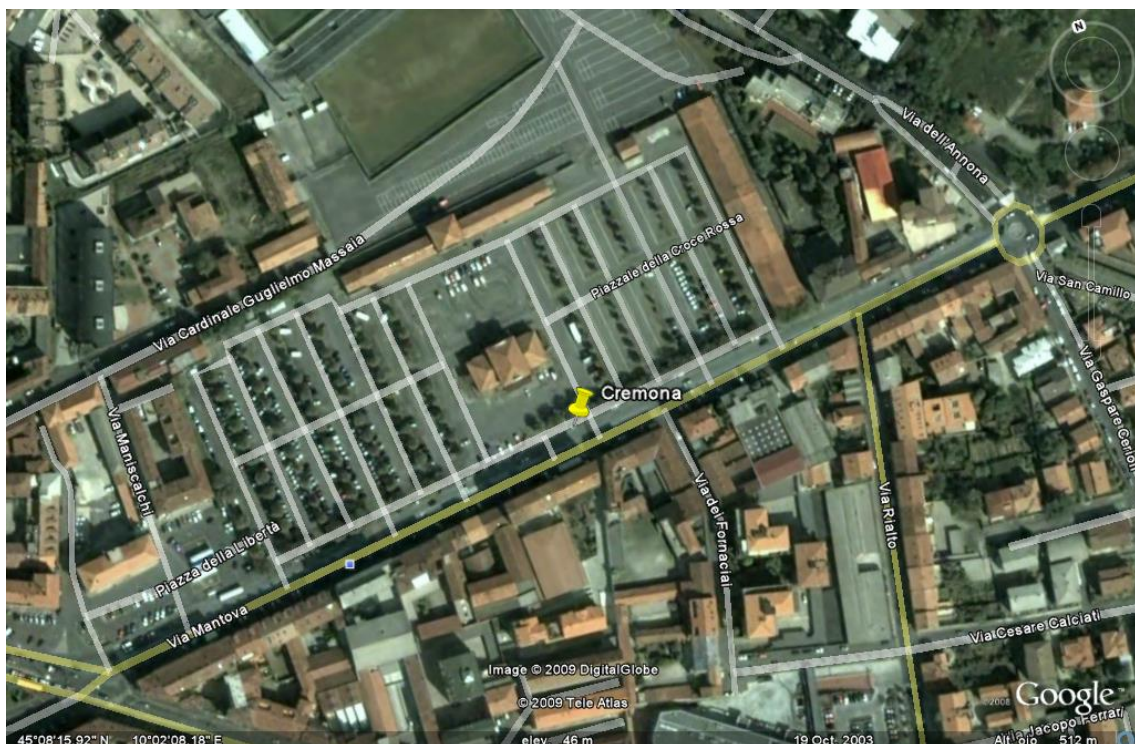
vimos lo nunca visto: radares ocultos que detectaban la invasión antirreglamentaria del carril opuesto.

Entramos en autopista. Dice el dicho que mejor llevar que ser llevado, pero no parece aplicable a este caso: tras tantas horas de relax en el barco, resulta un poco traumático vérselas con las cerradas curvas, las cuestas y los túneles de la salida de Génova. Luego alcanzamos la llanura-meseta del Po y todo se tranquiliza un poco, ya sólo resta estar pendiente de los precarios huecos que te dejan los coches para adelantar y de los camiones que tardan una eternidad en adelantar a otros camiones.

Qué curioso aparecer de sopetón en Italia sin haber pasado por Francia; es como si faltara una pieza del puzzle, como si nos hubieran teleportado con autocaravana y todo.

Hacia el Norte por la A 7 y luego hacia el Este por la A 21. No hay mucho tráfico y se circula bien. Pasamos junto a Piacenza y continuamos hacia Cremona. Al salirnos de la autopista y cruzar la garita de peaje esperaba una clavada considerable, pero sólo nos piden 10.5 euros, que es comparativamente menos de lo que hemos pagado en la autopista Zaragoza-Barcelona. Tampoco nos parece demasiado caro el gasoil (1,12 €), sobre todo si lo comparamos con lo que costaba el verano pasado.

Hemos recorrido 180 kilómetros y estamos en Cremona buscando el *area di sosta* que hay junto a la Croce Rossa. En realidad, se trata de un aparcamiento para todo tipo de vehículos, muy grande y con sitio de sobra. (45° 8'15.37"N 10° 2'7.01"E). Lo que nos vemos por ningún sitio es el punto de llenado y vaciado.



Estacionamos a la sombra de un árbol y nos vamos en busca del centro. Desde lejos es visible *Il Torrazzo*, esto es, el campanario de la catedral, pero al meternos por las estrechas callejuelas cuesta encontrarlo un poco.



Il Torrazzo de Cremona

Cremona transmite la sensación de ciudad muy limpia, con carriles bici y muchas bicicletas. Los viandantes, de tan serios y envarados, no parecen italianos.

Descubrimos también que la ciudad es famosa por sus *luthiers*: no sabíamos en ese momento que aquí nació y vivió el más famoso de todos, Antonio Stradivarius. Hay numerosos establecimientos que se dedican a este oficio, y exhiben violines en sus escaparates.



Aquí todo quisque monta en bici, sin distinción de estatus...



...ni de sexo

Tras unas cuantas vueltas damos por fin con la Piazza del Duomo. La fachada de la catedral y el baptisterio son de mármol, pero todo el resto del edificio, incluido el *campanile*, están contruidos de ladrillo. Por cierto que este último, con sus 112 metros, es el más alto de Italia y la segunda torre de ladrillo más elevada del mundo.



Cremona, Piazza del Duomo



Reloj astronómico

El día está nublado y ello nos impide sacar fotos decentes de la catedral. Curiosamente no hay mucha gente por la calle, ni siquiera turistas. Debe de ser la hora del *pranzo*.

De vuelta a la auto, nos fijamos en una Hymer pegada a la pared lateral de la Croce Rossa: así que es ahí donde se puede llenar y vaciar. Tomamos nota y nos vamos a preparar la comida. La zona del aparcamiento que hemos elegido debe de ser muy buena, porque antes de sentarnos a la mesa llegan dos autos checas de alquiler, y más tarde se nos suma la Hymer (para ilustrar, que no comprender, este tipo de comportamientos y otros, véase *La Ley del Barco Fondeado*, de Pérez Reverte).

<http://carmenlobo.blogcindario.com/2006/04/00332-arturo-perez-reverte.html>

Tras el almuerzo y pequeña siesta, nos toca a nosotros coger agua. Una cartel avisa de que la zona está *videosorvegliata*, es decir, que una cámara sobre nuestras cabezas vigila que nadie se extralimite con el llenado o el vaciado (me pregunto en qué podrá consistir dicho exceso).



Esto de aprender idiomas es muy fácil

Antes de salir de Cremona tenemos que satisfacer otra necesidad urgente, a saber, encontrar un super donde abastecemos especialmente de fruta, verdura y congelados, pues durante la travesía hemos traído la nevera desconectada. Nuestra experiencia de hace tres años nos dice que en Italia no abundan precisamente los hiper con buen acceso para vehículos, así que nos damos con un canto en los dientes cuando encontramos uno con aparcamiento adosado. Tras la compra toca salir de Cremona, que eso sí que es otro cantar: pese a que llevamos GPS y mapa, los letreros consiguen perdernos. (Nota para el resto del viaje: al contrario que en España, los indicadores azules no anuncian autopista, sino carretera

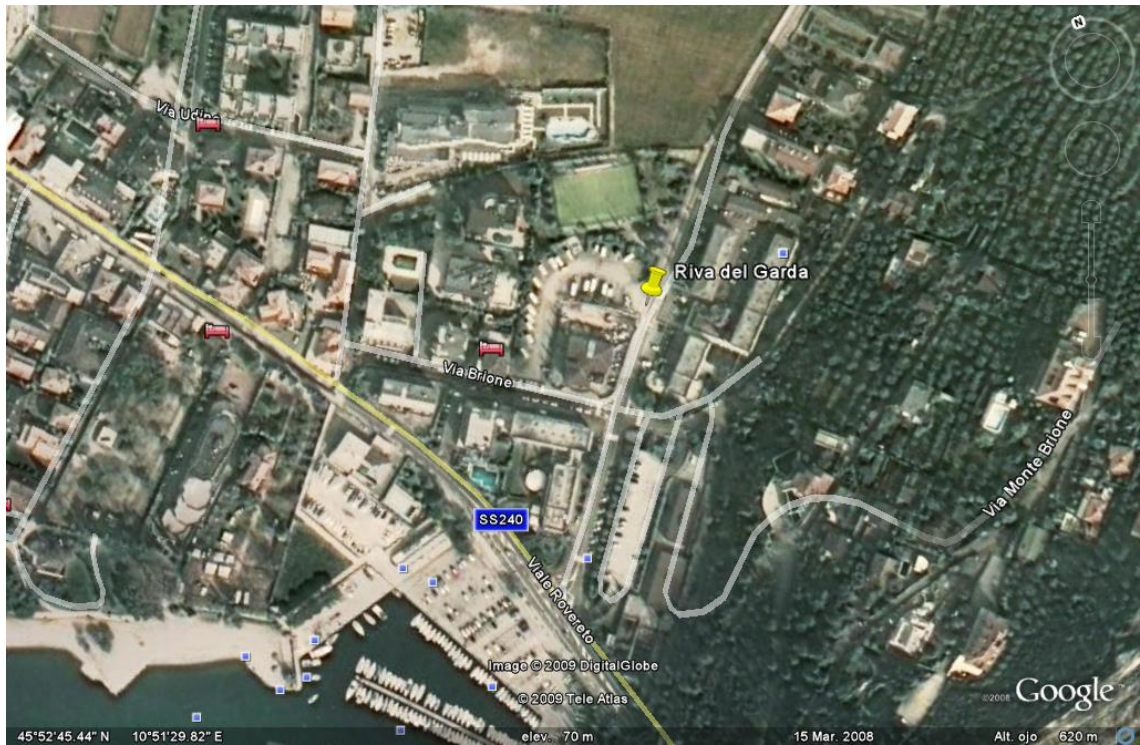
monda y lironda; la autopista está indicada por otros de color verde. Dicho color se mantendrá a lo largo de todos los países balcánicos, incluidos Turquía y Grecia. Verdaderamente, los iberos somos diferentes.)

El resultado de este desconocimiento es que encontramos el camino de Brescia, sí, pero por una carretera de lo más estrecho por la que algunos coches nos hacen pasadas supersónicas. Los carabinieri esperan a la entrada de uno de los pueblos a la caza de conductores temerarios, pero aquí se las saben todas y ni por éstas.

Tras una conducción bastante tensa llegamos por fin a las afueras de Brescia y enfilamos hacia el Este dirección Verona, por la carretera nacional. Nuestra idea era bordear el Lago di Garda por su orilla Este, pero seguimos unos carteles que indican Trento y que acaban llevándonos por la otra. Son esos mismos carteles los que nos sacan de la orilla del lago para intentar llevarnos por una carretera de montaña que pasa por el lago d'Idro. Maldición y maldición: estos italianos necesitan urgentemente un curso de señalética. Toca dar la vuelta y desandar unos cuantos kilómetros. Vamos ya un poco amoscados por el doble extravío y porque pronto se nos hará de noche.

La presión urbanística sobre el lago es enorme: en los 45 kilómetros que hacemos por la orilla, los pueblos empalman unos con otros y ocupan el escasísimo espacio disponible. La gente aparca sus coches sobre los tejados de las viviendas, rasantes con la carretera. Ni soñar en quedarse por aquí. Buena parte del recorrido se hace a través de túneles. Unos son modernos, amplios y bien iluminados; a otros, en cambio, se los ve sórdidos, estrechos y sumidos en una oscuridad acongojante. Dentro de uno de éstos encontramos un aviso que dice *curva pericolosissima*. La advertencia no es en vano: se trata de un giro de noventa grados, como si fuera una calle, y tengo que frenar y pitar a un Mercedes que venía a toda pastilla por el medio.

Es noche negra y absoluta cuando alcanzamos por fin a Riva del Garda, situada en la cabecera del lago. Una vuelta por el pueblo nos permite constatar que todos los parking sin excepción cuentan con gálibo limitador. En el GPS traigo marcado uno para autos, pero las coordenadas no son muy precisas, pues embocamos una dirección prohibida... en la misma puerta de comisaría Maniobramos como podemos para salir. Convencidos de que se trata de una dirección errónea, ya estamos dispuestos a marcharnos cuando al otro lado del cuartelillo –a oscuras y sin señalar- divisamos una docena de autocaravanas (45°52'46.20"N 10°51'32.33"E). Dando gracias al Eterno, nos metemos de cabeza y encontramos un buen sitio pegado al muro trasero de la policía. Mejor custodiados, imposible.



Me voy a ver si localizo el parquímetro cosa que, desde luego, no resulta fácil. Cuando por fin lo encuentro, con ayuda del frontal averiguo que la tarifa es de 0,50 euros la hora, de modo que echo 6 euros para tener hasta las diez de la mañana. En teoría este parking está destinado exclusivamente a autocaravanas –ya vimos que no es posible aparcar en ningún otro-, pero como hay un pequeño campo de fútbol aledaño y están jugando un partido, los vehículos de los futboleros ocupan una parte, imagino que además sin pagar (lo mío, mío; lo tuyo, a medias). Por fortuna, tras unos relámpagos preliminares, se nos echa encima una señora tormenta y comienza a diluviar con muchísimas ganas. El partido se va al garete y los coches se esfuman. A veces también hay justicia en este mundo.

Después de cenar, cuando amaina un poco, me voy a tirar la basura. El centro del parking se ha convertido en un lago de veinte centímetros de profundidad. Como llevo sandalias de plástico, cruzo por el medio levantando estelas, como un niño. Desde la ventana del salón, un autocaravanista observa la escena atentamente: no sé si reprobando mi proceder o calibrando el volumen de la inundación.

Kilómetros etapa: 321

Kilómetros viaje

Tierra: 1.156

Mar: 700

8 DE JULIO: RIVA DEL GARDA-MERANO

Amanece despejadísimo, como si el tormentón de anoche no hubiera tenido lugar. Antes de desayunar me voy con Chandra a dar una vuelta, pero lo que me encuentro decepciona un poco: los mástiles del puerto deportivo obstruyen la panorámica, todo aquí tiene un aire elitista y domesticado. Por si fuera poco, admonitorios carteles prohíben acercarse a la orilla con perros. Nosotros, olímpicamente, los ignoramos.



Lago di Garda

En el viaje de hace tres años aparcamos como pudimos en Desenzano, al Sur del lago, y fuimos en barco hasta la ciudad fortificada de Sirmione. Recuerdo que a la vuelta se divisaban las montañas cerrando el lago por el Norte y me parecieron algo extraordinario. Sería cosa de la luz, porque ahora lo único impresionante es la orilla Oeste cortada a pico, y en ella la carretera semienterrada por la que llegamos ayer.

Existe una ruta que desde aquí lleva a Trento a través de la montaña, pero escarmentados por la experiencia de ayer buscamos, a través de Torbole, la vía principal. Ascendemos una empinada cuesta que, ahora sí, ofrece hermosas vistas del lago.



Torbole

Descendemos por el otro lado y enseguida estamos en la autopista. A partir de Trento ingresamos en terreno conocido: esta ciudad la conocimos a la fuerza cuando se nos estropeó el cierre del Thetford y hubo que localizar un concesionario de autocaravanas para comprar otro. Buscando un sitio donde dormir lo encontramos... en el aparcamiento de autocaravanas del Club Trentino, abierto y situado entre unos bloques de viviendas. El día siguiente amaneció terriblemente lluvioso. Nos costó un poema dar con la oficina de turismo –la habían cambiado dos veces de sitio-, para preguntar por el dichoso concesionario. Comparativamente, dar con éste fue de lo más fácil ya que habíamos pasado prácticamente por su puerta de camino al centro.



Carril bici en Bolzano

Hoy, en cambio, mientras remontamos el valle, luce un sol estupendo. Entramos en una provincia que tiene dos nombres, a elegir: en italiano se llama Alto Adige, y en alemán Südtirol; esta zona perteneció a Austria hasta 1919, fecha en que pasó a Italia en concepto de botín de guerra. Ese es el motivo por el que un 70 por ciento de sus habitantes sea germanoparlante, y que la mayoría de los indicadores de calles y carreteras estén escritos en alemán e italiano. Su capital es Bolzano/Bozen; hasta aquí el clima es lo suficientemente cálido como para permitir los viñedos. Más al Norte éstos son sustituidos por plantaciones de frutales, lo que parece indicar que pese a las cimas

de más de dos mil metros que dominan el contorno las temperaturas invernales no son rigurosas en exceso.



Maravillosa Merano



Bilingüismo

En Bolzano abandonamos la autopista de peaje (de nuevo nos sorprende que sólo nos cobren 5,6 € por 90 kilómetros) y seguimos por carretera desdoblada hasta Merano. Venimos a esta ciudad con un propósito bien definido: visitar, o mejor dicho, re-visitar sus termas.

<http://www.termemerano.it/>

De ellas guardamos un grato recuerdo, tanto que hemos pasado los últimos años soñando con volver. Fueron las primeras que visitamos en el extranjero, y también las mejores: después hemos estado en balnearios de Austria, de Hungría y de Inglaterra. Aunque todos participaban del mismo carácter comunitario y lúdico –y por tanto alejados de la medicalización y el enfoque a la tercera edad que aqueja a los establecimientos españoles-, ninguno como el de Merano. El edificio es nuevo, diáfano, y tiene tanto cristal que permite contemplar el cielo y las montañas vecinas. Cuenta con piscinas a diferentes temperaturas, las hay con chorros, con burbujas, de agua salada, y es posible acceder nadando al exterior. Aunque sin duda lo mejor de todo es el precio: tres horas de placer cuestan la irrisoria suma de 12 euros; en los dos balnearios que

tenemos cerca de casa una hora sale por 30 euros, y además tienes que aguantar a tipas en plan castigador que, habituadas a la gente del IMSERSO, tratan a la clientela como si fueran niños. Por todo esto llevábamos tres años suspirando con volver a Merano.



El antiguo balneario



¿Quién dijo miedo?

Para colmo de felicidad, cuando preparaba el viaje descubrí que había un camping (46°39'50.75"N 11° 9'32.85"E) a 500 metros escasos de las termas, de manera que para allá que nos vamos. La auto, dos personas + perro cuestan 24,30 euros, con un 10 por ciento de recargo al ser una sola noche (¿será que tienen que lavar las sábanas?). Elegimos emplazamiento y nos vamos a dar una vuelta. El casco antiguo de esta ciudad no es tan extenso ni vistoso como el de Bolzano; sin embargo, cuenta con suficientes recursos como para ser una ciudad feliz: el parque de inspiración zen que rodea las termas, las zonas peatonales junto al río, los carriles bici (el Ayuntamiento incluso



Aquí lo que no falta es agua



Merano viejo



Agua no potable

Hace bastante calor cuando volvemos al camping para comer. Tras la siesta reglamentaria, Chandra se queda en la auto y nosotros nos vamos para las termas. Como todos los lugares largamente mitificados, uno teme que el sitio no colme las expectativas, pero lo cierto es que disfrutamos como chinos. La nota disonante la ponen unos críos que se creen que el jacuzzi es la bañera de su casa, y se dedican a incordiar a los cuatro adultos que allí estamos ante la anuencia o impotencia de su madre. Optamos por cambiarnos a la piscina de agua salada, que es mucho más grande y donde no nos molesta nadie. Al cabo de un rato no se divisa por ningún lado a los dos energúmenos ni a su progenitora; imaginamos que se los habrá llevado por vergüenza.



Termas por fuera





Termas por dentro. Mola, ¿verdad?

Aquí dentro el tiempo corre que se las pela. Por las cristaleras vemos caer la tarde. Llevamos dos horas y media metidos en el agua. Arrugados como pasas salimos, nos secamos y vamos a tumbar a la insonorizada sala de relax, desde donde también se contemplan las piscinas. La gente se ha ido marchando, y eso contribuye a que el lugar se vuelva aun más agradable. Luego -¡ay!- nos toca salir a nosotros. Mientras cruzamos el parque y contemplamos el espléndido edificio iluminado por dentro, reconocemos que, aunque grave, este sitio sólo tiene un fallo: que cae a dos mil kilómetros de casa.

Kilómetros etapa: 124

Kilómetros viaje

Tierra: 1.280

Mar: 700

9 DE JULIO: MERANO-MOOS

Llenado de limpias, vaciado de negras (las grises se salieron solas por un descuido) y nos vamos a pagar. En recepción no está la chica de ayer, sino un hombre mayor, de pelo blanco y coleta, muy simpático. Nos cobra la tarifa ordinaria, y nadie habla del diez por ciento de recargo. Así que, como la otra vez, nos vamos de Merano muy contentos.

En un principio habíamos pensado subir hasta el paso del Brennero, en la frontera con Austria, pero la previsible cantidad de curvas, además de un puerto de 2.094 metros (Merano está sólo a 300 de altitud) nos disuade del intento. Además, por allí se va a Innsbruck, que suena muy bien, pero al margen por completo de nuestra ruta. De modo que bajamos de nuevo a Bolzano y desde allí, por la SS12, de nuevo hacia el Norte. El estrecho valle hace que nos crucemos una y otra vez con la autopista de peaje, que serpentea sobre nuestras cabezas. A nosotros nos parece más divertida la carretera ordinaria, que va más pegada al río Isarco.



Por la SS 12

Llegados a Bressanone/Brixen, abandonamos la citada carretera y torcemos en dirección a Brunico. El paisaje se vuelve definitivamente verde y el día, que empezó azul azul, empieza a torcerse y caen las primeras gotas.

A medida que nos acercamos a Austria el tráfico se va pacificando, y los coches empiezan a seguirnos respetuosamente y a distancia segura. Pero es imposible olvidar en qué país nos hallamos: en un momento dado en el que miro por el retrovisor veo un pequeño camión de reparto que pretende adelantarnos cuesta arriba y en continua. Yo le ignoro mientras que él, poco a poco, va poniéndose a mi altura. La curva se halla cada vez más cerca, parece que estuviéramos en una carrera, y el colega todavía tiene tiempo de bajar la ventanilla y empezar a gritarme. Finalmente, por no tenerla, freno y le dejo ir, no sin antes darle una pitada al energúmeno que aún tiene que estarle retumbando en los oídos.



Numerosos castillos custodian el valle...

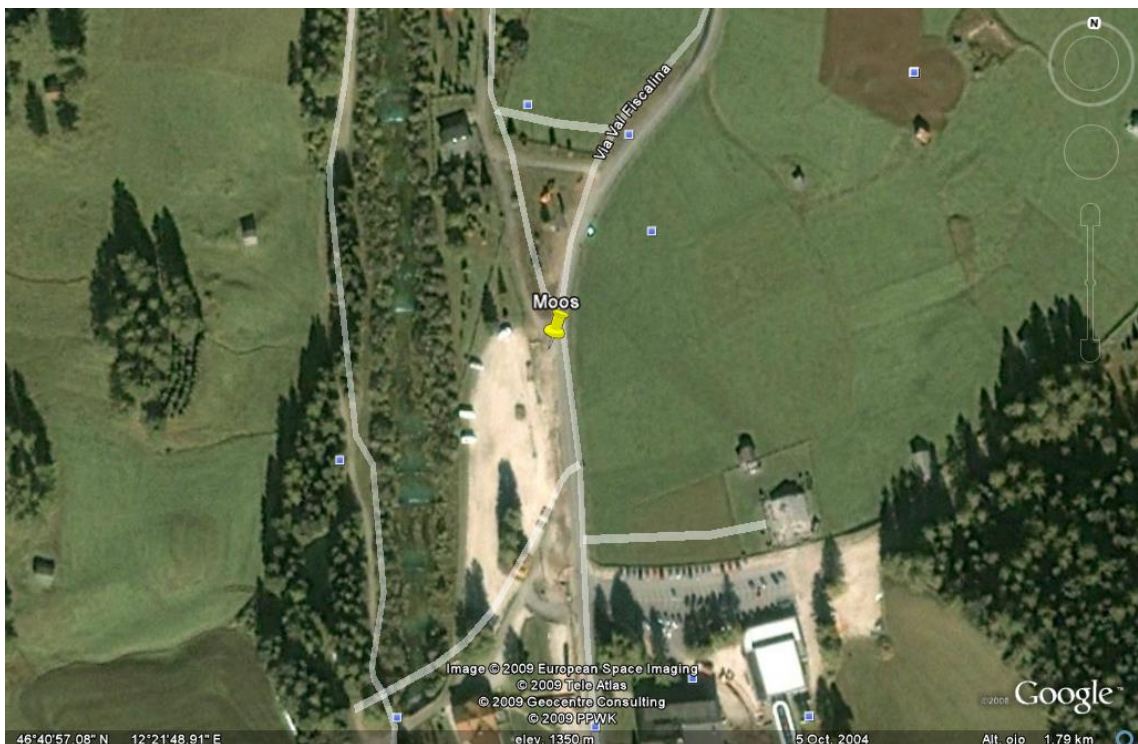


...algunos, a pie de carretera

La carretera es buena, pero tiene sus vueltas y revueltas. Debemos de haber subido de forma insensible y gradual unos mil metros porque, cuando durante una breve parada abrimos la botella de coca-cola, la espuma salta por todas partes, poniendo el habitáculo perdido – el bamboleo de las curvas sin duda ha contribuido a que la descompresión sea más apoteósica-. Pero esto no es nada comparado con lo que sucede un minuto después, al abrir el Thetford: el aire encerrado dentro es expelido con tal furia que provoca un géiser de agua mezclada con orines (poca cantidad de ambos, por suerte) a más de un metro de altura. Obvia decir que quien esto escribe fue rociado generosamente por el líquido maldito. El estupor y la sorpresa no son para menos: en cinco años de autocaravana nunca había sido testigo de una explosión semejante.

Repuestos de la doble deflagración, a partir de Dobbiaco enlazamos con la carretera por la que salimos de los Dolomitas y nos internamos en Austria en el viaje ya comentado. Aquella vez paramos a comer en San Cándido, donde cambié una de las bombillas de cruce que se había fundido. Aunque hoy la hora de comer está ya más que pasada y el estómago hace gorgoritos, en esta ocasión deseo encontrar un lugar más tranquilo, y por eso nos desviamos hacia Sesto/Sexten, que al parecer es también un

animado centro de vacaciones. Traigo como referencia en el navegador un sitio de pernocta a la salida del pueblo. El lugar en cuestión se halla a pie de carretera, luce un cartel de *Riservato camper*, caben seis autos justas y entra una más, pero no me convence por el mucho bullicio, así que vuelvo a desviarme, ahora hacia Moos, donde encuentro un estacionamiento similar, sólo que la carretera es bastante más tranquila ($46^{\circ}40'57.51''$ N $12^{\circ}21'48.37''$ E). Hay seis o siete autos, todas italianas, y también aquí queda espacio libre, aunque con barro. Maniobro para poder entrar marcha atrás y me coloco muy bien.



Cuando el satélite hizo la foto aún no estaba colocado el gálibo, como lo muestran las autos estacionadas en el interior del aparcamiento.

Aunque ha costado encontrarlo, lo cierto es que estamos encantados con el sitio: estupendas vistas de prados bien cuidados y casitas de postal suiza repartidas aquí y allá. Al otro lado de la carretera, dos hombres siegan un campo con una máquina que parece sacada del siglo diecinueve. Y si uno mira hacia atrás, se encuentra las enormes moles de de roca que andarán por los tres mil metros. Aquí comienzan los Dolomitas.



San Giuseppe visto desde Moos



Imponentes Dolomitas



Tras la comida y el descanso se nos plantea una disyuntiva: quedarnos a dormir aquí o seguir. A estas alturas parece ya evidente que no vamos a pasar a Eslovenia a través de Austria, como originalmente habíamos planeado, sino que lo haremos desde Italia, bordeando los Dolomitas por su cara Norte. Lo cierto es que el tiempo decide por nosotros: mientras doy un paseo con Chandra nos cae encima tal manta de agua que volvemos empapados. Mañana será otro día.

Personalmente consideraba que nuestro parking estaba al completo, pero durante la tarde ha llegado una Hymer y se ha puesto paralela a la carretera, sobre la hierba. Y mucho más tarde, a punto ya de oscurecer, se ha pegado a nosotros, cual sello de correos y metiendo las motrices en el barro, una furgó alemana de las de techo alto. Adiós a las vistas de la sierra.

De este modo, bien juntitos, pasamos la noche. Mientras, justo detrás de nosotros, luce vacío un inmenso parking al que no podemos acceder por obra y gracia del correspondiente gálibo.

Kilómetros etapa: 144

Kilómetros viaje

Tierra: 1.425

Mar: 700

10 DE JULIO: MOOS-LAGO DEL PREDIL

Ha llovido toda la noche, y de qué manera. Por la mañana, como ya es costumbre, luce el sol aunque la niebla cubre buena parte de las montañas. Luego, a eso de las ocho, empieza a despejarse.



Dulce amanecer



La niebla cubre las montañas

Cuando está todo preparado, arrancamos y continuamos por la carretera que remonta la Val Fiscalina. Son apenas 2 kilómetros, y por el camino nos detenemos a contemplar el río del mismo nombre y el hermoso paisaje. Menos mal, porque la citada carretera desemboca en un parking. Por variar, éste no tiene gálibo, pero luce en cambio un cartel con una autocaravana tachada (podían tachar a su padre). Hay que fastidiarse, aquí ni pagando. A lo largo de este viaje constataremos casi siempre que la actitud ante nuestros vehículos en los sitios muy turísticos oscila entre la prohibición y el abuso tarifario; raras veces se nos trata como lo que realmente somos, un turismo homologado con sus papeles en regla. ¿O acaso paga más el que conduce un Mercedes o un pick-up casi tan grande como nosotros?



Todos apretujaditos, junto a un aparcamiento vacío

Donde no nos quieren no nos quedamos: desandamos camino hasta Moos y San Giuseppe e iniciamos la ascensión del Passo Monte Croce di Comelico, de 1.636 metros, lo que no es gran cosa si tenemos en cuenta que hemos dormido a 1.350. Pasamos pueblos alpinos, suponemos que dedicados al turismo invernal. La carretera tuerce y se retuerce, paralela a la frontera austriaca. Estamos sacando la impresionante media de 25 kilómetros a la hora.

Voy un poco preocupado por el gasoil, ya que aunque no hemos entrado en reserva no sé cómo andrà el abastecimiento por estos lares. Enseguida veremos que sin problema: en Comelico Superiore encontramos una gasolinera, nada menos que de Repsol. A decir verdad, es la primera que vemos en Italia (abundan las Tamoil y las Agip). Tras repostar nos dirigimos hacia Sappada, pero 1 kilómetro antes de llegar un cartel de nombre sugestivo hace que nos detengamos: Cascada Acquatona.

Aquí el río Piave se encierra en un paso tan angosto que no se llega a divisar el fondo. Un puente cubierto vuela sobre el desfiladero. Lo cruzamos buscando una forma de bajar, aunque no es exactamente lo que buscábamos: 190 peldaños divididos en varias escalas metálicas tan empinadas que es preciso echar mano de piernas y brazos.

Por ahí no podemos pasar con Chandra, de forma que nos turnamos. Primero bajo yo. Cuando llego al fondo de la garganta, descubro que es posible seguir por un sendero pegado a la roca con la condición de que te agarres a un cable de acero. Así se llega a una gran oquedad en la roca desde que la –todavía- no se divisa la catarata propiamente dicha, solamente una secundaria. El cable de acero cruza el torrente en sentido perpendicular. Como, evidentemente, no he traído conmigo material para hacer tirolina, vuelvo sobre mis pasos y remonto los malditos escalones, y me espero con Chandra a que baje Bego. De esta mini-aventura sacaré mañana unas soberanas agujetas.



La cascada visible



y las condenadas



escaleritas

Tras la excursión cruzamos Sappada, que según parece cuenta con área di sosta de pago (resto del pueblo, prohibido) y nos internamos en el tramo sin duda más bello del día: a lo largo de los 23 kilómetros que median hasta Comeglians la carretera baja y baja hasta el centro mismo de la tierra, te envuelve el verde intenso del bosque, el arbolado es tan denso que parece que pudiera acariciarse, como un tapiz, y los pueblos cuelgan arriba en las laderas, a una altura infinita. Incluso sin bajarse del vehículo la sensación de belleza y soledad son abrumadoras.

Continuamos hacia el Sur y luego hacia el Este. El conductor, o sea yo, va ya hecho polvo de tantas horas conduciendo por carretera de montaña. A la entrada de Tolmezzo, una deficiente señalización nos hace equivocar camino. Gracias a ello, encontramos un Spar. Como la experiencia de Italia nos dice que no es cuestión de desaprovechar oportunidades, bajamos a comprar cosas que nos hacen falta, y ya de paso decidimos comer. Estaciono en la calle que hay por detrás del super, junto al parque de bomberos.

Luego de la sobremesa, encontramos con facilidad la carretera que conduce a Tarvisio. Nos hace gracia el nombre por cómo suena en español meridional (*Tenía tarvisio er mushasho que no era capá de dejalo*), aunque lo cierto es que en esta parte de Italia hemos encontrado topónimos de lo más divertido: Al lado de Merano existe un pueblo que se llama *Verano*. Ayer vimos el indicador de otro denominado *Lunes*; aunque la palma se la llevan el *río Pis* y, en plenos Dolomitas, el *Paso Furcia*. ¿Hay quien dé más?



Nieve en el mes de Julio

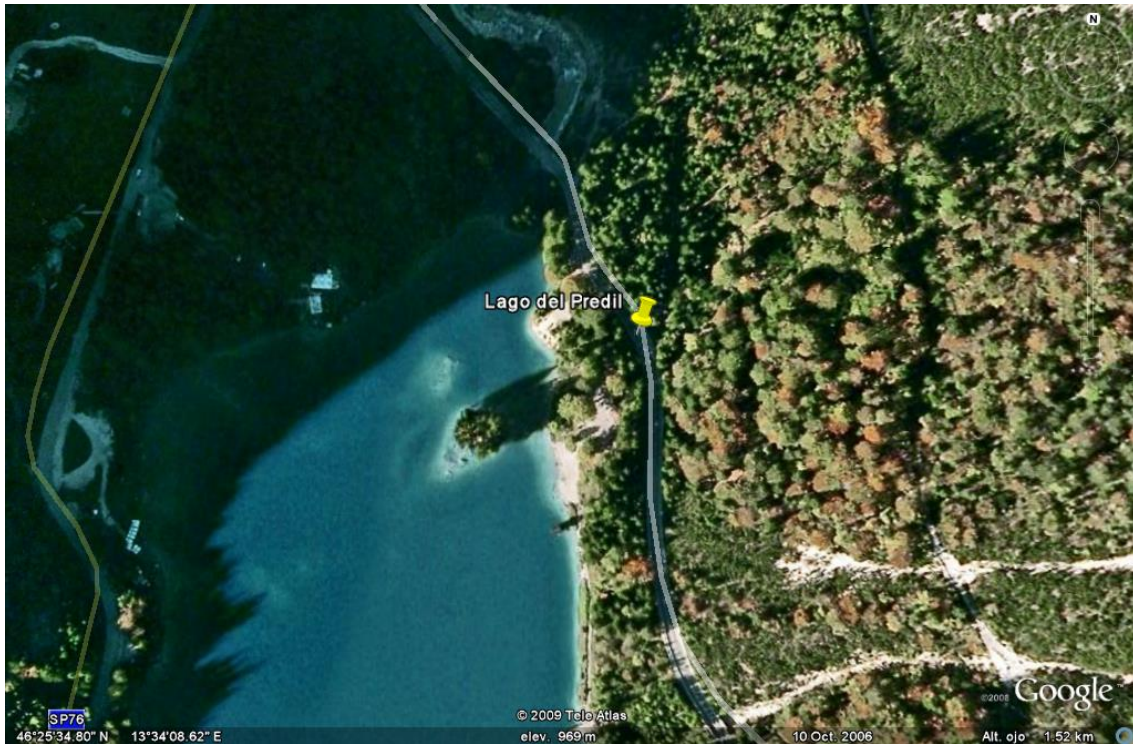
Al igual que hicimos ayer, ignoramos la autopista a favor de la SS 13, que tiene un trazado estupendo y apenas atraviesa pueblos. El valle lo surca el río Fella, apenas un hilo de agua en medio de un pedregal inmenso. Cuando nos queremos dar cuenta, estamos ya en Tarvisio. Desde esta localidad es posible acceder a tres puestos fronterizos: uno con Austria y dos con Eslovenia. De estas dos opciones escogemos la situada más al Sur, el Passo del Predil. Por la SS 54, estrecha y con muchas curvas, ascendemos entre intenso verde y altas montañas. Tiene todo por aquí un aire tan de otra época que fácilmente evoca uno la Guerra Fría, la Yugoslavia de Tito y las historias de espionaje. Realmente no tuvo que ser una frontera nada fácil. Ahora, en cambio, con Eslovenia en la UE desde 2004 y en el euro desde 2007, las cosas pintan muy diferentes. En palabras de un esloveno: *Tenemos fronteras con quien nunca tuvimos (Croacia) y en cambio no las tenemos con quienes las tuvimos siempre (Italia y Austria).*



Cuatro idiomas: italiano, alemán, esloveno y friulano

Nuestra idea original es cruzar la antigua aduana, llegar a Bovec y pernoctar en su área, aunque ciertos rumores que sugieren una discoteca cercana nos disuaden un tanto.

Por eso, cuando un par de kilómetros antes del límite internacional topamos con el Lago del Predil (46°25'35.55" N 13°34'10.19" E), la cosa cambia. Nos detenemos un rato a admirarlo, y descubrimos un aparcamiento entre los árboles, en la misma orilla. No hay cartel alguno de prohibición, de manera que decidimos quedarnos.



La verdad es que impone un poco la salvaje soledad del sitio, pero al cabo de un rato llega una auto italiana que se sitúa al otro extremo. Y, ya casi oscurecido, aparece un coche que irrumpe en el aparcamiento un poco a lo bruto. Por un instante nos tememos que sean gamberros de fin de semana, pero al rato constatamos que sólo son dos jóvenes que vienen a hacer vivac.



Inesperado Lago del Predil

Y así anochece sobre el lago, con bosques siempreverdes y montañas de más de dos mil metros como telón de fondo. Pensábamos que ésta sería la tarde en la que conoceríamos un nuevo país, pero el autocaravanismo tiene estas cosas.

Kilómetros etapa: 163

Kilómetros viaje

Tierra: 1.588

Mar: 700

11 DE JULIO: LAGO DEL PREDIL-POSTOJNSKA JAMA

A las siete de la mañana, cuando salgo de la auto, encuentro el aparcamiento animadísimo: a los tres vehículos que hemos pasado aquí la noche se le suma otro con las cinco puertas abiertas y nadie a la vista. También está la furgoneta de un hombre bien mayor que saca su kayak y rema durante una hora; además, una ranchera de

oriundos que paran un rato, echan un vistazo y se marchan. Hay ocho grados centígrados, la temperatura más fría desde que iniciamos viaje.



Por la mañana



Montañas y bruma

Soy consciente de las dimensiones de los paredones de piedra que tengo delante por el cendal de nubes que flota a media altura, que poco a poco el sol va disipando. Como nos hemos hecho los remolones, para cuando queremos irnos se ha marchado todo el mundo y el aparcamiento luce tan silencioso como ayer.

Acometemos unas cuantas curvas de 180 grados y, de sopetón, aparecemos en la frontera. Los edificios aduaneros están desiertos, pero en una señal admonitoria se lee HALTE POLICE. Nosotros, obedientes, nos detenemos a la altura del furgón policial, pero desde dentro nos hacen gestos de que sigamos. Estacionamos un poco más allá para hacernos la foto de rigor: no todos los días se estrena país nuevo.



La frontera

ESLOVENIA

Superficie: 20.253 km² (diminuta, como la provincia de Cáceres)

Población: 2,02 millones

Puesto renta per capita PPA: 31

Moneda oficial: Euro

El precio del gasoil en julio de 2009 era de (1,05 €).

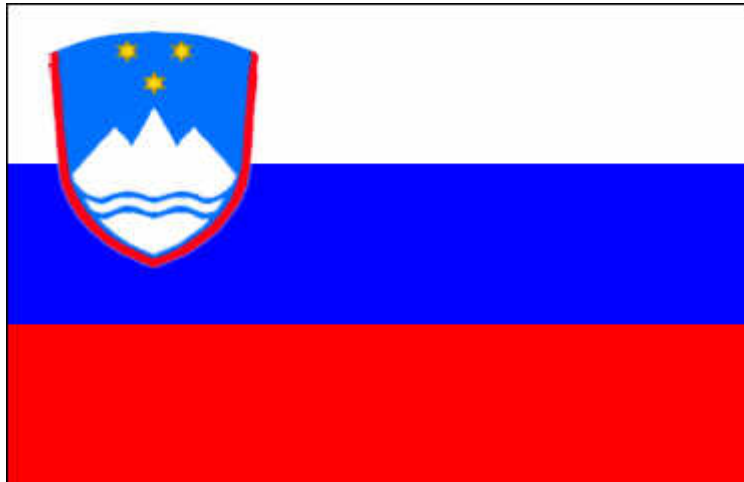
Luces 24 horas: sí.

Viñeta en autopista: sí.



Las obras

La entrada de Eslovenia es deslumbrante y accidentada a partes iguales: desde lo alto del puerto la vista de las montañas, en especial el Triglav, es para quitar el hipo. Este pico, de 2.864 metros y que vemos ahora por su cara noroeste, guarda especial simbolismo para los eslovenos y su identidad nacional (aparece en la bandera y en las monedas de cincuenta céntimos).



Por lo que respecta a la carretera, ése es otro cantar: destrozada y llena de obras, con paso alterno regulado por semáforos que tardan una eternidad. El descenso lo hacemos por unas pendientes descomunales. Mientras, el paisaje brilla arrebatadoramente hermoso.

Cruzamos pequeños y limpios pueblos. Vamos muy atentos a la señalización, pues los mapas de nuestro GPS se acaban en Italia, y ninguno de los mapas que traemos de Eslovenia me convence; en cuanto tenga ocasión me haré con otro.

También ha desaparecido la cartelería verde y azul del país vecino. Aquí los paneles e indicadores son amarillos, lo que le infunde a la carretera un cierto aire de obra continua. Otra peculiaridad de Eslovenia es que, aunque está todo bastante bien indicado, apenas existe información con los kilómetros que faltan hasta la siguiente localidad, y eso hace que recorrer los angostos valles se haga eterno.



Triglav

Entramos en Bovec y lo cruzamos sin apenas darnos cuenta. Lo cierto es que me esperaba la localidad algo más grande. A la salida damos sin problemas con el área en la que pensábamos dormir. Entramos para llenar y vaciar en una especie de poste verde y amarillo que veremos en más ocasiones, y cuyo diseño parece original esloveno.

Hace calor, sobre todo si lo comparamos con el fresquete de esta mañana. Estoy en pleno trasiego de depósitos cuando pasa un hombre mayor que, al ver la matrícula, saluda con tres palabras: *España, toros y Pamplona*. A su regreso, y como yo le he vuelto a saludar, se arrima a pegar la hebra. Pregunta si hablamos inglés. Yo le respondo que *anche italiano*, y acabamos parlamentando en esta lengua. Que de qué parte de España somos, que adónde vamos, que si nos parece caro Eslovenia... A esta última cuestión lamentamos no poder contestar, pues nuestra experiencia del país se reduce a menos de una hora. Se despide calurosamente, y concluye nuestro primer contacto con los eslovenos. Había leído en diversos relatos que se trataba de gente hospitalaria y amable, pero lo atribuí a licencia poética y al *qué-bien-me-lo-he pasado* que tanto prolifera en este tipo de literatura. Varios contactos más, y el clima que parece respirarse en el país, nos convencerán de que, efectivamente, los eslovenos son gente

amable, simpática, hospitalaria y abierta. Es cierto que son un pueblo eslavo pero unos eslavos muy raros, del Sur.

Al salir de Bovec paramos enseguida, junto a la cascada Boka. Según dicen es la más alta de Eslovenia, y desde abajo luce impresionante. Pero aproximarse a ella es otro cantar: primero lo intentamos por el lado izquierdo, y al cabo de un rato de remontar el torrente por la orilla (grandes piedras), nos autoconvencemos de que el camino que más frecuenta la gente debe de ser el de la derecha, así que volvemos sobre nuestros pasos. Al principio se sube sin dificultad, pero luego se complica la cosa de tal forma que le preguntamos a un chaval que baja. En perfecto inglés nos explica que por aquí no se va a la cascada, sino a la parte superior de ésta, que hay que ascender 200 metros más y luego descender por unas cuerdas. Semejantes noticias enfrían nuestro ardor montañero, así que nos volvemos por donde vinimos. La ausencia de paneles informativos puede llevar a situaciones de riesgo a determinadas personas: al bajar nos encontramos con críos pequeños que suben e incluso a un padre que carga con uno en una mochila a la espalda. La madre, que nos escucha hablar castellano, se arranca en nuestra lengua. Tiene pinta de montañera curtida, pero aunque es eslovena nunca ha venido por aquí. Le explicamos lo que nos han dicho y les dejamos acometiendo con brío la subida, a cuatro patas por la roca.

De vuelta en la auto, seguimos serpenteando por nuestra carretera de montaña. En Kobarid, donde no paramos, se encuentra el museo dedicado a las batallas que libraron italianos y austro-húngaros a lo largo del río Soča entre 1915 y 1917. Los durísimos combates fueron relatados por Hemingway en *Adiós a las armas*. El autor, que se había enrolado como camillero, fue testigo de la lucha y herido durante la misma.

Siguiendo el curso del río Soča llegamos a Tolmin. Buscamos un sitio tranquilo para comer, lo más alejado posible de la carretera, y lo hallamos en un pequeño polígono industrial, al lado de un concesionario de SEAT. Nos hace cierta gracia encontrar un nombre de resonancias tan carpetovetónicas en un pueblecito exyugoslavo.

En lo que llevamos recorrido ya hemos aprendido algunas palabras de esloveno. En primer lugar, una que nos perseguirá por todos los Balcanes: *Dobrodošli*, que significa *bienvenidos*. Pero es que resulta que esta misma palabra en croata se escribe *Dobro došli*, en serbio *Dobrodoshli* y en búlgaro (trascrito del cirílico) *Dobre doshli*. Vistas las similitudes, uno se plantea si a la postre tendrían tantos motivos para liarse a tortas como efectivamente hicieron.

El segundo término, muy común al mundo eslavo, es la palabra *cerveza*: *Pivo* en esloveno, pero también en serbio, croata, en checo y en eslovaco. En Polonia, que fue donde la aprendimos el año pasado, se dice *Piwo*.

Pero lo que nos ha llamado mucho la atención es cómo llaman aquí al cementerio: *pokopališče*, que en castellano suena algo así como *poco palique* lo cual, si lo pensamos detenidamente, aplicado a un cementerio viene a ser de una certeza abrumadora.

Durante la comida ha empezado a llover. Yo no sé qué tienen las calles de este país porque con lo que cae, si fuera en mi tierra, ya estaría todo chorreando. En cambio aquí es como si el asfalto fuera esponjoso, pues no se ve sombra de charco por ningún lado.



Most na Soči

Antes de arrancar ya le ha dado tiempo al sol a salir de nuevo. Al acercarnos a Most na Soči (puente sobre el Soča) bordeamos un lago de color turquesa en el que se remansan las aguas, y no podemos evitar detenernos para dar una vuelta. Por cierto, lago es esloveno se dice *jezero* (en ruso *ozero*, en polaco *jeziro*. Todo queda en familia). Se ha vuelto a nublar y caen algunas gotas, pero enseguida despeja y los tornasoles se exhiben en todo su esplendor. Es imposible no sentirse hipnotizado.

Caminamos hasta la confluencia del Soča con el Idrijca. La diferencia de coloración es bien patente. Sorpresivamente, son las aguas del Idrijca las que acaban predominando, y ello pese a que el cauce de este último apenas si tiene 4 ó 5 metros de anchura. Sin embargo, como dice el poema inglés, las aguas más tranquilas son las que esconden los vados más profundos; de hecho, cuando lo sigamos aguas arriba, este río en apariencia anodino mostrará su impetuoso caudal de torrente de montaña.

Pesado y monótono se hace el camino que lleva a Idrija, la antigua ciudad minera. De una parte, los eternos semáforos alternos por la multitud de obras (desprendimientos de ladera o mejoras en general); de otro, la estrechez de la carretera y la tensión producida por el veloz tráfico que viene de frente. Idrija fue famosa por sus yacimientos de mercurio, los segundos a nivel mundial después de Almadén. A la salida paramos en un super y luego continuamos hacia el Sur, en dirección a Postojna.



Llegados a esta localidad casi a punto de oscurecer. Las indicaciones hacia las cuevas están bastante claras, pero una calle en obras nos hace perderlas y las tardamos en recuperar. Por fin damos con el sitio en cuestión y con el área de autocaravanas aneja (45°46'50.34" N 14°12'10.90" E). Hay espacio para unos veinte vehículos, y a estas horas está casi llena. El acceso es con barrera automática. Con el ticket que sacas se paga por la mañana en el hotel Jama. el precio: 14 euros por vehículo + 1,01 euros (¿!)

por persona. La verdad es que el área está muy bien, con un poste de llenado/vaciado (grises a cubos) por cada cuatro autos. Dichos postes también disponen de tomas de electricidad, pero el enchufe es de los de tres clavijas y nosotros sólo tenemos el ordinario, de dos. Cuando pasamos por el hotel preguntamos por preguntar... ¡Y nos prestan un adaptador!



Kilómetros etapa: 145

Kilómetros viaje

Tierra: 1.733

Mar: 700

12 DE JULIO: POSTOJNSKA JAMA- ŠKOCJANSKE JAME

Ayer solo conduje 145 kilómetros y hoy, no me explico por qué, me siento terriblemente cansado. Imagino que será la acumulación de tantos días por carretera de montaña, la tensión nerviosa o algún otro condicionante fisiológico que se me escapa. Sea como sea, el cuerpo es el que manda.

Pese a ello, a las 7:30 estamos en pie, y una hora más tarde en la puerta de la taquilla, para poder entrar en las cuevas en el turno de las 9:00. La entrada es bastante cara (20 euros por cabeza) y hay un montón de gente. Según entramos nos van haciendo *arretrataduras* uno por uno, como si ingresáramos en prisión. ¿No viola esto algún derecho constitucional? Cuando me toca a mí les dejo bien clara mi opinión mirando hacia el suelo.



Inicio del tramo andando

Tras la catalogación, somos todos eficazmente ubicados en un tren eléctrico que nos conduce por las entrañas de la tierra. Nos hemos enterado de que la temperatura en el interior es de 8 grados, así que venimos bien abrigados.

El rato del tren es lo más divertido: le da al sitio un cierto aire de parque de atracciones que te devuelve al espíritu del niño. Cuando llegamos a la zona visitable, nos agrupamos por idiomas. En principio habíamos pensado incorporarnos al inglés, pero al ver el grupo tan numeroso lo permutamos por el italiano (después nos arrepentiremos, porque había en él algunos elementos gritones que envilecían el ambiente).



Los sueños

En cuanto a la cámara, formalmente está prohibido sacarla, pero el personal hace caso omiso y acribilla la cueva a flashazos. Paradójicamente yo, que tiro sin más luz que la que hay, tuve que oír que alguien del staff me decía *no photos*. Así de injusta es la vida.

Lo cierto es que las cuevas en Eslovenia merecen capítulo aparte. Al parecer hay censadas más de 7.000. Se dice que el país por debajo está virtualmente hueco.

Seguramente sea una exageración, pero lo que sí es cierto es que el término *kárstico* deriva de la región eslovena de Kras, con lo cual está casi todo dicho.

Por lo que respecta a la de Postojna, mide unos 20 kilómetros de longitud, de los cuales sólo se visita una parte. La verdad es que esta cueva es de la más grande que he visto nunca; en realidad, creo que es mayor que todas las que he visto en mi vida juntas. En ciertos momentos tienes la sensación de hallarte en una catedral o un aeropuerto, o en una descomunal estación de metro. Y, desde luego, siempre le parece a uno que no se encuentra más allá de dos o tres metros bajo tierra.



La sala de los *spaghetti*

La visita acaba en la sala de conciertos. El adjetivo *grande* se queda aquí pequeño para describir este último espacio. En él albergan el esqueleto de un dinosaurio traído de no sé dónde. Ignoro la relación que pueda haber entre el animal y la cueva, pero me pregunto qué tal aguantarán los huesos una humedad del 95 por ciento.

Junto a esta sala se ubica la parada del tren, que tras otro rato de locas curvas y galerías te deposita junto a la salida y al río subterráneo, quizá lo que más me llama la

atención de todo el complejo cavernícola. Porque te da la auténtica dimensión del lugar en donde te encuentras.



Parada del tren y río

Ya fuera, nos vamos para el hotel Jama a devolver el adaptador y pagar la cuenta. Curiosamente, nos solicitan el documento de identidad de todos y cada uno de los que han pernoctado en el área. Como si te hubieras quedado en el hotel, vaya.

Nos dan un ticket para levantar la barrera, pero como no es obligatoria la salida inmediata pasamos la mañana descansando. Especialmente yo, que como ya expliqué me siento especialmente tirado. A la una y pico salimos con destino al castillo de Predjama, con intención de comer allí. No queremos visitar la fortaleza sino sólo verla desde fuera, pues la ubicación es espectacular: literalmente, prendida de la roca. Y no menos llamativo que la ubicación es el fin que tuvo uno de sus propietarios, Erasmus Lueger, una especie de Robin Hood a la eslovena. Durante un año estuvo sitiado por las tropas del Señor de Trieste (metían víveres a escondidas a través de una cueva), y sólo pudo ser liquidado merced a la traición de un sirviente, que avisó al enemigo para que

cañoneara las letrinas mientras Erasmus se aliviaba. Y es que hay muertes la mar de sucias.

Como digo, lo más impresionante son los alrededores, en particular el río subterráneo que desaparece a los mismos pies de la fortaleza. Si en vez de aquí esto estuviera en Inglaterra, por descontado que los del British Heritage no permitirían que pululase nadie por aquí sin pagar un duro; la taquilla se ubicaría mucho antes de que pudieras siquiera echarle un ojo al edificio.



Predjama



La cueva bajo el castillo



Los actores



Chandra de la pradera

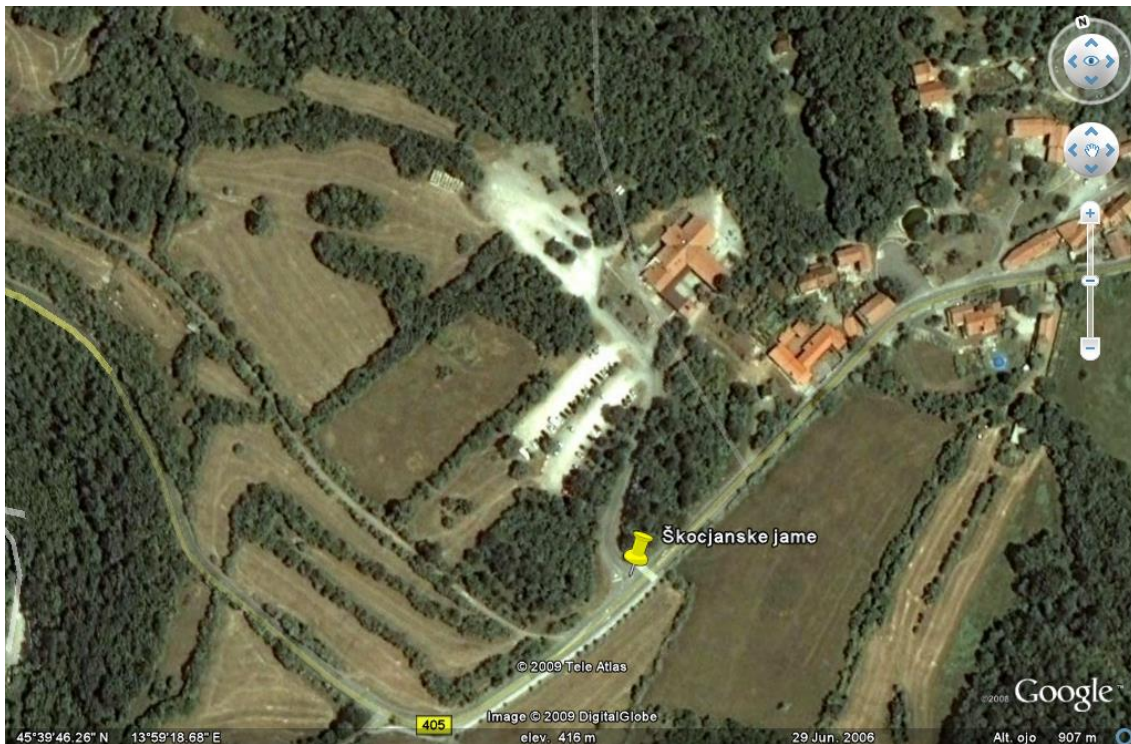


y su funesto pretendiente

Tras la comida, bajamos al angosto valle y luego ascendemos por un estrecho sendero hasta las puertas del castillo. Hay allí una ambientación histórica: suenan gritos de guerra, entrechocar de espadas y, más tarde, música cortesana. En cuanto nos acercamos se viene para Chandra un *collie* escocés perteneciente a los actores. Al principio le dejo hacer, pero se pone tan pesado que tengo que subirme a la perra en el hombro y emplearme a fondo para disuadir al animal. Algo después tendrá un enfrentamiento con otra perra bastante menos medrosa que Chandra. Se monta tal follón que los actores se ven obligados a interrumpir el baile para acudir a sujetar al perrito de las narices. Y es que, al igual que hay niños maleducados, también hay perros maleducados, consecuencia más que directa de padres y dueños permisivos hasta la náusea.

Antes de que se escape de nuevo el chucho, volvemos a la auto. Nuestro siguiente destino son las cuevas de Škocjanska -Škocjanske jame- (45°39'42.85" N 13°59'18.98" E), no muy lejos de Predjama. Hay que cambiar de carretera varias veces, pero con el nuevo mapa que he adquirido en la tienda de recuerdos del castillo llegamos sin dificultad. Ahora se nos plantea un conflicto, a saber: testimonios de autocaravanistas

avisan de que no está permitida la pernocta en el aparcamiento de la cueva. Por otro lado, no nos apetece en absoluto ir a regalarle dinero al camping que se anuncia más abajo. Barajamos incluso la opción de irnos a dormir a Trieste, a veintipocos kilómetros de distancia. Al final, lo que hacemos es ir a preguntar a la única auto que hay en el parking. Sorpresivamente no son italianos, sino una pareja de jubilados alemanes que no platican otro idioma que el suyo. Por suerte, Bego se defiende en la lengua de Schiller (no sé cómo se las apaña, pero en todos los viajes acaba hablando alemán). No sólo nos confirman su intención de quedarse, sino que nos animan e invitan. Pese a la sospechosa ausencia de autos italianas, que hace pensar en exhaustivos controles nocturnos, decidimos acompañarles.



Oscurece y aquí no viene nadie. Mientras escribo estas líneas, negra noche se cierne más allá de los contornos de la auto, inextricablemente mezclada con un silencio denso y palpable, con textura propia.

Kilómetros etapa: 42

Kilómetros viaje

Tierra: 1.775

Mar: 700

13 DE JULIO: ŠKOCJANSKE JAME-IZOLA

Noche de lo más tranquila, por aquí no ha aparecido ni el Tato. Tras asearnos y desayunar, movemos la auto a los aparcamientos de la entrada. En parte por dejar libre la zona de buses, y en parte por disimular. A las nueve de la mañana nuestros copernoctadores no se han ido (nos dijeron que ya habían visitado la cueva) lo cual, tratándose de alemanes, supone una anomalía en toda regla.

Las taquillas abren a las nueve y media, y el primer turno de visita comienza a las diez. Saco los tickets, que cuestan 14 euros per capita. Mientras tanto, van llegando coches, entre ellos una furgoneta española. Los dos tíos que van dentro se percatan enseguida de nuestra matrícula, pero Bego les arranca un saludo a duras penas; evidentemente, no tienen intención de charlar con sus compatriotas, y eso que en la trasera de su vehículo lucen la famosa pegatina del reno, que es algo así como la Compostela de Cabo Norte. Como iremos en el mismo grupo, la situación sin duda será bastante incómoda.

Hoy es lunes, y al haber poco público el grupo forzosamente será reducido. Caminamos hasta la entrada de la cueva, que no está como yo pensaba junto a recepción, sino al otro lado de la carretera. Nuestro guía es un joven corpulento, enérgico y simpático que habla inglés e italiano con una fluidez envidiable. Nosotros prestamos atención a las dos explicaciones, así lo que no coges en un idioma lo pillas en el otro. Insiste mucho en el tema de la prohibición fotográfica, y a tenor de cómo controla el grupo será difícil infringir dicho precepto: los primeros en intentarlo son los españolitos de la camper, que se quedan atrás para disparar *de estrangis*. Pero el guía, que está al quite, vuelve a por ellos y se los trae a la cabeza del grupo poco menos que de la oreja. Omito describir nuestro regodeo.

Al principio la cueva parece una de tantas, con sus estalactitas y estalagmitas reglamentarias, hasta que llegas a la *Sala del Silencio*; es tan grande que cuando miras las paredes que sostienen la bóveda no te parece estar viendo el interior de una cueva, sino un paisaje exterior. Sin embargo, en este caso no es el tamaño lo importante -para eso está Postojna-, sino la belleza de las formaciones calcáreas, los sorprendentes colores de la piedra y la impresión de conjunto que ello causa.

Claro que todo esto queda borrado cuando llegas a la *Sala de los Susurros*, que no se trata de una sala propiamente dicha sino de un cañón subterráneo excavado por el río

Reka. Se accede por una abertura en la parte alta, y cuando descubres por debajo de ti la pasarela que salva el abismo comprendes que no has visto nada igual en toda tu vida. Estamos en la cámara de cuevas más grande de Europa: una garganta de 146 metros de alto, 123 metros de ancho y 300 metros de largo, atravesada por un pequeño puente iluminado con candilejas. Al fondo, ruge el Reka.

Como no pude sacar fotos dentro, no me resistí a pescar alguna en Internet. Aquí dejo las mejores que he encontrado:







Antiguamente, el camino iba por el fondo del barranco, pero ahora serpentea a 45 metros sobre el suelo. El guía nos explica que en dos riadas históricas (mil ochocientos veintitantos y mil novecientos sesenta y cinco) se obstruyó el cauce del río y el agua inundó por completo el vasto espacio de la gruta.

Para completar el decorado, la neblina que dimana el agua confiere un halo espectral a las luces que marcan nuestro camino. A la mente vienen todas las películas fantásticas que uno haya podido ver o imaginar, aunque la más socorrida es siempre *El Señor de los Anillos*. ¡Y pensar que estuvimos a punto de no venir aquí pensando que, tras Postojna, ésta sería más de lo mismo! Postojna debe su fama, al marketing bien hecho y al turismo hecho industria. La cueva de Škocjanska en cambio es increíblemente más hermosa, sugerente y arrebatadora. No en vano fue declarada Patrimonio de la Humanidad en 1986, y en la lista de la UNESCO sólo hay dos cuevas: ésta y la de *Mammoth Cave* en Kentucky.

http://es.wikipedia.org/wiki/Parque_Nacional_de_Mammoth_Cave

El clímax de la visita es el momento en que el guía apaga todas las luces y enciende una linterna, para que seamos conscientes de cómo era la cueva para aquellos que la exploraron por primera vez, y la enorme dificultad de la tarea. Después, apaga también la linterna. La negrura multiplica el sonido del agua y éste a su vez la sensación de espacio. Estamos apoyados en una barandilla, al borde de un precipicio, pero curiosamente la sensación no es de miedo ni de desvalimiento. Más bien la de sentirse arropado y acogido.



La salida (a partir de aquí ya sí son más)



Hacia la luz y hacia la vida



Vista desde el fondo de la dolina

A partir de aquí nuestro cuidador empieza a rebajar la vigilancia, extrema en las salas donde las formaciones calcáreas puedes ser dañadas), pero es tal complejidad de los preparativos para hacer una foto en semioscuridad que renuncio a ello. Además, el muchacho me ha caído muy bien y no quiero hacerle el feo.

Llegamos por fin a la salida, que parece más bien el descomunal pórtico de una catedral. Salimos a la dolina Velika, esto es, el agujero causado por el hundimiento del techo de la cueva hace unos cientos de miles de años. Estamos a unos 150 metros por debajo del nivel de la superficie. Habitualmente, desde aquí se sube en un ascensor, pero están de reparaciones, así que el regreso lo hacemos a pata, por un sendero que atraviesa una vegetación cuasi tropical. El paseo bien vale la pena, porque a medida que vas ascendiendo encuentras miradores sobre el río Reka, origen de todo el invento, que desaparece aquí y no se le vuelve a ver el pelo hasta 34 kilómetros más allá, ya en Italia y cerca de la costa. Soy consciente de que toda la zona es lo más parecido a un queso de gruyère.



Yo-estuve-alli



Este puente es como el de la cueva, sólo que en el exterior



Río Reka al aire libre



El pueblo de Matavun gravitando sobre el abismo

Comparado con los doce grados de la cueva, la temperatura exterior, combinada con la larga ascensión, resulta asfixiante. Por el camino nos alcanza el guía. Especulamos con que quizá no sea esloveno, porque a nuestras indagaciones lingüísticas responde que además de los dos idiomas empleados en la visita también habla croata, serbocroata. Y esloveno, claro. Antes de despedirse, nos indica cómo llegar a un mirador privilegiado, y en efecto lo es: no sólo se contempla todo el exterior del complejo kárstico, sino también el pueblo de Matavun con su iglesia, justo en lo alto de la sima que acabamos de visitar. Da la sensación de que un día no muy lejano el campanario acabará allá abajo.

Regresamos a la auto donde Chandra, como siempre, nos recibe más contenta que nerviosa. La primera vez que la dejamos dentro sola, a los dos meses de tenerla, se hizo *pon*. Desde entonces ha desarrollado una fe ciega en que volveremos.

Nos vamos a Trieste. En nuestra hoja de ruta no aparecía esta ciudad ni por asomo, pero ahora que la tenemos a tiro de piedra ¿cómo nos vamos a resistir a hacerle una visita? Antes pasamos por la gasolinera de Divača. Lleno el depósito de gasoil, y al pagar le pido al dependiente una viñeta, sin la cual no está permitido circular por las

autopistas eslovenas (las multas son de órdago). La verdad es que nos lo hemos pensado bastante, porque eso de apoquinar 35 euros para el poquísimos tiempo que vamos a estar en el país nos parece un robo a mano armada. Pese a ello, me resigno. Me pregunta el gasolinero muy amablemente que para cuánto la quiero, y me enseña la tabla de precios. Alegre sorpresa: ha desaparecido la viñeta de seis meses y han sacado una de una semana por 15 euros. Comparativamente es mucho más cara, pero a nosotros nos resulta más barata. Además, si hay que elegir entre el robín y el robón...



Trieste. Puerto deportivo

Más contentos que unas pascuas, enfilamos la autopista. Para entrar en Trieste escogemos el ramal Noroeste, que parece el más rápido pero que nos hace dar la vuelta a toda la ciudad. Hay, además, una larga y fuerte bajada que salva el considerable desnivel. Buscamos una posible área de pernocta perteneciente al Camper Club de Trieste y que se encuentra bajo la autopista *sopraelevata*, pero ni con navegador somos capaces de dar con ella, así que acabamos en el puerto deportivo, en un parking de pago. Hay algunas autocaravanas más, y el hecho de que sobresalgan del espacio marcado no parece importarle a nadie. Tan sólo han multado a una auto francesa por no tener ticket.

Me acerco al parquímetro. La tarifa es muy económica, 0,60 euros por hora hasta las 20. Echo toda la calderilla que tengo y me da hasta las 19:45. Comida y siesta.



Trieste. Panorámica desde la ciudad vieja

Nos despertamos en medio de un intenso calor y un espeluznante bramar de motos, es que hemos ido a aparcar al ladito mismo de un semáforo. Nos vamos a dar una vuelta por el centro; para ello, bordeamos el puerto hasta llegar a la Piazza dell'Unità. Desde aquí, al teatro romano y luego remontando la colina hasta el castillo y la catedral de San Giusto. Sudamos la gota gorda a causa del intenso calor. Lo cierto es que se trata de un casco viejo bastante modesto, lo salvan las vistas y la catedral, que es de estilo bizantino con cinco naves.



Foro romano y catedral de San Justo



Catedral. Interior



Iglesia de San Silvestre

Lo que sí ha tenido Trieste, en cambio, ha sido una historia de lo más movida, desde que los romanos en el siglo II a C. fundaran *Tergeste*. Después perteneció a los bizantinos, a los francos, luego fue ciudad libre, y entre 1382 y 1918 estuvo bajo el dominio de los Habsburgo (de hecho, era la única salida al mar del Imperio Austrohúngaro). Durante el periodo de entreguerras se la quedó Italia, y tras la Segunda Guerra Mundial se fundó el Estado Libre de Trieste, dividido en dos zonas: la del Norte (que incluía la capital), controlada por fuerzas británicas y estadounidenses y la del Sur (península de Istria), por el Ejército Nacional yugoslavo. En realidad nunca funcionó

como un verdadero estado independiente, pero llegó a editar sus propias monedas y sellos de correos. En 1954 Italia y Yugoslavia obtuvieron la administración provisional de los respectivos territorios, y en fecha tan tardía como 1975 se produjo la división/anexión definitiva.



A la salida de la iglesia tropezamos con una familia que habla español con acento latinoamericano. La mujer le dice a su hijo pequeño: *Mira, en esta iglesia bautizaron a tu abuelito*. Otro testimonio de la emigración italiana al Nuevo Mundo. Personalmente estoy convencido de que la musicalidad del habla argentina se debe al gran contingente

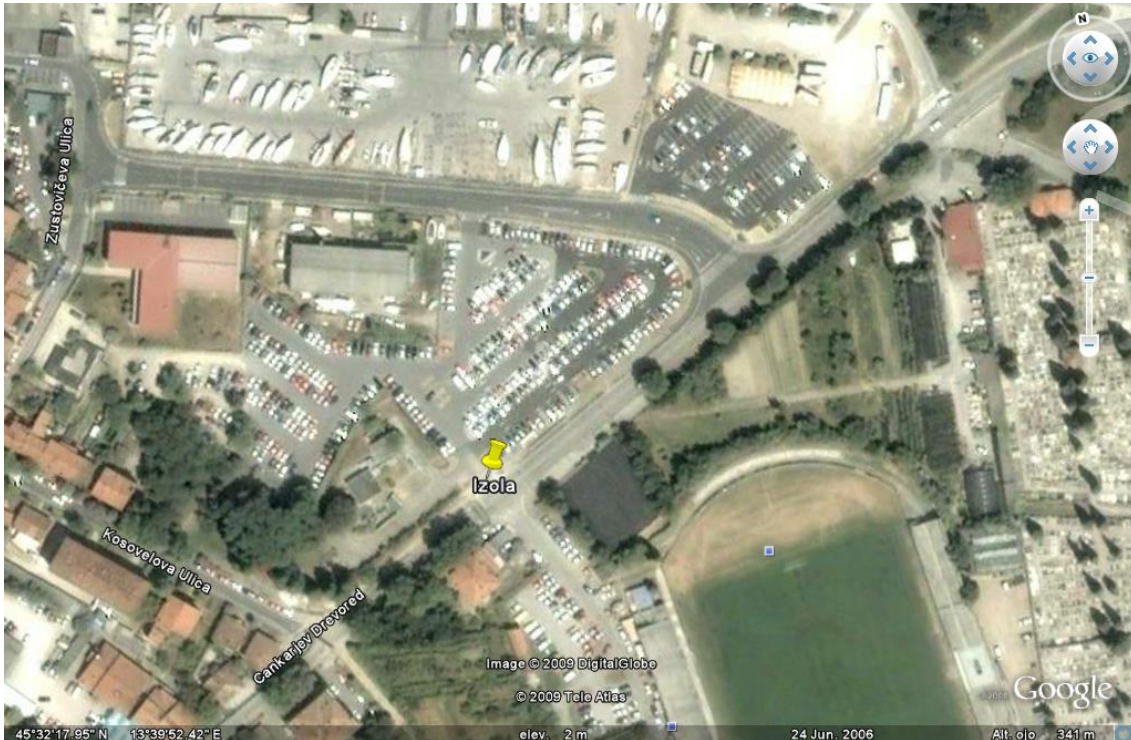
de italianos que arribó a Buenos Aires durante los siglos XIX y XX, el segundo en importancia después de los españoles: el idioma lo perdieron; sin embargo, perduró el acento.

Bajamos de la ciudad vieja, ya de regreso. Por el camino nos acontece el episodio más emotivo del día: una señora se acerca a acariciar a Chandra mientras exclama *Che belli occhi!* Sin saberlo, esta mujer ha rebautizado a nuestra perrita: a partir ahora, *Belli Occhi* pervivirá como su sobrenombre.

De nuevo en el puerto, las autocaravanas vecinas han sido sustituidas por otras, con la aparente intención de dormir. Valoramos la propuesta, pero ya nos ha parecido un sitio excesivamente ruidoso. Recuerdo entonces la recomendación que un autocaravanista hacía del área de Izola, y para allá nos vamos.

Cruzamos la frontera italo-eslovena por segunda vez en el día. Cuando la partición de Yugoslavia, en los años 90, Croacia se quedó con casi la totalidad de la costa, y a Eslovenia le dejaron un pasillito -13 kilómetros de anchura en su parte más angosta- para acceder al mar. En el centro de ese corredor, en la costa, está Izola, adonde llegamos a punto ya de oscurecer.

No encontramos signo alguno del área, y acabamos en una zona vedada donde, como puedo, doy la vuelta. Por suerte, tengo las coordenadas del sitio en cuestión (45°32'16.99" N 13°39'50.78"E) y las he introducido en el GPS, de manera que aunque no tengamos mapa sabemos al menos si nos acercamos o alejamos. Así damos con el parking enseguida, que es gratuito y muy grande, pero lleno hasta la bandera. No hay señalización vertical, y localizamos el sitio exacto gracias a la columna verde de llenado y vaciado, idéntica a las de Postojna y Bovec.



Sin embargo, de las cinco plazas reservadas, tan sólo una está ocupada por autocaravana, las otras cuatro las han usurpado turismos. Aparcamos delante, valorando seriamente la posibilidad de quedarnos a pasar la noche allí, cuando una tipa sube a bordo del único coche que no bloqueo y se larga. Iniciamos la maniobra de estacionamiento, y todavía tengo que pararle los pies a una *fragoneta* italiana que llega flechada a quitarnos el sitio.

Esto de las plazas para ac está muy bien, especialmente si se respetara, pero la ubicación del aparcamiento a mi juicio es errónea, pues estaría mejor al fondo del parking en lugar de aquí, pegado a una ruidosa carretera.

Nos vamos a dar una vuelta por el centro del pueblo, que tiene un bien conservado casco antiguo y un sosegado ambiente de vacaciones. Compramos unos *döner kebab* y nos los llevamos a la auto para cenar. El resto de las plazas para autos siguen okupadas por intrusos, y del italiano oportunista ni rastro.

Kilómetros etapa: 78

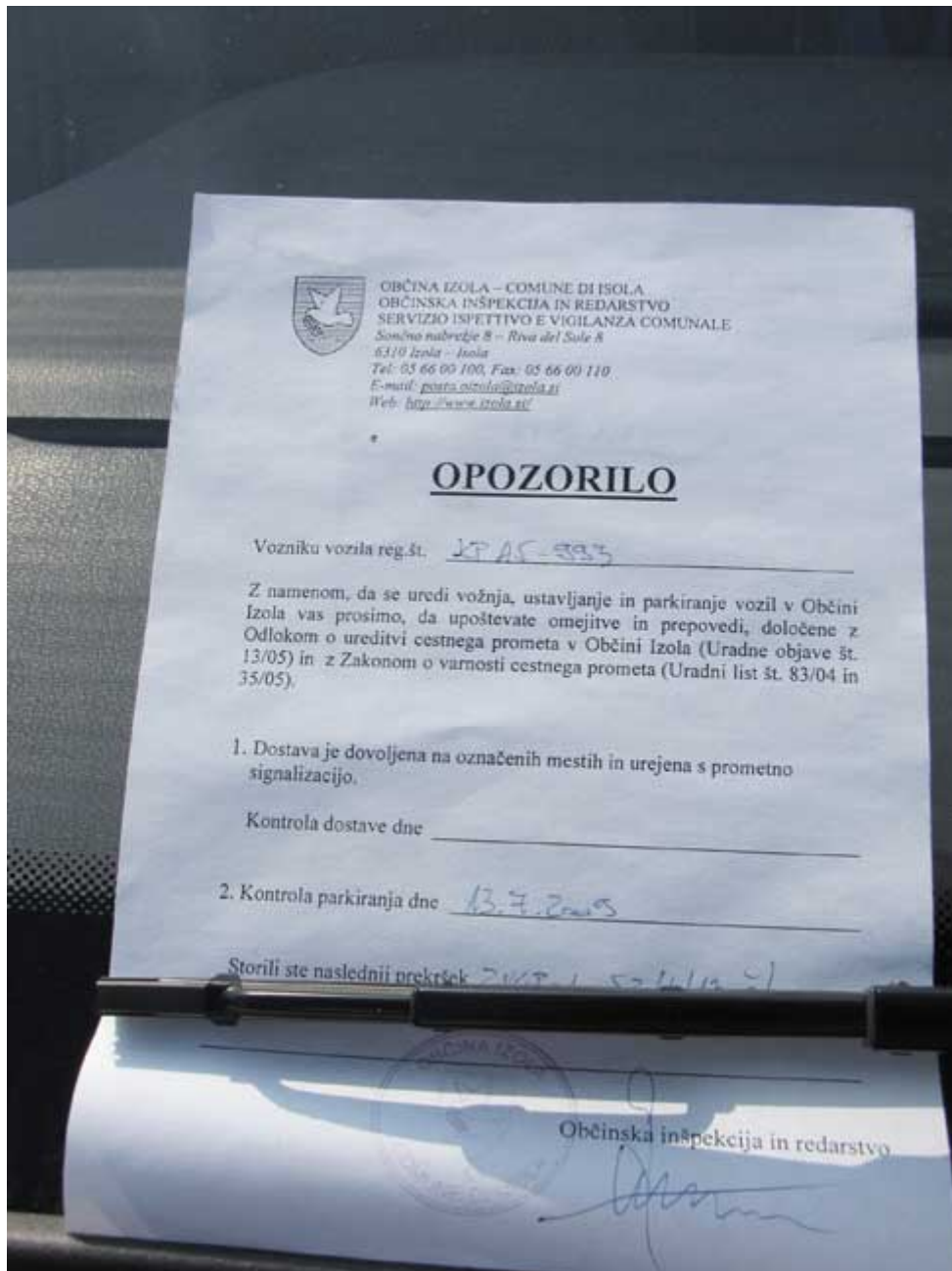
Kilómetros viaje

Tierra: 1.853

Mar: 700

14 DE JULIO: IZOLA-LAGO BLEED

Tal y como preveíamos, noche de ruido intenso. Primero fueron los *chundis* y sus amigos los moteros. Para cuando se quiso recoger el último, ya salían los primeros currantes. Nos levantamos, llenamos limpias, y vaciamos negras y grises (estas últimas en un sumidero de pluviales, pues nuestro desagüe está colocado de tal manera que no permite el vaciado a cubos) y nos vamos.



Multa a uno de los coches aparcados en el área. No sabíamos lo cerca que estábamos nosotros...

Una paradita para el super y enseguida estamos en la autopista, rumbo al Norte. Siendo un paisito tan pequeño, cuesta muy poco cruzarlo por autopista. En poco rato rebobinamos el camino de estos días: Divača, Postojna... Cuando nos queremos dar cuenta estamos en la circunvalación de Ljubljana. Una vez aquí, giramos al Noroeste, y en poco más de media hora llegamos al lago de Bled. Hemos desandado camino y subido hasta aquí porque no queríamos irnos de Eslovenia sin visitar un lugar tan renombrado. Lo que le hace diferente de otros lagos es la isla con su iglesia y su campanario, que parece un barco surcando las tranquilas aguas. Aquí el aparcamiento se halla del todo regulado, así que bordeamos la orilla hasta llegar al camping y, junto a él, el aparcamiento del que traíamos noticias por otros viajeros (46°21'44.52" N 14° 4'54.09" E). Entramos y preguntamos cómo se llama: 10 euros hasta las diez de la noche, y otros 10 por pernoctar. En ese momento nos parece bien, y pagamos hasta el día siguiente. Nos vamos a dar una vuelta para ubicarnos. Luego, comida y siesta.





Castillo de Bled



Isla y lago



Otra perspectiva

Al despertar descubrimos algo que no entraba en nuestro cálculo: junto al aparcamiento hay instalada una especie de mini-parque de atracciones con camas elásticas y demás. Lo peor es que tienen música por megafonía. No muy alta ni estridente, es verdad, pero al cabo de una hora cansa sobre todo si, como nosotros, vienes en busca de paz y tranquilidad. Desde el camping apenas la oirán, pero nosotros tenemos los altavoces justo al lado. Para escabullirnos yo saco la bici y me voy a dar una vuelta mientras que Bego, con Chandra, se va paseando hasta la zona de baños.



Un baño en aguas color turquesa

Pedalear en torno al lago resulta agradable. Me encuentro con mucha gente paseando, patinando, montando en bici o corriendo. Por todas partes reina un silencio envidiable, excepto en el sitio donde vamos a dormir, lo cual es también mala pata: tras completar la vuelta, constato desanimado que siguen erre que erre con su música de mercadillo. Para más inri, a eso de las siete el vigilante del parking se ha marchado, con lo cual los 10 euros de la noche los hemos pagado para nada. La sensación de timo de la estampita es como quieras.



Atardecer

Dejo la bici en la auto y nos vamos a dar otro paseo a un sitio que he descubierto durante la pedalada: ladera arriba se levanta una gran mansión cuyos terrenos a buen seguro llegaban hasta la orilla. Gracias a ello la carretera se alejó lo bastante del lago como para preservar esta paz y esta belleza que ahora, con la ribera expropiada, tenemos ocasión de disfrutar nosotros.



Bled de noche

A las once de la noche volvemos a la auto. La música perrera ha cesado por fin, y están cerrando el chiringo. Nos hemos quedado solos, pero como el parking está abierto de par en par, de vez en cuando se nos cuelan mosqueantes coches que al poco se van. La sensación no es de seguridad en absoluto, más bien como si durmiéramos por nuestra cuenta y riesgo.

Está claro que a veces, aunque te esfuerces buscando la mejor opción, no salen las cosas como uno espera.

Kilómetros etapa: 162

Kilómetros viaje

Tierra: 2.015

Mar: 700

15 DE JULIO: LAGO BLED- LJUBLJANA



Lago Bled por la mañana



A las 8:30 en punto vuelven a poner la musiquita de las camas elásticas, esta vez a todo trapo. La verdad, cuando contemplé por primera vez las idílicas fotos del lago Bled y decidí venir no me imaginé que esto pudiera ser la versión eslovena de Torremolinos. Recogemos lo antes posible y marchamos para el lago Bohinj. A estas horas tempranas hay poca gente. Paramos a la orilla y nos deleitamos con el color turquesa de sus aguas, que de tan transparentes es como si no existieran. Los peces flotan ingrávidos, rodeados de aire.



Lago Bohinj. Abajo y a la derecha se pueden distinguir los peces

Seguimos adelante. Al pasar frente al camp Ukanc constatamos, tal y como cuentan otros autocaravanistas, que más parece un campo de refugiados que un camping. 5 kilómetros más arriba se halla el punto de partida para la excursión a la cascada Savica. Sabemos que hay un parking, por supuesto de pago. Algo quemadillos por el abuso tarifario de ayer, cuando nos parece que estamos bastante cerca dejamos la auto en un apartadero de la carretera. Sin embargo, calculamos mal, y toca patear 2 kilómetros de asfalto hasta el inicio de la ruta. Allí pasamos por taquilla Alguien había

dado a entender que para subir a la cascada era necesario pagar 7 euros. En realidad, son 2,40 por persona. También había leído que en el trayecto se tarda una hora, pero eso es entre subir y bajar pues el mirador, bastante reducido para la gran cantidad de gente, no te permite quedarte demasiado tiempo contemplando la cascada Savica.

Estamos en el curso alto del Sava Bohinjka, uno de los dos afluentes que conforman el río Sava, cuyo discurrir seguiremos en los próximos días a través de Ljubljana y Zagreb hasta su confluencia con el Danubio, a la altura de Belgrado.



Cascada Savica



Desandamos camino hasta el aparcamiento y luego a la auto. Al llegar descubro, para mi estupor, que nos han multado. La receta, colocada en el parabrisas, dictamina 40 lereles por *prepovedano parkiranje*.

Llevábamos varios días de pitorreo con la palabra *prepovedano*. Aunque la veíamos por todas partes no habíamos conseguido averiguar lo que significaba, así que habíamos hecho una exégesis filológica (pre-povedano: anterior al habitante de Poveda). Ahora ya no nos hace maldita la gracia, y sí en cambio nos queda meridianamente clara la acepción del término. Aunque lo de prohibido es un decir, pues por ningún lado aparece señal alguna que lo diga, y ni siquiera a la entrada del Parque Nacional vimos carteles alusivos. Sin embargo, mientras regresamos por la carretera vemos orillados tres o cuatro coches sin multar, y sí en cambio una camper que había sido *recetada*. Vamos, que lo de que te discriminen en función del tipo de vehículo que lleves no es idiosincrático de España. También aquí se considera más nocivo un humilde vehículo vivienda que los estruendosísimos grupos de moteros que llegan hasta estos parajes a espantar la fauna y hacer añicos la paz y el silencio; en curioso mundo vivimos.

Bastante disgustados por esta arbitrariedad, el único borrón en un país que hasta ahora nos ha parecido admirable, salimos del Parque. Mi temor es que, al ser extranjeros, traten de cobrarnos la multa *manu militari*, pero los policías apostados a la entrada no hacen ni asunto.

Nuestra idea ahora era ir hacia la autovía y bajar a Ljubljana en busca del camping, pero a mí me da pena marcharme de la zona sin hacer una parada en Škofja Loka. Para ir a esta localidad existen dos itinerarios posibles: el más largo, volviendo por Bled y saliendo a la autopista; el más corto, desviándonos en Bohinjska Bistrica, por la secundaria 909. Escogemos este último ignorando (parece mentira, a estas alturas) que no hay atajo sin trabajo. Enfilamos una carretera estrecha y empinada, llevando delante un camión de doble remolque de los que transportan madera. El tío sube que es un primor, tanto que cuando se cruza con alguien no frena, sino que pasa por encima de las señales blancas y negras que marcan el borde de la carretera. Como éstas son de plástico y flexibles, se comban al paso del gigante. Las que han perdido la pieza reflectante muestran los sitios más frecuentes donde este camión o sus colegas se orillan.

El camión-fitipaldi se desvanece delante de nosotros. Enseguida llegamos a una bifurcación. Ambos ramales conducen a Škofja Loka; el de la derecha tiene menos kilómetros, pero el cartel indicador nos indica que a la izquierda. Obedientes, elegimos esa opción, para descubrir enseguida... que se trata de una pista de tierra. La seguimos un trecho para verificar si se trata de una obra parcial, pero no: es camino forestal puro y duro.

Desandamos hasta el cruce y elegimos la opción B. Cuando acometemos las rampas de subida comprendemos por qué el indicador enviaba por el otro lado: hay trechos en los que no me queda otra que meter segunda, y curvas tan cerradas que por ellas no pasaría un autobús.

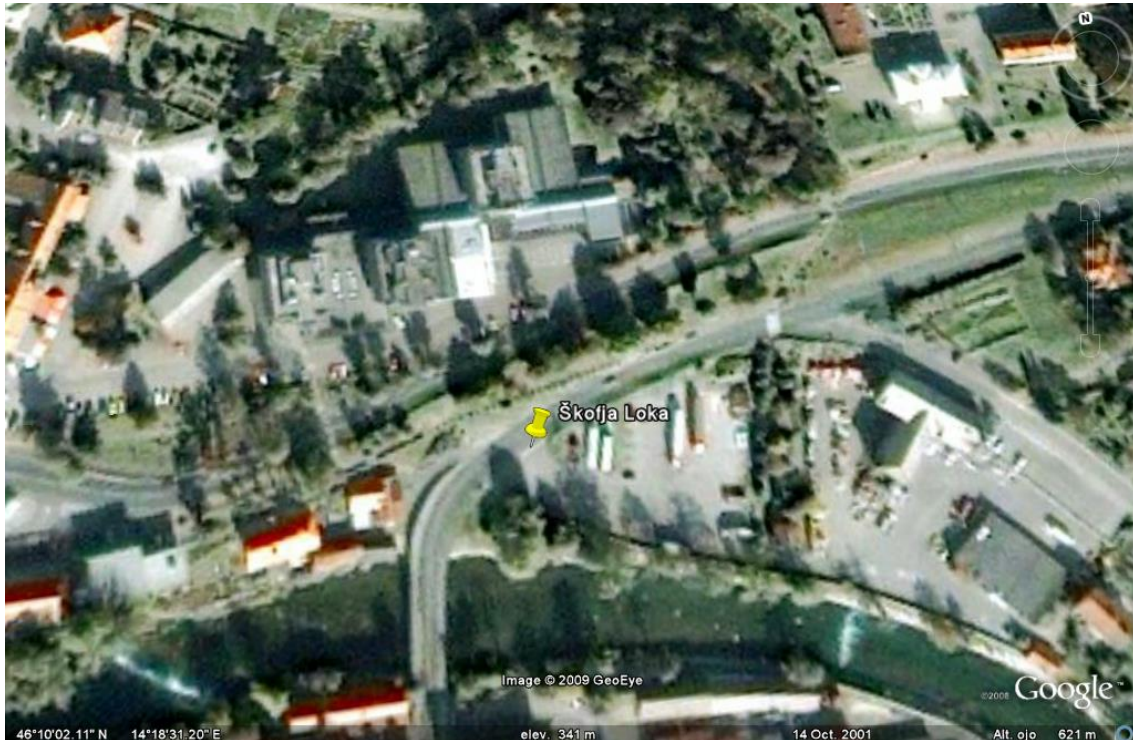
Llegamos a lo alto, a un pueblo en el que la gente alucina al vernos pasar con semejante trasto. En cuanto al descenso, es considerablemente peor que la subida, tanto debido al mayor desnivel como porque el asfalto se deforma, se cuarteo, se precipita al fondo de infierno. Se baja tanto en las curvas de 180 grados que más de una vez temo dar en el suelo con el voladizo trasero. Ahora ya pensamos seriamente si no hubiera sido mejor irse por la pista de tierra.

Nuestra esperanza era llegar al cruce con la 403, que sigue el curso del río Poljanska Sora. Según el mapa se trata de una carretera de rango superior, pero es todo

ilusión; nada diferencia una de otra, salvo que en ésta hay obras: no sé si debido a una riada o qué, el caso es que está toda patas arriba con desvíos de tierra, semáforos alternos, estrechamientos de calzada. Precisamente en uno de éstos estamos a punto de tenerla: de frente viene, a toda pastilla y por el centro, una furgoneta grande de color naranja. Todo lo que puedo hacer es frenar. El otro también lo hace, pero como viene lanzado no puede evitar que los espejos golpeen. Nos paramos ambos. Yo bajo la ventanilla y le llamo hijo de puta con todas mis ganas. Desde mi posición no le veo la cara, pero tanto mejor. Me cercioro primero de que el espejo no ha sufrido daño, y de que no hemos tocado con ninguna otra parte de la carrocería; entonces arranco y me largo, porque estoy tan enfadado que creo que si me bajo no podría responder de mí mismo.

A partir de Železniki la carretera se normaliza, pero un fantasma revolotea sobre nuestras cabezas: por primera vez en cinco años, la posibilidad real de un accidente con la autocaravana ha estado presente. Un accidente. Y tan lejos de casa. Nos encomendamos al Universo y su infinita protección para que salvaguarde a estos pobres viajeros.

Entramos por fin en Škofja Loka, y buscamos el gran aparcamiento descrito por quienes vinieron antes (46°10'1.45" N 14°18'30.48" E). Probamos primero en uno que resulta ser de un super, además de muy pequeño. Más adelante descubrimos otro en el que se distingue una autocaravana, y para él que nos vamos. Es ya hora de comer, y el calor asfixiante. Sería posible colocar la auto a la sombra de unos árboles, pero no tenemos muy claro si está permitido; con una multa por hoy es suficiente, así que aparcamos en toda la solajina.



Recorrer 60 kilómetros nos ha llevado tres horas. Estamos sudados, extenuados y hechos polvo.

Tras comer y recuperarnos un poco, visitamos lo que nos ha traído hasta aquí, es decir, el casco viejo de la ciudad, uno de los mejor conservados de Eslovenia. Lo cierto es que no es muy grande, pero cuenta con una interesante plaza del mercado que nos recuerda a otras del Norte de Europa. En la puerta del Ayuntamiento puede verse una placa con una lista de nombres y una leyenda en esloveno. La única palabra comprensible para nosotros es *Gestapo*. Seguro que a todos éstos no los trajeron aquí para darles una fiesta.



Škofja Loka

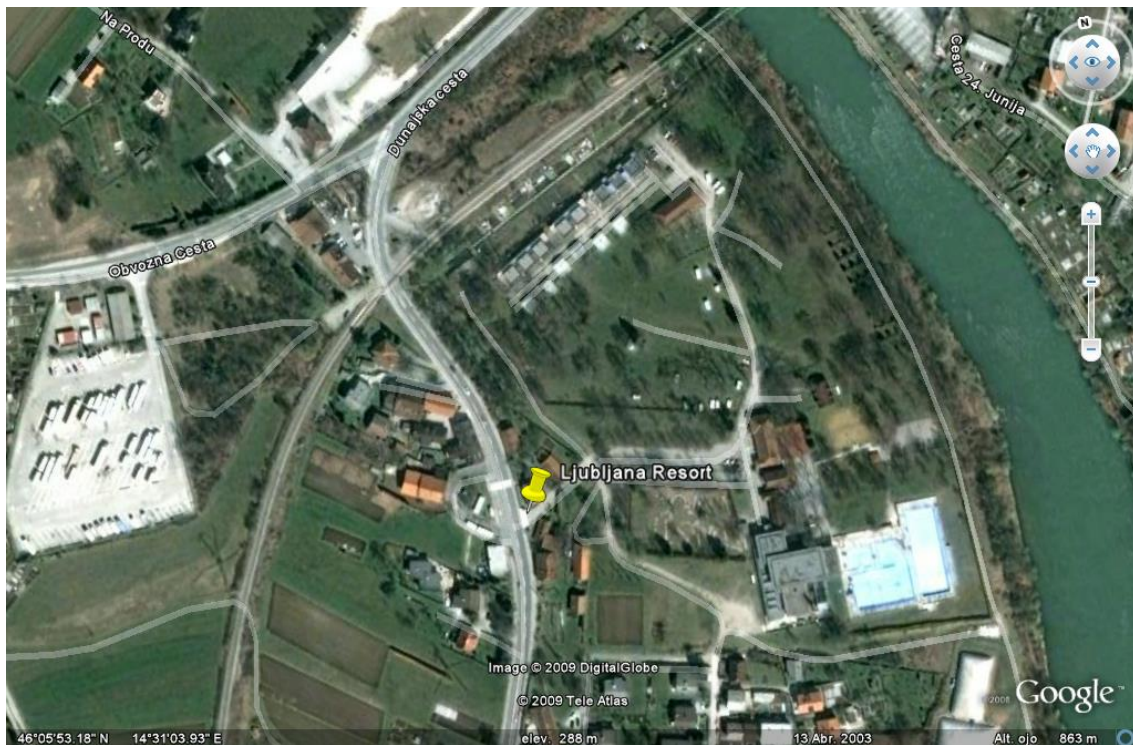




Subimos al castillo, en la actualidad museo. Desde aquí se disfruta de una bonita perspectiva de los Alpes Julianos, incluido el Triglav, aunque no se puede comparar con la espectacularidad de su cara Norte.

De Škofja Loka a Ljubljana. Sé que el camping, a orillas del Sava, no es fácil de encontrar, y que sólo se halla señalizado en el anillo de circunvalación. Nuestra mala pata, excepcionalmente activa hoy, hace que el acceso a éste desde la carretera por la que venimos se halle cerrado por obras. Como he tenido la precaución de meter en el GPS las coordenadas del camping (46°5'50.84" N 14°31'2.00" E), damos inicio a una peculiar gimkana en la que, en un mapa vacío, sin nombres ni calles, se yergue solitario el punto de interés, del unas veces te alejas y al que otras te acercas, dependiendo de la dirección que tomes. Así, por una calle-carretera absolutamente secundaria conseguimos situarnos a 500 metros del objetivo. Tengo la firme sospecha de que nos hallamos en una calle paralela y temo pasar de largo, de modo que paramos a preguntar a dos mujeres de edad. A la pregunta de si hablan alemán responden afirmativamente, pero eso es lo que ellas creen, porque ni siquiera saben distinguir izquierda de derecha. Al menos nos queda claro que el Ljubljana Resort cae un poco más adelante, pero justo

cuando se aproxima el momento de girar hacia la izquierda una señal de tráfico impide el paso a los vehículos. Maldición y remaldición: desvío a la derecha, rodeo de la zona peatonal, extravío hacia la derecha (nos vamos hacia el centro), giro de 180 grados y ya, por fin, enfilado de la dirección correcta. Una señal de camping, que se nos antoja milagrosa, nos indica que por fin hemos llegado.



En la recepción son encantadores. No nos piden DNI ni nada, tan sólo que rellenemos una ficha con nuestros datos y que nos instalemos donde nos parezca. Así lo hacemos. Preguntamos por las piscinas y nos dicen que están a punto de cerrar. Lástima. Me voy para las duchas a quitarme de encima todo el sudor, la mugre y el cansancio de un día excepcionalmente duro.

Por el camino tengo ocasión de estudiar el sitio: las instalaciones son amplias y bien cuidadas. Me llama la atención la cantidad de espacio dedicado al ocio; en vez de aprovechar cicateramente cada centímetro de terreno para hacinar más y más gente, la sensación de amplitud es aquí muy grande. La comparación con otras instalaciones del sector, asimismo denominadas camping es, sencillamente, odiosa.

Tras la ducha, me he recuperado tanto que aún me quedan ánimos para hacer la colada. Sacamos el toldo, y entre éste y un árbol improvisamos nuestro tendedero.

Cenamos fuera pero hablando bajito, porque a las 10 de la noche ya no se oye una mosca. Así da gusto.

Kilómetros etapa: 123

Kilómetros viaje

Tierra: 2.138

Mar: 700

16 DE JULIO: LJUBLJANA

Nada más levantarnos vamos corriendo a hacer lo que no pudimos ayer, esto es, meternos en las piscinas. De la taquilla nos mandan a recepción, pues aunque van incluidas en el precio del camping necesitamos un ticket. No sé por qué veníamos con el convencimiento de que el agua era termal. Para nuestra sorpresa, está fría pero aun así nos bañamos. No se trata de una piscina clásica, rectangular, sino más bien de un parque acuático con distintos tipos de chorros, cataratas y demás.

A eso de las 12 salimos del camping y nos vamos a esperar al autobús, que para justo en la puerta. Como ya hicimos el año pasado en Cracovia, ante las dudas de si nos dejarán subir con Chandra la metemos dentro de la mochila. El conductor se sonríe y no dice nada. Se trata, evidentemente, de un perro de bolsillo.

El sistema de pago del bus urbano es, sin embargo, novedoso: cuando le pido al conductor dos tickets él lo que hace es señalarme una hucha transparente tipo Domund. Introduzco allí mi *donativo* de dos euros y pasamos adelante, sin recibo ni nada.



Centro de Ljubljana

Moverse del camping al centro es la mar de fácil: basta con recorrer durante algo más de 5 kilómetros la larga calle-carretera-avenida hasta el final. Nos apeamos en el cruce de Mirje con Barjanska Cesta. A esta hora ya aprieta el calor considerablemente.

Lo primero que hacemos es ir a ver el tramo de muralla romana que se conserva, de cuando la ciudad se llamaba Iulia Aemona. Luego cruzamos el río Ljubljanica y lo seguimos hasta la plaza del Ayuntamiento. Toda esta zona es peatonal, y no parece que nos hallemos en la capital de un país (por número de habitantes, Ljubljana es sólo algo mayor que Granada) sino en una provincial.



Ayuntamiento



Mercado



La fruta del amor

Tras descansar un rato a la sombra, llegamos a la plaza del mercado. Bajo un sol de justicia (pero con toldos) allí se venden todo tipo de frutas y hortalizas. También hay una báscula oficial, por si crees que te han tangado en el peso.

Hace ya hambre, así que miramos por allí y encontramos unos puestos de comida. Yo estoy a punto de pedir el típico perrito caliente cuando Bego pregunta que qué es eso del *burek*. El vendedor nos explica que lo hay de carne y de queso. Pedimos dos de carne, y resulta ser la sorpresa gastronómica del día: consiste en una especie de empanada de hojaldre de una textura y sabor exquisitos, y que con nombres y formas parecidas se consume en todos los países que formaron parte del Imperio Otomano.



Burek



Compartió el almuerzo con nosotros

Pagamos, y ya nos vamos a ir cuando, a la vuelta del puesto, descubrimos dos mesas a la sombra. No tenemos muy claro si pertenecen al chiringuito, así que por si acaso preguntamos. Nos dicen que sí, de modo que ya puestos compro también la bebida. Si tuviera que quedarme con un momento culmen de la experiencia eslovena, éste no sería la contemplación del Triglav ni la del lago Bled, sino esta calurosa mediodía, en la plaza del mercado de Ljubljana, degustando un delicioso plato del que jamás había oído hablar.

Tras la comida querríamos buscar un parque con sombra para tumbarnos. Como por aquí no lo hay subimos al castillo, que se halla rodeado de una amplia zona verde. Pero incluso bajo los árboles el calor es asfixiante, supongo que debido a la humedad: esta mañana, cuando nos hemos levantado, había tanto rocío en la hierba como si hubiera llovido.



Ljubljana desde el castillo



Curiosos apellidos eslovenos

Bajamos del castillo y hacemos tiempo cerca del río, a ver si baja un poco el calor. Nos hemos quedado sin agua. Por suerte en la Plaza del Mercado, donde ya están casi desmontados los puestos, encontramos una fuente pública con un agua tan fresca que cuesta trabajo creer que no la hayan refrigerado.



El girasol, muy presente en la cultura eslava

Empieza a haber más gente por la calle y en las terrazas de los bares. Llegamos al puente triple y a la plaza Prešeren, que es algo así como la Puerta del Sol. Con esto pensamos que el objetivo de tomarle el pulso a Ljubljana está conseguido. Pensamos en emprender el regreso al camping, pero antes queremos cumplir un auto-encargo: llevarnos algún libro del que fuera presidente de Eslovenia, Janez Drnovšek . Pronúnciese así

http://es.forvo.com/word/janez_drnov%C5%A1ek/

<http://humanismoyconectividad.wordpress.com/2007/11/24/janez-drnovsek-el-gandhi-occidental-postmoderno/>

Este hombre, un perfecto desconocido si lo comparamos con otros políticos de anodina huella y raquíca calaña, publicó nada menos que tres libros sobre espiritualidad: *Misli o zivljenju in zavedanju* (Meditaciones sobre la vida y la conciencia), *Bistvo sveta* (La esencia del mundo), y *Pogovori* (Conversaciones).

Ninguno de ellos se halla traducido al inglés, pero Bego consigue la versión al alemán del primero de ellos. A la dependienta le emociona mucho de que alguien extranjero se interese por la obra del ex-presidente, a quien, dice, que *lloraron mucho cuando su muerte*, acaecida en febrero de 2008. Una lástima, habida cuenta de lo necesitado que anda el mundo de personas así.

Mañana nos iremos de Eslovenia, el lugar donde posiblemente vive la gente más amable que he conocido nunca. Reflexiono sobre su historia reciente, atípica si la comparamos con el destino de las otras repúblicas yugoslavas: en 1991 logró independizarse de Serbia al cabo de una guerra de tan sólo diez días. En 2004 ingresó en la UE –el único país de la Europa del Este que ha entrado como contribuyente- y apenas tres años más tarde adoptó el euro. Cuando uno piensa en todo esto, se da cuenta de lo esencial que debe de ser el poder contar con personas como Janez Drnovšek de mandatarios, y con ciudadanos lo suficientemente conscientes como para elegirlos.

Kilómetros etapa: 0

Kilómetros viaje

Tierra: 2.138

Mar: 700

17 DE JULIO: LJUBLJANA-SLAVONSKI BROD

Hoy es el día en que salimos de Eslovenia. La verdad es que vamos un poco nerviosos, pues somos conscientes de que abandonamos el territorio seguro y homologado por parámetros comunitarios para adentrarnos en los Balcanes, que son un rosario de aduanas y peajes; receptáculo asimismo de antiguos nuevos odios y de una cruel guerra en los años noventa que estremeció nuestros corazones porque no se luchaba en África, ni en Asia ni en Latinoamérica sino aquí mismo, al lado de casa, y porque los que morían eran blancos y europeos, como nosotros.

La salida del camping es un poco accidentada. Ayer tarde vi llegar un coche del tipo *mira-el-peazo-buga-que-tengo*, con las luces antiniebla encendidas. Esta mañana se hallaba estacionado en nuestra misma calle, en una parcela para él solo (supongo que habiendo solicitado a la Dirección un podio para elevarlo y adorarlo, cual becerro de oro). Pues bien: cuando arrancamos al susodicho le habían enganchado una

mastodóntica caravana, y ambos bloquean la salida. En el coche no hay nadie. Pito y aparece una mujer, muy apurada. Aunque el vehículo es de matrícula inglesa, nos habla en castellano, y nos explica que su marido está no sé dónde, que si no podemos salir hacia atrás. Como ya investigamos anteayer todo el camping, y por esa parte hay una zona de bungalows de paso bastante estrecho, le pido a Bego que vaya a mirar. En el entretanto aparece el marido y dueño del coche, un musculitos, en compañía de otro maromo. También habla castellano, pero mejor hubiera sido que no, porque me argumenta con bastante chulería que *hay otras cuatro calles para salir*. Bego regresa y me dice que irse por el otro lado está difícilillo. Yo no pierdo la calma ni me pongo a discutir, como quizá el otro quisiera: simplemente me siento y espero a que el colegui mueva el burro.

Llevamos la auto al punto de llenado y vaciado, y aquí tenemos que aguantar a un francés cagaprisas, dueño de una camper, que al parecer tiene más urgencia que nadie por ponerse en carretera. Hemos llegado antes y no puede decir nada, pero se dedica a merodear y a meter presión cambiando de sitio dos o tres veces el vehículo y obligándome, por último, a una incómoda maniobra.

Estacionamos al pie de recepción y pagamos. 50,02 euros por los dos días, perro, piscina y electricidad incluidas. La verdad, si comparamos con el infausto parking de Bled...

Por contraste salir de Ljubljana es pan comido: bajamos hacia el centro, cogemos la circunvalación hacia el Este, luego la A 1 hacia el Sur y por último la A 2 de nuevo hacia el Este. Llevamos la viñeta, y por tanto no hay que preocuparse de peajes, inspectores de autopista ni demás zarandajas.

Llegado este punto el viaje se escinde en dos: por un lado la opción escogida, que nos llevará por Croacia, Serbia y Bulgaria; por otro la que decidimos desechar: costa adriática, Albania y Macedonia. Esta segunda ruta nos parecía muy atractiva porque nos brindaba la posibilidad de conocer Mostar y Dubrovnik. Pero lo superpoblado de la costa croata en verano y, sobre todo, la paupérrima calidad de las carreteras albanesas nos disuadieron a última hora. Claro que eso es porque aún no sabíamos lo que nos aguardaba en Turquía. Los 120 kilómetros hasta la frontera se pasan en un suspiro. Empezamos a encontrarnos lo que durante los próximos días será una constante en el viaje: coches con matrícula alemana, suiza, austriaca que nos rebasan a toda pastilla. Todos de marcas caras, la mayoría nuevos o por lo menos relucientes. Son emigrantes, suponemos que turcos en su mayoría, que vuelven de la diáspora europea a pasar las

vacaciones en su país. No sé si a éstos es que les va muy bien, o es que piden el coche prestado para fardar en casa o se trata simple y llanamente de contrabando de vehículos; el caso es que, viéndolos, pareciera que en los sitios de donde vienen ataran los perros con longanizas.

CROACIA

Superficie: 56.542 km²

Población: 4,45 millones

Puesto renta per capita PPA: 49

Moneda oficial: kuna (1 € = 7 kunas)

El precio del gasoil en julio de 2009 era de 1.04 €.

Luces 24 horas: en teoría sí, pero con luz diurna poca gente las llevaba.

Llegamos a la frontera. La aduana eslovena la pasamos sin trámites. La croata da un cierto gustirrinín, porque hay que enseñar el pasaporte y todo eso. Lo que más tememos es una inspección concienzuda de la auto, pero el aduanero estampa el sello y nos deja ir.

Nada más pasar la frontera nos espera un peaje, que no deja de ser una viñeta encubierta, pues estamos a las afueras de Zagreb. Cobran indiferentemente en euros o en kunas (pagamos 7 €), y comprobamos con alivio que la equivalencia en divisas es la correcta.

Cogemos la circunvalación y dejamos Zagreb a un lado. Nuestro propósito hoy es hacer el mayor número de kilómetros posible y dormir cerca de la frontera con Serbia. La A 3-E 70 discurre en dirección Sudeste. Nos gustaría disponer de moneda croata y paramos un par de veces en áreas de servicio de la autopista, pero no se ven cajeros automáticos por ningún lado. El contraste con Eslovenia es de lo más evidente: es todo más cutre, y está todo más hecho polvo. En una de las gasolineras hay un grupo de *limpiaores* de parabrisas. Uno lo intenta con nosotros, pese a que llevamos el cristal impoluto.

Carretera sin incidencias y escaso tráfico. Hemos recorrido 130 kilómetros desde la frontera y es casi la hora de comer. Dejamos la autopista en Novska (peaje: 6,88 €) y cruzamos al otro lado, hacia Jasenovac. Se encuentra esta localidad a orillas del río Sava y justo en la frontera con Bosnia-Herzegovina.



Nombre de triste memoria

Juro que nos trae hasta aquí la casualidad, y no el morbo. Ha sido al volver del viaje cuando averigüé que Jasenovac es tristemente famoso porque aquí se ubicó el más horrendo campo de concentración de toda Croacia. Aquí, entre 1941 y 1945, el gobierno pronazi de Ante Pavelic encerró y ejecutó a decenas de miles de serbios, gitanos, judíos, comunistas y musulmanes. No se conocen cifras siquiera aproximadas, pero a tenor de los testimonios el horror corrió aquí a mares. Aviso que este enlace es sólo para quien tenga estómago:

<http://es.wikipedia.org/wiki/Jasenovac>

Como curiosidad, esto es lo que ocurrió después con sus verdugos:

* Andrija Artukovic: Huyó a EE.UU. y posteriormente fue extraditado a Croacia. Condenado a muerte y ejecutado el 14 de mayo de 1986.

* Dinko Sakic: Condenado por un tribunal croata a 20 años de prisión.

* Maks Luburic: Protegido del régimen del generalísimo Franco, fue ejecutado por un agente yugoslavo el 20 de abril de 1969.

* Miroslav Filipovic Majstorovic (ex-sacerdote): Detenido en 1946 y condenado a muerte, se le ejecuta ese mismo año.

* Petar Brzica: Escapó hacia EE.UU. y no se sabe nada de él desde la década de los 70.

* Pero la historia más jugosa de todas es la del insigne Ante Palevic: su único mérito fue encabezar un gobierno títere cuando Hitler invadió los Balcanes. En mayo de 1945 huyó a Austria y luego a Roma, donde la Iglesia católica lo ocultó a pesar de su condición de criminal de guerra, como se prueba en documentos desclasificados de la inteligencia de los Estados Unidos, quien no tenía ningún interés en detener a anticomunistas del Este de Europa debido a la creciente tensión con los soviéticos. Seis meses después huyó a Argentina. Allí hizo de consejero de seguridad de Juan Domingo Perón -quien, por cierto, concedió más de 34.000 visados a croatas que huyeron del gobierno comunista yugoslavo.

En abril de 1957, el gobierno del mariscal Tito intentó en dos oportunidades asesinarlo por medio de sus servicios de inteligencia. Pavelic fue forzado a huir de Argentina para evitar la detención y la extradición, y encontró refugio en España, por entonces bajo la dictadura de Francisco Franco, la cual protegía a otros muchos exiliados fascistas y nazis de diferentes países. Murió en Madrid el 28 de Diciembre de 1959, día de los Santos Inocentes.



El tanque



Puente sobre el río Sava



La auto bajo el puente



Dragando el río

Buscando un sitio donde parar, cruzamos Jasenovac. La gente que encontramos nos mira con estupor, como preguntándose qué hacen éstos perdidos por aquí. A la salida del pueblo la carretera se estrecha lo suyo. Probamos suerte con una pista de tierra que sale a nuestra izquierda, hacia el Sava. Creemos estar viendo territorio bosnio al otro lado; luego comprobaremos en el mapa que a partir de este punto la frontera se mueve hacia el Sur, siguiendo el curso del río Una.



Casa abandonada en Jasenovac



Jasenovac. Se aprecian claramente los impactos de los disparos en la fachada

Por el camino hemos visto secuelas de la guerra de independencia croata (1991-1995): muchas casas reconstruidas, otras abandonadas y comidas por la hierba, con huellas de disparos en sus fachadas... Pero lo que de veras nos impacta es darnos de narices con un tanque abandonado junto al río. Empiezan a darnos sudores fríos: no se ve un alma. ¿Será seguro este sitio? Hace catorce años que terminó la guerra. Malo será.

Hace bastante calor, así que nos aposentamos bajo el puente de la vía férrea. Mientras Bego hace la comida, me voy a hacer fotos al tanque, al puente y al río. Será paranoia, pero por si acaso procuro no pisar fuera de los sitios transitados, no vaya a ser que una mina...

Por eso decimos, con Miguel Hernández:

*Tristes guerras
si no es amor la empresa.
Tristes, tristes.*

*Tristes armas
si no son las palabras.
Tristes, tristes.*

*Tristes hombres
si no mueren de amores.
Tristes, tristes.*

Pasa la hora de comer y comienzan a circular camiones con destino a una planta de extracción de áridos que hay más allá. También pasa una furgoneta vendiendo sandías. Al fin y al cabo, no está el sitio tan solo.

Cruzamos de nuevo el pueblo y volvemos a la autopista, que continúa hacia el Este paralela a la frontera con Bosnia. Este tramo de la carretera estuvo interrumpido hasta mayo de 1995, que fue cuando el ejército croata se hizo definitivamente con el control de la zona.

http://es.wikipedia.org/wiki/Guerra_Croata_de_Independencia

100 kilómetros después de Jasenovac nos desviamos hacia Slavonski Brod (peaje, 6,88 €). Entramos en el casco urbano y, sin comerlo ni beberlo, acabamos en lo que parece un atasco vulgar y corriende hasta que nos percatamos de que se trata de la cola del puesto fronterizo para cruzar a Bosanski Brod, en el lado bosnio. Miro a los ocupantes de los vehículos, la mayoría obreros, de aspecto rudo. Me pregunto si participarían en la guerra, o si matarían a alguien, y me estremezco. Nos hacemos un hueco como podemos y volvemos para atrás.

Aparcamos, ahora sí, en pleno centro, en un lugar donde no hay señales de prohibido (aunque, después de la experiencia eslovena, ya no nos fiamos un pelo) y bajamos a reconocer el terreno. No hay turistas. La gente te observa sabiendo perfectamente que eres extranjero, pero cuando devuelves la atención rápidamente esquivan el contacto. Y es que los rastros exteriores de la guerra se borran con facilidad –de hecho, si no fuera por los disparos en la fachada del edificio de correos, o un memorial, se diría que aquí no ha pasado nada-, pero las cicatrices internas son otra cosa.



Slavonski Brod. Agujeros para el recuerdo

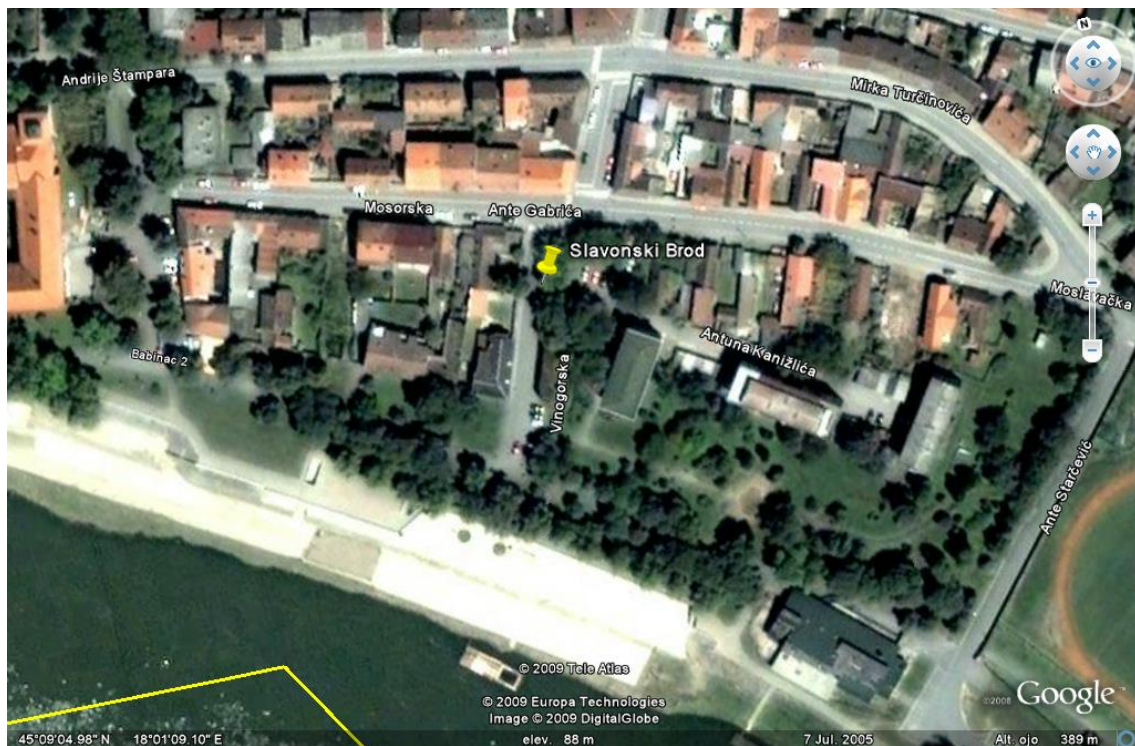


Puente-frontera sobre el río Sava



Aquí Croacia, allí Bosnia-Herzegovina

Sacamos kunas en un cajero y decidimos dar una vuelta más larga. La ciudad no tiene monumentos ni parte vieja (los bombardeos aliados destruyeron el 80 por ciento de los edificios) y la verdad es que no habíamos pensado pernoctar aquí, pero se va haciendo tarde y no es cosa de andar de noche por esas carreteras. Encontramos un lugar bastante céntrico que nos parece apropiado y regresamos a la auto para moverla, pero las direcciones prohibidas nos enredan y al final acabamos al otro extremo de la ciudad, en la zona peatonal que bordea el río. Encontramos entonces un pequeño aparcamiento discreto y arbolado (45° 9'5.96" N 18° 1'8.95" E). Estacionamos aquí la auto y salimos de nuevo. Un tipo de mediana edad nos observa insistentemente, e incluso nos sigue hasta el malecón. Optamos por ignorarle y nos vamos a ver la puesta de sol sobre el Sava. Cuando empiezan a atacarnos los mosquitos regresamos. El tipo ha desaparecido.





Atardece

Es viernes por la noche. Como suele suceder en estos casos, a la hora de llegar está todo muy tranquilo, pero luego se desmadra la cosa: gritos de mastuerzos, coches y más coches, derrapando en las esquinas que da gusto. Debe de ser aprensión, pero juraría que percibo un grado extra de nihilismo, de desesperación vital. Menos mal que nos pilla algo retirados de la calle.

Me encasqueto los tapones y me echo a dormir.

Kilómetros etapa: 356

Kilómetros viaje

Tierra: 2.494

Mar: 700

18 DE JULIO: SLAVONSKI BROD-MONASTERIO DE RAVANICA

Hay tres tipos con cara de perdonavidas que fuman, y mientras fuman escrutan atentamente la autocaravana. Son de mediana edad y visten de civil, pero están cortados por el mismo patrón que nuestro espía de ayer. Al volver del paseo matinal con Chandra he descubierto que lo que parecía un bloque de viviendas era en realidad la sede de la policía fluvial, y nosotros hemos dormido en su parking oficial u oficioso. Pese a la estrecha vigilancia, mantienen la distancia y no se acercan ni dicen nada.



Slavonski Brod in the morning

Nuestro problema ahora es otro, a saber: ayer accedimos al aparcamiento muy bien, pero esta mañana han ido llegando otros coches que han taponado la salida. Existe otra, pero nosotros no la podemos utilizar porque las ramas de los árboles son por ahí muy bajas. La única posibilidad de escapar consiste en franquear un pequeño parterre y salir a la calle, y eso deprisita si no queremos que aparque un coche justo ahí y nos deje definitivamente encerrados con los parapoliciales.

La única pega es el cajetín metálico que protege una boca de riego, y que sobresale del suelo unos diez centímetros. Intento subir a él la rueda derecha, pero ésta

patina contra el metal. No insisto por miedo a reventarla, y a cambio se nos ocurre una idea luminosa: si colocamos ante el neumático uno de nuestros calzos, tal vez consigamos la elevación suficiente como para... Dicho y hecho: en menos que canta un gallo nos hallamos de nuevo en la calle, libres de polvo y paja. Debe de haber un santo patrón de los autocaravanistas que arrima el hombro cada vez que se presentan estos apuros, porque siempre acabamos saliendo con bien.



Bicicleta en la frontera

Aparcamos al lado del río a finiquitar las tareas domésticas que no nos dio tiempo antes. Luego, otra vez *on the road*.

El recorrido previsible sería ahora continuar por la autopista hasta entrar en Serbia, pero lo cierto es que no nos gustan los recorridos previsibles y, además, tenemos la excusa perfecta: el miedo a los peajes. Por testimonios del año pasado sabemos de autocaravanistas a los que les exigieron 60 y hasta 70 euros en las *putarinas* (se llaman así), y no estamos dispuestos a pasar por el aro. Si pudiéramos acceder al país por una frontera que no tuviese autopista, luego podríamos sacar dinero nativo, y de este modo...

Al Norte del mapa se yergue una ciudad cuyo nombre se hizo tristemente famoso en 1991: Vukovar. Para llegar allí hay que recorrer 60 kilómetros por la autopista y luego desviarse a la derecha en Zupanja (peaje 32 kunas-4,5 €). Otro 50 kilómetros hacia el Norte y ya estamos a orillas del Danubio y de la ciudad.

Hoy luce un sol espléndido, imagino que similar al de aquel 25 de agosto de 1991, cuando la artillería serbia comenzó a machacar la ciudad. Fueron tres meses de asedio, y Vukovar se rindió el 18 de noviembre, arrasada casi por completo. Siguieron violaciones y ejecuciones sumarias: en 2005, tres oficiales del ejército yugoslavo fueron juzgados por el Tribunal Penal Internacional y condenados por el asesinato probado de 264 personas, en su mayoría civiles y soldados heridos. Croacia no recuperó el control de la ciudad hasta 1998.

No lo supe hasta hoy, pero el caso es que yo tenía una deuda pendiente con Vukovar desde 1991. Era mi segundo año como docente, y recuerdo cómo, atónito, asistía a través de la televisión al martirio de aquella ciudad desconocida ante la indiferencia de la mal llamada comunidad internacional. No podía hacer nada, claro está, y la impotencia me llevó a incluirla en un dictado para clase, en el que yo me veía caminando por sus calles en ruinas. Recuerdo que comenzaba: *Vukovar estaba deshabitado...* En un momento dado se me ocurrió preguntar a mis alumnos si habían oído hablar de ese sitio, y me respondieron al unísono que no. Me llevé un chasco grande y comprendí, desde la candidez de mis veintiséis años, que el mundo de los niños y los adolescentes es sustancialmente distinto al de los adultos, y que sólo salen de él si la desgracia les golpea directamente en el rostro.

Releo lo anterior y da la sensación de que los serbios son los únicos malos de esta película. Sin embargo, y como sucede siempre, los paganinis fueron los civiles de ambos bandos: al principio de la guerra los croatas fueron las principales víctimas, pero al final fueron casi 400.000 los serbios residentes en Croacia quienes se vieron obligados a abandonar el país.

A diferencia de Slavonski Brod, aquí las huellas de los combates sí que son visibles, al menos en la periferia. Porque el centro, para nuestra sorpresa, se halla de lo más animado. Hay lo que parece un mercadillo, y en la calle principal no damos con sitio para aparcar. Cuando encontramos uno nos parece que estamos tan lejanos del centro, que da palo volver hacia atrás. Es algo que lamento profundamente, porque me hubiera gustado muchísimo pasear por las calles ya restauradas de la ciudad, y asomarme a este balcón del Danubio. En lugar de eso, tengo que conformarme con sacar

fotos a uno de los testigos mudos de la contienda: el depósito del agua, uno de los primeros objetivos de los obuses serbios y que permanece tal y como quedó entonces, tal vez como prueba irrefutable de que las guerras las hacen los ejércitos, pero inexorablemente las pierden los pueblos.



Tendremos todavía dos razones más para lamentar no haber parado en Vukovar: una, el gasoil: todas las estaciones de servicio, tanto las de entrada como la que hay a salida, caen a la izquierda de la calzada. No le damos importancia pues pensamos que ya encontraremos alguna más adelante, pero discurren los kilómetros y no aparece

ningún surtidor. El segundo motivo es el Danubio: en teoría la carretera discurre paralela, pero debe de ir algo alejada, porque no lo vemos ni por el forro. Adelantamos a dos chicas cicloturistas que, presumiblemente, están haciendo el Corredor del Danubio. Las encontramos clavadas en una cuesta arriba, una de las muchas que hay en este tramo. Mira que si pensaban que al tratarse de la ribera de un río el recorrido sería llano...



Una divertida palabra croata: *plin*, que significa gas.

En contraste con el bullicio de Vukovar, los pueblos que cruzamos parecen desiertos, como si no se hubieran recuperado del estropicio bélico. A los 27 kilómetros avistamos por fin el río en Šarengrad. Aparcamos la auto y nos acercamos a la orilla. El curso de agua tiene aquí una anchura de 600 metros. Al otro lado está Serbia, y desde esta diminuta localidad impone todavía más imaginarse el asalto enemigo que desde un sitio grande como es Vukovar.



Gabarra en el Danubio



Calafateo

Hace un calor de espanto. Huele como a chamusquina: investigamos su origen y encontramos a un equipo de la televisión croata filmando la operación de calafateo de una barca. Aparte de ellos, no se ve a mucha más gente. Nos cruzamos con un campesino que conduce su tractor. Saluda ceremoniosamente, y entrevemos un deje de agradecimiento a estos turistas que, con su presencia, ayudan a normalizar las cosas.



Casa destruida en Šarengrad

Volvemos a la auto y continuamos camino. Enseguida llegamos a Ilok, último pueblo de Croacia. Ya vamos pensando que la moneda local nos la vamos a tener que comer con patatas cuando aparece providencialmente una gasolinera, cerquita ya del puesto fronterizo. Echamos hasta la última kuna y seguimos hacia la aduana, que está un poco más allá.

En el lado croata tienen dos carriles. El de la izquierda está indicado para turismos; el de la derecha, para camiones. Nosotros, lógicamente, vamos por el primero pero el tipo de la cabina, con cajas destempladas, nos echa para atrás señalando el carril de los camiones. Para qué discutir: retrocedo y paro detrás del último. Esta cola no se

mueve, los conductores deben de estar en la oficina, cumplimentando trámites. Estoy ya por bajarme a preguntar cuando del edificio sale otro agente de aduanas el cual, al vernos, hace dos cosas: 1) Hacernos señas para que pasemos por el carril de turismos. 2) Pegarle la bronca al colega que nos echó para atrás. Éste, amoscado, no nos para así que pasamos hasta la siguiente cabina, donde estampan en nuestros pasaportes el sello de salida.



Atravesando el Danubio

Estamos cruzando el puente, sobre el inmenso Danubio. La perspectiva del inmediato escrutinio serbio nos hace percibir la situación como irreal. Esta aduana es más modesta. Aquí primero el pasaporte y la docu del vehículo. En especial miran mucho la carta verde, en la que tienen que aparecer las siglas SRB en vez de YU (las cartas verdes expedidas en España me parece que las traen todas; no así las de los vehículos ingleses, que tienen que darse la vuelta o pagar un seguro aparte para poder entrar en el país)

Luego nos hacen orillar y un policía barrigón, con toda la pinta de sheriff del Medio Oeste sube a la auto a echar un vistazo. Baño, armario, garaje... Mira por aquí y por allá, con poco convencimiento. Parece extrañado de encontrarse a dos españoles por aquí. *WHERE DO YOU GO?*, nos espeta de repente. *Istambul, Turkey*, respondo yo. El otro pone cara de póker, pero durante una décima de segundo su expresión parece delatar admiración y sorpresa. Sin mirar nada más, baja de la auto y nos hace gesto de que sigamos.

Qué subidón. No lo podemos creer: ¡Estamos en Serbia! Esto sí que es cruzar el Telón de Acero, el *limes* del recelo y la desconfianza. Ahora sí que entramos en Territorio Comanche, para remate viniendo de un país que ayudó a *los malos* a bombardear Belgrado.

SERBIA

Superficie: 88.361 km²

Población: 11,2 millones

Puesto renta per capita PPA: 76

Moneda oficial: dinar serbio (1 € = 92 dinares)

El precio del gasoil en julio de 2009 era de 1.02 €.

Luces 24 horas: no.

La primera localidad que encontramos tiene nombre curioso: se llama Bačka Palanca. En ella vemos que el paisaje humano cambia bruscamente. No sólo porque todo parece más abandonado que en Croacia, sino porque por primera vez tiene una sensación de haber llegado a un país del Este: lo que vemos –casas, coches, calles– recuerda muchísimo a Polonia. Los letreros en alfabeto cirílico también impresionan lo suyo.

En el centro del pueblo giramos a la derecha por la carretera 7, que va directa a Novi Sad (o Нови Сад, para que el lector se haga una idea). Vamos de nuevo pegados al Danubio, ahora por la orilla izquierda. Hay muy poco tráfico, y 35 kilómetros más tarde estamos entrando en la ciudad.



Iglesia de San Simeón, a la entrada de Novi Sad

Nos dirigimos hacia el centro, buscando la zona de los bancos. Encontramos uno y sacamos 7.000 dinares, cifra que parece enorme, pero que en realidad son sólo 75 euros. Luego tratamos de dar con la salida hacia Belgrado. Y digo tratamos, porque al preguntar a una mujer resulta imposible comunicarse con ella en cualquier idioma conocido. Lo único que nos queda claro es que *p'alante, to p'alante...*

Es cierto que todos los caminos llevan a Roma. O, por lo menos, a Belgrado: si hubiéramos girado hacia el Norte habríamos dado con la E 75, que se transforma en autopista a la altura de Novi Sad. En lugar de eso, cruzamos de nuevo el Danubio y, tras unas cuantas vueltas y revueltas, enfilamos una carretera de tercer orden. Ha pasado de sobra la hora de comer, y estamos agotados y muertos de calor. Por fin aparece un amplio apartadero al lado de la carretera con fuente incorporada, y allí nos metemos. Aunque queremos coger agua, dejamos libre la zona aneja a la fuente, y hacemos bien porque el sitio tiene un movimiento que no veas: gente y más gente que para a llenar botellas y garrafas.

Tras la comida y pequeño descanso, saco los cubos y me pongo manos a la obra. Para hacer llevadera la operación, cuando de fuentes se trata, tengo una bomba de

inmersión de 12 voltios que conecto desde el interior de la auto. La coloco dentro de un cubo, introduzco la goma por la boca del depósito y con el otro voy trayendo agua. La pega es que hacen falta dos personas, pues en ocasiones la bomba absorbe el agua más rápidamente de que tarda en llegar el cubo de refresco. Calculando que cada recipiente hace unos 8 litros, la media de viajes que me toca hacer suele ser de diez –a veces alguno más, pues con la calorina el enfriador chupa agua que no veas.

Sin embargo, esta tediosa tarea me sirve para tratar con la población local. En contra de lo esperado, las personas con las que me encuentro se muestran agradables y simpáticas, y eso que la conversación es limitada de narices. Alguno me pregunta que de dónde venimos. Recuerdo especialmente al conductor de un camión enorme que paró para hacer la *toilette* a su vehículo. Tras intercambiar todo tipo de finezas y cortesías, y *te-cedo-el-grifo-porque-eres-turista* el hombre, se sube a la cabina pero no se marcha: al parecer, su mayor curiosidad era saber cuántos litros de agua era capaz de embuchar nuestra autocar.

Seguimos por nuestra carreterilla, que ahora se vuelve un poco de montaña. Hasta que llegamos a la localidad de Beška. Pasada ésta podemos por fin enlazar con la ansiada E 75. Sorpresivamente, no hay nadie en la garita de peaje ni posibilidad de sacar ticket.

Por la derecha se acerca –y en pocos minutos se nos echa encima- una señora tormenta. Claro, tantísimo calor tenía que terminar así. Es tal la oscuridad que parece que va a hacerse de noche, y eso que sólo es media tarde. Enseguida llegamos a la entrada de Belgrado y a la *putarina*. La chica de la taquilla, bastante desabrida, pretende que a estas alturas hayamos aprendido ya los números en serbio. Como es lógico, no la entiendo, y además no hay por ninguna parte panel luminoso que te dé una pista. Bego desbloquea la situación preguntándole que si en inglés. Vaya, ahora resulta que la putarinera sí conoce ese idioma. Entonces toca escandalizarse: 710 dinares (7,5 euros) por unos 40 kilómetros. Claro, por eso te dejan entrar libremente en Beška, para cobrarte el tramo completo (caro, anyway).

Cuando entramos en Belgrado ha escampado la tormenta. No se despeja por completo, pero es como si volviera a hacerse de día. Por lo que respecta a la autopista, ésta efectúa un quiebro de 90 grados no apto para cardiacos y 2 kilómetros después se une a la E 70, que sería la que hubiéramos traído de haber venido directamente desde Slavonski Brod. Cruzamos primero los polígonos industriales y luego, a través del

puente Gazela, volamos sobre nuestro querido río Sava, que nos ha acompañado desde las montañas de Eslovenia y que entrega aquí su caudal al Padre Danubio.



Foto bajada de Wikipedia, obviamente. Todo lo que se ve es el río Sava. El puente Gazela es el primero.

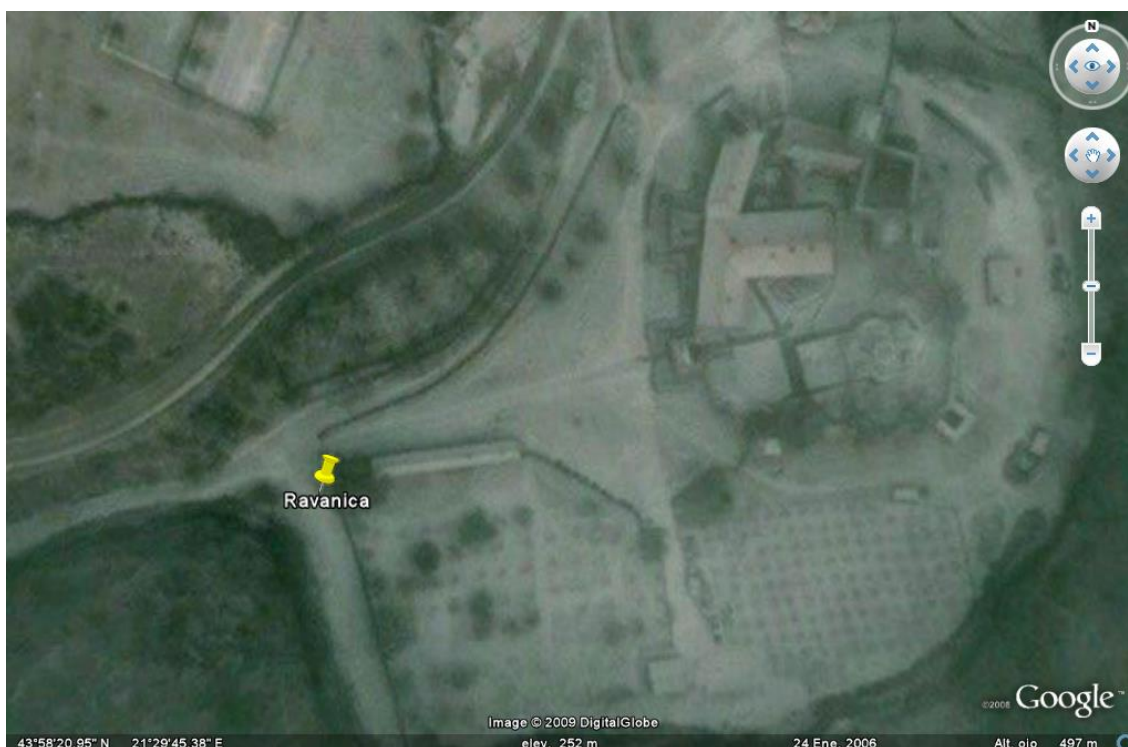
Belgrado. Si increíble me parecía esta mañana hallarme en Serbia, más aun lo es conducir por esta ciudad. Belgrado suena a Guerra Fría, a agentes secretos, a película de espías. Belgrado es o fue la cara oculta de la Luna, tan inalcanzable como el Cabo de Hornos o Vladivostok. Y ahora lo estamos cruzando sin salirnos, afortunadamente, de la autopista. Y digo lo de afortunados por la sensación de extrema dureza que nos transmite la ciudad y su millón y medio largo de gentes que la habitan. Pasamos al lado de barrios auténticamente chabolistas. Suciedad, humo y un tráfico literalmente salvaje (muchísimos coches hacen zigzag entre los distintos carriles, y en varias ocasiones incluso nos adelantan por el arcén).

Habíamos descartado casi desde el principio Belgrado para dormir. Al parecer existe una especie de camping o área gestionado por el caravaning club local, pero a tenor de lo relatado por Abueletes y sus encontronazos con la policía local, tenemos

claro que seguimos adelante. La ciudad es bastante extensa (25 kilómetros de longitud, sumando los suburbios), pero la *fluidéz* del tráfico es tal que cuando queremos darnos cuenta estamos ya fuera.

Nueva sección de peaje, donde (esta vez sí) podemos coger ticket. La autopista se ve bastante bien. No hay mucho tráfico salvo los inevitables coches de emigrantes (¿dónde pararán? ¿Dormirán por la noche?). A lo largo de la carretera aparecen continuamente carteles anunciando monasterios ortodoxos. Si los Abueletes durmieron en uno ¿por qué nosotros no? A 140 kilómetros de Belgrado está el de Ravanica. Aunque está cayendo la tarde, la distancia nos parece factible, y decidimos probar. Es ya casi de noche cuando, en Cuprija, abandonamos la autopista (1.370 dinares-14,7 euros) y cruzamos sobre ésta en dirección a Senje, a 7 kilómetros. Dos más allá, pasado este pueblo, encontramos el monasterio. (43°58'20.10"N 21°29'42.55"E)

<http://en.wikipedia.org/wiki/Ravanica>



En un principio aparcamos al lado de la carretera, junto a una casa que debe de ser de los guardeses, pues no han pasado ni dos minutos cuando salen de ella un matrimonio joven con un crío. Aunque ya no se ve un pijo, procuramos al menos que se cercioren de que somos gente normal y corriente y no facinerosos. Salimos con Chandra

a reconocer el terreno y ellos nos siguen, en teoría dando un paseo. Luego regresan a la vivienda.

Bajamos hasta el monasterio y concluimos que el mejor lugar posible de pernocta es a la puerta de éste. Así que volvemos a la auto y la movemos al lugar en cuestión. En contraste con la ruidosísima noche anterior, a siglos luz de distancia, hoy no se oye más que viento y el rumor de un arroyo.

Kilómetros etapa: 423

Kilómetros viaje

Tierra: 2.917

Mar: 700

19 DE JULIO: MONASTERIO DE RAVANICA-POPOVITSA

Ha llovido durante la noche y aún lo hace a ratos por la mañana, pero lluvia liviana al fin y al cabo.

Es domingo, y hay coches aparcados a la puerta del monasterio. Dejamos a Chandra en la auto y traspasamos la verja. De lo que fue antaño un grandioso cenobio tan sólo quedan ruinas; normal si pensamos que fue saqueado y arrasado en al menos seis ocasiones. En medio de ellas se levanta un edificio nuevo, destinado a alojamiento. Lo que sí se conserva, en cambio, es la pequeña iglesia ortodoxa. Tiene la puerta abierta, y desde fuera se oye canturrear al sacerdote.



Ravanica



Ravanica

Nos acercamos a echar un vistazo. No tenemos intención alguna de inmiscuirnos en ritos religiosos ajenos pero, a poco que nos aproximamos, una anciana vestida de negro se asoma a la puerta y nos hace señas para que entremos. Va totalmente cubierta, y sólo es visible su rostro, rematado por un tocado cónico similar al de los popes.

Entramos en una especie de antesala y dejamos que nuestros ojos se acostumbren a la difusa luz. Arrimada a una pared distingo una figura. De tan inmóvil que está la tomo por un maniquí, hasta que me doy cuenta de que se trata de otra monja, ésta mucho más joven.

La madre superiora –pues de ella se trata, aparentemente- indica a Bego que la siga, y le entrega un gran pañuelo. Bego se lo va a poner en la cabeza, pero la otra deniega. Se lo baja a los hombros y la monja, con el gesto de infinita paciencia de quien adiestra a una novicia, sigue meneando la cabeza. Hasta que por fin queda claro que es un lienzo para tapar... los pantalones (largos); para el pelo dispone de otro airoso pañuelo floreado.

A continuación pasamos a la zona de culto. Hay allí una docena de personas, de las que tres o cuatro son monjas. Hombres, a la derecha; mujeres, a la izquierda. No hay bancos ni nada que se le parezca, la ceremonia se aguanta a pie firme lo cual, teniendo en cuenta que dura al menos hora y media, tiene su mérito. El cura viste casulla dorada y una especie de corona, y oficia desde la puerta de un cubículo separado del restol, unas veces de cara al público y otras hacia la pared, salmodiando todo el rato. Sólo en ocasiones los fieles contribuyen al canto. Es todo tan medieval, tan deliciosamente anacrónico que, la verdad, no estaba hoy yo preparado para una experiencia semejante.

Miro a las mujeres del otro lado. Lo cierto es que cuesta distinguir a mi Bego, pues de tan mimetizada parece una campesina moldava o ucraniana. La madre superiora la ha tomado bajo su tutela, y le explica cosas que, por supuesto, mi chica no comprende. Luego viene a por mí y me lleva hasta una urna de cristal en la que conservan unas reliquias óseas. La Madre señala alternativamente a la urna y a una figura del altar, de lo que deduzco que deben de ser los restos de algún santo varón. De vuelta a casa y consultada la Wikipedia, me entero de que se trata del Príncipe Lázaro, rey y santo -por este orden-, canonizado en su día por la iglesia ortodoxa serbia.

http://en.wikipedia.org/wiki/Prince_Lazar

Bego aprovecha y se reúne conmigo junto a la urna. Hay allí una bandeja para donativos. Decidimos dejar algo. Sin ser gran cosa, es el billete más grande de todos (quizá recogen los de más valor, para evitar innecesarias tentaciones en la Casa de Dios.)

Por hoy creo que hemos tenido bastante. Salimos sin esperar a que el pope dé por concluida la faena. Afuera continúa el sirimiri. Sacamos unas cuantas fotos y regresamos a la auto.

Desandamos el camino que trajimos ayer hasta Cuprija. 80 kilómetros de autopista y llegamos a Niš. Aquí pagamos el último peaje serbio, 810 dinares (8,7 euros). La verdad es que temía muchísimo este momento por si intentaban estafarnos, aunque sea más difícil al disponer de moneda local. Además, en las cabinas (al menos en algunas) hay carteles bien visibles con los diferentes importes y su equivalencia en euros, un intento de poner coto a los innumerables abusos.



El serbio es muy fácil. Dice: *El tabaco es buenísimo para su salud y la de los que le rodean.*

En Niš toca desviarse a la izquierda por la E 80, la carretera que lleva a Bulgaria y que es sólo de dos carriles. Por suerte no hay que cruzar la ciudad, que se halla circunvalada. A continuación nos internamos en el cañón de Sicevo, agreste, estrecho y espectacular, con numerosos túneles. La lluvia cesó hace rato, y ha salido el sol.

Escarmentados por la experiencia de Vukovar, paro en la primera gasolinera que encuentro y fundo en gasoil los 4.010 dinares que nos quedan y que parece mucho, pero que son 44 modestos euros. El *tráfico emigrante*, que pasa desapercibido en la autopista, presiona aquí con toda su crudeza, y somos víctimas de varios adelantamientos cuando menos equívocos (equívocos porque a lo peor ha calculado mal la distancia, y tenemos alguna).

Desde Niš hasta la frontera búlgara hay 108 kilómetros que mejor o peor hacemos. Una descomunal fila de camiones anuncia que el puesto fronterizo se halla próximo. Los serbios nos dejan salir sin problemas. En cuanto a la aduana búlgara, como nos pasará en alguna otra ocasión durante el viaje, se halla en medio de una cuesta arriba, con lo que parar, esperar a que la cola avance, arrancar, sacar el freno de mano y procurar que un vehículo tan pesado como el nuestro no se vaya para atrás resulta todo un poema.

Finalmente nos aproximamos a la línea de garitas, y entonces vislumbramos el problema que se nos avecina, encarnado en un letrero que dice: WELCOME TO BULGARIA. Dicho cartel invade la zona de paso a una altura que no molesta a los turistas, pero sí a nosotros *que-no-somos-ni-coche-ni-camión*. Vamos, que si sigo por donde está indicado me lo llevo por delante con el subsiguiente estropicio. Trato de alejarme, pero entonces corro el riesgo de colisionar con los coches de la garita opuesta. El funcionario que nos toca se percata de la situación y sale del cubículo a pedirnos los pasaportes. Los sella y pide que abramos la puerta del habitáculo. Sube, echa un somero vistazo y baja de nuevo. Es la mar de serio, pero resuelve la situación con eficacia: da una voz al todoterreno de la fila paralela para que no avance más y nos deje pasar. Y así entramos en Bulgaria como dos reyes, por todo el centro de la calzada.



La cola del super

BULGARIA

Superficie: 110.994 km²

Población: 7,32 millones

Puesto renta per capita PPA: 63

Moneda oficial:leva (1 € = 1,9 levas)

Precio del gasoil en julio de 2009: 0.95 €

Luces 24 horas: no

Viñeta en autopista: sí.

Hora oficial: Una más que en España.

Al otro lado de la aduana hay un batiburrillo de coches descomunal. Trato de estacionar para comprar la viñeta, pero un policía me pita para que siga. Un poco más adelante encontramos *vendedores ambulantes* de las susodichas pegatinas. Increíblemente, ninguno habla ni dos palabras en inglés. Por fin damos con uno que chamulla algo. Pregunta que para cuánto tiempo la queremos, responde Bego que para

dos días. El otro replica que de éstas no tiene, que la compremos en la primera gasolinera.

Seguimos camino un tanto intranquilos, pues venimos de sobra advertidos de la policía búlgara va a la caza del turista que cometa la más mínima infracción, como por ejemplo no llevar viñeta o rebasar los límites de velocidad: después de la frontera viene un tramo larguísimo con señales de prohibido a más de 50. La carretera es muy buena y no existe razón aparente para tal limitación, como no sea sanear las arcas públicas y el bolsillo particular de algunos agentes. Aquí multaron en junio a un compañero de Castelldefels que, por cierto, no acostumbra a conducir a más de 90 kilómetros a la hora. La gente parece que se lo sabe, porque vamos todos juntitos en caravana, salvo algún que otro impaciente que adelanta saltándose la continua.

Salimos de la zona peligrosa sin haber visto controles. Decidimos entrar en el primer pueblo para ver si podemos sacar moneda local.

El sitio en cuestión se llama Dragoman, y supera todas nuestras expectativas en sentido negativo: no hay centro comercial, ni tiendas, ni nada que se le parezca. Callejeando llegamos hasta unos bloques de viviendas que se supone son el centro, y quedamos impactados por la visión de suciedad y sobre todo de abandono: parece que la guerra la hubieran pasado éstos, y no sus vecinos serbios.

Como suele ocurrir en estos casos, acabamos en un callejón sin salida. Un barrio con esta pinta en España sería un lugar peligrosísimo, pero la gente que nos mira da sensación tranquilizadora, y hasta nos ayudan a dar la vuelta y todo.

Deprimidos por lo visto, volvemos a la carretera. Como no hay señales de ningún tipo, salimos por donde entramos. Me doy cuenta demasiado tarde de que esto es una vía de salida de la carretera y de sentido único, y que por tanto ¡voy por dirección prohibida! Por suerte no viene nadie ahora, pero como el carril forma un ángulo con la carretera de treinta grados, me veo forzado a hacer una peligrosa incorporación invadiendo la calzada contraria al girar, y rezando a un tiempo para que no venga nadie demasiado lanzado y que no haya ningún poli a la vista, pues se relamería de gusto.

Nos recuperamos antes del susto automovilístico que del de Dragoman. Menuda puerta de entrada al país. ¿Será todo así? Seguimos sin moneda y sin viñeta. Para solventar al menos lo segundo entramos en, como nos dijo el tipo, la primera gasolinera. Más problemas de comunicación: Bego pide una viñeta para dos días y le venden dos... de una semana. Me toca a mí ir a reclamar. Pienso que se trata de un timo vulgar y

corriente y voy con escasa convicción. El chaval no pone muy buena cara, pero para mi sorpresa y pese a estar validada me devuelve los 6 euros que cuesta una de ellas.

Una vez viñeteados, nos hallamos en condiciones de entrar en Sofía –o София, en alfabeto local-, a menos de 30 kilómetros. Pero lo primero es lo primero, y lo que toca ahora es comer. En las afueras de la capital encontramos un hipermercado de la cadena METRO con un amplio parking estupendo para comer y descansar, y para allá enfilamos. Nos llama la atención que el recinto no sólo esté vallado, sino que la puerta disponga de garita con su guardia dentro.

Mientras Bego prepara la comida, me voy de descubierta. En el aparcamiento se sopla un viento del carajo. Toca seguir el protocolo ya ensayado otras veces: a) Buscar un cajero b) Comprar alguna cosilla de comer. La primera premisa se cumple satisfactoriamente. En cuanto a la segunda... Entro en la kilométrica sala de ventas y reparo en que se asemeja más a un almacén que a un hiper. Experimento un *déjà vu*; miro en el baúl de la memoria cuándo he vivido una situación similar, y al final me acuerdo, fue en 2006 el día que llegamos a Budapest: paramos en un hiper de esta misma cadena, sacamos dinero, llenamos nuestro carrito y, cuando fuimos a pagar, nos pedían una tarjeta. Yo le daba a la cajera la mía de crédito, pero ella se reía y decía que no con la cabeza. Por suerte se apiadó de nosotros y autorizó nuestra compra pasando su propia tarjeta. De este modo dedujimos que para ser cliente de los establecimientos de esta marca era necesario poseer una especie de cuenta de socio. Al encontrar el mismo sistema tanto en Hungría como en Bulgaria aventuro que debe ser una pervivencia de los antiguos economatos socialistas.

Por si aún no lo tuviera claro, encima de las cajas veo unos carteles de los que, pese a estar en cirílico, se puede deducir que sin la tarjetita no hay compra. Así que dejo lo que he cogido (realmente no necesitamos nada con urgencia) y vuelvo por donde he entrado. Pero también en esto difieren las costumbres de España: al intentar salir, una empleada me dice (en inglés) que tengo que ir por la línea de cajas.

Vuelvo a la auto con mis levas intactas en el bolsillo y la extraña sensación de no haber podido consumir el fundamentalísimo *derecho* a consumir.



Poblado chabolista a la entrada de Sofía



Algo que también veremos en Turquía: semáforos con cronómetro



Sofía capital

Hora y media más tarde estamos otra vez en camino. No queremos pasar de largo sin visitar Sofía, pero nos intimida la cantidad de rateros revientacoches que pululan por la ciudad -reconocido incluso en web oficiales de turismo-. Para acabar de arreglar las cosas, pasamos junto a un poblado chabolista al lado mismo de la carretera: niños sucios y harapientos aprovechan el semáforo en rojo para adherirse a la auto y tratar de sacarte un euro.

Otro peligro de esta ciudad son los atracos perpetrados por los vigilantes de los parkings (que pregunten a los Abueletes). Al ser domingo por la tarde no parece que cobren, pero por el mismo motivo no queremos dejar la auto desamparada. Se nos ha ocurrido que podemos ir con ella hasta la plaza de la catedral Alejandro Nevski, donde he visto por Google Earth que hay mucho sitio para estacionar, y dar una vuelta a pie.



La catedral inencontrada

Una vez en el centro surge un problema con el que no contábamos, y es que Sofía carece por completo de señalización turística, los clásicos carteles marrones que hay por todas partes y que te orientan mínimamente. ¡Qué fáciles se ven las cosas desde el aire y qué difíciles se vuelven cuando estás a ras de tierra! El tráfico, por añadidura, me hace ir con siete ojos. Damos vueltas y más vueltas, y no encontramos indicio ninguno de la plaza ni del dichoso monumento, y eso que sus cúpulas doradas deben de verse a kilómetros. Nos tenemos que conformar con una foto de la otra catedral, la de Sveta-Nedelya, y eso sin bajarnos de la auto.



Catedral de Sveta-Nedelya

Circulamos por las avenidas principales, pues no me atrevo a callejear por sitios estrechos, hasta que empezamos a desanimarnos. La agria discusión con un energúmeno del volante acaba por decidirnos: nos vamos, ya volveremos a Sofía cuando se gasten algo en señales.

Salir de la ciudad, pese a nuestros temores, se hace bastante fácil. En el vial de enlace con la autopista, suficientemente escondido para que no lo veas pero estupendamente situado para comprobar si llevas la viñeta, aguarda un policía. No nos para, pero tenemos la guasa de detenernos nosotros para preguntarle si por allí se va a Plovdiv.



La salida

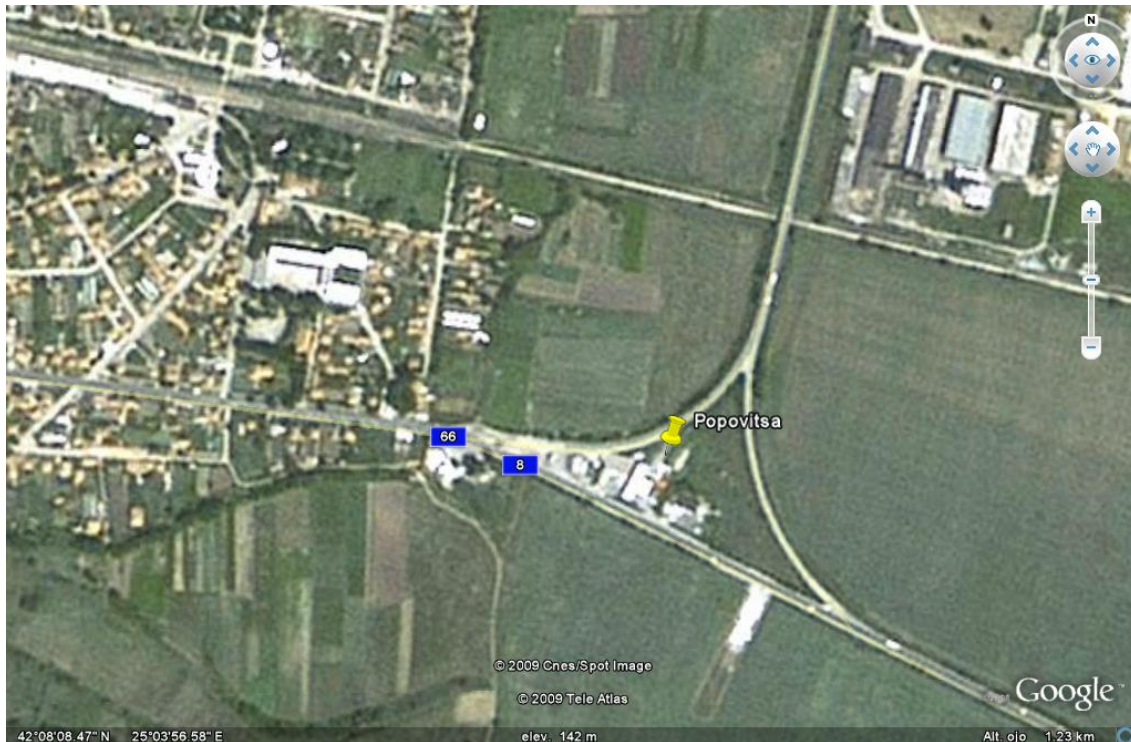


Atardecer en la autopista

Desde las afueras de Sofia hasta esa ciudad hay 135 kilómetros que se recorren con facilidad. Cae la tarde y andamos meditando dónde podríamos quedarnos. Tenemos noticias de un camping-área cerca de la frontera turca, pero está claro que está fuera de nuestro alcance. Resolvemos tirar millas, y ya se verá.

Al llegar a Plovdiv la autopista se acaba. Mejor dicho: no está terminada, y las señales envían por la carretera nacional. A la luz de los faros (ya es noche cerrada) vemos los primeros indicadores anunciando Estambul, y nos parece de lo más exótico hallarnos tan cerca de alcanzar esta mítica ciudad por tierra.

La carretera es estrecha, pobremente señalizada y con bastante tráfico pesado (cuesta creerlo, pero todos los camiones que van para Turquía circulan por aquí). Yo voy más o menos tranquilo pero Bego, recordando la tarde infausta del verano pasado en que salimos de Cracovia, no las tiene todas consigo. Lo que está claro es que a estas horas no podemos aspirar a otra cosa que no sea un aparcamiento de TIR, o quizá alguna gasolinera. Pasamos varias cerradas o muy cutres hasta que, al cruzar el pueblo de Popovitsa, 30 kilómetros después de abandonar la autopista, divisamos una tan iluminada y tan limpia que es como si se nos abrieran las puertas del paraíso (42° 8'5.56" N 25° 4'0.97" E). Entro. Echo gasoil, y pregunto al chico si podemos aparcar por allí. Responde que sí. Temo que no me haya entendido, e insisto en que es para dormir. No pone pegas, al contrario, y me sugiere el espacio que hay junto a la cafetería, que no cierra en toda la noche.



Más contentos que unas pascuas procedemos a la maniobra de aposentamiento. Estamos contentos, porque mientras fuera reina la negra noche nosotros vamos a poder descansar en un sitio concurrido y seguro. Bien es cierto que molesta algo el ruido de la gente que entra y sale del local, y que huele a rayos cuando limpian la plancha del restaurante, pero todo sea para bien. Además, consigo pillar con el portátil la wifi de la gasolinera, y eso significa mirar el correo, leer la prensa española, revisar la predicción del tiempo, ver desde el satélite dónde narices estamos y –lo más importante- entrar en el foro de AC Pasión

<http://www.acpasion.net/foro/index.php>

para contar a los compañeros nuestras penúltimas aventuras.

Kilómetros etapa: 440

Kilómetros viaje

Tierra: 3.357

Mar: 700

20 DE JULIO: POPOVITSA-ESTAMBUL

Amanece en Bulgaria. El día aparece soleado, y promete calor. Antes de irnos doy una vuelta por la gasolinera. Me doy cuenta de que, si hacemos caso estricto a lo que mandan las señales, sería del todo imposible salir hacia donde vamos, a no ser que hagamos alguna *pirula*. La cartelería de tráfico búlgara merece un capítulo aparte por lo indefinido: por ejemplo, aparece un límite de 60 pero después no hay nada que indique que dicha restricción ha terminado, con lo que la extensión de la misma queda a criterio del conductor. Si acierta bien, y si se equivoca ahí están los radares con sus guardias esperando cazar al incauto. De modo que se conduce con mucha incertidumbre.

Retomamos la carretera 8 (E 80) en dirección a Haskovo. Los 85 kilómetros que median entre Popovitsa y Harmanli son, con diferencia, lo peor que hemos hecho hasta ahora: baches, bultos, grietas en la calzada... En una curva incluso me encuentro con que falta la rejilla de hierro de un sumidero de pluviales; sólo con que me hubiera arrimado un poco más sospecho que éste hubiera sido el fin del viaje. Además, se cruzan un montón de pueblos que ni siquiera vienen en el mapa pero que ralentizan considerablemente la marcha. En todos ellos, también en las gasolineras, venden quesos, anunciados de tal manera que parecen neumáticos de coche (será por si pinchas y no llevas rueda de repuesto.) Aunque lo más surrealista de todo son los letreros que, de cuando en cuando, recuerdan la obligatoriedad de la viñeta (¿¡Viñeta aquí!? ¿En este camino de cabras?)

Ayer no pudimos comprar comida, y hoy nos gustaría aligerarnos de las levas sobrantes antes de pasar a Turquía. Al cruzar Harmanli albergamos la esperanza de pasar frente a algún super, pero nuestras esperanzas se ven defraudadas. Uno de los indicadores que mejor mide el poder adquisitivo de un país es la presencia o ausencia de grandes o medianas superficies, y realmente aquí hay poquísimas.



Rebaño de cigüeñas



Dejamos atrás Harmanli y cruzamos el río Maritsa. Vamos muy contentos porque según el mapa aquí se reanuda la inacabada autopista. Pero si el mapa lleva razón, la realidad no: existe autopista, sí, pero sólo a cachos. Y no porque esté en obras sino porque éstas se hallan, lisa y llanamente, abandonadas. Entonces me acuerdo del chiste aquél de cuando el ministro español de Fomento viaja a Alemania y se entrevista con su homólogo de ese país:

- *¿Cómo puedes ser dueño de esta casa con el sueldo que tienes? – le pregunta.*

- *¿Ves esa carretera? – el alemán abre la ventana y señala una próxima a su casa.*

- *Sí, la veo – responde el ministro español.*

- *Pues... ¡toma comisión! – exclama el otro, haciendo con los dedos el signo universal del dinero.*

Un año más tarde, el ministro alemán devuelve la visita. Para su sorpresa, la casa del ministro español era aun más fastuosa que la suya.

- *¡Vaya pedazo casa que te has montado! ¿Cómo la has podido pagar?*

- *Muy sencillo -el español abre una ventana, y señala a un territorio lleno de hierbajos.- ¿Ves esa carretera?*

- *Pues no, no la veo. -responde el alemán con cierta confusión.*

- *Claro que no la ves ¿Para qué voy a cobrar una comisión si puedo me llevar la carretera entera?*



Intropista-extropista

Algo así ha debido de ocurrir en Bulgaria, sólo que elevado a la enésima potencia (de hecho, la corrupción institucional era uno de los principales escollos para el ingreso de este país en la UE). Imagino, además, que si el presupuesto anterior se ha *volatilizado* ahora toparán con serias dificultades para financiarla con fondos europeos.

A través de este monumento a la inepticia y el egoísmo humanos nos aproximamos a Kapıkule, que así se llama el puesto fronterizo, buscando, como siempre, una estación de servicio donde llenar. No sólo por desprendernos de las levas, sino porque en Turquía el gasoil es considerablemente más caro. Por fin, a escasos metros de la divisoria, encontramos media docena de ellas. Al final lo que hago, en vez de echar las levas, es pagar el gasoil con tarjeta y gastarme éstas en agua mineral y botellas de cerveza de medio litro. No deben de tener buenas marcas por aquí, porque son todas alemanas, checas y austriacas.



Última factura búlgara

Con la reserva de líquidos vitales a tope, seguimos hasta la aduana. En la búlgara no queda muy claro por dónde hay que tirar, así que seguimos a dos coches pero que deben ser de empleados, porque un policía nos grita desde una taquilla: hemos tirado por la entrada a Bulgaria en lugar de por la salida. Toca marcha atrás.

Lo cierto es que a esta frontera, la última del rompecabezas balcánico, no las traemos todas consigo: en primer lugar, por las interminables colas que se forman; en segundo, por el miedo a quedarnos prácticamente atorados, como le pasó a Correkkminos, o por incidentes bastante más desagradables (lo siento, Abueletes, pero

las partes más difíciles de vuestra historia son las que mejor se me quedaron, será instinto de supervivencia). Aparte del miedo, venimos armados de paciencia y con toda la prevención del mundo a cuestas, y lo que ocurre es que tenemos suerte: apenas hay nadie en el lado turco, y en veinte minutos despachamos todas las formalidades: Primero, los pasaportes. Una vez sellados, uno de nosotros tiene que ir a la cabina más lejana de todas a comprar el visado de entrada. Son 15 euros por cabeza, y huelo a chanchullo. ¿No valía 10 el año pasado? Sin embargo, en el sello que nos han puesto se ve bien clarita la nueva tarifa: los muy mirmidones la han subido un cincuenta por ciento de un año para otro, no está mal.

El segundo paso son los papeles del camión: pasaporte del conductor, carnet de conducir, ficha del vehículo y la famosa carta verde. No problema, para adelante. Lo que viene ahora demuestra que los turcos están a la última, y que además han visto muchas películas de agentes secretos: detienes tu vehículo ante una ventanilla en la que tienen instalada una cámara. Pero no de las corrientes sino una de infrarrojos que rastrea el vehículo para comprobar si en él viajan más personas de las que dicen ir. Deben detectar la emanación térmica de Chandra, pero les debe de parecer muy pequeña para que corresponda a un insurgente kurdo.



TURQUIA

Superficie: 780.580 km² (una vez y media la de España)

Población: 75,51 millones

Puesto renta per capita PPA: 63 (mejor situada que Serbia y Bulgaria)

Moneda oficial: lira turca (1 € = 2,2 liras)

El precio del gasoil en julio de 2009 era de 1,25 €, el más caro de todo el viaje.

Hora oficial: Una más que en España.

Viñeta en autopista: no.

Luces 24 horas: no.

Un gigante, como se ve, en tamaño y habitantes, y plagado de increíbles contradicciones, pero de momento quedo con la expresión que puede leerse a la entrada del país y que gratamente resonará en nuestros oídos a lo largo de las próximas semanas: *Hoş geldiniz*. Bienvenidos.

Comparado con lo que acabamos de dejar atrás, la carretera de Edirne nos parece un camino de rosas. Apenas son 20 kilómetros desde la frontera, y cuando nos damos cuenta estamos a la vista de los cuatro minaretes de la Selimiye Camii, que con su magia te teletransportan a las Mil y una Noches. Miden 70, 9 metros cada uno, los más altos de todo el país.



Edirne, la antigua Adrianópolis, es puerta de entrada a Turquía y en cierto modo símbolo de la misma, que tiene un pie en Europa y otro en Asia. Enseguida absorbemos el impacto de todo lo nuevo: edificios, costumbres, personas... Y, por encima de todo, su idioma, tan distinto a cualquier otro que conozcamos, y que se nos hará irremediabilmente familiar en las semanas por venir. Por suerte para nosotros, hace ya casi un siglo que se escribe en alfabeto latino (antes era con caracteres árabes) y con una transcripción bastante fonética, de manera que cuando aprendes una palabra casi todo el mundo te entiende.

La lengua turca posee expresiones curiosas. Por ejemplo, ahora mismo circulamos por la Edirne-Kapikule karayolu. *Yolu* significa camino, y *kara* es negro. O sea, camino negro. O, lo que es lo mismo, carretera.

No es nuestra primera vez en Turquía, estuvimos aquí en las Navidades de 1998. Fueron doce días repartidos entre Estambul, Capadocia y la costa mediterránea, con todas las limitaciones inherentes a un viaje organizado, pero en el que pudimos asimilar algunas de las claves que nos van a venir estupendamente ahora.



Edirne. Escena de calle

Desde ese año ha habido algunos cambios, por ejemplo la moneda. Se llama lira turca, como antes, pero su valor es completamente distinto: hace diez años estaba tan devaluada que los ceros se salían de los billetes. Recuerdo que nos aconsejaron no cambiar todo el dinero de golpe sino un poco cada día También me acuerdo de las largas colas de gente frente a las oficinas de cambio comprando dólares (el euro era aún una entelequia) para evitar que sus ahorros se convirtieran en papeles sin valor.

Yo interpreté esta feroz pérdida de valor de la divisa como el augurio de una inminente catástrofe económica similar a la acaecida posteriormente en Argentina. Sin embargo, nada de eso ocurrió. Simplemente en 2005 adoptaron una nueva moneda y, para no amargarse la vida con complicados cálculos, establecieron que una lira de ahora equivaliera a un millón de las antiguas. En el transcurso del actual viaje y en un par de ocasiones, al preguntar algún precio, pretendieron gastarnos bromas diciéndolo en millones, pero nosotros no nos inmutábamos, que veníamos ya de vuelta.



Selimiye Camii



Bazar de la mezquita

Centro de Edirne. Como no localizamos sitio evidente para aparcar, nos alejamos un poco del centro. Desconocemos los parámetros locales para evaluar si un lugar es seguro o no, así que estacionamos delante de un pequeño bloque de viviendas de aspecto bastante decente. Además, observo a la gente que pasa por la calle; nadie parece prestarnos la más mínima atención, y eso es pero que muy bueno.

Desandamos los cientos de metros que nos hemos alejado de la calle principal. Asumimos que al venir con Chandra tendremos limitaciones para entrar en edificios, pero no es algo que nos preocupe especialmente. Además, lo que más nos gusta de las ciudades es patearlas y mezclarnos con la gente y sus peculiaridades, con sus historias grandes o mínimas. Se aprende mucho de un país simplemente caminando por el gran teatro urbano.



Patio



Patio



Fuente de las abluciones

Llegamos a la puerta de la Selimiye Camii. Bego y Chandra se quedan fuera, yo voy para adentro. Lo primero que cruzo es una especie de mercado cubierto formado por dos calles que se cruzan perpendicularmente. Me entero por la guía de que este bazar tiene cuatrocientos años y que pertenece a la mezquita, la cual se sostiene con los beneficios derivados de la venta. Resulta curiosa esa mescolanza religioso-comercial que volveremos a encontrar en otros lugares de Turquía.

No sé muy bien por dónde meterme, así que sigo a la gente que sube por una escalera semiescondida. Salgo así al patio principal, que me traslada instantáneamente a la mezquita de Saladino en El Cairo. Aquí está la fuente de las abluciones, siempre me ha fascinado eso de lavarse primero antes de rezar.

Me descalzo y entro en el edificio. Todavía no he mencionado lo que flipo con las mezquitas turcas. Primero, por ser todas copia de Santa Sofía. El hecho de que cuando los turcos tomaron Constantinopla no sólo no destruyeran el principal templo sino que lo calcaran a la hora de construir los suyos dice mucho de este pueblo procedente de las estepas de Asia Central, teóricamente muy bárbaro. En segundo lugar, me gustan por lo diáfano de su arquitectura y la sobriedad de su decoración: cabe tanto espacio y tanta altura debajo de sus airosas cúpulas que es como si te encontraras dentro y a la vez fuera, en una amalgama interior-exterior sugerente y evocadora. La tercera cosa que me complace de las mezquitas en Turquía es que se permite el acceso a los *infieles*, algo que realmente sucede en poquísimos países musulmanes.



Interior de la mezquita



Interior de la mezquita

Me quedaría mucho más tiempo, pero me esperan. Al volver paro en una de las tiendas y compro un par de medallones con el nombre de Alá en árabe: siempre me ha gustado esa estilizada caligrafía que, más que escribir, parece que dibuja.



La enorme cúpula

Salgo afuera y me encuentro a Bego muy indignada. Al parecer, un grupo de preadolescentes se ha estado metiendo con Chandra y arrojándole pequeños proyectiles. Bego, ni corta ni perezosa, ha tirado del diccionario turco-inglés y les ha puesto de vuelta y media, tanto que uno de ellos acabó pidiéndole disculpas. Cuando aparecí yo se asustaron un poco, imagino que temiendo que la cosa pasara a mayores, así que discretamente hicieron mutis por el foro. Esto de tener problemas, especialmente con chavales, no por ser turistas sino por llevar un perro, nos sucederá con relativa frecuencia, y es sin duda la nota más negativa del viaje.



Edirne



Allah

Y todo viene a cuenta de El Corán, que dictamina que el perro es animal impuro. Como el cerdo, constituía un vector de enfermedades peligrosas para los humanos (hoy, evidentemente, la ciencia ha avanzado una barbaridad y existen pastillas y vacunas, pero cambia tú una mentalidad religiosa de quince siglos). En el Mar de Mármara existe una isla llamada de los Perros, y es que en la época del sultanato trasportaban allí a todos los canes que atrapaban en las calles de Estambul. Como El Corán reconoce que los perros poseen almas inmortales y prohíbe hacerles daño, los soltaban allí pero sin preocuparse de la manutención, Alá ya proveería.



Refrescante fuente

En Turquía en la actualidad algunos perros sirven como guardianes de casas o ganado, el resto merodea libremente. No existen los canes pequeños, y los de compañía constituyen una categoría prácticamente inexistente. De ahí la suprema excentricidad que para los locales supone el ver a dos guiris con chucho. En Edirne, bastante europeizada, no tanto, pero a lo largo de los días por venir, incluso en Estambul, seremos testigos de las reacciones más extremas: desde quienes se apartaban expresando asco (una minoría) hasta quienes miraban a Chandra maravillados (particularmente niños pequeños, a quienes sus padres les hacían notar la presencia del extraño ser blanco como algo realmente excepcional.) En cuanto a la mayoría silenciosa e impresionada –a quienes tengo que agradecer que no se metieran con nosotros- leías en su rostros tal conmoción que es como si lleváramos de paseo una boa o un caimán.

Hay otras cuantas magníficas mezquitas en la ciudad, pero no tenemos tiempo ni ganas de visitar más. Callejamos otro poco por la ciudad y de paso nos acercamos aun cajero para sacar liras. Se ve bastante animación: al parecer, muchos griegos aprovechan la cercanía de la frontera y los bajos precios para acercarse a comprar, un poco como nos ha pasado tradicionalmente a nosotros con Portugal.

Vamos buscando la sombra para escapar del intenso calor y valorando el tema de la comida. No podemos entrar en restaurantes, claro está, así que solicitamos permiso para sentarnos en una terraza bajo unos soportales. He de decir que no sólo no pusieron impedimentos por ir con Chandra, sino que nos trataron con una cortesía exquisita. Pedimos unos *döner* y unos refrescos, y hasta para Chandra hay algunos trocitos de carne, por gentileza del dueño. Más palabras del turco: *Piliç*, que es pollo; *Su*, que es agua; *Kutu* es lata, y así una lata de Coca Cola es *Kutu Kola*, y una de Fanta es *Kutu Fanta*.



Aquí comimos



Nuevas palabras

Nos despedimos de nuestros amables anfitriones y vamos en busca de la auto, que continúa intacta en el mismo sitio. Le han colocado en el parabrisas un ticket municipal de aparcamiento por valor de liras 3, pero no vemos por ninguna parte al cobrador, así que nos marechamos.

Nuestro periplo por los Balcanes nos ha dejado francamente hechos polvo, así que nuestro propósito era quedarnos en el camping que hay a 8 kilómetros del centro yendo por la D 100, la antigua carretera de Estambul. Yo tenía localizada la ubicación del Fifi camping, pero al llegar descubrimos con desolación que está cerrado, y además con aspecto de llevar mucho tiempo así.

Orillo la auto para valorar la situación. Contábamos con una tarde de relax y piscina, y hete aquí que nos encontramos en la cuneta, asados de calor y sin saber qué hacer. Finalmente decidimos intentar alargarnos hasta Estambul. Son 230 kilómetros, pero todos de autopista.

Apenas llevamos recorrido un kilómetro cuando pasamos por delante del Ömür Camping. Menuda sorpresa. Lo que pasa es que ya me he armado de determinación y tiro para adelante lo que quizá, después de todo, no fue mala elección. Y si no, aquí está el relato de esta encantadora pareja de británicos que pernoctó aquí el 25 y el 26 de junio de 2008 (al final de la página, está en inglés).

<http://www.magbaztravels.com/content/view/727/30/>

Entroncar con la autopista resulta un poco complicado, pues nos hemos pasado la conexión de Edirne y toca chupar veintitantos kilómetros de estrecha carretera local. Finalmente nos incorporamos a la O-3/E-80 que es, como les gustan las cosas a los turcos, a lo grande: tres carriles en cada dirección aunque por ellos apenas circulan coches.

Tenemos urgente necesidad de agua, y nos es imperioso rellenar antes de internarnos en el dédalo de Estambul. A la entrada de un área de descanso vemos un cartel de grifo, y entramos a mirar. Elegimos la zona de camiones pero allí no hay nada, salvo una pequeña mezquita de carretera. Doy una vuelta y encuentro una manguera (abierta) con la que riegan el jardín, pero está por el lado de los turismos, hay que desandar por sentido prohibido y, la verdad, no apetece. Continuamos hasta la siguiente área. Aquí lo que hay es un bloque de servicios. Compruebo que es factible el trasvase y aproximo la auto. Aparece el cuidador de los baños y por señas le hago ver lo que

pretendo. En un abrir y cerrar de ojos me monta una conexión y llenamos el depósito en un periquete. Una lira de propina por sus desvelos. Vuelve a la sombra, junto a un grupo de hombres que juegan a las damas. Hago un gesto de despedida y corresponden todos de la manera más ceremoniosa.

Estambul. Esta ciudad-monstruo de por lo menos doce millones de habitantes nos recibe de forma un tanto arisca. Pasamos la garita de peaje (sólo 5,5 liras) y nos enfrentamos a un tráfico impresionante de vehículos que circula a toda pastilla. Para acabar de arreglar las cosas, sobre nuestras cabezas gravita un galimatías de letreros con todos y cada uno de los barrios de Estambul, pero ni una sola pista que nos oriente hacia lo que nos interesa. Hasta en lugares remotos del Kurdistán, en ciudades bien pequeñas donde casi no hacía falta, encontraremos el clarificador rótulo de CENTRUM. Pues bien: en la megalópolis de Estambul no se le ha ocurrido a nadie que los recién llegados necesiten dicha indicación para nada. Supongo que en alguno de entre la miríada de texts se podría leer el término mágico en turco (*Şehir Merkezi*). Pero, claro, nuestro dominio de la lengua local al día de hoy no da para tanto.

Sospechamos que nos estamos yendo de madre cuando empezamos a ver paneles que indican Ankara. Me desvío a la derecha tratando de dar con alguna arteria principal que nos aproxime al centro, pero resulta muy difícil orientarse con el tráfico endemoniado que nos acosa por derecha e izquierda. Vueltas y más vueltas. Un polígono industrial desolado. Scalextrics y túneles... Al salir de una combinación de estos dos me encuentro de repente... con las murallas de la ciudad vieja. Alegría infinita, esto lo conocemos, sólo hay que seguir de frente, paralelos a la línea de tranvía, para darse de narices con todo el centro.

Y eso es lo que hacemos, sólo que al llegar a Eminönü, que es el cogollo de la cuestión, nos encontramos con que la calle está cortada, y el tránsito es peatonal.

Maldición y remaldición: toda dar la vuelta y desandar camino. Aquí no hay tanto tráfico como por el extrarradio, pero resulta difícil circular entre los *dolmuses*, que son los taxis-furgonetas colectivos, y sobre todo entre los peatones, que como te ven extranjero se arrojan a la calzada a sabiendas de que no les vas a atropellar.

El motivo de entrar hasta aquí -algo que nunca haríamos en circunstancias habituales-, es que todos los campings de Estambul han cerrado sus puertas (el más próximo, a 45 kilómetros, en la orilla del Mar Negro) y por ello estamos buscando un parking al lado del Cuerno de Oro, pegadito al puente Gálata. Después de otros cuantos sinsabores damos con él, pero cuando Bego se baja a preguntar el precio resulta que

desde el año pasado lo han cuadruplicado: ahora cuesta 60 liras las 24 horas. Casi 30 euros. Tienen bien visible una lista de tarifas, y la más cara, la de microbús, vale 15 liras, de lo que se deduce que a nosotros tratan de aplicarnos la PGG (Para Guiris Gilipollas). Como no nos sentimos en absoluto identificados con dicho colectivo extraemos de la guantera el plan B: de una página francesa obtuve la referencia de otro parking frente al Mar de Mármara así como sus coordenadas (41° 0'6.51" N 28°58'38.66" E). Llegar a él no resulta difícil: sólo hay que bordear la orilla por Kennedy Caddesi y aproximarse al punto marcado en el GPS. Cambiar de sentido en una calle tan amplia es un poema, y por si fuera poco nos equivocamos y acabamos cruzando por el Puente Gálata al otro lado del Cuerno de Oro. Media vuelta.



Encontramos el bendito parking al filo del anochecer, hechos requetepolvo. El vigilante nos informa de que cuesta 20 liras (pago por anticipado) y se empeña en arrimarnos a la única auto que hay, propiedad de unos franceses. La mujer, muy simpática, chapurrea español pero acabamos hablando en su idioma. Le pido disculpas por habernos puesto tan cerca de ellos con todo el espacio que hay, pero ella le quita importancia.

Un paseo antes de la cena. Entre el mar y la carretera que circunda las murallas hay un parque lineal pegado a la orilla de por lo menos un kilómetro. Muchos

estambulenses vienen aquí a ver la puesta de sol, pasear y hasta cenar. Descubrimos que el segundo vicio nacional, después del té, son las pipas de girasol: el suelo se halla alfombrado de cáscaras en cantidades industriales. Yo esto de comer pipas lo consideraba una peculiaridad hispana (los ingleses de ríen de ella, opinan que las pipas son para los loros), pero ahora compruebo que no. Me pregunto cuántas más conexiones invisibles nos unirán a pueblos mediterráneos que paradójicamente, durante siglos, fueron nuestros enemigos.

Mientras volvemos a la auto empieza la última o penúltima llamada a la oración. Comienza un almuédano, y se le van sumando los de las mil y una mezquitas de la ciudad hasta formar una inextricable algarabía que de alguna forma llega hondo y conmueve, porque te recuerda nada menos que cinco veces al día que la vida es trascendencia, elevación y búsqueda, en definitiva, de algo mejor.

Estamos en Estambul, donde se abrazan los continentes, y hemos llegado por nuestros propios medios. Eso sí que es algo mejor.

Kilómetros etapa: 401

Kilómetros viaje

Tierra: 3.758

Mar: 700

21 DE JULIO: ESTAMBUL

El poema *Ciudad sin sueño*, de Lorca, comienza así:

No duerme nadie por el cielo. Nadie, nadie.

No duerme nadie.

Está escrito en 1929 y habla de Nueva York. Desde entonces, son muchas las ciudades del mundo se han convertido en Nueva York, entre ellas Estambul. El aparcamiento junto al Mar de Mármara es muy chulo, pero el ruido del tráfico resuena atronador, y apenas si cesa en toda la noche.

Amanece y me voy con Chandra de paseo. El parque está lleno de restos y de basura de la noche anterior. También hay gente que vive en el parque, y que aún duerme aún a pierna suelta. Esto intranquiliza un poco, pues tengo la más que fundada

sospecha de que por la noche el encargado de la garita abandona su puesto y nos quedamos más solos que la una, pero en fin. Procuero alejar esos pensamientos mientras contemplo el montón de barcos fondeados que aguardan la entrada a puerto. Y, por encima de nosotros, la Mezquita Azul.



Por la mañana



Mar de Mármara



El puerto y la mezquita

Tras el desayuno decidimos irnos a dar una vuelta por el centro. La auto francesa sigue en el mismo sitio, pero sus tripulantes se han marchado ya. No hemos dado ni diez pasos cuando se abalanzan hacia nosotros dos perros de tamaño respetable. Resulta que al lado del aparcamiento existe un pequeño muelle pesquero, y éstos deben ser los *vigilantes de la paya*. El objetivo, como de costumbre, es Chandra. Bego la coge en brazos y yo me dedico a espantar a los perros, que me torear como quieren mientras ladran como descosidos. Sin darse mucha prisa se acerca un tío joven llamando a los chuchos con escaso entusiasmo. Yo le afeo que no quiera o no sepa controlarlos, y comienza aquí una escalada verbal que por un pelo no pasa de las palabras a los hechos. Indignados y amoscados por este alentador comienzo del día, cruzamos Kennedy Caddesi y nos colamos en la ciudad antigua por un portillo de la muralla.



Mezquita azul

Yo tenía el recuerdo de Estambul en Navidades. Hacía un frío que pelaba, y se veían poquísimos turistas. Ahora, incluso tan de mañana, el calor es de órdago y turistas hay a mogollón. Aparecemos por un lateral de Santa Sofía, y sólo con ver la cola de gente fosilizada contra la entrada ya se nos quitan las ganas. De todas formas, para mí

hallarme en Sultanahmet es gozo bastante, pues después de que estuvimos aquí he viajado hasta ella en innumerables ocasiones: unas veces conscientemente; otras, transportado por el caleidoscopio de la ensoñación.



Santa Sofia desde la Mezquita Azul



En lo alto de la cúpula



Se arreglan goteras



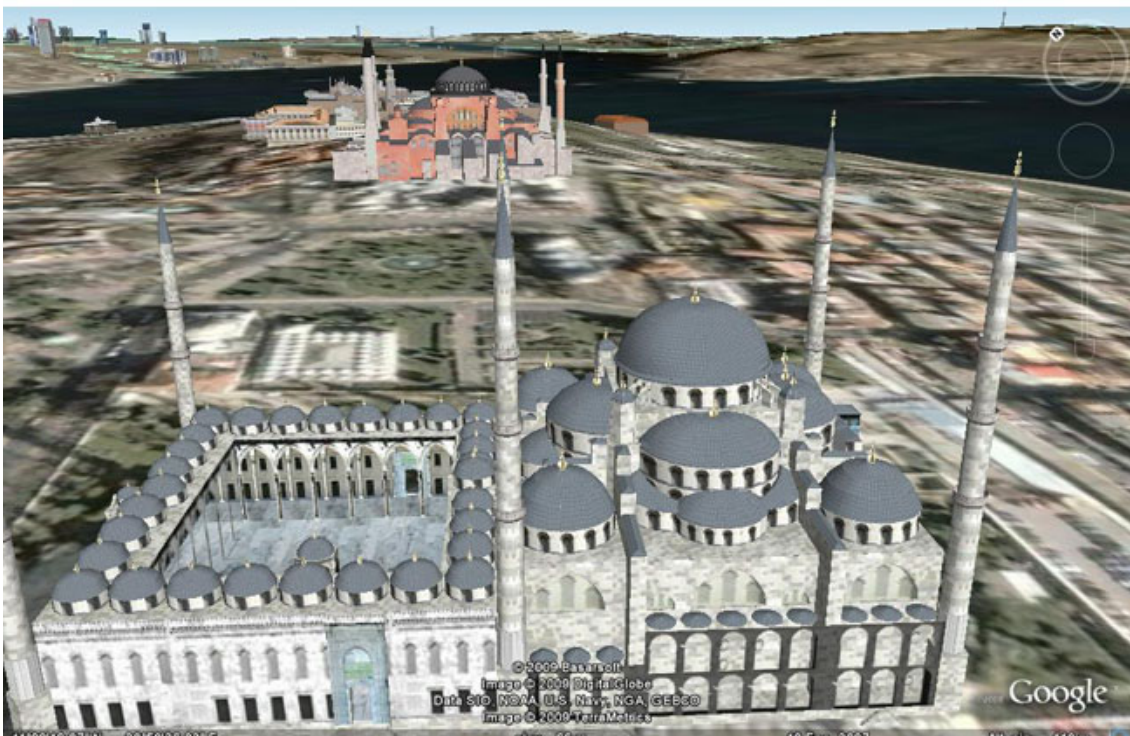
Mezquita Azul



Mezquita Azul

No todos los turistas son extranjeros, también los hay nacionales. Una pareja ala que supongo en viaje de novios se encapricha de Chandra. La chica pide hacerse una foto con Bego y la perrilla, y luego se sorprende un poco cuando les saco otra con mi cámara.

De Santa Sofía impresiona sobre todo la edad: pronto cumplirá 1.500 años, que es mucho decir. Fue iglesia durante 916 años y mezquita otros 481, y en 1935 se la transformó en museo. Durante casi once siglos presidió en solitario Bizancio-Constantinopla-Estambul, hasta que en 1617 se concluyó la Mezquita Azul. Se supone que para rivalizar con ella, aunque lo que yo creo es que mantienen un silencioso diálogo cuyos únicos testigos son el Bósforo y el tiempo. Ambas toman lo mejor de cada arte: del bizantino esa estructura como de montaña, sólida en la base y delicadamente curvada en la cima. Del arte islámico les vienen a ambas los airosos minarettes que son como misiles apuntando al cielo. Sinceramente, no soy capaz de imaginarme Santa Sofía sin sus cuatro torres. En cuando a la Mezquita Azul, si en Turquía la grandeza de sus templos se mide por el número de minarettes ésta debe de ser la más importante de todas, pues cuenta nada menos que con seis.



En la Mezquita Azul no hay prácticamente cola, así que repetimos lo que hicimos ayer en Edirne. Aquí lo tienen de lo más organizado, hasta te proporcionan un par de bolsas para que no te tengas que quitarte los zapatos. Y entrada no cobran, supongo que les parecerá una irreverencia pedir dinero por visitar un lugar sagrado. La muy católica madre iglesia debería tomar buena nota.

La vez anterior me impresionó mucho esta mezquita, pero hoy no me conmueve tanto; creo que puestos a elegir me quedo con la de Edirne, quizá porque el ambiente era más tranquilo. Saco fotos, vuelvo afuera y asumo el puesto de papá-cuidador mientras entra Bego. Como estamos sentados en el camino de acceso, nos convertimos en una especie de atracción de feria. En verdad parece que Chandra fuera el único perro de todo Estambul (en todo el día no veremos ninguno, excepción hecha de los dos chuchomatones del parking).

La ventaja de haber estado ya en Estambul es que no vamos a emplear mucho tiempo, será una visita panorámica. A continuación orientamos nuestro rumbo hacia el Gran Bazar. Pasamos frente a la Cisterna y nos internamos en un dédalo de callejuelas repletas de restaurantes, cuyas terrazas desbordan sobre la acera e incluso la calzada. Luego salimos a Divan Yolu, y al llegar a la altura del *hammam* de Çemberlitaş

<http://www.cemberlitashamami.com.tr/html/es/>

-donde me metieron una paliza-masaje de la que todavía me acuerdo- giramos a la derecha y enseguida damos con la puerta del *Kapalıçarşı*, que así es como se dice en turco. Se nos plantean dos problemas que en realidad son uno: a) a Chandra se le cruzan los cables cuando estamos entre mucha gente, y b) al ser un sitio techado no sabemos si nos permitirán entrar con ella. De manera que a la mochila de cabeza. En la puerta hay un guardia pertrechado de pistola y porra eléctrica que no nos dice nada, así que para adentro.



Chandra preparada para entrar en el Gran Bazar

Con sus 58 calles y 4.000 tiendas, el Gran Bazar es todo un laberinto, una especie de ciudad interior (aunque, entre nosotros, yo me quedo con el bazar de El Cairo, Khan el Khalili porque es, no sé, digamos más étnico.) De todos modos disfrutamos del lugar y su ambiente porque comprar, lo que se dice comprar, no nos llevamos nada: hace tiempo que hemos pasado lo que yo denomino *El Síndrome de Ali Baba* o, lo que es lo mismo, el irrefrenable impulso de llevarte para casa el contenido íntegro de absolutamente todos los bazares de Oriente.

Es interesante bucear en este mundo que comunica instantáneamente con el Imperio Otomano, a la Ruta de la Seda y cuantas maravillas en el mundo son. Trato de imaginarme lo que representaría siglos atrás un lugar así para los habitantes de Estambul y especialmente para los visitantes de la ciudad: la antesala del paraíso, por lo menos. También, como ya comenté acerca de las mezquitas, está esa curiosa sensación de estar en la calle y a la vez dentro de algo.







Cuando nos consideramos suficientemente *ambientados* buscamos una puerta al exterior. Las calles aledañas constituyen una extensión del propio bazar, pero su oferta se halla más dirigida a la población local. En una de estas tiendas, Bego se encapricha de unas sábanas muy bonitas de raso o similar. Inquirimos el precio, y el vendedor nos pregunta a su vez que si en liras o en dólares (pues sí que hace tiempo que no vende a turistas. ¿Se habrá enterado de que existe el euro?). Nos dice que 25 liras. Cogemos dos juegos y tratamos de conseguir una rebaja, pero por lo visto aquí no se regatea. Metemos como podemos nuestra práctica adquisición en la mochila y, tras una parada técnica para tomarnos un zumo de naranja, seguimos camino de otra de los edificios más hermosos de Estambul: la Suleymaniye que, como su nombre indica, fue edificada por Solimán el Magnífico, y que luce muchísimo cuando se la contempla desde el Cuerno de Oro. Además de la mezquita propiamente dicha, el complejo albergaba un hospital, una escuela primaria, un hammam, un caravansaray, cuatro escuelas coránicas, una escuela especializada en el aprendizaje del *Hadith*, un colegio médico y una cocina pública que servía comida a los pobres. Una concepción que, evidentemente, dista mucho de la idea que nosotros tenemos de la palabra *templo*.

El calor aprieta que es un gusto. Nos sentamos a descansar y deliberar: entran ganas de poner aquí punto final al periplo y volver a la auto, pero ¿cómo vamos a marcharnos de Estambul sin siquiera haber bajado al Cuerno de Oro? A esta ciudad le pasa lo que a Barcelona: resulta fácil orientarse en ella porque el terreno siempre se inclina hacia el agua. Nos internamos por unas angostas calles de aspecto destartado y, lo que es peor, casi desiertas. En ese momento se nos acercan dos chavales de entre doce y catorce años y actitud provocadora. Yo evito cruzar la mirada y la fijo en un punto indefinido a la altura del pecho, como me enseñaron cuando practicaba artes marciales. Bego, en cambio, sí se les encara. Pasan a nuestro lado y a continuación el mayor de los dos, sin volverse, saca una navaja abierta del bolsillo y nos la muestra ostensiblemente con la punta hacia arriba. Todo ocurre en unos instantes: cuando queremos reaccionar ambos han desaparecido por una puerta.

Es el segundo incidente en lo que va de día. ¿Qué pasa con Estambul, que tan mal trata a los turistas? Si dos críos se atreven a hacer lo que han hecho éstos, de alguna manera flota en la atmósfera social una creciente intolerancia, no sé si alentada por el ascenso de un partido islamista –dicen que moderado- al poder. Sobre esto he leído opiniones encontradas: desde quien dice que el auténtico peligro para Turquía no es islamismo, sino el ultranacionalismo, hasta el testimonio del viajero que ha venido ocho veces a Turquía, y relata que nunca había visto tantos velos en Estambul como ahora.

<http://www.albaiges.com/Viajes/viajetrapisonda.htm>

Salimos a una calle principal, y por ella desembocamos en el Cuerno de Oro, justo enfrente del parking donde nos quisieron tangar ayer. De todas maneras y viendo como apilan los coches tengo la impresión de que, además de un alivio para nuestros bolsillos, fue una suerte no quedarse aquí. Vamos por la orilla en dirección al Puente Gálata. Algunos tipos nos ofrecen cruzar a la otra orilla en barca con más énfasis de la cuenta. Entonces damos con un comedor al aire libre de lo más curioso: en unos barcos amarrados a la orilla cocinan pescado a la plancha, lo sirven en bocatas, y la gente se lo come sentada en taburetes bajo una carpa. El lugar se halla abarrotadísimo, y nos toca sentarnos al sol. Unos críos que venden no sé qué, con la excusa de acariciar a la perra, nos dan la tabarra. Menos mal que por lo menos el pescado sabe exquisito.



Torre Gálata, al otro lado



Al rico pescaíto



Quién no fuera pez

Cruzar el puente Gálata a esta hora de la tarde es como meterse de cabeza en un microondas. Cada metro del puente está ocupado por un hombre con una caña, y es que pareciera que a esta gente no le afecta el calorón.

Llegamos al otro lado y salimos hacia la izquierda, buscando un pequeño parque que hemos oteado. Para ello no queda otra que atravesar una calle repleta de cajas, sacos, coches, gente, materiales de construcción y la más variada gama de productos de albañilería y ferretería jamás vista (media tienda está fuera y la otra dentro, me pregunto cómo harán por la noche para embutir la primera dentro de la segunda.)

Alcanzamos por fin la sombra de un árbol. El suelo tiene un césped ralo que no invita precisamente a tumbarse, pero menos es nada. Desde aquí asistimos al impresionante ir y venir de barcos que llegan, paran, sueltan/cogen gente y zarpan de nuevo. Si hay un sitio en Estambul donde es posible percibir el frenético bullir de la ciudad en toda su magnitud, ese lugar es precisamente aquí.

Se nos acerca una gatita joven y escuálida en busca de cariño. La pobre está, además, preñada. Se tumba a nuestro lado con la mochila por cabecera. Hasta Chandra parece comprender que se trata de un caso de misericordia, y la deja en paz, aunque en

honor a la verdad he de decir que nuestra perra sólo ataca a los gatos en el jardín de casa (defensa del territorio), porque cuando estamos por ahí lo que intenta siempre es hacerse amiga de ellos.



Esperando a que baje el sol



La Suleymaniye

El barrio que queda a nuestras espaldas, Taksim, es el más europeo de todo Estambul. Recuerdo que en la otra ocasión, paseando por Istiklal Caddesi, no daba crédito a mis ojos: parecía que nos halláramos en cualquier país de Europa. En cualquiera menos en Turquía. Me acuerdo también de que, cuando encargué los dólares para el viaje pregunté si podría usar la tarjeta maestro en Turquía. “¡NOOOOO!” fue la escandalizada respuesta de la cajera, como si hubiera preguntado por Uganda o la Luna. Y lo cierto es que el mismo día que llegamos a Estambul metí la tarjeta en un cajero y, alehop, de inmediato escupió liras.



Yeni Camii desde el Puente Gálata



Un crucero en el Cuerno de Oro



A un lado Europa, al otro Asia...

En aquella ocasión subimos a la Torre Gálata y después tratamos de visitar la sinagoga de Neve Shalom. No nos permitieron la entrada, había mucho recelo: en 1986 el edificio sufrió un atentado por obra y gracia de Abu Nidal (22 muertos). Cinco años después de nuestra visita, en 2003, estallaron dos coches bomba, uno enfrente de Neve Shalom y el segundo en otra sinagoga de la ciudad: 23 muertos y 290 heridos. Esta vez el ataque fue atribuido a Al-Qaeda. Por cierto, Neve Shalom es una expresión hebrea que significa *Oasis de paz*.

Anduvimos callejeando por el barrio en busca de judíos sefardíes; incluso preguntamos a un platero, quien nos dijo que apenas quedaban en el barrio. Sin embargo, dimos con uno de la forma más inesperada, en la farmacia adonde fuimos en busca de un remedio para mi pertinaz resfriado. Como de costumbre, Bego fue la encargada de entenderse con el joven dependiente. Cuando éste puso sobre el mostrador un medicamento, yo le dije: “Pregúntale si es para los mocos.” “Sí, mocos”, oigo detrás de mí. Me vuelvo y encuentro a un hombre ya mayor. Le pregunto que si es sefardí, cosa por lo demás obvia, y él asiente. Charlamos un rato; él, con su curioso castellano

del siglo XV. Debo reconocer que la experiencia me impactó de dos maneras: una como español, y la otra como filólogo.

Aparco estos recuerdos, que es hora de iniciar el camino de regreso. Esta vez, para evitar el sol, atravesamos por el piso inferior del puente Gálata, lleno de cafeterías y restaurantes. Al otro lado hay tanta gente por las aceras que acabamos llevando a Chandra a cuestas. Pasamos junto a la estación de Sirkeci, donde finalizaba el trayecto del mítico Orient Express. Parada en un par de tiendas para comprar alguna cosilla y colina arriba por Alemdar Caddesi, en el tramo que bordea las murallas del Topkapi. De vuelta a Sultanahmet, me esperan Bego y Chandra junto a una fuente mientras yo trato de localizar un parking que admite autocaravanas, se supone que más tranquilo que donde estamos. La búsqueda resulta infructuosa.

Bordeamos el antiguo hipódromo buscando una calle de bajada, y tengo que encararme con una cría que pretende atizar a Chandra con una vara, y su madre haciéndose la longui, hay que fastidiarse.

Por fin en la auto más que machacados, rotos. Queremos ducha y descanso, mucho descanso. En compensación, hoy vamos a dormir más acompañados: tenemos a nuestra vera varios vehículos, pero ninguno es propiamente una autocaravana: hay un camión francés que está haciendo un tour de verano por quince países, incluidos Irán y Georgia. También una ambulancia inglesa adaptada, y una camper italiana, y... En fin, que parecemos los autos locos.

Doy un par de vueltas a la auto remirándolo todo: después de la agarrada de esta mañana con el tipo del puerto, temo que haya liado alguna, pero está todo en orden. Le veo al otro lado del parking, sirviendo todo sumiso el té a una pareja de policías. Lo que son las cosas. No sé si en el apaciguamiento del conflicto habrá tenido algo que ver el vigilante del parking, que acude puntualmente a cobrarnos las 20 liras de la próxima noche. Me gustaría pensar que así ha sido.



Esperando puerto



Mezquita Azul con las últimas luces

Hablo con los franceses del calor. Me preguntan que qué tal se dio el día. Respondo que no hemos podido entrar en Santa Sofía por la enorme cola. La mujer me responde que otra vez será, *que Santa Sofía no se va a mover*.

Medito sobre estas palabras y, en mitad de su evidencia, reconozco cuánta verdad encierran.

22 DE JULIO: ESTAMBUL-AKÇAKOCA

Al volver del paseo matutino descubro asombrado que los ocupantes de la furgoneta italiana están durmiendo fuera, en una especie de hamacas. Vigila su sueño un pastor alemán que, de cuando en cuando, increpa a los perros vagabundos (ya decía yo que había oído muchos ladridos esta noche). Increíble me parece que haya gente capaz de dormir así, en medio de una gran ciudad.



Amanecer con vistas al Mar de Mármara



El camión



La ruta



Los compañeros de dormitorio

Hoy sopla viento, y el Mar de Mármara está picado. Preparamos los trastos para arrancar lo antes posible. En principio la salida de Estambul no plantea problemas: tenemos que desandar Kennedy Caddesi, bordear el Cuerno de Oro hasta cruzarlo por el puente que está a continuación del Gálata y buscar después camino hacia el Boğaziçi Köprüsü, que es como se llama el más meridional de los dos grandes puentes que atraviesan el Bósforo.

La teoría es fácil, veamos la práctica. En el Puente Gálata volvemos a extraviarnos, como anteayer, al existir un complicado sistema scalextric que en lugar de llevarnos rectos nos planta al otro lado del Cuerno de Oro. Vaya con el puentecito: en dos días lo vamos a cruzar seis veces, cuatro en la auto y dos a pata.

Segundo imprevisto: al llegar al Atatürk Köprüsü descubrimos, para nuestra desolación, que se halla cerrado por obras. Seguimos por la orilla del Cuerno durante 2,5 kilómetros más y lo cruzamos por Haliç Köprüsü, un puente de seis carriles al que han añadido lateralmente cuatro más. A partir de aquí y sin mayores novedades nos plantamos en Boğaziçi Köprüsü.



Un submarino en el Bósforo



El paso de Europa a Asia



Volando sobre los barcos

Todo el mundo mundial conoce el puente colgante de San Francisco. Sin embargo, ¿quién sabe que Estambul posee no uno, sino dos, que unen Europa con Asia? Extraña sensación la de pasar como si volaras por encima de los grandes buques de carga. El mar mide apenas un kilómetro de ancho, pero eso no resta importancia al paso que estamos dando: ¡entramos en Asia! A partir de ahora, serán tres los continentes que habremos visitado a lomos de autocar.

Al otro lado del puente está el peaje, pero menudo peaje: si sigues recto te encuentras con unas barreras infranqueables, ya que no es posible pagar ni con dinero ni con tarjeta. Tampoco existe un solo cartel, ni en turco ni en inglés, que asesore sobre el procedimiento a seguir. Menos mal que veníamos avisados: a la derecha de las marquesinas se levanta un edificio de una sola planta. Aparco, entro, me dirijo a una de las ventanillas y pregunto en inglés comanche que si es aquí donde venden las tarjetas para el peaje. El funcionario, más bien secamente, me contesta con un *TURKISH LIRA!!* Vale, eso sí lo he entendido. Empieza a rellenar un formulario y me pregunta mi nombre. Como no es plan quedarse aquí toda la mañana, le presto mi DNI.

Tras abonar 30 liras me convierto en el afortunado poseedor de una tarjeta KGS por obra y gracia de la cual se levanta la barrera automática. A la salida de la autopista se la vuelves a enseñar al lector electrónico y éste te descuenta la cantidad convenida. En todo el viaje por Turquía consumimos sólo 12 liras, de manera que otras 18 se vinieron para casa de recuerdo.

Poco a poco dejamos atrás los suburbios de Estambul. Tiramos millas por la autopista hasta que llega la hora de echar gasoil. La experiencia en esta primera gasolinera turca bien merece ser contada: se trata de una instalación bastante grande, con buen número de surtidores, y grande es también la cantidad de empleados que la atienden; tantos que incluso cuentan con coordinadores-supervisores que ejercen de relaciones públicas con la clientela. Primero teclean en una maquina la matrícula del vehículo, después sirven el gasoil -llamado aquí Motorin- y por último te entregan un ticket con el que acudes a pagar a la caja. Una vez satisfecho el importe te dan dos resguardos: uno es para ti; el otro, para el hombre que te ha llenado el depósito. Este sistema, que no había visto en ningún otro país, se halla por contra universalmente implantado en Turquía.

Desde el paso del Bósforo hasta la localidad de Düzce hay algo más de 200 kilómetros, que cubrimos sin novedad. Sigue habiendo muy poco tráfico en la autopista, en comparación con lo congestionado de la zona urbana que hemos dejado atrás. Este sorprendente contraste se repetirá una y otra vez a lo largo del periplo turco.

Lo cierto es que ahora mismo vamos un poco nerviosos porque no sabemos cómo nos manejaremos por las carreteras del interior. Pero si de algo se pueden vanagloriar los turcos es de su excelente sistema de señalización: en los casi seis mil kilómetros que rodaremos por estas tierras se pueden contar con los dedos de una mano, y sobran, las veces que nos perdimos. Igualito que Italia, vaya.

De Düzce hacia el Norte con destino Akçakoca, en la orilla del Mar Negro, que en turco se dice *Kara Deniz*). Durante la fase de preparación del viaje no encontré el testimonio de ningún autocaravanista español que hubiera recorrido la zona, de manera que a partir de ahora nuestra biblia será el relato de Margaret y Barry, la encantadora pareja de británicos de la que hablamos con motivo del Ömür Camping de Edirne y que dieron la vuelta a Turquía por toda la orilla, entre abril y junio de 2008. De ellos obtendremos valiosísima información, sobre todo en lo que a pernoctas se refiere.

En Akçakoca, por ejemplo, hablaban muy bien del Nejat Camping (41° 5'10.30" N 31° 6'12.80" E), así que para allá que nos vamos. Cuesta un poco encontrarlo, pues se halla a las afueras, hacia el Oeste, y toca cruzar toda la población y preguntar en una gasolinera. Cuando por fin damos con el sitio constatamos que el camping en cuestión es simplemente un terreno vallado y con césped, no hay tiendas, ni caravanas, ni nada de nada. El propietario a lo que realmente se dedica es a regentar una piscina privada de pago (y de lujo: 14 liras los adultos y 7 los niños). El hombre trabajó durante años en Alemania, y se le nota don de gentes. Nos recibe muy amablemente y enseña las instalaciones. También nos presenta a su hija pequeña y a una chica bellísima que es la encargada de la taquilla. Ésta responde a nuestro saludo entre sorprendida y azorada: realmente no deben de venir muchos extranjeros por aquí.



Cuenta la piscina con un acceso directo desde la playa. Nos asomamos pero no salimos: la encontramos sucia, llena de basura.

Las condiciones de pernocta son las siguientes: podemos utilizar los servicios, las duchas, enchufar la electricidad y bañarnos en la piscina *free of charge*. El precio, 35 liras. Marco la cifra en mi calculadora de bolsillo para cerciorarme de que le he entendido bien y se la enseño. Él asiente.

Me ayuda a pasar el cable de la electricidad a través de un ventanuco de los baños; lo cierto es que nos vendrá estupendamente para poder conectar el enfriador sin restricciones, porque hoy también casca lo suyo.

Comemos y sesteamos de lo lindo: cuando despertamos ya no queda mucho para que se ponga el sol (hemos viajado lo bastante hacia el Este como para que el desfase horario con España sea ya más que evidente). Se han marchado todos, incluido el dueño y mi bella y taquillera sílfide a la que esperaba echar un vistazo más pormenorizado. Ya no hace el calor del mediodía, pero aun así nos damos un regenerador baño en la piscina.

Aparece nuestro anfitrión. Charlamos con él un rato. Después dejamos a Chandra en la auto y subimos para el pueblo. Por el camino nos anochece.

Es Akçakoca lugar de veraneo, pero a diferencia de las ciudades de la costa Sur se trata de un turismo exclusivamente local. Posiblemente seamos los únicos extranjeros en kilómetros a la redonda, y eso infunde una sensación extraña.

El pueblo no parecer encerrar nada especial, pero llegamos al centro y descubrimos una mezquita de aspecto futurista. A semejanza de la de Edirne, cuenta en lo bajos con un supermercado. Tomamos nota para mañana, pues prácticamente no compramos comida desde Eslovenia y empezamos a necesitar cosas.

Luego entramos en un ciber. El precio es tan sin competencia -1 lira la hora- que alquilamos un ordenador para cada uno. El chaval que nos atiende luce ropa y bastante *underground*. Se muestra de lo más simpático, yo diría hasta que se alegra de que dos turistas foráneos entren en su negocio. En momentos así me pregunto qué saldrá de esta mezcla imposible entre tradición y modernidad que es la Turquía actual.

Lira y media por cabeza más tarde salimos a la calle e iniciamos el regreso, parando antes en una frutería (son las once de la noche) para comprar melocotones. La mayoría de la gente se ha recogido ya y el camino nos parece un tanto solitario, pero no hay nada que nos haga temer por nuestra seguridad. Por allí cerca, en algún sitio, hay música en directo. Canta un hombre, y la música suena melosa y un tanto melancólica.

La puerta del camping está cerrada, pero empujamos y se abre. Estamos solos. Antes nos dijo el propietario que él se quedaba a dormir, pero no se ve ninguna luz: mucho me temo que esta noche vamos a ser nosotros sus vigilantes involuntarios.

Kilómetros etapa: 267

Kilómetros viaje

Tierra: 4.025

Mar: 700

23 DE JULIO: AKÇAKOCA-AMASRA

Ayer nuestro hospedador trató de convencernos para que nos quedáramos *todo el tiempo que quisiéramos*. Esta mañana le comunicamos que marchamos, nos queda mucho camino por recorrer.

Lo primero es tratar de comprar. Ya vimos anoche que en la puerta de los super (hay dos) no existe espacio suficiente para un vehículo como el nuestro, de modo que doy la vuelta a la manzana y aparco en una calle perpendicular. Se quedan Chandra y Bego y yo me acerco.



Futurista mezquita de Akçakoca

Lo que sufro allí dentro se podría calificar de *shock consumista-cultural*: en primer lugar y para lo que prometía el establecimiento desde la puerta no encuentro demasiada variedad de productos que digamos. En segundo lugar, lisa y llanamente es que no sé lo que tengo delante: las marcas no me son conocidas, el idioma tampoco, así

que el paquete que sostengo en la mano no sé si es mantequilla, queso o algún condimento desconocido. Lo mejor de todo es el yogurt: viene en botes que bien podrían ser de pintura: un kilo y también de dos. En nuestra nevera no entra ni de guasa un artefacto similar. Opto por comprar varias garrafas de agua mineral y vuelvo para la auto.

Cuando aparqué me parecía haber dejado el vehículo más cerca de la calle principal pero ahora, cargado con veinte kilos, el regreso se me hace eterno. Al llegar me encuentro con tres tipos en la acera, pantalón y camisa, que se pasean frente a la auto, la miran y la remiran por todos lados, como intentando intimidar. Al parecer provienen del edificio enfrente del cual hemos aparcado, que no sé si es dependencia pública u oficina privada. Yo me hago el sueco y le digo a uno de ellos *Merhaba* (hola). Meto el agua en el garaje, subo y me dispongo a arrancar. El tipo al que he saludado, un lechuguino rubio y de ojos claros, sigue sin quitarme ojo. Yo correspondo a su insistente y pretendidamente fría mirada. Ya nos vamos, hombre. ¿O pensabas que nos íbamos a quedar a vivir aquí?

Doy cuenta a Bego de mi infructuosa misión compraticia. Como al salir a la calle principal encuentro un sitio más próximo que el anterior, decido intentarlo de nuevo, esta vez en el super de la mezquita, que ayer me pareció más grande. El resultado es idéntico: no encuentro nada que llevarme a la cesta, empezando porque –ya lo iremos descubriendo- la sección de congelados, a la que sacamos tanto partido cuando viajamos, prácticamente no existe en las tiendas turcas (dirán que con la mujer trabajando en casa para qué van a comer platos precocinados). Te encuentras además productos medio fuera y medio dentro de los armarios refrigeradores, en espera de que se haga sitio. En cuanto a la sección de frutas y verduras, lo que hay no se puede calificar como tal: quería llevarme limones para conjurar el peligro de la diarrea. Los encuentro, sí metidos en bolsas de tres en tres. En cada una de ellas uno al menos está podrido.

Resultado: que salgo de la tienda llevando un bote de mahonesa y otro de tomate frito (este último, por cierto, tan fuerte y concentrado que no hubo forma de echarlo a ninguna comida sin que matara por completo cualquier otro sabor, terminamos tirándolo). A este paso me parece que vamos a pasar hambre en Turquía.

Enfilamos por fin la carretera. Vamos por la D-010, que recorre la totalidad de la costa del Mar Negro, hasta la frontera con Georgia. Nosotros la vamos a seguir durante los próximos mil kilómetros hasta Trabzon. En un principio discurre apacible por la

costa, hasta Ereğli. La entrada a esta ciudad la señala el astillero, donde los inacabados barcos casi meten sus proas en la carretera. Tras atravesar el caos urbano y las innumerables obras que la jalonan nos separamos de la costa e iniciamos un frenético sube y baja por las montañas. El firme empeora considerablemente, y las curvas son de alivio. Unos 100 kilómetros después de Akçakoca entramos en Zonguldak, el mayor centro de producción de carbón de toda Turquía. A estas alturas ya hemos aprendido otras dos palabras: a la entrada de todas las poblaciones, en el cartel que las anuncia, vienen siempre dos datos: *Nüfus*, que es el número de habitantes, y *Rakim*, que quiere decir la altitud sobre el nivel del mar. Zonguldak tiene un nüfus de 104.276 almas.

Nada más entrar divisamos un Carrefour Exprés al lado izquierdo de la calzada. Encuentro un cambio de sentido y entro en el aparcamiento. No hemos tenido tiempo de quitarnos el cinturón cuando viene el guarda, un chaval joven, a decirnos que no podemos aparcar allí, que el vehículo *is too big*. Le hago ver que vamos a comprar pero ni por ésas, y me indica otro lugar, situado en el exterior, del que en ese instante está saliendo una furgoneta.

Baja Bego para ayudarme a la maniobra. Empiezo a moverme cuando, de repente, aparece un coche a toda pastilla y ocupa justo el sitio que necesitaba yo para realizar el giro; no impide pero sí dificulta mucho la maniobra. Cuando el tipo se baja del coche le hago gestos para expresar mi desagrado. Entonces él mira nuestra matrícula, como intentando deducir nuestra cuota de razón con arreglo a la procedencia, y nos enzarzamos en una disputa en la que, al constatar que me marchó, se crece y grita como un energúmeno. Supongo que en esto no somos tan distintos los turcos de los españoles.

Se va Bego para el super a ver si tiene más suerte y yo me quedo en la auto. El guarda, que se ha hecho el sueco durante la discusión, viene a preguntar *si está todo ok*, pero en realidad lo que busca es propina. O sea, que me hace cambiar de sitio, favorece con ello una discusión y todavía tengo que gratificarle, vaya cara. En estos momentos me planteo seriamente si realmente tuvimos una idea feliz cuando decidimos venir por estos lares.

Vuelve mi chica de la compra. Al parecer, las marcas son más identificables que en las cadenas locales. También reparamos en que los pocos hiper que hay aquí no son precisamente baratos: se llevó cien liras y ahora tiene que volver para llevar unas pocas que le ha dejado a deber a la cajera. A la vista de lo adquirido, lo cierto es que 50 euros en España dan bastante más de sí. Pero estamos contentos porque ha encontrado

Dolmades: nosotros pensando que era un plato típico griego y ahora resulta que se halla extendido por todo el antiguo Imperio Otomano.

<http://es.wikipedia.org/wiki/Dolma>

A partir de Zonguldak la ruta se interna hasta 25 kilómetros hacia el interior. El paisaje es todo montaña y muy boscoso, pero la carretera es tan mala que deja poco espacio para la contemplación. Encontramos varias obras en curso que dificultan aún más nuestro camino. A la entrada de Bartin paro a echar gasoil. Cuando voy a pagar, de primeras me dicen que la tarjeta no pasa. Por suerte al segundo intento funciona (nota: a medida que nos adentremos en el país no nos podemos fiar en absoluto de las telecomunicaciones, mejor llevar *cash* suficiente por si las moscas.)

El hombre que nos ha servido gasoil también ha limpiado el parabrisas con esmero. Cuando vuelvo está atendiendo a otro cliente, de modo que me acerco a darle una propina. Como no lo hice antes creo que ya no se lo esperaba, porque me lo agradece efusivamente.

Al pasar Bartin hay dos opciones para llegar a Amasra, pero por desgracia la que parece mejor se halla cortada por obras. Nos envían por la carretera vieja, que tuerce y se retuerce primero subiendo, y luego en bajada. Me duele cada vez que el motor protesta cuando pongo segunda para no calentar demasiado los frenos.



El Mar Negro durante el descenso a Amasra

Finalmente, tras casi cuatro horas de viaje -descontada la parada del super-, entramos en Amasra, la antigua Amastris y posiblemente la homérica Sesamus que sale en la Iliada. Aparte de lugar histórico tiene una ubicación curiosa, pues se reparte entre la tierra firme, una península y una isla.

Venimos buscando un aparcamiento que está a la orilla del mar. A punto estoy de rebasar lo que parece la estación de autobuses cuando al fondo veo un par de autocaravanas. Frenazo en seco y adentro (41°44'49.96" N 32°22'57.62" E).



El lugar es amplio, pero lo cierto es que casi todos los lugares se hallan ocupados. En el único sitio libre a la sombra hay tres hombres comiendo. A mí me da apuro aparcar delante de sus narices, pero ellos terminan por darse cuenta y nos animan a ponernos allí. Visto lo visto, en esta Turquía parece no existir término medio entre la cruda grosería y la amabilidad más exquisita.



Amasra

Mientras Bego prepara algo, salgo a echar un vistazo con Chandra. Primer encuentro con la legación canina de Amasra: los perros no ponen ninguna pega, al contrario. Quien sí parece tener un problema es la única hembra, supongo que por miedo a la competencia. Tengo que encararme a fondo con ella para que nos deje en paz.

Tras la comida y el descanso canónicos, yo quiero ir a dar una vuelta por el pueblo. Bego decide quedarse, y a Chandra no le pregunto.

Voy por el paseo marítimo buscando el centro, que está de lo más animado. Aquí sí que se ven algunos extranjeros. Me topo con un cajero y, acordándome de la gasolinera, saco otra vez dinero. Luego llego al sitio oficial desde donde se contemplan las puestas de sol, que –aunque suene a tópico- son aquí espectaculares. Se erige aquí una estatua en memoria de Barış Akarsu, popular cantante y actor nacido en Amasra, que se mató en 2007 en un accidente de coche justo el día en que cumplía 28 añitos. Como dijo alguien, la vela que más brilla es la primera en apagarse.

<http://www.youtube.com/watch?v=y7qJN7WIVOM&feature=related>

http://www.youtube.com/watch?v=bRrQ_mN3aG8&feature=related

La efigie de Bariş en un principio se hallaba sola, pero enseguida, como los exvotos que acaban rodeando a los santos, la flanquearon con un par de Harleys Davidson y metieron todo en una urna de cristal. Ni qué decir tiene que el conjunto queda un poco *kitsch*.



Marinera puesta de sol



Obsérvense las mesas del restaurante al pie de agua.



Sombras a poniente



Conversaciones de atardecer



Continúo paseo y cruzo el puente que lleva a la isla. Ésta sólo cuenta con una calle por el lado Este que se sobrepone a la muralla. Aguardo a que el sol se ponga completamente sobre la bahía y regreso. En el puente un chico joven me pide que les saque una foto a él y a su amigo. Después, como vamos andando en la misma dirección, hablamos un poco, pregunta que de dónde soy y esas cosas. También que si me gusta el fútbol (debe de haber algún partido). Empiezo a olerme algo raro, pero el chico sólo intenta ser amable con el extranjero. Me paro y los veo alejarse; trato de imaginarme lo dura que debe de ser la existencia en Turquía para los hombres que aman a los hombres.

Entro por una calle que dejé antes a la derecha, repleta de tiendas de recuerdos. Aunque diga que ya estoy vacunado, no puedo sustraerme a entrar en una de ellas: tienen una artesanía original y bastante barata, así que me llevo un par de cucharas de madera, un azucarero del mismo material y un reloj de arena. A la hora de pagar, hablo en inglés y el dueño me responde en turco. Le hago ver que no entiendo y entonces me pregunta que de dónde soy. Cuando respondo que español se queda un pensativo, creo que esperaba oír que procedía de algún país de habla inglesa. Aun así me responde: *Yo, turco*, como dando a entender que él está en casa, y que si he venido hasta aquí ya puedo espabilarme y aprender su idioma. Al salir le suelto el protocolario *Allah ismarladik* (adiós) y entonces se ablanda y me despide en inglés.

Al final va a tener razón el periodista que opinaba que el mayor peligro para Turquía era la prepotencia nacionalista. Desde luego, en ese plan van a entrar en la UE para cuando las ranas críen pelo.

Ya es noche completa, y como no se ve la costa ni tengo otros puntos de referencia estoy a punto de extraviarme porque sin darme cuenta he salido a la bahía que mira al Este. Me doy cuenta de mi error y, atajando por las calles del centro, consigo retomar el camino de ida y volver a la auto de mis amores.

En algún sitio de la ciudad hay música al aire libre, y el que canta se parece muchísimo al de ayer en Akçakoca. Parece mentira que sean tan brutitos y luego se pongan tan melosos cuando de asuntos de Amor se trata.



Amasra in the night

Kilómetros etapa: 193

Kilómetros viaje

Tierra: 4.218

Mar: 700

24 DE JULIO: AMASRA-DOGANYURT

Me cuenta Bego que ayer, mientras me fui de paseo, estuvo charlando con los italianos de las autocaravanas. Son gente mayor, llevan dos meses por Turquía y están ya de regreso. Aconsejan que aquí las carreteras nos las tomemos con calma, que ellos ningún día han hecho más de 400 kilómetros. Por mi parte le digo que me ha gustado tanto Amasra que no quiero irme sin que la vea ella, así que para allá vamos los tres. La perrilla celosa, que está en la playa, nos mira con cara de pocos amigos pero al menos no pretende atacarnos.



En la playita. Obsérvese la mujer en bikini y otra con albornoz, dentro del agua.



Amasra desde la isla



Pescando

Bien curioso es esto de ver un sitio por la tarde y luego por la mañana: dos luces, dos impresiones diferentes. Ayer el agua parecía oro; hoy, en cambio, brilla transparente y cristalina. Pese a lo temprano de la hora, ya hay gente bañándose.

Regresamos al aparcamiento. Los italianos se han ido. Enfrente de nosotros hay una auto francesa con un ticket de aparcamiento en el parabrisas. Nosotros no hemos visto ningún cobrador.

Nos ponemos en marcha. Amasra, como toda ciudad turca que se precie, dispone en el centro de un generoso guirigay montado fundamentalmente por conductores que aparcan donde quieren, circulan como quieren y hacen giros de 180 grados donde les sale del carburador. Sazónese este paisaje con motos y peatones que cruzan por cualquier parte, con mercancías descargadas en cualquier lado y tendremos una visión aproximada del pastel; algo así como España, pero elevado a la enésima potencia. En carretera, por el contrario, son temerarios e impacientes, adelantan en espacios inverosímiles para luego pararse cien metros más allá. Y esto lo hacen no sólo los turismos, sino increíblemente también los autobuses.



El medallón protector que compré en Edirne. Hoy nos va a hacer mucha falta.

Se comprenderá entonces mi desesperación cuando una vez liberado, a la salida del pueblo, me cueste creer que el camino de cabras que tira para arriba sea la carretera y acabemos por ello en un polígono de reparación de automóviles (aquí, fieles al espíritu gremial, ponen todos los talleres juntos). A la entrada hay un cuartel de la Jandarma. El centinela, jopo en mano, al ver acercarse un vehículo tan sospechoso se viene para la puerta, y mientras pasamos ni nos quita el ojo de encima ni tampoco el dedo del gatillo.



Detrás del camión. ¿Paso o no paso?

Doy la vuelta donde los talleres y salimos de nuevo a la carretera. Lo que pasa es que ésta forma un ángulo tan cerrado y es tan estrecha que no puedo efectuar el giro. Tengo que entrar en nuevo en Amasra, al mogollón. En estos momentos deseo fervientemente tener el poder de la teleportación y aparecer en otro lugar, preferentemente cerca de casa.

Renqueamos por la estrecha, empinada y zizagueante carretera. Menudo comienzo. En las curvas te encuentras a veces coches que vienen a todo trapo y que te esquivan en el último milisegundo. Otras, en cambio, somos nosotros quienes alcanzamos camiones que gatean a una velocidad punta de 15 km/hora, y el paso es tan chungo que te las ves y te las deseas para adelantar. Luego están las obras, las eternas obras: en algunos sitios han echado tanta grava que las ruedas patinan. En otros te obligan a pasar por el asfalto calentito, recién echado, que no quiero saber cómo deja los bajos del vehículo. Gran parte del destrozo lo han causado recientes inundaciones (aún se ven los sitios donde se ha desprendido la ladera y las huellas de las máquinas que despejaron el paso).

Constatamos que, pese a su aparente anarquía, el trazado de la carretera sigue una pauta matemática: primero asciende hasta que ves el mar como si viajaras en avión. Luego empieza a bajar (y menuda bajada) sin transición alguna hasta que llega al fondo del barranco, donde indefectiblemente encuentras un pueblo, más o menos pequeño. No bien acabas de pasar las últimas casas cuando ya estás otra vez para arriba. No existe conductor que no se raye con un recorrido así. Y el motor, siempre en segunda, menudo despilfarro de gasoil.



Parada técnica



Gideros



Patito en Gideros

Algo más de dos horas son necesarias para recorrer los 60 kilómetros que hay hasta una ensenada natural con nombre de resonancias griegas: Gideros. Se trata de un puerto tan protegido y abrigado que sorprende que no se haya originado una localidad importante. Nos parece tan bonito que no nos resistimos a bajar, descendiendo por una cuesta que da pavor (¿seremos capaces de salir?).

Junto al aparcamiento hay un restaurante y otros cuantos edificios. Bloquean de tal manera el acceso a la orilla que no queda más remedio que preguntar si se puede pasar. Nos dicen que sí, y de paso indagan de dónde somos. La curiosidad que despertamos evidentemente es proporcional a los extranjeros, con o sin autocaravana, que acostumbran a pasar por aquí.

El lugar es idílico donde los haya, pero lo temprano de la hora nos incita a seguir camino. Unas cuantas curvas más y, esta vez casi enseguida, llegamos a Cide, que se acurruca al final de una playa de 9 kilómetros. Es el tramo llano más largo que recorreremos hoy. Cruzamos la ciudad y otra vez comienza la subida endiablada.

Cuarenta y cinco minutos más tarde encontramos lo que parece un buen sitio para comer y descansar: se trata de un pequeño aparcamiento con fuente, mesa de merendero y dilatadas vistas. Procuero no arrimarme mucho por si viniera alguien a coger agua. Yo hago lo propio, y lleno nuestro depósito con los cubos y la bomba.



Pasado Cide



La Gran Familia en trance de hacerse una foto

En éstas estoy cuando aparecen un turismo y una furgoneta que aparcan junto a la carretera. De ellos baja –a lo mejor debería decir desembarca- la versión extensa de una familia. Se vienen al borde del precipicio y empiezan a sacarse fotos a sí mismos y al paisaje. Me ofrezco a sacarles unas fotos del grupo completo y de este modo comenzamos a hablar. Cuentan que son turcos, que viven en Suiza y que están de vacaciones (antes me chocó que, cuando llegaron, una de las mujeres me saludó, cosa que jamás hubiera hecho una turca oriunda). Les parece una proeza que hayamos llegado hasta aquí en autocaravana, y preguntan dubitativos que si nos gusta el país, a lo que respondo efusivamente que sí. Como viajan en sentido contrario a nosotros, indago por el estado de la carretera. Explican que está tan mala que mejor desandemos camino y sigamos por una vía interior en mejor estado. Nos despedimos con parabienes.

Menos simpática es la siguiente visita: estamos ya comiendo cuando llega un coche que se encaja entre nosotros y la fuente con tal vehemencia que por poco se va barranco abajo. De él salen cuatro tíos que se instalan en la mesa y empiezan a comer. Bueno está. No han pasado cinco minutos cuando por el otro lado, entre nosotros y el barranco, se incrusta otro coche. Éste trae la música a todo volumen. Imaginando que se trata de un trasunto de los gamberrillos al uso que pululan por España, cuál no es mi sorpresa cuando, al asomarme por la ventana, descubro a un matrimonio con niña de cinco o seis años. Contrasta la cuasi-histórica actitud de él -que va y viene como si algo le royera por dentro- con la de su mujer, que no se baja del coche en ningún momento. Algo huele a malos rollos y, quizá, una historia de malos tratos (según una investigación del propio país, un 39 por ciento de las mujeres dice haber sido víctimas de violencia física, y un 15 por ciento haber sufrido abusos sexuales.)

El colega da la brasa a los cuatro de la mesa hasta que consigue que se larguen y se la dejen para él solito. Entonces extrae del maletero un cuchillo de considerables dimensiones y un paquete de carne, y se pone a cortarla y a encender un fuego... a tres metros de nosotros. A lo largo de toda la carretera hay carteles que lo prohíben taxativamente, pero a éste le da igual. En cuanto a la música, chunda que te chunda, no la ha apagado en ningún momento.

Hay momentos en la vida en que uno tiene que elegir entre enfrentarse a mamarrachos indeseables o levantar el campo y marcharse. Personalmente somos de la opinión de que si fuera por individuos de esta laya, egoístas, estúpidos e irrespetuosos, el mundo hace tiempo que se habría acabado. Adiós sobremesa y adiós siesta:

acordándonos de de la leche que mamó el penúltimo de sus tatarabuelos, elegimos la opción que nos parece más sana, esto es, arrancar y desaparecer.



Reflejos de sol en el Kara Deniz



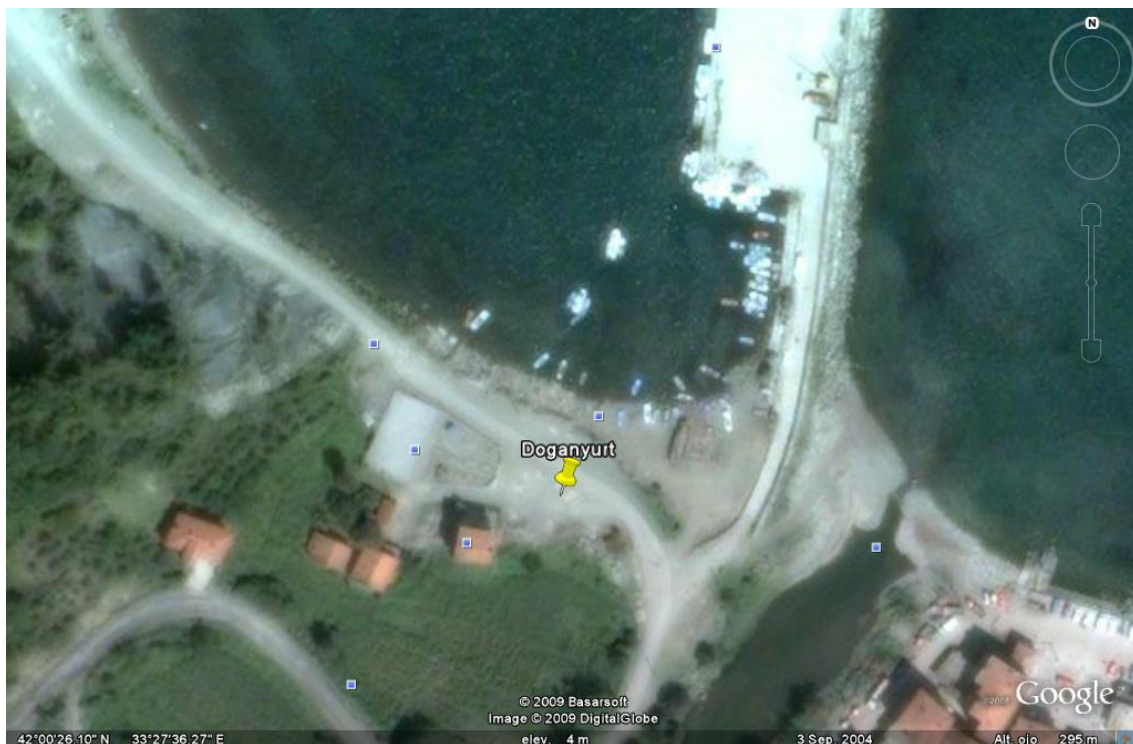
Se me olvidaba decir que también había burros sueltos por el camino



Este mozo tan simpático nos tuvo parados un buen rato

Vuelta al calvario carreteril. Nos encontramos un tramo de calzadas levantado por completo y con socavones tan inmensos que me hacen entender por qué los turco-suizos aconsejaban que volviéramos para atrás. Después acometemos un largo tramo en el que los montones de grava ocupan un carril, y por tanto sólo es posible el paso de un vehículo, no sé qué haré si aparece alguno de frente; por fortuna, no se da la circunstancia.

Entre éstas y otras miserias transcurre la tarde. A eso de las cinco hora española llegamos a Doğanyurt. Quedan dos horas de luz, y no queremos que nos oscurezca en mitad del monte, así que aprovechamos que la entrada hacia el puerto es fácil y aparcamos. Hemos empleado todo el día para recorrer 142 kilómetros, así que nos vamos a dar una vuelta para expandirnos y desestresarnos.



La gente con la que nos cruzamos mira con curiosidad, pero no dice nada. Ignoramos hasta qué punto somos extraños para los 1.500 habitantes del lugar, aunque desde luego preferiríamos no averiguarlo.



Bendito Doganyurt, nuestro reposo



Labores de pesca



Curiosos estratos



Chandra se relaja después de un duro día



Saliendo del puerto

Nos gustaría colocar la auto en un sitio más discreto que la calle de bajada al puerto, y lo encontramos ($42^{\circ} 0'24.99''$ N $33^{\circ}27'36.10''$ E). Pero como al lado hay una zona de juegos infantiles y varios críos en ella esperamos a que se haga de noche y ellos se recojan. Luego, discretamente, nos mudamos. Cuando llaman a la última oración ya estamos del todo instalados.

Kilómetros etapa: 142

Kilómetros viaje

Tierra: 4.360

Mar: 700

25 DE JULIO: DOĞANYURT-ALAÇAM



Amanece a pie de mezquita

A pesar de todas nuestras prevenciones, noche tranquila donde las haya. Durante el paseo matutino con Chandra descubro gente dormida bajo unas marquesinas de madera. Ayer, en Amasra, también vimos a los ocupantes de un taxi pernoctando al raso; esto sí que son vacaciones de bajo presupuesto, y lo demás es cuento.



Despedida de Doğanyurt



Esta señal, muy vista estos días, habla por sí misma

A las ocho hora española –todo un record para nosotros- estamos listos para reanudar nuestro particular peregrinaje por carreteras turcas. El paisaje no ha cambiado respecto a ayer: profundas gargantas, costa escarpada, mucho verde...



Özlüce desde las alturas

Özlüce, Inebolu, Abana. El litoral tiene aquí tan pocos entrantes que prácticamente todos los pueblos que cruzamos protegen su puerto con un espigón. En ocasiones, desde

las alturas divisamos una estrecha franja de playa. La arena es muy oscura, tanto que me pregunto si el nombre de Mar Negro no procederá de ahí (al Mediterráneo, por contraposición, los turcos lo llaman *Ak Deniz*, o Mar Blanco).



Desprendimientos

A partir de Inebolu el relieve parece suavizarse, y la carretera sigue la línea de la costa sin tantos recovecos. Las localidades parecen también más grandes y se ven de nuevo indicios de actividad industrial. La sensación que tenemos es la de haber atravesado una de las zonas más remotas e inaccesibles de Turquía.

Hacemos una paradita, paseo incluido, en la playa de Ginolu. No sopla ni pizca de viento, y el sol empieza a apretar que es una barbaridad.



Cormoranes en Ginolu



Dos mezquitas por el precio de una

La conducción por fin nos cunde, pues a la hora de comer hemos conseguido recorrer 180 kilómetros –más que en todo el día de ayer- y estamos entrando en Sinop. Esta ciudad fue la colonia griega más importante del Mar Negro -otrota Ponto Euxino-, durante el primer milenio antes de Cristo. Sus habitantes alegaban que fue fundada por Autólico, uno de los Argonautas. A mí en realidad lo que me sorprende es que los helénicos fueran capaces de llegar tan lejos.

Sinop se halla situada en una península a la que se accede a través de un estrecho istmo. Buscando un aparcamiento somos testigos de las *artes* de algunos conductores

locales: la calle principal se halla colapsada por la inveterada costumbre de aparcar en doble fila (en ambos sentidos) para hacer sus compras. Un poco más allá nos vienen de frente un par de coches que intentan saltarse el atasco circulando por el carril contrario, pese a la línea continua. En los cruces, la policía local intenta ordenar semejante desbarajuste, pero los automovilistas se la pasan por el arco del triunfo. Está claro que aquí sólo impone respeto la Jandarma.

Encontramos un aparcamiento de pago junto al puerto. Nos sobra un rato antes de comer, así que vamos a dar una vuelta. Para decepción nuestra, y pese a su milenaria historia, Sinop no parece ofrecer nada interesante, salvo las murallas y una antigua cárcel reconvertida en museo en la actualidad, al que no entramos. Vuelta a la auto. Comida y sesteo.

Como ayer nos costó tanto avanzar, habíamos contado con llegar aquí a dormir. 10 kilómetros antes de Sinop hemos visto el cartel del camping Marti. Al parecer también es posible ir hasta él por una carretera que bordea el aeropuerto, pero... Un paso atrás ni para tomar impulso: tenemos algo de tarde por delante, y la carretera invita. A 90 kilómetros de aquí está Alaçam, donde tengo entendido que existe un camping. Antes de partir me doy un baño en la pequeña y atestada playa que hay junto al aparcamiento.

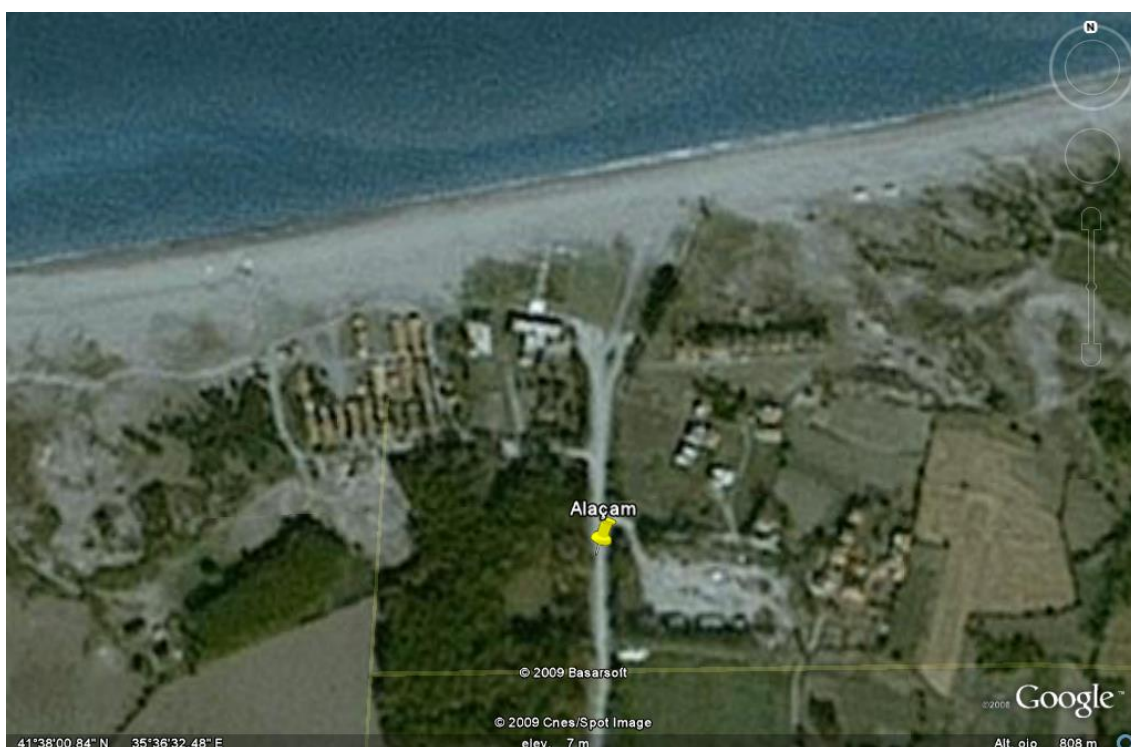
Cuando salimos de Sinop la caravana se ha disuelto; no así el follón de la zona comercial. Acostumbrados a ser las víctimas de conductores desalmados, nos produce un malévolos placer verlos por una vez litigando entre ellos.

En las afueras paro a echar gasoil. Aquí ya no nos limpian el parabrisas, pero el gasolinero me pregunta *que a qué país pertenece la letra E*.

Nuestra querida D-010, denominada aquí *Sinop-Samsun Yolu*, enfila ahora hacia el Sur, bordeando una amplia bahía a través de un paisaje de bajas colinas que nos recuerdan a Extremadura. Cruzamos Gerze y cruzamos Yakakent: en esta zona la carretera es ya una vía rápida que han conseguido hacer llana y sin curvas mediante el costoso procedimiento de ganar terreno al mar echando piedra y tierra.

Cuando nos damos cuenta estamos en Alaçam, aunque no tenemos claro cuándo se entra y cuándo se sale, pues con las obras de duplicación de calzada han arrancado los paneles anunciadores. Vamos mirando en busca de alguna indicación de camping, en vano. Ya queda poco para que oscurezca y no es cosa de aventurarse más allá, así que cuando terminan las casas paramos en una gasolinera a preguntar. Resulta conmovedora la cortesía y amabilidad con que llegan a tratarte los turcos: el buen hombre, por señas,

nos explica que un par kilómetros hacia atrás, en el primer semáforo a la derecha. Aun con el depósito casi lleno, dan ganas de echar más gasoil para hacerle gasto



Seguimos las indicaciones de nuestro ángel de la guarda y damos con la calle-carretera que en 2 kilómetros más nos lleva hasta la costa. Aparcamos junto a una estatua que representa a un hombre que ara la tierra con una yunta de dos ciervos y vamos a averiguar. Efectivamente -aunque sin cartel de ninguna clase que lo indique-, hay allí un establecimiento hostelero que consistente en bungalows (ya veremos que a los turcos eso de las tiendas de campaña no les va mucho). Nos atacan ferozmente los mosquitos y salimos huyendo hacia la auto. Una vez dentro, deliberamos: podemos preguntar si nos aceptan, pero también podemos quedarnos aquí fuera. Para no dar tanto la nota, nos alejamos 150 metros de la puerta (41°37'56.29" N 35°36'33.01" E) y aparcamos junto a un autobús-restaurante: si este para aquí y no le roban, también lo podemos hacer nosotros. Además, si se pusieran las cosas feas están los vigilantes un poco más allá.

Pero, claro está, Alaçam no es Doğanyurt, y encima es sábado por la noche: durante un buen rato pasan en vuelo rasante algunos coches que han hecho de esta calle su circuito particular. También gente andando, pero nadie nos dice nada, ni dan golpecitos ni nada por el estilo. Al final, aunque con la oreja puesta, nos dormimos.

Kilómetros etapa: 272

Kilómetros viaje

Tierra: 4.632

Mar: 700

26 DE JULIO: ALAÇAM-ORDU

Amanece mucho más tranquilo de lo que anocheció. A la luz del día se ve que hemos pernoctado junto a una especie de parque público. En él hay un puestecillo de comida y té, y dos o tres personas, los únicos seres vivos a la vista.



Playa de Alaçam



El hombre que araba con ciervos



El restaurantebus

Aparco la auto a la sombra para que no se caliente antes de tiempo y nos vamos a pasear por la playa (a esta hora sin mosquitos). Antes de irnos toca acometer una delicada operación: nada menos que vaciado de negras. Como no es cuestión de echarlas ahí en la cuneta, ensayamos un método que no hemos probado nunca antes, y que consiste en vaciar el Thetford en una de las grandes y recias bolsas de basura traídas desde casa a tal efecto. Llevamos a cabo la operación con bastante limpieza, y luego sólo queda acarrear el cuerpo del delito hasta un contenedor, cosa nada fácil, pues estamos hablando de casi veinte litros de agua y, ejem, diferentes materiales de derribo.

Libres de, parafraseando a Cervantes, la carga que tanta pesadumbre nos había dado, emprendemos camino y desandamos el trecho recorrido ayer desde la D-010. Al llegar a ésta, y mientras esperamos que el semáforo se ponga verde, el camarero de un restaurante aldaño nos invita por gestos a entrar en su local. ¿Querrá que dejemos la auto en mitad del medio y entremos a desayunar? Si fuéramos turcos a buen seguro que lo haríamos.

La carretera se halla a tramos duplicada y a tramos no, pero se circula considerablemente mejor que en los días pasados. Cruzamos Bafra sin novedad, y más adelante una ciudad llamada 19 Mayıs, que debe su curioso nombre a que ese día del año 1919 Mustafá Kemal desembarcó en Samsun para dar inicio al movimiento de resistencia contra los Aliados, que habían ocupado gran parte del país tras la derrota de éste durante la Primera Guerra Mundial. Este hombre, popularmente conocido como *Atatürk* -el padre de los turcos- ocupa un lugar de excepción en el imaginario colectivo de sus paisanos, quienes lo consideran una especie de Mesías no sólo porque salvó al país de la desmembración, sino porque asimismo lo embarcó en una serie de reformas políticas, económicas y culturales que llevaron a Turquía desde el Sultanato hasta la moderna y laica república que conocemos hoy. Podemos encontrar imágenes suyas, tanto fotografías como estatuas, por cualquier sitio. Resulta divertido verle ataviado al estilo de los años 30, como si fuera un dandy o un actor de película muda. Pero, claro, nos cuidamos mucho de hacer estos comentarios delante de los de aquí.

Más que político, Atatürk fue sobre todo un militar de gran prestigio –en 1915 había vencido a franceses e ingleses en Gallípoli, y un año después a los rusos en el Cáucaso-, de ahí que los militares siempre hayan constituido un poder fáctico esencial en la república, de cuya naturaleza secular y unitaria se consideran garantes. A instancias de ellos, los partidos políticos juzgados como anti-seculares o separatistas

pueden ser prohibidos; incluso se ha planteado dicha posibilidad con el islamista AKP, actualmente en el poder.

Llegamos así a Samsun, que fue fundada por colonos de Mileto en el 559 a. C. Nos sobrecoge esta ciudad con nombre de televisor, más que nada por su tamaño: 430.000 habitantes; nada que ver con los villorrios que dejamos atrás. Se la ve, además, muy limpia y ordenada.

Sorprende que las urbes más pobladas del Mar Negro se ubiquen en la parte oriental de la costa, desde aquí hasta la frontera con Georgia. La carretera se hace eco de ello, y ya no tendremos ninguna queja en lo que se refiere a su trazado o firme: va, lo que se dice, como la seda. Pese a que cruzamos la ciudad por todo el medio no pillamos ni sombra de atasco, imaginamos que por ser domingo.

Con pan y vino se anda el camino, y con buena carretera ni te enteras: Çarşamba, Terme, Ünye, Fatsa... La única dificultad, que sería contornear la península de Vona, es posible evitarla mediante una moderna y recién inaugurada carretera que la atraviesa por el interior ayudada por una serie de túneles, uno de los cuales mide casi cuatro kilómetros. De manos a boca nos topamos con Ordu (134.000 habitantes), otra colonia de Mileto por estos lares. Hasta el año 1.800 su población estaba formada principalmente por griegos pónicos; en la actualidad quedan muy pocos debido al intercambio de población que tuvo lugar entre Grecia y Turquía en 1924.

Hace rato que es hora de comer pero, como la carretera tiene cuatro carriles, cuando avistamos un buen sitio a la orilla del mar resulta del todo imposible cruzar –los británicos cuyo relato seguimos fueron más listos, al recorrer esta costa en sentido contrario al que nosotros llevamos-. Como esto ya no tiene arreglo, en cuanto atisbamos una oportunidad nos salimos hacia la derecha por un desvío con la esperanza de poder pasar por debajo de la autovía. Antes de hacerlo paramos en una fuente pública –desde que salimos de Estambul las hemos visto a patadas- a llenar el depósito. Justo al lado, a la sombra, está una familia viajera comiendo y descansando. Nos miran como si hubiera aterrizado un ovni delante de sus narices. Conmigo no cruzan palabra, pero con Bego se muestran más simpáticos.

Finalizada la operación de recarga, cruzamos bajo la carretera en busca del sitio bonito, tranquilo y seguro. Vamos por un camino que sigue la orilla izquierda de un río hasta que, ya cerca de la desembocadura, se estrecha flanqueado por sendos taludes. Como vemos que hasta aquí vienen pescadores con sus vehículos valoramos la forma de no bloquear el paso. Bego se baja para dirigir la maniobra y poco a poco, con bastante

dificultad, voy dando la vuelta a la autocaravana para dejarla con el morro hacia fuera, al tiempo que la arrimo al borde lo más que puedo para dejar el camino libre. En se momento oigo algo así como un roce, pero no le doy la menor importancia hasta que bajo, y veo... Lo que veo es una piedra enorme, camuflada entre la alta hierba, que ha ido rozando el faldón lateral por debajo. No ha ocurrido nada hasta que se ha encontrado con la palanqueta que abre el depósito de las grises: el empuje del pedrusco ha hecho saltar la sujeción, retorcido la varilla y, en fin, la ha dejado hecha un higo. Por si el estropicio fuera poco, empiezan las recriminaciones: que si no has revisado el sitio, que tú te has metido antes de tiempo...

Como se haya roto la válvula del depósito estamos jodidos. Tengo un disgusto tan gordo que ni siquiera soy capaz de comer. Sólo cuando engullo los espaguetis, a estas alturas hechos ya una masa compacta y sólida, reúno el valor suficiente como para salir y valorar fríamente el estrago. Saco una esterilla y me tumbo bajo la auto. Por fortuna, el cierre del depósito está intacto. Por en lo que respecta a la varilla, ha quedado torcida en un ángulo tan acusado que cuando se tira de ella ni de broma consigue soltar las grises. Me empleo a fondo para enderezarla con cuidado de no empeorar las cosas. Al final queda más o menos derecha, pero la abrazadera que la sujetaba al chasis ha cedido, de modo que queda como bailando peligrosamente cerca del suelo. Intento en vano fijarla con otros tornillos hasta que me hartó y pruebo con una solución chapuza pero eficaz, que consiste en elevarla y sujetarla al chasis mediante una cincha. No me fío demasiado del arreglo, pero el caso es que nos aguantará hasta el fin del viaje.



Playa de Ordu



El Camino del Pedrusco



My sweet Chandra

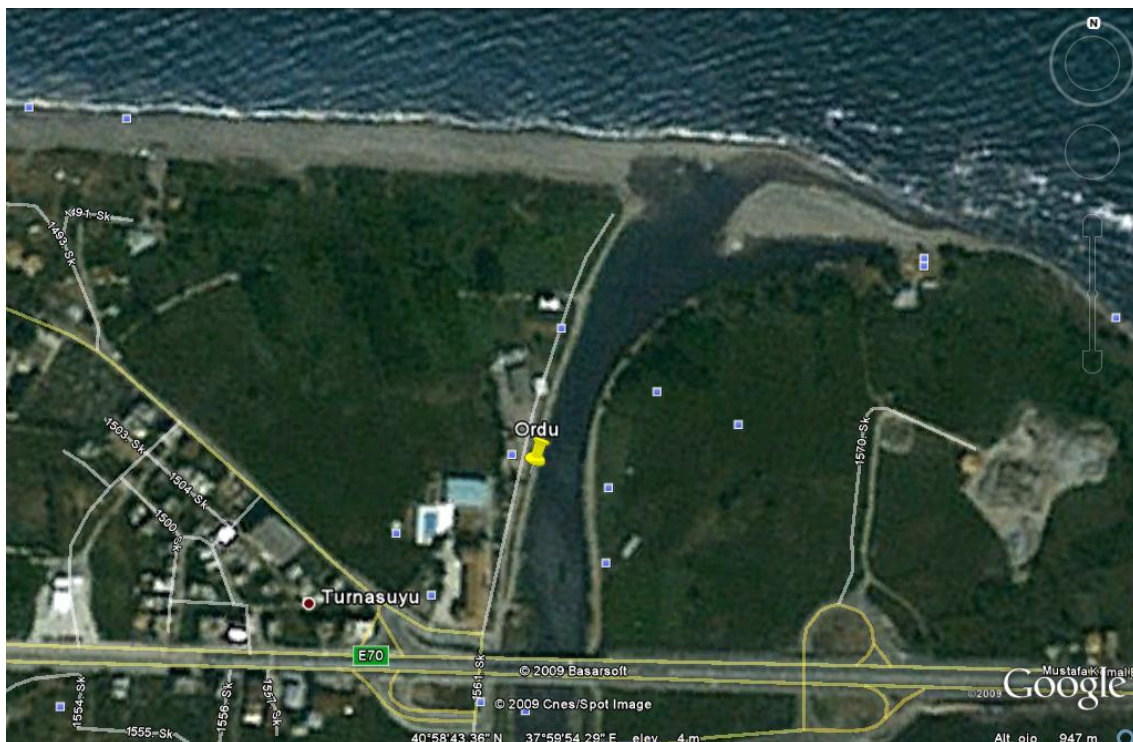
Una vez solucionado lo más perentorio, nos vamos a dar un bañito para mitigar tanto el disgusto como el intenso calor. Permanecemos en la playa hasta que el sol baja lo suficiente como para pensar en buscar un sitio para dormir.

Estamos quitándonos la arena de los pies cuando por el estrecho camino, de vuelta para el pueblo, viene una mujer llevando una ternera joven. La ternera se asusta de Chandra, y Chandra de la ternera. La mujer le habla al animal con palabras tiernas, para convencerla de que Chandra no se la va a comer. A nosotros nos saluda mirándonos a los ojos con un *Hoş geldiniz* que me impresiona por su sinceridad y su vehemencia. Finalmente ella y la vaca se van, y nosotros subimos a la auto.

Un rato después, mientras salimos del tortuoso e infausto camino, creo divisar que una mujer nos mira desde la puerta de una casa cercana, y o mucho me equivoco o es la mujer de la vaca. No le damos mayor importancia y aparcamos unos cientos de metros más allá, pues nos parece más eficaz buscar el sitio de pernocta a pie. Cruzamos bajo el puente de la carretera y seguimos río arriba. Evaluamos dos o tres sitios y decidimos quedarnos en un descampado frente a un chalet habitado. Regresamos.

Cuando llegamos a la auto es prácticamente de noche. Vagamente divisamos tres figuras, que al vernos llegar se acercan. Son dos hombres y una mujer (la de la vaca). Por gestos nos preguntan que si buscamos sitio para dormir. Les digo que sí. Pretenden que les sigamos con la auto pero yo, receloso -si no por naturaleza al menos por experiencia-, les digo que primero mirar. Al que lleva la voz cantante parece molestarle un poco mi desconfianza, pero aun así nos pide que le sigamos.

Llegamos así a un recinto vallado (40°58'40.30" N 37°59'52.64" E). Cuatro o cinco perros nos reciben ruidosamente, pero enseguida les hacen callar. Chandra, aterrorizada por este súbito ingreso en el universo canino.



Tras la verja hay unas naves, unos depósitos como de gas y una vivienda. Comprobamos que, efectivamente, es un buen sitio para quedarse y así se lo hacemos saber. Vienen entonces las presentaciones: el cabeza de familia se llama Hasán, y su mujer Nédyela. El segundo hombre es amigo de la familia y se llama Murat, como el mariscal de Napoleón (ya descubriremos que se trata de un nombre de lo más corriente en Turquía, incluso cruzaremos un río denominado así). Acordamos que Bego y Chandra se quedan, mientras que Murat se viene conmigo a por la auto.

Nos ofrecen asiento en el porche. Cuando nos ofrecen de comer, amablemente decimos que no. La situación me parece de lo más surrealista: dado nuestro avanzado

nivel de turco y el de ellos en lenguas foráneas, la conversación no parece que vaya a dar mucho de sí, y eso que hemos sacado nuestro pequeño diccionario turco-inglés. Yo no acabo de tenerlas todas conmigo y temo habernos metido en alguna extraña encerrona cuando de repente aparece la hija, y en cuanto la veo se despejan todos mis temores. Se llama Tuba, tiene veinte años y estudia informática en Samsun. Asombrosamente, sabe menos inglés que nuestros alumnos de la ESO –muy sintomático del interés del Estado turco por las lenguas extranjeras-, debido a lo cual, aunque ayuda a distender el ambiente, no nos sirve de gran ayuda en el aspecto comunicativo.

Tuba disfruta de lo que en Turquía sin duda puede considerarse un lujo: tiene de mascota un perro pequeño, llamado *Minoche*. Como el resto de los canes guardeses, éste también parece tener claro que tanto nosotros como Chandra somos huéspedes de su amo, y no ladra ni se muestra agresivo con ella. Con semejante sociedad perruna en casa, ahora comprendo por qué Nédyela se portó tan gentilmente cuando venía con la vaca.

Pese a las dificultades idiomáticas conseguimos enterarnos de algunas cosas, como por ejemplo que las instalaciones en las que nos hallamos (aparentemente no operativas) pertenecen a una compañía de gas, y que Hasán es el vigilante (por eso tiene aquí la vivienda). Nos parece entender que le gusta invitar a extranjeros a su casa, y que no hace mucho estuvieron aquí unos suizos.

Poco a poco la situación se distiende. Al final sacan comida y hacemos una medio cena. Hasán nos ofrece *raki* (licor anisado típico de Turquía, 45 grados en canal), pero nosotros declinamos amablemente la oferta. Para que la cosa no decaiga, me ofrezco a enseñarles fotos con el portátil, y así ilustrar nuestro viaje. Se maravilla al ver mi ordenador (Tuba ni siquiera tiene uno de sobremesa), y durante un buen rato pasan ante nuestros ojos Italia, Eslovenia y demás países balcánicos. Me pregunta entonces si no tengo fotos de España. Le enseño algunas de cuando cruzamos Castilla, y entonces me acuerdo de que tengo algo mejor: en una carpeta guardo fotos de mi familia sacadas en las últimas Navidades. Esto parece complacerle, y asiste interesadísimo al desfile de instantáneas de nosotros con mi padre, mi madre y mi hermana. Me da la impresión de que el hecho de compartir estas imágenes tan personales con ellos lo considera un acto de gentileza exquisita.

Creemos que es llegada la hora de retirarnos. Pregunto si puedo enchufar la auto a la corriente eléctrica, y Tuba me ayuda a desenrollar y conectar los cables.

El día de hoy quizá no hay sido el más propicio (percance con el pedrusco) y tal vez esta noche no sea la más tranquila (los perros ladran de cuando en cuando), pero aquí, a miles de kilómetros de casa, agasajados y cobijados por unos completos desconocidos, es cuando me duermo sintiendo que una inmensa gratitud empapa mi corazón.

Kilómetros etapa: 239

Kilómetros viaje

Tierra: 4.871

Mar: 700

27 DE JULIO: ORDU-MAÇKA

Nos sentimos en profunda deuda con esta familia, y no sabemos muy bien cómo agradecerse. Se nos ocurre que podemos ir dando un paseo a la zona comercial de Ordu en busca de una librería y regalarle a Tuba un diccionario inglés-turco en condiciones, para que vaya practicando.

Bajamos de la auto. No hay nadie a la vista y la puerta del recinto está abierta, de modo que salimos y vamos a la calle principal. En ese momento no sabemos que realmente no estamos en Ordu propiamente dicho, sino en un pequeño municipio del extrarradio llamado Turnasuyu, a 9 kilómetros del centro. Sin embargo, nos basta con echar un vistazo a la larguísima carretera para darnos la vuelta ipso facto. Adiós a nuestro regalo de gratitud.

Al volver nos ladran los perros, pero allí está Nédyela para franquear la puerta. Una vez dentro, no dicen ni mu: en esta casa la ley de la hospitalidad se acata a rajatabla.

Aparece Hasán, tan simpático como anoche. Nos invitan a pasar dentro de la casa. Para ello es preciso descalzarse antes, y los perros no pueden entrar. Chandra se muestra toda medrosa, al tener que quedarse fuera sola con cinco perros, pero de una forma u otra lo acepta.

Nos preguntan si queremos comer, y empiezan a llenar la mesa de platos. Inútil es tratar de convencerle de que ya hemos desayunado en la auto, lo cierto es que no para hasta que nos ve meternos algo en la boca. Y té, claro, escanciado de una de estas curiosas teteras de dos pisos (té arriba, agua caliente abajo).

En éstas llega Murat acompañado de otro hombre. No entran en la casa sino que se quedan afuera, en la puerta. En nuestro ámbito cultural eso de aparecer y no saludar sería considerado un gesto grosero, pero no aquí; cuando llevemos más días en el país entenderemos por fin que lo que ellos consideran educado es permitir que el anfitrión esté a solas con su huésped, para poderle atender y agasajar mejor. También tengo la impresión de que en Turquía se considera de buen tono esto de tener invitados en casa, y que da prestigio: durante unas horas, nuestro amigo Hasán puede jugar a ser un poco sultán de su propio reino.

Me asomo a la puerta a procurar por Chandra. La encuentro tranquila, pues no sólo se ha avenido con los otros perros sino que se está haciendo amiga de Murat y su compañero. A menudo reflexionamos Bego y yo sobre lo crucial que fue este momento, pues creemos que fue precisamente entonces cuando la perra -abandonada y maltratada, temerosa e incapaz de relacionarse con sus congéneres-, empezó a cobrar la suficiente confianza en sí misma como para poder hacerlo. César Millán, el educador de perros, sostiene que para curar a un animal que padece un trauma de este tipo este tipo lo que hay que hacer es integrarle en una manada que no se rija por la agresividad.

http://es.wikipedia.org/wiki/C%C3%A9sar_Mill%C3%A1n

Estamos convencidos de que éste es el mejor regalo que nos hicieron Hasán y su familia. Y sus perros, claro.



Hasán



Invitadores e invitados

Tras el almuerzo nos invitan a pasar a otra habitación más grande, donde tienen colgadas fotos familiares. Allí está la de la boda, la de un hijo que murió de pequeño y la de su otra hija, mayor que Tuba, que tenía tan malas relaciones con el padre que, en palabras de éste, *se escapó*. Ahora se ha casado, vive en Ordu y han vuelto a verse. Relatado aquí suena un poco sórdido, pero como este Hasán tiene talento para la comedia –creo que hubiera hecho un buen papel como cómico- es todo como muy desenfadado.

Lo que sí me entran ganas es de decirle que, si sigue tratando a Tuba tan despóticamente como lo hace, probablemente seguirá el camino de su hermana, que ahora los tiempos son otros. Pero, como soy el huésped, por discreción callo. En lugar de eso hablamos de nuestras respectivas edades: él tiene 47 años, y su mujer 49. Me quedo a cuadros: daba por supuesto que eran mayores que nosotros, pero no que nos sacaran tan poquísimos años. Nédyela, en particular, parece una anciana incipiente. Está claro que el tiempo no corre igual de rápido en todos los países.

Tras parlamentar con Murat y el otro, entra Hasán para decirnos que estará ocupado una media hora, que después volverá con nosotros. Como no queremos

molestar más respondemos que no se preocupe, que nos marchamos ya. Cuando estamos a punto de subirnos a la auto, me armo de valor y hago lo que sé que tengo que hacer si no quiero irme remordido, esto es, ofrecerle un par de billetes. Él se niega a cogerlos, y en respuesta se lleva la mano al corazón. Bego arguye que el dinero lo guarde para el ordenador de Tuba; por un instante Hasán duda, pero vuelve a decir que no. Entonces ya sólo nos queda darles la mano, subir a la nave y marchar. Murat nos abre la puerta del vallado. Saludamos con la mano, saludan ellos y nos vamos de allí, con el corazón transido por semejante exceso de afecto y humanidad. Con el tiempo seguramente olvidaremos muchas cosas de este viaje, pero dudo que eso ocurra con esta amable familia.

Siempre que conocemos un país nuevo nos gusta saber lo antes posible cómo se traduce la palabra *Gracias*. Aquí y ahora lo que toca decir es *Teşekkür*.

Salimos a la carretera como flotando. Continúan los dos carriles, los pueblos se alargan y todo el recorrido es prácticamente un continuo urbano. Dos cosas me llaman la atención de esta carretera, a saber: una es que los pasos peatonales, que aunque subterráneos, se hallan señalizados en superficie (¿será para que pisemos con cuidado?). La otra, menos divertida, es que de vez en cuando hay una especie de rotondas para cambiar el sentido a las que se accede por el carril izquierdo, de tal manera que si vas adelantando a un vehículo te puedes encontrar, de sopetón, con uno que está aminorando para girar. Un poco temerarios, pienso yo.

Luego están los *dolmus*, de los que no he hablado desde Estambul. Por decirlo lisa y llanamente, en carretera son peor que una almorrana, pues al tratarse de un transporte público a la carta te los puedes encontrar circulando despacísimo o adelantando a toda velocidad. A éstos los vuelves a ver enseguida, detenidos para recoger o soltar a alguien, y es necesario maniobrar para esquivarlos. Segundos después los tienes de nuevo encima, otra vez adelantando y vuelta a empezar. La mayoría llevan escrito por la parte de atrás, en grandes letras, uno de estos dos lemas: ALLAH KORUSUN (que Alá me proteja) o MAASALLAH (milagro). Deduzco que el primero lo ponen los que desean salvarse un accidente –que no evitarlo-, lo cual es lógico si atendemos a cómo conducen. El segundo digo yo que lo escribirá el que pegó la torta y salió con bien.



Mezquita de Akçalkale



Maravillosa mezquita de Akçaabat

El tiempo, soleado cuando salimos de Ordu, va nublándose poco a poco y al final caen chuzos de punta, aunque el chaparrón no dura mucho. En Akçakale paramos a echar gasoil, y en Akçaabat nos detenemos un instante a fotografiar su maravillosa mezquita. De este modo, poco a poco, nos acercamos a la ciudad que da nombre a este relato. Trabzon, Trebisonda, o Trapisonda, que fue capital de un reino desgajado del Imperio Bizantino y que subsistió nada menos que 257 años.

http://es.wikipedia.org/wiki/Imperio_de_Trebisonda

Trapisonda no es sólo famosa entre nosotros porque la nombre Cervantes en el primer capítulo de El Quijote. Por aquí pasó Marco Polo a la vuelta de su viaje a China; y casi un siglo después, tanto a la ida como a la vuelta, nuestro paisano Ruy González de Clavijo, quien fue enviado en misión diplomática por el rey castellano Enrique III a la corte de Tamerlán el Grande, que se hallaba a la sazón en Samarcanda, actual Uzbekistán. La expedición partió de Cádiz en mayo de 1403 y no regresó hasta marzo de 1406. Fruto de ese viaje nos legó el libro titulado *Embajada a Tamorlán*, una de las joyas de la literatura medieval castellana.

Sin embargo, para desgracia nuestra, Trabzon se nos resiste y no lo veremos ni mucho ni poco: accedemos por la ronda litoral hasta que un cartel nos indica el desvío para el centro. Una vez allí, se congrega tal guirigay de gente y de coches que no vemos por ningún lado sitio para aparcar. Al llegar a la vista de las murallas me desvío a la derecha tratando de dar con algún lugar despejado, pero la carretera sube y sube y parece alejarnos de nuestro objetivo. Como puedo doy la vuelta y otra vez para abajo.

Comprobado: en el centro no hay forma humana de aparcar, y cuando por fin empiezan a aparecer sitios no nos ofrece ninguna confianza dejar en ellos la auto y volver andando. Así que, pian pianito, cuando vemos el letrero de la carretera hacia Maçka sabemos que no daremos ya la vuelta. Lo único que lamento es irme sin ver la iglesia de Santa Sofía, transformada en la actualidad en museo.

En cuanto nos alejamos un poco desaparece casi todo el tráfico: no dejará de asombrarme este singular fenómeno de las ciudades turcas. Necesitamos urgentemente comprar vituallas, y como en las tiendas de Trabzon no fue posible, paramos en una de carretera, bastante más pequeña por cierto de lo que nos pareció al pasar. Compramos garrafas de agua, fruta y pan, que se dice *ekmek*. Por cierto, el pan de Trabzon tiene una bien merecida fama que se extiende a lo largo y ancho del país.

25 kilómetros al Sur de Trabzon está Maçka. Traigo este sitio tan estudiado con Google Earth que no dudo ni un instante dónde tengo que parar. Y es que vengo a cumplir una especie de promesa que contraí libremente meses antes de salir de casa con Jesús Calvo Puentes. A quienes me leen ese nombre no les sonará de nada, pero si digo que es hermano de Miguel Ángel, uno de los 62 militares que fallecieron en el accidente del Yak-42 procedente de Afganistán y que se estrelló poco antes de tomar tierra en Trabzon, se comprenderá de lo que hablo.

http://es.wikipedia.org/wiki/Accidente_del_Yak-42_en_Turqu%C3%ADa

La atmósfera y el paisaje son exactamente como aparecían en las fotos, muy nublado y muy verde. Yo me decía que seguramente en verano se vería de otra manera, pero no; parece que ésta es tierra de lluvia perpetua.

Entro en el parquecillo con el mismo respeto con el que se va a un cementerio. Impresiona, tan lejos de casa, encontrar palabras escritas en su idioma materno. Sin tocarme de cerca, intuyo el inmenso dolor que encierra este suceso, las vidas cabalgando a lomos de la tragedia y de la nada. Porque para sufrimiento, el mayor no es el de los que se van, sino el de los que se quedan, hipotecando a menudo su vida en un extenuante ejercicio de preguntas sin respuestas. Porque lo que sí queda claro es que hace falta mucho coraje para seguir viviendo tras pasar una experiencia como ésta.

El avión, lógicamente, no se estrelló aquí, sino en un monte cercano y en un lugar bastante inaccesible. Recuerdo que cuando oí la noticia del accidente, hace ahora seis años, me pareció que aquello había ocurrido en el culo del mundo, y ahora sin embargo estoy aquí. Y es que, como diría Perogrullo, ningún sitio parece demasiado lejos cuando se llega a él.



La carretera



La entrada al parque



EN MEMORIA
DE LOS MILITARES
ESPANÓLES FALLECIDOS
EN EL ACCIDENTE AEREO
DEL 26 DE MAYO DE 2003
26 MAYIS 2003
TARİHİNDE UÇAK
KAZASINDA HAYATLARINI
KAYBEDEN İSPANYOL
ASKERLERİNİN ANISINA

La placa



El monumento



Los nombres





Los turcos son amigos de sorprender, tanto para lo bueno como para lo malo: al igual que abruma el gesto de solidaridad que supone levantar este monumento (y el fraternal trato que dispensaron a los familiares, según me han contado) también me deja a cuadros que el tipo que regenta la terraza de verano anexa haya desplegado mesas, sillas y sombrillas justo delante del conjunto (incluido un techado de madera con aspecto de ser permanente). Tengo que usar toda mi habilidad para sacar las fotos sin que se vean plásticos o algún anuncio de refresco. Yo, que no me considero precisamente un defensor de lo castrense, me indigno ante el ultraje. Al tabernero le vale que los muertos son soldados españoles, que como fueran turcos ya hace tiempo que le habrían metido las sombrillas por salva sea la parte.



Camino de Sumela

De Maçka sale el desvío que en pocos kilómetros lleva al monasterio de Sumela. La carretera asciende por un valle siempreverde, remontando un torrente de montaña. Alcanzamos la entrada del Altındere National Park, donde nos cobran por el vehículo, no por los pasajeros. Un poco más arriba está el aparcamiento, sobresaturado de

turismos y autobuses. Incluso hay dos pequeños coches que están participando en el rally Londres-Mongolia:

http://www.elpais.com/articulo/internet/Londres/Mongolia/volante/autos/locos/elporotec/20060803elpepunct_3/Tes#

Encontramos un sitio para estacionar y nos disponemos a comer. Como afuera he visto un puesto en el que venden mazorcas de maíz, bajo a comprar dos. Los turcos son muy aficionados a consumirlas, bien hervidas o bien asadas.

Aunque no es muy tarde, la luz escasea de tan nublado, así que nos ponemos en marcha. Desde el aparcamiento hay un sendero que sube hasta el monasterio. Parece bastante empinado pero no nos arredra; además, así podemos disfrutar del frondoso paisaje. Nos llevamos el chubasquero por si llueve, pero cuando no llevamos ni diez minutos de caminata empieza a caer tal diluvio que nos vemos obligados a regresar a toda prisa y maldiciendo, con el sendero convertido ya en río.

Otra vez en la auto, ya secos y cambiados de ropa, evaluamos la situación. Teóricamente los vehículos grandes no pueden subir hasta el monasterio. Sin embargo, yo he visto tirar a microbuses y hasta un autobús, así que si ellos pueden nosotros también. La carretera es por lo general estrecha y con algún paso difícil, pero llegamos arriba sin novedad. Por cierto, ha dejado de llover del todo.

Desde este segundo aparcamiento hasta el monasterio hay que caminar todavía un poco por un camino que el agua recién caída y las raíces de los árboles hacen bastante resbaladizo. Casi todo el mundo viene en sentido contrario a nosotros, y eso nos hace suponer que están cerrando o a punto de cerrar, como efectivamente ocurre. De todos modos, con el hándicap de Chandra venimos ya mentalizados, y éste es precisamente uno de los sitios que se viene a ver más por el emplazamiento que por el edificio en sí, por muy espectacular que sea verlo colgar de los riscos.

Por ello no tengo fotos del interior, aunque es posible ver algunas aquí:

http://en.wikipedia.org/wiki/S%C3%BCmela_Monastery









El monasterio de Sumela estuvo ocupado por monjes ortodoxos hasta 1923, fecha en que fue abandonado como consecuencia del intercambio de población que siguió al Tratado de Lausana. Ahora lo tienen como oro en paño, pero durante un tiempo sufrió vandalismo y abandono. Como veremos después en Capadocia, la peor parte se la llevaron las pinturas murales, en especial las caras de las figuras, que fueron sistemáticamente machacadas en virtud del precepto coránico que prohíbe representaciones humanas.

Paseamos y sacamos algunas fotos, haciendo tiempo para que se marche el mayor número posible de vehículos. A última hora aparecen dos o tres muy grandes y ostentosos. Por la matrícula y lo negras que vienen las mujeres deduzco que son iraníes.

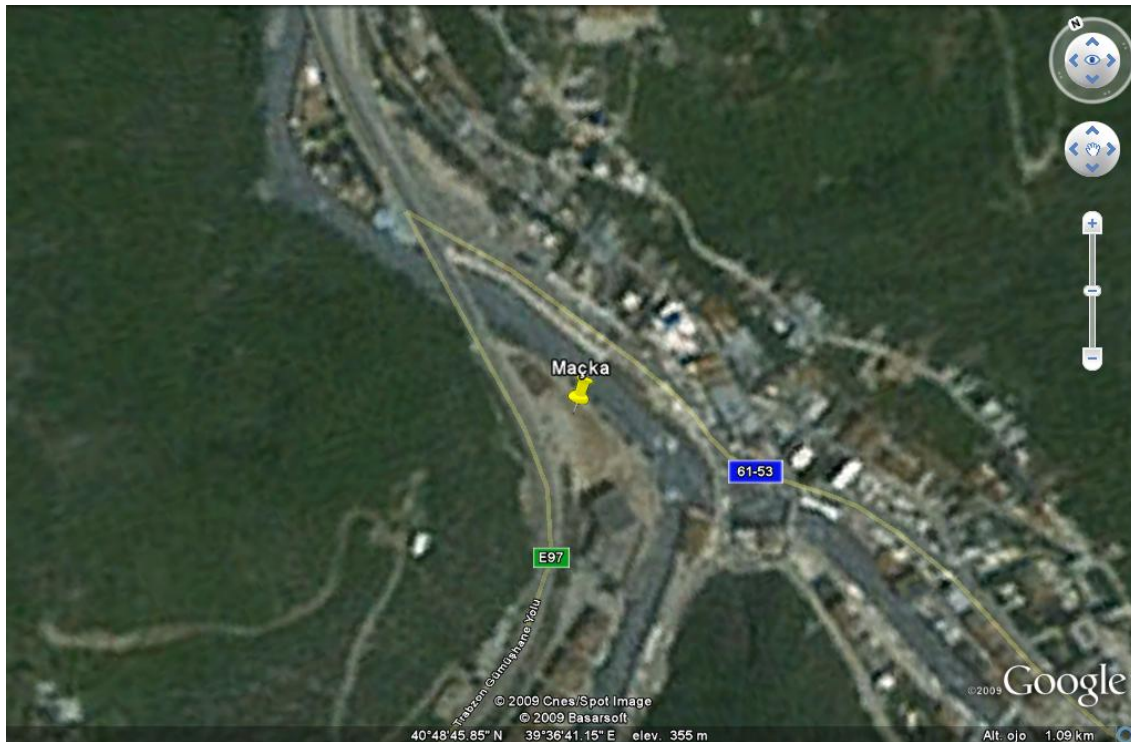


Descendemos hasta el primer aparcamiento, con paradas para ver/fotografiar las espectaculares cascadas. El grado de humedad es tal que con el aire se podría hacer sopa.

Pero hay que plantearse el tema de la dormida: aquí no creo que sea posible por hallarnos dentro del parque. De regreso a Maçka vamos mirando a los lados de la carretera en busca del lugar propicio. Creemos encontrarlo en la rectificación de una curva, enfrente de un restaurante y unas casas. No hemos decidido aún si quedarnos o no cuando veo a un tipo haciendo insistentes gestos para que nos vayamos. Estamos en la carretera y fuera de los límites del Parque Nacional, pero pasamos de líos. Al maniobrar para volver a la carreta tengo ocasión de observarle más de cerca: alto, joven, y bien criado, hace gala de una prepotencia que me hace sospechar si no será militar o poli. Le miro a través de la ventanilla y redobla su negativa: el muy idiota creerá que busco ablandarle. Ayer nos acogen con los brazos abiertos y hoy nos expulsan. Qué cosas, esta Turquía.

Cuando llegamos a Maçka ya es noche cerrada. Atravesamos el pueblo mirando sitios, pero a oscuras ya se sabe lo difícil que es. Cruzamos el río y damos con un descampado en el que hay muchos camiones. Dejamos allí la auto para buscar mejor a

pie. Después de recorrer todo el pueblo llegamos a la conclusión de que donde hemos aparcado, si bien no es el sitio ideal, sí que es el mejor posible dadas las circunstancias (40°48'45.00" N 39°36'40.64" E). Antes de volver pasamos por un super donde hacemos una –a nuestro pesar- raquítica compra. No venden fruta, y tenemos que adquirirla en otra tienda.



Camuflamos la auto entre dos camiones para disimularnos un poco, y nos disponemos a pasar la noche. Estamos a menos de 300 metros del parquecillo donde el monumento al accidente aéreo, y por lo visto esta noche hay organizado un concurso de disc-jockeys *bakalas*. Lo que no me queda claro es si el premio es al mejor o al peor, por como suena aquella chatarra. Entre esto y la expulsión sufrida a manos del turco chuleta estamos un poco tristes. Después me enteraré (cosas de leer un relato de viajes al revés) que Margaret y Barry, después de mucho dar vueltas, consiguieron quedarse en el Altintas camping-restaurant, que se halla en la bajada de Sumela. Creo que si nosotros no lo encontramos es porque los viajes son como la vida, diferentes e intransferibles.

Kilómetros etapa: 233

Kilómetros viaje

Tierra: 5.104

Mar: 700

28 DE JULIO: MAÇKA-ERZURUM

Durante la noche ha llovido a modo: me pregunto cuántos litros caerán aquí al cabo del año, si en julio chucea de esta manera. El lugar de la pernocta es por la mañana un auténtico barrizal, Chandra y yo tenemos problemas para no poner perdido el suelo de la auto cuando volvemos del paseo reglamentario.

Estamos en otro de los puntos de inflexión del viaje: cuando andaba planificando en casa Trabzon constituía para mí el *Finis Terrae*, la frontera psicológica de la ruta debido a dos factores: el tiempo y las condiciones de seguridad o falta de ella que podríamos encontrar al Este del país. En cuanto al primero, ya la tarde de Sinop estuve haciendo recuento de días para ver si era posible extendernos más hacia el Este, y llegué a la conclusión de que era factible. Por lo que respecta a la seguridad, hasta la fecha hemos comprobado que no representa ningún problema; ya veremos cuando entremos en el Kurdistán.

Cuando le dije a Bego que quería pasar Trabzon y llegar hasta Doğubeyazit, me vino a preguntar más o menos que qué se nos había perdido por allí. Fue suficiente con pronunciar las dos palabras mágicas –*Monte Ararat*– para que renunciara a cualquier objeción y se sumara entusiasmada al proyecto. En realidad, cuando iniciamos el viaje yo desconocía que la bíblica montaña caía por estos lares –lo que a mí me llevaba en realidad hasta Doğubeyazit era el palacio de Ishak Pasha–, pero mira tú por dónde también en los viajes se pueden matar dos pájaros de un tiro, aunque no comparta en absoluto el significado literal del dicho.



Subiendo el puerto de Zigana

Hemos dormido como quien dice a pie de carretera, así que nada más fácil que ponerse de nuevo en ruta. Iremos primero hacia el Sur, en dirección a Gümüşhane, siguiendo el ramal de la Ruta de la Seda que provenía de Irán. Ascendemos por una carretera ancha y nueva que cuenta, por fortuna, con carril para vehículos lentos: y es que en sólo 30 kilómetros pasamos de los 350 metros sobre el nivel del mar de Maçka a los 1.800 del paso de Zigana, donde no hay que subir más gracias al túnel de 2 kilómetros que atraviesa el monte. De camino navegamos por el mar de nubes que riega la cara Norte de estas sierras hasta que salimos a un sol y un cielo limpios y resplandecientes. No hay ya árboles por aquí arriba y sí algunos neveros que atestiguan la dureza del clima.



Tal y como las líneas indican, el carril central se utiliza en ambos sentidos para adelantar (curvas incluidas). *Allah korusun*

Comienza un descenso bastante fuerte, aunque el desnivel sea menor: ya no bajaremos de los mil metros, pues ingresamos en la meseta de Anatolia oriental (Erzurum, nuestro destino del día, se halla a 1.900 metros sobre el nivel del mar.). Durante la bajada alcanzamos a una tanqueta del ejército escoltada por un vehículo de la policía. Detrás llega un turismo que nos adelanta, y que pretende hacer lo mismo con la tanqueta y los polis... en línea continua. El soldado que va en la torreta se lo impide con imperiosos gestos. Hay que ver estos turcos, no se arredran en carretera ni ante un tío con ametralladora. Cuando la línea se vuelve discontinua adelantamos. Saludo con la mano al de la torreta y éste nos corresponde.



Castillo a las afueras de Gümüşhane



Juro que la roca estaba rondando cuando pasaba el coche

El cambio de paisaje no puede ser más dramático: en poquísimos kilómetros trocamos un escenario montañoso y húmedo por otro desarbolado y considerablemente más seco. Los pueblos también acusan el cambio: las populosas e industriales ciudades de la costa se transforman en pueblos de decidido aire centroasiático. Ahora sí que tenemos la clarísima sensación de hallarnos lejos de casa, y de haber cruzado una frontera de las de verdad.

Son hoy tres puertos de montaña los que hay que franquear. El primero, que ya he relatado, es el de Zigana. El segundo, de 1.900 metros, se encuentra entre Gümüşhane y Bayburt. El tercero, entre esta última localidad y Erzurum, nos lleva hasta los 2.370 metros de altitud.



Dilatadas perspectivas

Antes de subir el segundo hacemos una parada junto a una caudalosa fuente. Llenamos el depósito y aprovecho para limpiar la parte trasera de la auto, que está de barro y suciedad hasta arriba. Llega un camionero y baja a comerse el bocata. Saluda y me ofrece un trozo, que yo rechazo con toda la amabilidad posible. Luego llega una

familia. El patriarca pretende decirnos algo que suena a bienaventuranza para viajeros, pero descubre estupefacto que no le entendemos ni papa. Intentamos animarle ofreciéndole nuestro diccionario, pero él renuncia, se despide y entra de nuevo en el coche.

La carretera está a tramos duplicada y a cachos no. Como partimos de una altura inicial elevada, del segundo puerto ni nos enteramos. Avanzamos por largas y despejadas rectas. Si la zona de Trabzon recordaba al País Vasco, ésta en la que nos hallamos ahora sin duda se asemeja a Castilla.

Cruzamos Bayburt, un tanto despoblado a esta hora, y acometemos el largo ascenso al tercer hito de la mañana, el puerto de Kop. La autocaravana sube con mucho garbo; no así los camiones, que se quedan clavados. Los árboles, bastante escasos, desaparecen por completo. Las casas se hallan rematadas por tejados de chapa metálica, lo que da una idea de las inclemencias que deben de soplar por aquí en invierno.



Anatolia Oriental



A punto de coronar el puerto. El edificio de la derecha es una mezquita de carretera

Poco a poco culminamos la subida, que marca el límite entre las provincias de Trabzon y Erzurum. Hay aquí un enorme monumento a los soldados turcos que perecieron por estos lares durante la Guerra de Independencia. Paramos y bajo a echar un vistazo. Realmente hace frío aquí arriba. Aparecen dos chicos y una chica, cuyo coche está aparcado un poco más allá. Los tres me saludan estrechándome la mano. Parecen universitarios. Como ya es costumbre, inquieren que de dónde soy, y a su vez me describen el viaje que están haciendo ellos, aunque no me entero muy bien. Despedida, parabienes y luego ellos y yo en dirección opuesta.



Erzurum Il Siniri, provincia de Erzurum

Afrontamos una descomunal bajada de casi 800 metros. Por el camino vemos algunos asentamientos de pastores transhumantes. Cruzamos Aşkale y poco después nos detenemos en una gasolinera a comer. No en la gasolinera propiamente dicha, que nos parece mucho morro sin repostar, sino en un aparcamiento de camiones anejo en el que no hay ni un alma. Erzurum dista sólo 48 kilómetros.

Tiene mucho tráfico esta carretera: pasan camiones, autobuses y, cómo no, bastantes turismos. Uno de éstos se detiene en el arcén, relativamente cerca de nosotros. De él bajan un hombre de mediana edad y tres chicas jóvenes, vestidas a la occidental. Al ser de la misma edad no parecen hermanas. Tal vez el hombre sea padre de una de ellas. O quizá simplemente oficie de taxista. A simple vista parece una avería: esperan fuera del coche y llaman por el móvil. Al cabo de una media hora montan y se van.



Carretera a Erzurum



Chandrita en la gasolinera



Montañas de Anatolia

También nos vamos nosotros. Ya no hay más puertos que subir y la carretera se desliza buena y llanita, tanto que Erzurum se empieza a divisar desde bien lejos. 15 kilómetros antes de llegar arranca la variante que evita la ciudad; nosotros elegimos la opción contraria, que es la de la izquierda.

Camino del centro cruzamos la pequeña localidad de Ilica. No estoy del todo seguro, pero me parece que es en este punto donde cruzamos el río Éufrates, que los turcos llaman Firat. No es extraño que no nos fijáramos: aquí es apenas un reguero de agua, pues nace a escasos kilómetros de Erzurum, en el monte Palandöken. No he encontrado referencia alguna respecto al punto exacto donde comienza este mítico-bíblico-histórico río su andadura, que le lleva -tras recorrer 2.780 kilómetros y cruzar tres países- a desembocar, hermanado con el Tigris, en el Golfo Pérsico.

La verdad es que, pese a la estación de esquí con que cuenta Erzurum, tienen que venir pocos extranjeros por aquí, y menos en autocaravana, a juzgar por cómo nos miran los ocupantes de los demás vehículos. En un semáforo el conductor de un microbús me saluda abiertamente, sin asomo de ironía, con esa amabilidad tan querida y practicada por los turcos.

Nos metemos por la calle principal para ver el panorama. Mucha ropa oscura, mucha barba, mucha mujer tapada. Se diría que de repente hemos llegado a Irán. Pasado el centro cruzamos un barrio donde no dejaría aparcada la autocaravana ni por todo el oro del mundo.

Debemos asumir que hemos entrado definitivamente en territorio comanche, y que no podemos quedarnos a dormir en cualquier sitio. Barry y Margaret, después de intentar en vano que les dejaran pernoctar junto a un hotel del *ski resort*, fueron acogidos en la gasolinera que hay en la salida Este de la ciudad, dirección Pasinler. Lo primero que hacemos es pues localizar dicha gasolinera, que por cierto linda con un gigantesco polígono militar. Una vez encontrada (39°54'19.22" N 41°18'50.07" E) decidimos que no queremos irnos mañana sin haber visitado el pueblo, de manera que no entramos ni preguntamos, sino que regresamos al centro en busca de un sitio para aparcar que nos parezca seguro.

En lugar de cruzar otra vez por el centro, ahora intentamos una aproximación diferente. Para ello tomamos por lo que, salvadas las diferencias, sería el equivalente de la M-30 y luego giramos por una calle muy ancha pero con poco tráfico. Paramos enfrente de unos bloques de viviendas donde se ve mucha gente, mayoritariamente críos. Un grupo en edad mastuerzilla se coloca a nuestra vera, como esperando que se abra el platillo volante y salga E. T. Como en situaciones similares, Bego coge el toro por los cuernos, se va para ellos y les pregunta: *Şehir Merkezi?* Ellos se quedan un tanto alucinados de que les entren en turco, pero uno de los chavales se arranca en inglés. Nos explica que vive en Francia con sus padres (*soy francés*, aclara), y que está aquí de vacaciones, y que aprovecha para asistir a la escuela coránica. El hecho de vivir en Europa le confiere un cierto prestigio entre sus adláteres, y dicha autoridad se ve incrementada al ser él quien ejerza de relaciones públicas y de intérprete con los *guiris*. Nosotros, por nuestra parte, lo utilizamos de puente con la juventud indígena para que dejen en paz la auto y nos la cuiden. Se comprometen a ello y, siguiendo sus explicaciones, nos vamos para el centro.



Detalle en la decoración de un minarete

En muchos aspectos Turquía recuerda a la España de los 60 y de los 70. Los niños no son una excepción: burrillos y resabiados, pero de alma cándida. Por el camino nos damos cuenta de que ha sido un error sacar a Chandra: para ellos es como si lleváramos un mono de feria, y tenemos que ponernos serios un par de veces para que la dejen en paz. También nos gritan *money, money*, lo cual demuestra que el concepto del extranjero al que se le salen los euros por las orejas sí que ha llegado hasta aquí.

Los adultos, como ya ocurriera en Estambul, son más diplomáticos, simplemente nos esquivan y no dicen nada, pero el teórico anonimato que debería darte una ciudad de

338.000 habitantes nos impide que nos sintamos en el centro de una intensa expectación que nos bloquea e impide pensar con claridad. Tampoco nos va a resultar fácil encontrar monumentos, pues el único mapa que hallamos se nos antoja incomprensible y no hay señales indicadoras de ningún tipo.

Por todo ello, tras un brevísimo paseo por la calle principal decidimos que por hoy ha sido suficiente y decidimos marcharnos. Nos aborda entonces un hombrecillo delgado, de edad indefinida, que habla muy bien el inglés y el alemán. La conversación con él crea a nuestro alrededor una especie de burbuja protectora: la gente mira menos, o al menos eso es lo que me parece a mí. Mientras estamos parados, algunos padres muestran a Chandra a sus niños pequeños. La mayoría la contemplan alucinados, salvo una cría que no quiere acercarse ni a tiros, pensará que es venenosa.

A los pocos minutos de entablar conversación nos suelta que es kurdo, y se queda como a la expectativa. Nosotros no hacemos comentarios al respecto; de sobra es conocida por aquí la simpatía que despierta la causa de este pueblo en Occidente, y bien podría ser un policía de paisano dispuesto a chequearnos. Después pregunta que si hemos visto la medersa del doble minarete, y ante nuestra negativa se ofrece a acompañarnos. Por el camino nos cuenta que vivió en Alemania y después regresó a Turquía. Que a menudo viaja a Irán para comprar seda, y que le caen bien los iraníes, no así el régimen que gobierna el país.



La medersa de doble minarete



Puerta

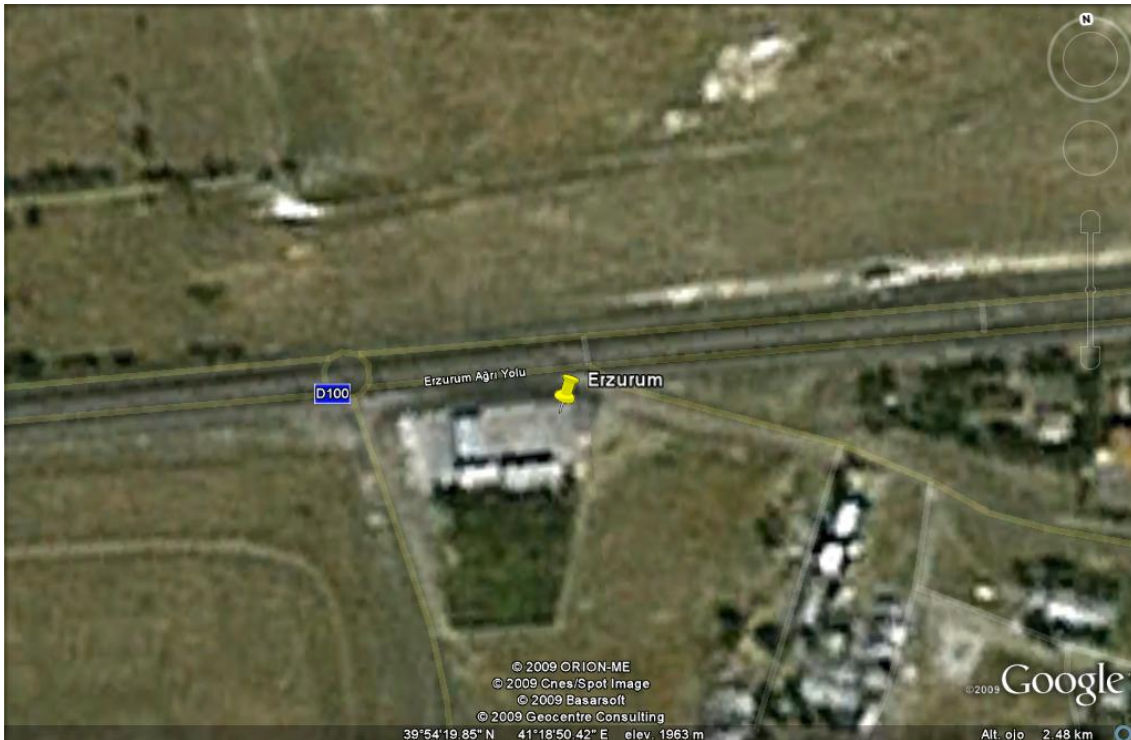
Una vez en la medersa, nuestro circunstancial guía aventura que es propietario de una tienda de alfombras, y que nos invita a tomar un té (previamente ya se ha informado de cómo viajamos y qué vehículo tenemos). Habla muy deprisa, para evitar que pensemos, pero nuestra resolución es firme: se agradece la invitación, pero nos vamos para casa. El kurdo que importa seda no insiste, y cortésmente se despide de nosotros.



El sol se pone en Erzurum

De vuelta a la auto damos un rodeo para no pasar por donde los críos acosadores de Chandra. Cuando llegamos junto a la auto los vigilantes no están, pero aparecen enseguida y se sientan a la expectativa, quizá esperando algún obsequio. El emigrante que estudia El Corán explota al máximo su papel de embajador, y nosotros le damos coba. Acarician un poco a Chandra y nos despedimos.

Entramos en la estación de servicio anocheciendo: por nuestro bien espero que no nos pongan pegas. Lleno el depósito y pregunto al gasolinero mediante lenguaje universal que si podemos quedarnos a dormir. Sin problema, al contrario. Intento pagar con tarjeta, pero el aparato no acepta ninguna, así que liras contantes y sonantes.



La gasolinera cuenta con un gran restaurante, y aparcamos pegados a él, en un lateral. Barry y Margaret comieron aquí y hablaban maravillas. Como además estamos muy agradecidos por el hospedaje, nosotros también entramos a cenar.

Se trata de un lugar inmenso y casi vacío, imagino que la temporada alta será en invierno. El trato es exquisito, y la comida también: pedimos brochetas de carne de dos tipos diferentes que nos sirven en una fuente inmensa guarnecida con ensalada. Para beber, cerveza *Efes*, la única que se comercializa en Turquía y siempre en envases de medio litro.



Pedimos la cuenta: 27 liras, más 3 que dejamos de propina. Recogemos la carne que ha sobrado para Chandrita y nos vamos para la auto. Durante la cena ha refrescado una barbaridad. El sitio es bastante tranquilo, sobre todo cuando se van unos que no tenían otra cosa que hacer que venir a lavar el auto a las once de la noche. Luego, ladridos de perros vagabundos y silencio.

Kilómetros etapa: 283

Kilómetros viaje

Tierra: 5.387

Mar: 700

29 DE JULIO: ERZURUM- DOĞUBEYAZIT

Esta noche la temperatura ha bajado a 8 grados en el exterior, me llama la atención porque no alcanzábamos una similar desde que dormimos en la frontera italo-eslovena. No quiero ni imaginarme el frío que tiene que hacer por estas latitudes en lo más crudo del invierno.

A las 6 de la mañana ya es pleno día. Salgo con Chandra y recorremos los alrededores de la gasolinera. Contrasta la modernidad de ésta con lo paupérrimo del pueblecito cercano, Maksut Efendi. Entre él y nosotros se extiende la tierra de nadie, un desolado terreno festoneado de basuras en cuyo centro un perro se come una gallina muerta.



Mujeres en Maksut Efendi

Cuando ya estamos preparados para irnos, muevo la auto hasta el lavadero de los coches para adecentar el parabrisas. Tienen allí una lanza a presión. Al parecer no funciona con monedas, pero tampoco veo cómo se conecta. Aparece el hombre que me atendió ayer y la enciende. Luego se queda esperando con aires mayordomiles y por eso, cuando termino, pruebo a darle una propina; pero él la rechaza, y continúa allí hasta que nos vamos. Esto sí que es cortesía, y lo demás cuento.

Como la carretera que pasa frente a la gasolinra es la que lleva a Doğubeyazit no tenemos que volver a entrar en Erzurum, sino simplemente girar a la derecha. 40 kilómetros después cruzamos Pasinler, y un poco más allá la localidad de Köprükøy,

que en turco quiere decir *el pueblo del puente*. Y es que aquí se levanta el viaducto de Çobandede, una soberbia estructura de siete arcos que cruza el río Aras, y que fue levantado a finales del siglo XIII. Estamos acostumbrados a ver este tipo de estructuras en Europa, pero es el primero de estas características que encontramos por estos lares. Como para preservarlo ya no circula tráfico por él, paramos a echarle un vistazo y sacar unas fotos. Aquí se juntan dos ríos, y es de ver cómo sus aguas, de diferentes colores, circulan sin mezclarse durante un trecho.



Puente de Çobandede



La junta de las aguas

Tierra de cereales, vastísimos paisajes sin un solo árbol. Algunos rebaños de ovejas y muy pocos pueblos –los pocos que cruzamos dan un aire pobrísimo y destartalado, recuerdan mucho a los del sur de Marruecos-. Comentan Barry y Margaret que vieron a un pastor con un fusil al hombro: no es de extrañar, con tanto espacio deshabitado ésta es tierra propicia para perros cimarrones.

Seguimos adelante hasta llegar a Horasan. Aquí la carretera se bifurca: la de la izquierda se dirige a Georgia y a Tiflis, la capital, y por ella marchan casi todos los camiones. La de la derecha, que va a Doğubeyazit; no sólo se halla menos transitada, sino en bastante peor estado que lo recorrido hasta ahora. Ingresamos en un auténtico desfiladero de los de hacer emboscadas: diríase que en cualquier momento van a pasar por aquí las huestes de Genghis Khan, los soldados de Alejandro Magno o, puestos a apurar, el Séptimo de Caballería.



El desfiladero



Carretera hacia el Este



El Saç Dağı

El firme carretero está tan deteriorado que cada vez que no hay tráfico nos pasamos al carril contrario. Observo que detrás viene un autobús, pero no de línea ni tampoco turístico, es... un autobús urbano, de los de letrero luminoso delante. Yo pensaba que estos vehículos no corrían tanto, pero a la que puede nos adelante y se pierde en la distancia. Un poco más adelante se desvela el misterio: en una explanada junto a la carretera se concentran no menos de treinta autocares como nuestro adelantador, y siguen llegando: todos lucen una placa en la que se lee algo así como EXPORTACIÓN, y los bajos laterales forrados con plástico de burbujitas, para que lleguen sin rayones. Se trata, a todas luces, de una flota de autobuses cuyo destino es alguna ciudad de Irán.



Primera vista del Monte Ararat

Alcanzamos el Saç Dağı Geçidi, a 2.290 metros de altitud. La montaña que da nombre a este puerto es el monte Saç, que con su forma cónica delata su pasado de antiguo volcán. Media hora después de este hito, un pico blanco empieza a descollar sobre las colinas: es el monte Ararat, que aparece y desaparece a intervalos, como un faro, de acuerdo con los caprichos del terreno.



El Ararat, un poco más cerca

Cruzamos Ağrı, que nos produce una sensación penosa, al menos la zona de la circunvalación y del río: es, con diferencia, lo más tercermundista que hemos visto hasta ahora en Turquía. La carretera tampoco acompaña: aunque se halla duplicada, a los terribles socavones hay que sumar las obras perennes y la deficiente señalización: en más de una ocasión no sabemos si hay que ir por la parte de la derecha o por la izquierda. En otros sitios la parte arreglada (y aún cerrada al tráfico) lleva tanto tiempo inconclusa que hasta le están saliendo baches: los conductores no soportan el mal estado de la carretera vieja y circulan por donde Alá les da a entender. Llevo detrás un autobús iraní. Aunque no viene avasallando, como sus colegas turcos, me orillo y le dejo adelantar, así dejo que sea él quien tome la decisión de por dónde se pasa mejor.



Chandra y el Ararat

Finalmente llegamos a un punto –Ipek Geçidi, 2.010 m.) desde donde es posible contemplar el Ararat en toda su plenitud. Pese al sol, fuera del vehículo hace un frío que pela. Junto a la carretera se levantan algunas casamatas, así como trincheras reforzadas con sacos terreros. Ahora mismo se hallan desocupadas pero más arriba, desde lo alto del monte, guardias armados otean sobre todo lo que se mueve en el valle. Y es que la llegada al Kurdistán no sólo se traduce en la pobreza de los pueblos y las penosas carreteras, sino también en la presencia de lo militar que, a partir de este punto, se hará abrumadora.

El Ağrı Dağı -que es como se llama en turco- corona de nieves perpetuas sus 5.165 metros. Una extraña emoción nos embarga: aquí, dice la Biblia, se posó el Arca de Noé. Pese al carácter simbólico del mito –no deja de ser un poderoso relato de salvación y esperanza-, abundan los enteradillos que no viven tranquilos si no demuestran la cruda literalidad de la historia y así, durante los últimos cincuenta años, por aquí ha merodeado gente buscando como posesa alguna traza de la dichosa arca. Por supuesto, sin ningún resultado concluyente.

De hecho, la única arca que hay en la zona es la que, en 2007, construyó Greenpeace en las faldas del Ararat como aviso del poco tiempo que nos queda para frenar el cambio climático; que ése sí que es el auténtico *diluvio* que se nos viene encima ahora.

<http://www.bottup.com/200705311194/Cambio-Climatico/greenpeace-instala-un-arca-de-non-el-monte-ararat-como-simbolo-frente-al-cambio-climco.html>

Mientras volvemos a la autocaravana, empiezan a pasar algunos de los autobuses con destino Irán. Los conductores saludan y nos dan con las luces; nosotros, claro está, respondemos calurosamente a todas esas muestras de entusiasmo. Y es que, a partir de este preciso instante y por unos días, dejaremos de ser turistas para convertirnos un poquito en héroes.

Desde aquí no son muchos los kilómetros que restan hasta Doğubeyazit, pero se hacen eternos por el mal estado del no-asfalto, que empeora aun más. Poco antes de entrar en la ciudad dejamos a la derecha la carretera por la que bajaremos hacia el lago Van.



Monte Ararat desde la entrada de Doğubeyazit

Doğubeyazit tiene unos 60.000 habitantes y el aspecto polvoriento y caótico que parece común a todas las ciudades de Asia Central. Por suerte, se trata de un follón controlado y tranquilo. No tenemos intención de detenernos aquí, sino que buscamos la carretera que lleva al Ishak Pasha Sarayı, esto es, el palacio de Isaac Pasha. Seguimos las indicaciones correctamente, pero a punto ya de salir del pueblo nos extraviamos. Por suerte, basta con preguntar una sola vez para retomar el buen camino.

La subida al palacio se halla pavimentada de adoquines, y eso hace botar más de la cuenta a la casa con ruedas. Impresiona mucho la enorme base militar que tenemos a la derecha del camino, y los centenares de blindados resguardados bajo marquesinas de camuflaje. No hay duda de que hemos llegado a una frontera bien calentita. A continuación vemos uno o dos carteles de camping y estamos tentados de entrar, pero como traemos la referencia de una página autocaravanista francesa, que recomienda el camping Murat (39° 31'15.65"N 44° 7'34.77" E), a los mismos pies del palacio, continuamos hacia arriba.

Damos con el sitio en cuestión y entra Bego a preguntar. No hay problema para quedarse, y por lo que respecta al precio es éste tan ridículo -5 liras la noche- que nos preguntamos si habremos oído bien o no.



Nuestra autocaravana en el camping Murat

Entramos con la auto y es el dueño del camping, un hombre ya mayor, quien nos atiende y nos instala en una explanada junto al bloque de servicios. No hay vehículos vivienda ni nadie acampado, sólo familias turcas que vienen a pasar el día aquí. Para ello alquilan en recepción una especie de tablados metálicos sobre los que colocan cojines, montando así una especie de salón moruno. Luego preparan, claro está, la barbacoa. Esta modalidad de ocio al aire libre no la había visto jamás de los jamases.



Antes de dejarnos solos, el propietario nos invita a tomar un té. Es muy buena gente, porque no sólo espanta a los críos de agobian a Chandra, sino que –rasgo que juzgo de una hospitalidad extrema- permite que ésta entre en el restaurante, cuyo suelo se halla enteramente alfombrado. La sala es muy grande, tiene deslumbrantes vistas sobre la llanura y, excepción hecha de los camareros y de dos parejas francesas almorzando, estamos solos. Nuestro anfitrión señala las fotos que cubren una de las paredes, alusivas a expediciones al Ararat. Nos habla orgulloso de su hijo, que trabaja de guía y es además experimentado montañero; nos proporciona una tarjeta a todo color en la que aparecen una docena de propuestas de excursiones por la zona.

Ni qué decir tiene que todo esto nos parece miel sobre hojuelas. Volvemos a la autocaravana para comer (hoy ha cundido bien la mañana) y subir después al palacio de Ishak Pasha. Por la hora que es sabemos que lo vamos a pillar casi cerrando, pero como ya he dicho al ir con Chandra eso para nosotros no es ningún problema.



Ishak Pasha Sarayı

Cuando preparaba el viaje en casa me *asaltó* una foto de este palacio. Utilizo el verbo en su significado literal, porque tanto el edificio como el paisaje circundante me impactaron de tal modo que sentí el deseo urgente y terrible de visitar aquello. Luego, cuando lo localicé en el mapa y vi que caía por donde Cristo perdió el mechero, me resigné: no se puede ver todo y esas mandangas con que se consuela el viajero impenitente.

Sin embargo, cuánta verdad hay en el dicho de que si realmente deseas algo ya pones los medios: contra viento y marea, a más de seis mil kilómetros de casa, hete aquí que hemos llegado al lugar de la todo de marras, que por cierto es también el punto más alejado de nuestro viaje. Si medimos en línea recta, resulta que nos encontramos

de Irán, a 13 kilómetros.

De Armenia, a 58 km (y de su capital, Ereván, a 78 kilómetros).

De Azerbaiyán, a 150 kilómetros.

De Georgia, a 180 kilómetros.

Y del mar Caspio, a menos de 450 kilómetros.

En cuanto al hecho de haber conseguido llegar hasta aquí por nuestros propios medios, nos parece tan extraordinario que sólo podemos sentirnos de una manera: recontentos.

Visto por fuera y de cerca, el palacio no parece tan espectacular: la verdad es que está un poquillo hecho polvo (se halla en curso de restauración), pero lo cierto es que desde su construcción, iniciada en 1685, ha estado en medio de varios conflictos serios. En 1917, por ejemplo, cuando los rusos conquistaron la ciudad le arrancaron las puertas al Ishak Pasha. Deben de ser muy bonitas, pues las tienen expuestas en el Hermitage de San Petersburgo.



Mezquita y murallas



Doğubeyazıt desde el palacio

Más arriba del palacio hay una mezquita, restos de antiguas murallas y una especie de parque para ocio familiar. Decidimos acercarnos, y en el trayecto nos ladran unos perros desde un redil de ganado situado por debajo del camino.

La mezquita está cerrada, pero tiene por fuera una terraza con espléndidas vistas sobre el valle. Es una pena que desde aquí no se divise el Ararat. Por las ventanas se aprecia que está reglamentariamente cubierta de alfombras, y me sorprende descubrir, arimada a la pared, una aspiradora industrial tipo hotel; quede claro que lo tecnológico no tiene por qué estar reñido ni con lo religioso ni con lo remoto.

Emprendemos el regreso buscando un buen punto de observación para la puesta de sol. Aquí el astro rey se oculta a las seis de la tarde hora española lo cual, teniendo en cuenta que estamos a mediados de verano, es mucho decir. Los perros del redil vuelven a ladrarnos como a todo el que pasa a pie, aunque percibo algo de inquina extra a cuenta de Chandra. Decidimos ignorarlos y concentrarnos en el soberbio espectáculo que tiene lugar ante nuestros ojos: el sol que va bajando lentamente, y el palacio, la llanura, la dura montaña y las ruinas del castillo que se tiñen poco a poco de dorado. Apenas llega ningún ruido, y el momento de transforma en algo realmente mágico.







El sol se ha puesto del todo y nosotros hemos sacado todas las fotos posibles. Iniciamos la vuelta colmados de paz y buenos pensamientos cuando, de improviso, dos de los perros salen al camino a escasísimos metros de nosotros: los muy cabritos han tenido la paciencia de esperar a que nos moviéramos, y se han acercado sin que los viéramos aprovechando la vaguada. Como de costumbre, Bego protege a Chandra y yo doy la cara, aunque estos perrancanos no parecen fáciles de intimidar. Tengo dos piedras en una mano y el spray de pimienta en la otra. Cada vez que trato de dar un paso atrás, por supuesto sin dejar de hacerles frente, se envalentonan. Por el camino bajan algunos coches con familias enteras, pero a nadie considera oportuno prestarnos ayuda. La situación dura segundos o minutos que se hacen eternos. Asumo ya que de ésta no me escapo sin al menos un buen mordisco cuando, inesperadamente, suena una especie de silbido y los perros desaparecen como por ensalmo.

Indignadísimo quedo yo por tener que venir al fin del mundo a que me muerda un cochino mastín, e inevitablemente me viene el recuerdo de cuando en el año 2001, en Lanzarote, estuvo a punto de mordirme un perro de presa canario:

Habíamos viajado Bego y yo a la isla para pasar las Navidades, y nos alojábamos en una casa rural en el Norte de la isla. Cierta día salimos a andar cerca de la playa de Famara. Ascendimos por una garganta y a la vuelta nos encontramos con que en el camino había dos perros enormes. Provenían de una casa prácticamente incrustada en la misma garganta. Como la mayoría de los chuchos guardianes, si respetas su territorio, te dejan en paz, trazamos una curva fuera del camino para alejarnos de su radio de acción. Por si acaso yo había cogido lo que parecían piedras y en realidad era más barro volcánico solidificado que otra cosa. Cuando ya casi hemos superado a los colegas, el más joven va y se arranca hacia mí. No sé ni cómo tuve la sangre fría de tirarle una de aquellas piedras de pacotilla, el caso es que le di. Debía de ser la primera que encajaba en su vida el mamonazo, porque dio un chillido y volvió corriendo para la casa. Su compañero -que en eso sí se notaba que era perro viejo-, en cuanto le di dos voces le imitó. Yo me fui hasta la puerta de la finca (no pasé más allá) poniendo de desgraciados a quienes pudiera haber dentro, pero nadie asomó la jeta.

Cuando más tarde relatamos nuestra odisea en la casa rural, los dueños – Lanzarote es pequeño y todo el mundo se conoce- nos contaron que quien allí vivía era una peruana asilvestrada que por lo visto debía creerse Atahualpa, a tenor de cómo monopolizaba el camino público. Lo que más me escandalizó fue que a trescientos metros del lugar de autos se levanta una urbanización poblada exclusivamente por suecos, en su mayoría jubilados, y que un encuentro de cualquiera de ellos con semejantes perros a buen seguro podía tener un desenlace fatal: verdaderamente hay que tener vocación de canalla o ser un auténtico irresponsable para obrar así, sea uno de Perú o de Cuenca.

El recuerdo del mordisco que pudo ser y no fue ha quedado grabado de forma tan vívida en mi memoria que enseguida aflora a poco que me vea en una situación similar. La de hoy no ha sido moco de pavo: si el incidente con el perro de presa canario lo califico con un 1 (máxima peligrosidad), al encontronazo con los canes doğubeyakos le otorgo un 2.

En ese momento nos alcanzan tres chavales que no se han enterado de la película. Dos son turcos y el tercero italiano, muy simpático. Nos pregunta que si les podemos bajar en coche al pueblo, contestamos que lo sentimos, pero que nos quedamos en el camping. Nosotros tomamos el atajo por el que subimos antes, y ellos continúan por la carretera a ver si les coge alguien.

Ya en la auto nos echamos las siguientes cuentas: si nuestro anfitrión es tan hospitalario, y la pernocta tan barata, y si además queremos contactar con su hijo para que mañana nos lleve a visitar la zona, entonces lo suyo es que bajemos a cenar. El restaurante se halla más concurrido que esta mañana, aunque los comensales son todos hombres y turcos.

Nos ofrecen una mesa junto a la ventana. Nos sentamos, pero enseguida decidimos cambiar porque los de la mesa de al lado están fumando. Se lo comunicamos al camarero y buscamos otra. Entonces nuestro nuevo vecino, que cena solo y tiene aspecto de hombre de negocios, se muda a nuestra primera mesa para no molestarnos, *porque él también va a fumar*. No recuerdo haber sido objeto nunca de una cortesía semejante, y sí en cambio -y con bastante más frecuencia- de lo contrario, como por ejemplo dejar de salir a comer con colegas del trabajo porque en concreto dos *compañeras* se empeñaban en sacudirse a la mesa un pitillo tras otro, pese a que de los demás prácticamente no fumaba nadie.

En el camping Murat no tienen carta, sino que te acercas a una vitrina y escoger el menú in situ. La verdad es que no hay mucha variedad: puedes escoger entre carne y carne, aunque de ensaladas tienen algo más. De precio nos viene a salir más o menos como ayer, pero la calidad es infinitamente peor (mañana, por primera vez durante el viaje, padeceremos trastornos intestinales; es una suerte esto de llevar water a bordo).

Nuestro anfitrión nos dijo esta mañana que habría música en directo, pero terminamos la cena y aquí no canta nadie. Poco a poco el comedor se va vaciando. Preguntamos por el hijo del jefe, y nos dicen que aún no ha llegado. Aguardamos un rato más, después pagamos la cuenta (pernocta incluida) y nos disponemos a salir. El camarero, que ya está al tanto de lo que queremos, llama por el móvil y nos dice que el chico está a punto de llegar, que esperemos unos minutos.

Aunque hace frío, salimos fuera a contemplar las estrellas. No mucho después llega una furgoneta con la música a todo trapo, y de ella se bajan dos hombres. Uno tiene aspecto de turista alemán. El otro... Bueno, el otro es el hijo del jefe. Si esperaba encontrar a alguien con aspecto *étnico*, me equivoqué de medio a medio: lo que viene por allí es un tío de aspecto guaperillas, con ropa montañera y gorra con visera colocada del revés. Empero, la aparición dura poco rato: sin dignarse a saludar siquiera, el mozo entra en el edificio. Nos quedamos turulatos.

Somos muy sensibles a las muestras de simpatía, pero también a lo contrario. Por eso, de vuelta en la auto recapitulamos sobre lo ocurrido: tratamos de quitarle hierro al

asunto autoconvenciéndonos que debe de haber habido alguna confusión, o que no nos ha visto, o que no se ha enterado... Pero la evidencia pesa por sí misma: fuimos testigos de su conversación telefónica con el camarero, y por ella sabía perfectamente quiénes éramos, y no había confusión posible, pues no nadie más allí en ese momento. Le habremos parecido muy poca cosa al aprendiz de Indiana Jones, o creará que los demás tienen que arrastrarse para implorar sus servicios. De todo esto nos queda bien clara una cosa: hay que ver cómo ciega a veces el amor de padre.

Pero en lo que respecta a nosotros, con buenos ha ido a dar. Nos marchamos mañana.

Kilómetros etapa: 276

Kilómetros viaje

Tierra: 5.663

Mar: 700

30 DE JULIO: DOĞUBEYAZIT-GEVAŞ

Esta mañana el sol ha salido sobre las cuatro, aunque a las tres ya se veía bastante. Salgo con Chandra y paseamos entre las ruinas de lo que debió ser el poblado anejo al palacio. Nos ladra un perro pastor, aunque éste parece bastante menos peligroso que los de ayer.



Doğubeyazit, 4:43 am



La furgoneta de *Indiana Jones* ha desaparecido: tanto mejor. Aún mascamos el chasco y la decepción de anoche, pero no por eso nos vamos a amilanar. Si nadie quiere enseñarnos los alrededores haremos como de costumbre, esto es, descubrirlos por nosotros mismos.

Bajamos al pueblo. A la entrada, justo en la plazoleta donde nos extraviamos ayer, encontramos un super. Esto en sí no tiene nada de extraordinario, pero sí lo es el que haya aparcamiento libre justo al lado. Se quedan Bego y Chandra y bajo yo a ver qué se puede comprar. Para mi sorpresa, es establecimiento es relativamente grande y se halla muy bien surtido. Tomo nota mental de lo que veo porque de este viaje no me podré llevar mucho más que el agua.

Estoy cogiendo garrafas de un expositor muy chulo cuando allí al lado, colocadas de cualquier manera, veo que hay otra marca bastante más barata. Estoy devolviendo a su sitio las que he cogido cuando de repente me siento observado. Miro y me encuentro cara a cara con uno de los reponedores, que, amablemente, me indica que sí, que puedo llevarme esas garrafas. Estoy tratando de explicarle que si las dejo es porque me voy a llevar de las otras cuando, al levantar los ojos, descubro cinco tíos mirándome. Me los he cruzado antes un par de veces mientras pululaba por el super, y la verdad es que su aspecto –arreglado sin ser elegante- me chocó: no son de la tienda, tampoco son currantes manuales y tampoco tienen aspecto de venir a comprar: están, lisa y llanamente, curioseando. Llego a la conclusión de que serán inspectores de Hacienda, o Sanidad o qué sé yo, y no vuelvo a acordarme de ellos hasta este preciso instante, en que veo que me observan con curiosidad de entomólogos.

Sometido a tan despiadado escrutinio, me siento como colegial pillado en falta. Azorado, arramblo con mis treinta litros de agua y me voy a pagar. La cajera pone cara de preocupación al verme tan cargado, y se la ve dispuesta a buscar a alguien que me ayude pero le digo que no importa, que tengo el coche ahí al lado. Por cierto, es ella quien me pregunta a mí (y no al revés) si hablo inglés, consulta que me hace de lo más feliz: no me lo esperaba por estos andurriales y menos proviniendo de alguien de su gremio, que por experiencia considero de entre los más alérgicos a aprender cualquier idioma que no sea el nativo.

Vuelvo a la auto y le cuento a Bego la movida del super. En ese momento pasan por la ventana a dos de los espías. Llegamos a la conclusión de que pueden ser militares de cierta graduación (una puerta del cuartel cae al otro lado de la calle) con nada que hacer y mucho tiempo que gastar.

Baja Bego a efectuar la segunda parte de la compra. Mientras, me entretengo con un chaval empeñado en venderme pañuelos de papel. Va aseado y viste decentemente, por lo que deduzco que no necesita realmente el dinero, lo quiere para sus gastos, así que no me da mucha pena que digamos. Al igual que la cajera, habla un inglés bastante aceptable, así que me voy gratamente sorprendido con el polilingüismo de Doğubeyazit.

Para nuestra *tournée* mañanera tenemos dos opciones: a) seguir la carretera hacia el Este para ver la frontera iraní, o b) tomar la que sube hacia el Norte para aproximarnos lo más posible al Ararat. Esta segunda opción nos parece más interesante. Vadeamos con paciencia el maremágnum de la calle principal, salimos del pueblo sin ningún problema y enfilamos una larga recta, hasta que reaparecen las obras (léase firme de tierra y muchísimo polvo), de manera que hasta aquí hemos llegado: nos orillamos para bajar y sacarnos unas fotos.



Plástico turco

El terreno tiene aspecto de inestable e inundable, y debido a eso están construyendo una sólida plataforma para la nueva carretera. La piedra que emplean en algunos tramos y que están acarreado con volquetes proviene de una cantera cercana, y

es... volcánica. Recogemos unos cuantos trozos, contentos de haber conseguido tan fácilmente un recuerdo del Ararat. Y pensar que llevarse la más diminuta piedra del Teide está prohibidísimo...



Er porvo de las carreteras



Vaciado de grises. Se puede apreciar el estropicio de la varilla y la cincha naranja que la sujeta



Juanma, Chandra y el Ararat



Cima del Ararat

Nos hubiera gustado acercarnos más al Ararat, pero lo que tenemos es una autocaravana, no un 4x4, de modo que desandamos camino hacia el pueblo, paramos a echar gasoil y también a comprar tabaco en un puesto a pie de carretera. El Camel que venden va sin sello de impuesto estatal ni nada que se le parezca, y es por tanto barato: el viejecito que despacha le dice a Bego que vale *ich* (tres) *lira*. Bego responde que *iki*, porque en realidad lo que quiere es llevarse dos paquetes. *Ich, ich!* insiste el hombre, creyendo que le estaba regateando el precio.

Finalizada la transacción tabaquil, circunvalamos Doğubeyazit y salimos por la ruta que trajimos ayer para, enseguida, girar hacia el Sur por la D 975. Empezamos a ascender de inmediato en medio de campos de lava hasta alcanzar los 2.644 metros del Tendürek Geçidi (el monte del mismo nombre, cuya falda bordeamos, es un volcán de 3.584 metros de altitud). Circulamos pegadísimos a la frontera iraní, en algunos puntos a menos de 3 kilómetros, y por eso son perfectamente visibles las casamatas y las torres de vigilancia. Atravesamos varios controles; aunque no nos paran en ninguno, el despliegue es sencillamente acongojante: sacos terreros, ametralladoras pesadas, tanques y, en uno de los puestos, hasta un cañón. En cuanto a los Jandarma, van

pertrechados con chaleco antibalas y casco de combate. Procuramos dejar atrás lo antes posible estos aquelarres bélicos sin - por razones obvias - sacar ninguna foto.



Bordeando la frontera iraní



Nos despedimos del Ararat



Poblados transhumantes junto a la frontera

Precisamente por su carácter fronterizo la carretera es bastante aceptable, aunque hay los lugares habitados por la zona son escasos. Todo lo más, poblados de pastores transhumantes. Los niños, de piel curtida y aspecto pobre, nos saludan efusivamente. También lo hacen los conductores de los escasos camiones que circulan por aquí: supongo que es su forma de reconocer lo que sin duda debe parecerles una gran osadía.



Nemrut Dağı a la vista



Orillas del lago Van



Nemrut Dağı y lago Van

Cuando queremos darnos cuenta hemos llegado a orillas del lago Van, que es una especie de mar interior (80 kilómetros de ancho, 120 de longitud, 3.755 kilómetros cuadrados). Por lo visto sus aguas tienen tal concentración de carbonato sódico y otras sales que se puede lavar la ropa sin usar detergente. También es posible bañarse siempre que no se tengan quemaduras de sol, heridas abiertas o llagas. Este fenómeno es debido a que el lago no tiene salida natural, y mantiene su nivel actual por evaporación. El responsable de la formación del lago es el volcán Nemrut Dağı (no confundir con la montaña homónima de las cabezas gigantescas, cerca de Malatya), visible desde la lejanía, cuyas coladas bloquearon la salida del agua en algún momento del Pleistoceno. También es visible al Sur una cadena de montañas, detrás de la cual sabemos que está Irak.



Llegando a Van city

Bordeando el lago llegamos a Van, la ciudad que da nombre al lago. En la actualidad la población es mayoritariamente kurda, aunque aquí vivieron armenios hasta la Primera Guerra Mundial, cuando el ejército turco perpetró lo que se conoce como el Genocidio Armenio.

<http://www.genocidioarmenio.org/nota.asp?id=17>

Cuando hace unos años empecé a ir al que es ahora mi dentista habitual y me dio su tarjeta, observé que su segundo apellido era Nahabián. Como me pareció una persona muy accesible, le pregunté si dicho apellido era armenio. Me respondió que, efectivamente, sus abuelos eran de dicha nacionalidad, que huyeron del genocidio turco y que un barco inglés los llevó a Argentina. Allí tuvieron una hija que casó con un gallego. Después la tercera generación (o sea, él) se vino para España una vez acabada la carrera, con lo cual se cierra, de momento, este curioso círculo de fusión-emigración.

Van es una ciudad bastante grande. La cruzamos sin ánimo de parar. Aquí estuvo la capital del legendario reino de Urartu, cuyo apogeo tuvo lugar durante los siglos IX y VIII antes de Cristo, y de ella se conservan restos sobre una colina denominada la Roca. Durante un rato nos sirve de referencia hasta que dejamos de verla. Nos llama mucho la atención la descomunal estatua de un gato. Por lo visto existe una raza específica de esta zona (el gato de Van) que tiene como peculiaridad que le gusta nadar. Son especialmente valorados los ejemplares con los ojos de color impar.

<http://www.taringa.net/posts/info/2584950/Van-Turco-el-gato.html>

Pasado el aeropuerto cruzamos Edremit. Pegados a la orilla encontramos algunos *tourist resorts*, pero seguimos adelante buscando un lugar más próximo a la isla de Akdamar. Es entonces cuando, detenida en el arcén, encontramos una autocaravana.

Ya hemos perdido la cuenta de cuántos días hace que vimos la última. Es bastante viejecita, en la matrícula leo las letras AL y se me viene a la mente Almería. Luego me doy cuenta de que no puede ser, porque es italiana. Me dispongo a rebasarla cuando de repente aparecen dos mujeres corriendo y haciendo gestos ostensibles para que paremos.

El estado de agitación de ambas es tal que lo primero que pensamos es que han sufrido alguna clase de percance. Se acercan por la ventanilla del copiloto y nos preguntan si sabemos dónde vamos a pasar la noche. La pregunta choca un poco porque no es siquiera la hora de comer, pero les explicamos que vamos a mirar un poco más adelante, en Gevaş, donde sabemos de un sitio recomendado. Inquieren entonces si

pueden venirse con nosotros, ya que por lo visto no quieren dormir solos. Ni qué decir tiene que aceptamos.



Siguiendo a los italianos

En un principio van ellos delante porque se supone que ya pasaron por esta carretera, pero su velocidad es tan lenta que lo interpreto como una invitación a adelantar, cosa que hago. Nos hace muchísima gracia este papel de guías-protectores que a nosotros, novatos en Turquía, de repente nos ha caído encima.



Llegamos por fin al camping ($38^{\circ} 18'46.33''$ N $43^{\circ} 6'56.64''$ E). El parking de la entrada ha sido asfaltado hace muy poco, así que ruego encarecidamente al Universo tengan otro sitio para pernoctar, pues los vapores del alquitrán combinados con el calor pueden hacer que nos dé un pasmo. Bajamos todos de la auto para presentarnos. En la italiana, una capuchina más pequeña que la nuestra, viajan Luigi y Bianca, un matrimonio mayor junto con sus hijas Cecilia e Ilaria, que andarán por los 25-30 años: nos sorprende esta combinación familiar tan poco usual, pero la sorpresa es aun mayor cuando Bianca, que habla por los codos, nos cuenta que con éste llevan viniendo nueve años a Turquía (¡nueve! Entonces ¿a cuento de qué esa histeria de primerizos?). Bueno, matiza Bianca, pero es la primera vez que vienen al Kurdistán que, según ella, es un sitio peligrosísimo. No entendemos muy bien qué les ha podido ocurrir, pero colegimos que la madre se ha puesto un pelín nerviosa y se lo ha contagiado al resto de la familia.

En fin, que una cruzaera de cables la tiene cualquiera. Ya más asegurados y tranquilizados, se vienen conmigo Bianca y Cecilia a negociar la pernocta. Esta última resulta ser la relaciones públicas de la familia: hablamos italiano y, cuando la cosa se atasca, echamos mano del inglés. Es muy simpática y tiene mucho don de gentes: en pocos minutos consigue que la pongan al teléfono con el director del sitio, y además apalabra el viaje en barco a Akdamar para esta tarde. La pernocta cuesta 20 liras por auto (el año pasado eran 10). Viene con nosotros un empleado del camping que nos saca

del asfalto y guía hasta un espacio de tierra anejo al edificio, a unos 20 metros de la orilla. Ellos se conectan a la luz eléctrica, nosotros no. Acordamos comer, descansar y, a eso de las cinco -hora turca-, irnos para el embarcadero.



La Playa de las Pudorosas

Mientras Bego prepara la comida, me voy con Chandra a dar una vuelta. Observo que todas las tiendas de campaña son idénticas, lo cual quiere decir que pertenecen al camping, y que éste las alquila.

Me acerco a la pedregosa orilla y mojo las manos para comprobar por mí mismo las virtudes del agua, y la sensación al frotármelas es como si fuera jabonosa.

Hacia la izquierda está la *playa* frontera al camping y el embarcadero. Hacia la derecha... A la derecha, semiprotegidas por unos cañaverales, hay unas chicas bañándose. Cuando me descubren ríen y hacen gestos de que me vaya de allí. Como están lo que yo considero decorosamente tapadas, lo tomo por tonterías de adolescentes y no hago asunto (tampoco tengo intención de aproximarme más), hasta que un gordo bigotudo arrellanado en la terraza del bar me ordena por señas que me aleje. Vaya, hombre, hay que fastidiarse; si quieren intimidad, que se bañen en su casa. A la vuelta

hablo - más bien monosilabeo- con mi barrigón: a pesar del incidente anterior, la actitud es cordial. Su hija adolescente desea acariciar a Chandra y a la vez la mira como si estuviera viendo una cobra venenosa.

La sobremesa la pasamos regular, debido a la costumbre, tan arraigada en este país, de tener siempre algo de música que llevarse al tímpano: más que un camping esto parece un super o la piscina municipal. A las cinco en punto viene Luigi a avisarnos de que nos esperan en el embarcadero. Preguntamos el precio del viaje, y sabemos que lleva suplemento de turista porque primero se habló de tres, más tarde de cinco y por último de diez liras por persona, pagables al regreso. Ahora bien, teniendo en cuenta que el barco es bastante grande y sólo para nosotros seis, no nos parece caro.



Descomunales obras

El trayecto hasta la isla dura media hora. Por el camino vemos la reforma intensiva a que se halla sometida la carretera que bordea el lago (Luigi y familia nos cuentan que ellos vinieron esta mañana por Bingöl y Muş y estaba, literalmente, patas arriba.)



El zeñó capitán



Ilaria y Cecilia

Llegamos a la isla y desembarcamos. El capitán pretende que con quince minutos de visita nos sobra; con dificultad, le arrancamos media hora.

El motivo de este paseo –aparte, claro está, de navegar por el lago Van-, es visitar la iglesia del siglo X que se levanta en la isla. Según cuentan, Akdamar fue sede del patriarcado armenio (*Catholicos*) entre 1116 y 1895. En 1915, durante el Genocidio, los monjes fueron masacrados y los edificios destruidos. Hasta 2005 el Ministerio Turco de Cultura no inició los trabajos de restauración de la iglesia, imagino que sobre todo de la parte exterior, porque los frescos siguen hechos una pena.



La iglesia de Akdamar



A la izquierda, Adán y Eva. A la derecha, Sansón



A la subida del embarcadero un funcionario nos cobra un precio simbólico. Tanto él como un guarda se vienen con nosotros hasta la iglesia. Con las controversias surgidas a raíz de su reparación temerán que alguien cause algún daño.

Lo más bonito del edificio son, sin duda, los relieves que cubren las paredes exteriores, todos ellos relacionados con la historia bíblica. Tienen un no sé qué de hipnótico y hechizante estas figuras, tan cercanas en lo religioso y tan lejanas en lo cultural.



Alfabeto armenio



La vendimia



Interior del templo

Cerca de la iglesia existe un cementerio que en la actualidad se halla bastante deteriorado.

Pendientes del exiguo plazo horario otorgado por el capitán, no disfrutamos de la visita como sería deseable. Cuando suena una sirena que parece provenir del puerto volvemos a todo correr para encontrarnos que en el barco no hay nadie. Manda huevos, que diría el otro: tanta prisa y ahora nos toca esperar. Mientras tanto tengo ocasión de charlar un poco con Ilaria, más tímida que su hermana. Aunque se turnan al volante, al parecer ella es la conductora *oficial*.

El viaje de vuelta es de una belleza inigualable, con el sol tiñendo de matices las montañas circundantes y ocultándose en medio de una singular orgía cromática. Como en Doğubeyazit, a las 7 pm hora turca, una hora menos en España.





Ya estamos de nuevo en tierra firme, y enseguida anochece. La música perrera, por fortuna, cesa al poco rato. Luigi sale un rato a tomar el fresco, y hablamos con él; me da la sensación de que, en medio de tantas mujeres, él un poco se deja hacer.

Luego, cada cual se retira a su autocaravana a cenar, descansar y meditar sobre esta jornada tan preñada de emociones.

Kilómetros etapa: 232

Kilómetros viaje

Tierra: 5.895

Mar: 700

31 DE JULIO: GEVAŞ-ENTRE BITLIS Y SARIKONAK

Es el momento de la despedida: nosotros continuamos viaje hacia el Oeste, mientras que nuestros amigos –me siento autorizado a llamarlos así- italianos se quedan

para visitar la zona. Nos proporcionan las señas de un camping en Capadocia del que son habituales, y nos dicen que si paramos allí es muy posible que volvamos a vernos.

Marchan primero ellos, mientras que nosotros demoramos un poco cargando agua en una fuente que hay a la entrada. A punto ya de irnos aparece una mujer alemana y sonriente –la hemos visto esta mañana con dos niños- diciendo que nos hemos olvidado *something*. Voy para allá y encuentro los calzos que pusimos ayer para nivelar. *Dank Sie!* Por poco nos quedamos sin ellos.



Iglesia de Akdamar desde la orilla



La obra que no cesa

Bordea la carretera el lago Van, y pasamos frente a la isla y la iglesia de Akdamar. Tal y como vimos ayer desde el barco, hay tramos larguísimos en los que han levantado el asfalto por completo. Sin duda lo peor es el polvo: tan denso que los vehículos se ven obligados a encender la luz de cruce, y tan fino que se cuele por todas las rendijas: cuando al cabo de unos días hagamos limpieza descubriremos que se ha metido incluso en lo más recóndito de los armarios.

Pero más perjudicados que nosotros son los apicultores –hay muchas colmenas por la zona-: vemos a dos junto a la carretera, con el traje antipicaduras y el semblante preocupado: imagino que el polvo no debe ser nada beneficioso para sus abejas. Un poco más allá han tratado de mitigar el problema regando la calzada con camiones cisterna, pero el remedio es casi peor que la enfermedad: la mezcla del agua con la tierra da como resultado una papilla tan densa y resbaladiza que las ruedas de la auto patinan como si fueran sobre mantequilla.



Recogiendo la cosecha

Mientras vamos por la orilla el trayecto es más o menos llano. Luego se va hacia el interior, muy montañoso, y comienzan unas subidas y bajadas de espanto (aquí la carretera vieja se separa de la futura, que busca el fondo de los valles mediante desmontes y túneles). Finalmente, tras mucho padecer, salimos de nuevo a la vera del lago.



Lago Van cerca de Tatvan

El paisaje ribereño se ve más ameno -en el sentido horaciano del término- que por la zona de Van: más verde y más árboles. Observamos las gavillas de cereal punteando los campos, en espera de ser recogidas, y nos damos cuenta de que aquí todavía se siega a mano. Paramos a cortar flores de un girasol que crece solitario junto a la carretera. Hemos visto muchos así a lo largo del viaje: ¿serán semillas que se caen de los camiones que las transportan? Lo malo es que con el calor se nos mustiarán enseguida.



Trabajando en el campo

Por fin llegamos a Tatvan. Como no pudimos aproximarnos al monte Ararat hoy traemos un empeño, que es subir al volcán Nemrut y, si es posible, meternos *dentro*. Según la guía Lonely existe una pista que llega hasta arriba, e incluso pasa al interior de la caldera. Al llegar a la salida del pueblo nos vamos hacia la derecha, e incluso probamos suerte con una carreterilla que conduce hasta un depósito de agua: evidentemente, por aquí no es.



Niña de Tatvan



Ésta es la acongojante subida al volcán Nemrut

Volvemos a la principal y preguntamos en una gasolinera: la subida al Nemrut cae en dirección contraria a unos dos o tres kilómetros.

Seguimos las indicaciones hasta encontrar un cartel diminuto y averiado que nindica dónde tenemos que desviarnos, e iniciamos el ascenso. Aunque estrecho, está asfaltado y medio decente hasta la estación del telesilla. A partir de ahí se transforma en un camino de tierra que, como puede, se encarama hasta el borde del cráter. El último tramo se halla realmente muy deteriorado, con boquetes en los que ha cedido el terreno.

Por fin llegamos. Desde la orilla del lago hemos subido mil metros de desnivel. Nos cruzamos con un descapotable alemán cuyo conductor saluda con ostensibles muestras de admiración. Si supiera que la procesión que llevamos por dentro...



Parte interior de la caldera y pequeño lago



Paredes de la caldera



El lago grande del Nemrut

La caldera del Nemrut es realmente impresionante: mide 8 kilómetros de diámetro, y dentro cuenta a su vez con un lago en forma de media luna de 5 kilómetros de largo, 3 de ancho y 150 metros de profundidad máxima. También hay otro, más pequeño, de aguas termales.



No me he resistido a poner aquí esta foto del volcán nevado

Bajamos hacia el interior con muchísimo cuidado, pues cargados como vamos de agua no tengo claro si después seremos capaces de salir. Por un firme más que deficiente recorreremos 7 kilómetros –parece mentira que todo esto sea dentro de un volcán- y, cuando nos parece que el camino se empina demasiado, paramos la auto y continuamos a pie.

A punto de alcanzar la orilla del lago nos adelanta un coche con cuatro macarras a bordo que insisten en saludarnos. Rodean el lago pequeño, luego se detienen, abren todas las puertas del vehículo y dejan que la *tak-tak-taktaktak-tak múuuusica* se desparrame por el lugar. Caen a seiscientos metros en línea recta, pero dadas las condiciones acústicas de la caldera el atronar se oye como si estuvieran al lado. Adiós paz y tranquilidad: mira que subir hasta aquí arriba para vérselas con semejantes cernícalos... Decidimos irnos, pero antes nos acercamos a la orilla del lago termal (no

sale vapor ni nada, pero hay juncos, imagino que en circunstancias normales no crecen a esta altitud).

Durante el regreso a pie, escoltados por el horror cacofónico ya descrito, Bego descubre un casquillo de bala. Entonces, de repente, nos entra el canguelo: ¿pero qué demonios hacemos metidos en esta enorme ratonera que a su vez se halla en el Kurdistán, donde tiene que haber más armas que ovejas? ¿Nos echaría alguien de menos si desapareciéramos por estos andurriales, donde a buen seguro ni siquiera el móvil tendrá cobertura? Para colmo, allí abajo están esos cuatro tiparracos que pueden ser simples gamberros o algo más. Hay algunos coches más por la zona, pero no nos fiamos: pensábamos comer al volver a la auto; en lugar de eso arrancamos y escapamos de allí por ruedas.



Tatvan desde la ladera del Nemrut



Ovejas en las laderas del volcán



¡Agujeros muy peligrosos!

Pese a mis temores, remontamos las peores rampas sin derrapar ni nada. Desandamos camino hasta el borde de la caldera e iniciamos el descenso por la parte de fuera. Un poco más abajo encontramos a una excursión escolar comiendo al aire libre, y eso nos relaja un poco. Buscando nuestro propio acomodo lo hallamos en las inmediaciones de la estación del telesilla. El vigilante nos observa un poco mosqueado, pero basta con bajar, saludar con la mano y echar un par de fotos para que el hombre se tranquilice.

Comida, descanso y continuamos descenso hasta Tatvan. Esta vez no atravesamos el pueblo, sino que seguimos en dirección a Muş y luego, tras 5 kilómetros, torcemos a la izquierda por la D 965 hacia Bitlis. El paso que vamos a dar lo decidimos tras deliberar mucho: nuestra intención era hacer la ruta hacia Elazığ pasando por Muş y Bingöl, pero los italianos nos han hablado tan mal de esa carretera (por las obras) que finalmente hemos optado por un itinerario alternativo, el que pasa por Bitlis y Diyarbakir. Por lo que respecta a Bitlis, se halla encajonada en un sinuoso valle, y tan colapsada que tardamos un rato en cruzarla. Nos pegamos a un camión de gran tonelaje y dejamos que sea él quien vaya abriendo camino.



Cruzando Bitlis



Tierra, tierra y más tierra

A la salida nos topamos con un control de la Jandarma. Como nosotros ya venimos chequeados de la frontera no nos han parado en ningún control de tráfico, pero hete aquí que ahora sí que nos dan el alto. El policía que nos acerca es un hombre joven que, por fortuna, habla inglés. Lo primero que quiere saber es adónde vamos (no dejo de captar el matiz paterno-protector de su pregunta, como diciendo *¿pero qué narices se os ha perdido por aquí, con lo peligroso que es esto?*) Luego inquiera que de dónde somos, y de ahí a narrarle nuestro periplo, mapa en mano, sólo hay un paso: que llevamos doce días en Turquía, que hemos recorrido la costa del *Kara Deniz*, que hemos llegado hasta Doğubeyazit... En ese momento ya no es un Jandarma de Tráfico, sino alguien sinceramente interesado en las peripecias de nuestro viaje. Para finiquitar sus posibles recelos, le preguntamos si sabe de algún camping para dormir. Responde lo que ya sabemos: que en gasolineras, y nos recomienda quedarnos allí, en Bitlis. Como pensamos que aún queda bastante rato para oscurecer le decimos que preferimos seguir un poco más. Trata de disuadirnos alegando que la carretera está mal, pero como nos ve resueltos indica que más adelante podemos quedarnos en Sarikonak. Se despide de nosotros sin pedirnos los papeles del camión, ni los pasaportes ni nada.

A ese pueblo de nombre tan vasco no llegaremos, por lo menos esta tarde: nada más salir de Bitlis empieza la obra en la carretera, y menuda obra. Aparte de los desvíos y del pedregoso firme, se ha formado tal caravana de camiones que dudo de la velocidad media supere los 15 kilómetros por hora. El valle por el que polvorientemente nos arrastramos es muy angosto; la luz decae rápidamente, y empezamos a arrepentirnos seriamente de no haber hecho caso a nuestro policía. Tras un rato agónico -en el que incluso nos planteamos dar la vuelta-, de repente y como surgida de la nada aparece ante nuestros ojos una gasolinera (38° 17'40.29" N 41° 59'41.98"E)



Está, como quien dice, en mitad del campo así que, aunque cierre, forzosamente tiene que haber un vigilante allí toda la noche. De modo que paro, dejo que el mozo eche los 40,35 litros que entran en el depósito y a continuación pregunto que si podemos quedarnos a dormir allí. Responde que sin problemas, que podemos ponernos detrás del edificio. Para corroborar nuestra bienvenida nos ofrece un té, que aceptamos (a Bego incluso se lo suben a la auto). Yo, por mi parte, voy a pagar el gasoil. La tarjeta, como era de esperar, no funciona; menos mal que aún nos quedan liras en billetes.

La gasolinera tiene pinta de muy nueva, quizá esto se deba a que la hayan reubicado (el trazado viejo pasa por detrás de ella, y el nuevo por delante). Doscientos metros más allá están excavando un par de túneles (esta carretera, por variar, tendrá cuatro carriles), menos mal que paran de trabajar durante la noche. Llevo la auto adonde

me han dicho: debido a la curva y al peralte nos cuesta bastante nivelarla, pero al final medio lo conseguimos.

El tráfico no tiene pinta de cesar en muchas horas, y el polvo inunda el valle pero hemos encontrado a quienes nos proporcionan refugio en mitad de esta tierra salvaje y eso, a mi parecer, es motivo suficiente para dar las gracias –a quien corresponda- pero que muy bien dadas.

Kilómetros etapa: 202

Kilómetros viaje

Tierra: 6.097

Mar: 700

1 DE AGOSTO: DE ENTRE BITLIS Y SARIKONAK A KALE

Me siento un poco mal por algo que ocurrió anoche. Resulta que ya habíamos cenado, y Bego estaba prácticamente metida en la cama. Lllaman a la puerta y abro. Es uno de los chicos de la gasolinera, que viene con una bandeja y dos cafés. Sin pensármelo mucho le digo que no, que muchas gracias, pero que ya hemos cenado y estamos a punto de irnos a dormir. Luego, pensándolo fríamente, me doy cuenta de que tal vez no ha sido muy educado reaccionar así: ante semejante muestra de cortesía tenía que haber aceptado los cafés, aunque los tirara después por el fregadero.



La gasolinera y los túneles



La fuente blanca



La gasolinera que tan generosamente nos ha acogido se llama Akpinar, que significa *Fuente Blanca*. Precisamente aquí cerca hay una, pintada de naranja y azul, y que mana por varios caños. A ella acerco la auto después de desayunar para quitar al menos el polvo del parabrisas. Mi sorpresa es mayúscula cuando descubro que en el ínterin prácticamente ha dejado de salir agua por todos los caños, excepto por uno. Dos hombres que llenan una garrafa me miran alucinados como si hubiera caído de otro planeta, pero responden muy cortésmente a mi saludo. Pongo mi cubo en uno de los caños de los que apenas si brota un hilillo y voy a por el cepillo y el detergente. Cuando vuelvo los otros ya se han marchado, no sin haber dejado colocado mi cubo en el caño que ellos usaban.

Me da un poco de apuro acercarme a despedirme (será por el episodio de los cafés), así que hago sonar el claxon y saludo con el brazo. Al arrancar la correa de distribución chirria un poco. Lo cierto es que lo viene haciendo desde hace unos días, pero como hoy ninguno. Por ir ya viejecita tuve la precaución de cambiarla antes del viaje, en junio, pero temo que no la dejaron del todo bien ajustada.

Somos por naturaleza poco madrugadores, pero con lo temprano que sale aquí el sol a las ocho ya hace un rato que estamos en marcha. Reanudamos la carretera en obras

que llevábamos ayer entre manos. A ratos encontramos asfalto y creemos haber salido ya de de lo malo, pero todo es vana ilusión: a lo lejos se divisa una descomunal polvareda, signo inequívoco de que por delante todavía queda tela que cortar.



Resignados a lo inevitable

Pasamos Sarikonak. Cuando vemos la birria de gasolinera que tiene nos alegramos de habernos quedado donde nos quedamos anoche. Llama la atención la cantidad de cuarteles que jalonan el camino. En ocasiones están a pie de carretera, por lo que si reciben la orden de cortarla lo único que necesitan es salir a la puerta.

Dejamos por fin atrás la carretera levantada y la ratio kilómetros/tiempo empieza a cundir. Poco después de Baykan salimos del estrecho valle por el que veníamos desde Bitlis y el horizonte se abre. Pocos pueblos y poco tráfico. El paisaje, gradualmente, se desertiza: en línea recta estamos a poco más de cien kilómetros de la frontera siria y sólo a unos pocos más de la de Irak. El pelado panorama que tenemos ante nuestros ojos recuerda muchísimo al los escenarios servidos a diario por los informativos de todo el mundo desde que Estados Unidos invadiera el país. En consonancia, el calor aumenta.



Ciudad con nombre de superhéroe

Dejamos atrás el cruce de Batman (qué divertido nombre para una ciudad), y dos horas después de la partida estamos ya en Silvan, a sólo 80 kilómetros de Diyarbakir.

Dicha ciudad, que es officiosamente la capital del Kurdistán turco, cuenta con 600.000 habitantes, y ha sido durante años epicentro de reivindicación independentista, a menudo salpicada de sucesos violentos. Por eso no vamos a parar en ella aunque nos da pena lo que promete la apretada medina que encierra sus murallas. Pero lo cierto es que ni siquiera sabemos dónde podríamos aparcar la auto.

<http://es.wikipedia.org/wiki/Kurdist%C3%A1n>

Nos limitamos pues a bordear la ciudad buscando la D 885, que es la carretera que lleva a Elazig. En ello estamos cuando diviso una oficina bancaria al otro lado de la calzada. Me detengo en el arcén (ningún problema ni miedo a multas, después de lo que a estas alturas llevamos visto en materia de aparcamiento) y cruzo los cuatro carriles y la mediana. Al otro lado hay una vía de servicio. No sé por qué interpreto que también es de un solo sentido, de manera que miro a la derecha, espero a que no pase ningún

coche y me dispongo a cruzar. Oigo un claxon, pero interpreto que el que lo toca está en la vía principal y no hago asunto. Estoy ya sobre la calzada cuando descubro con terror que el coche que ha pitado se acerca por mi izquierda. Está tan cerca que no puedo hacer ya nada por evitarlo; menos mal que el conductor, con estupendo criterio, al percatarse de que no lo he visto ha levantado el pie del acelerador. Todas las jugarretas de los automovilistas turcos son instantáneamente perdonadas en ese momento.

Meto la tarjeta en el cajero automático y saco 600 liras con el susto aún en el cuerpo: mira que venir a Diyarbakir y que no me detenga la policía, ni me pille un coche bomba ni un tiroteo, y en cambio estar a punto de ser atropellado... A veces el destino es así de prosaico y cutre.

Regreso a la auto -cruzando esta vez con más cuidado- y nos ponemos otra vez en marcha. Vamos buscando el río Dicle, que es el nombre que los turcos dan al mítico Tigris, y que hemos debido de cruzar a la entrada de la ciudad sin darnos cuenta. Pero ahora se aleja hacia el Norte; no lo recuperaremos hasta la localidad de Maden, 75 kilómetros más allá.



Para el concurso de carga de camiones

Hasta Ergani el terreno es llano, la carretera es rectilínea y buena y avanzamos con rapidez. Poco antes de Maden el terreno se vuelve otra vez montañoso, y aparecen las curvas. Para entonces es ya hora de comer. Hace un rato que estamos a la caza y captura de una sombra, pero aparte de que por aquí no abunden tenemos más que comprobado que en Turquía cada sombra tiene un dueño: casi siempre vendedores, o gente esperando el *dolmus*, o simplemente echando el rato. Finalmente encontramos un sitio a pie de carretera en el que el alto talud nos protege del sol. Salgo a dar una vuelta con Chandra, pero toca llevarla atada porque apenas hay espacio fuera del asfalto, y por aquí sí que pasan coches. Cruzamos y nos asomamos al cauce del Tigris, que a estas alturas no es más que un pequeño riachuelo (con bastante basura, por cierto). Viéndolo aquí cuesta trabajo creer que este río, cuna de la civilización, llegue a recorrer 1.900 kilómetros y que haya sido origen de ciudades como Nínive, Mosul, Bagdad o Basora.

Tras la comida continuamos remontando el valle y el río, cruzándonos ocasionalmente con la vía férrea que sigue idéntico camino hasta que finalmente llegamos a lo que debe ser su fuente originaria, el Hazar Gölü, o lago Hazar. Es posible que el Tigris nazca un poco más allá, en las montañas circundantes, pero no mucho más ya que es aquí donde el Éufrates traza su curva de ballesta, como acunando el nacimiento de su hermano menor.

El lago Hazar sería un sitio estupendo para dormir si no fuera porque no existe pueblo alguno al que arrimarse, sólo urbanizaciones privadas con vigilancia a la puerta. En el extremo occidental del lago está la localidad de Sivrice, pero Margaret y Barry, - nuestra inveterada pareja de británicos que también pasó por aquí-, se tomaron la molestia de entrar en el pueblo y no encontraron sitio alguno para dormir. Habrá que hacerles caso.



Aquí nace el Tigris

La llegada a Elazig supone un cambio drástico respecto a lo que dejamos atrás: es lo que podría llamarse una ciudad *occidental*, mucho más limpia y ordenada. También más rica. Aunque geográficamente se halla incluida en el Kurdistán, resulta evidente que aquí empieza de nuevo la otra Turquía, la que dejamos atrás cuando salimos de Trabzon. Por un lado da cierta pena, pero por otro nos inspira tanta confianza que incluso estamos tentados de quedarnos a dormir en alguna de las barriadas del extrarradio.

Ocurre, sin embargo, que la carretera es ahora tan buena que invita a tirar millas. Tomamos la D 300 dirección Malatya. Pasamos varias gasolineras, pero no nos decidimos a entrar en ninguna. 50 kilómetros después de Elazig cruzamos el Éufrates. Nada que ver con el hilo cuasi invisible que atravesamos al llegar a Erzurum: aquí sus aguas se remansan en el gigantesco embalse originado por la presa Karakaya, una de las muchas que jalonan su cuenca. Turquía ha estado y sigue estando embarcada en una política de construcción de grandes infraestructuras hidroeléctricas tanto en el Tigris como en el Éufrates que amenazan con privar de agua a sus vecinos Siria e Irak.



Cruzamos el Éufrates

Está oscureciendo a marchas forzadas, no podemos demorar más el dar con un sitio de pernocta. Estaría bien quedarse a orillas del Éufrates, pero ahora la carretera comienza a alejarse de la orilla. Poco después de pasar una hermosa mezquita, Bego descubre un camino por el que en teoría es posible acceder a la orilla, y junto a él un instituto de enseñanza secundaria. Pero nos lo hemos pasado.



Mezquita de Kale

La ocasión es demasiado buena para desperdiciarla. Como la carretera tiene mediana elevada, continúo hasta donde puedo dar la vuelta, retrocedo un par de kilómetros y media vuelta más. Ahora voy despacio hasta que localizo la entrada del camino (38° 24'5.62" N 38° 44'46.43" E).



El centro educativo, sorpresivamente, no tiene valla alrededor. Aparcamos en el campo de fútbol que hay en la parte de atrás, fuera de la vista de la carretera. Vemos cámaras de vigilancia en la fachada del edificio y alguna luz encendida, pero si hay alguien dentro no se asoma a decirnos nada.

Cerramos la auto y caminamos hasta la orilla, 600 metros más abajo. Pasamos junto a una casa aislada. Se oye gente, pero no nos ladra ningún perro. Unas cigüeñas nos observan desde su nido, instalado en una torreta de la luz. La autocaravana podría perfectamente acceder hasta aquí, pero concluimos que estamos mucho mejor al lado del instituto, al fin y al cabo todo queda así en familia.



A diferencia de los exhaustos embalses españoles, éste está lleno. Sopla una brisa en apariencia suave, pero el oleaje que levanta en la inmensa masa de agua rompe con fuerza en la orilla. Aguardamos a que se extingan las últimas luces del cielo. Luego, a cenar y a dormir.

Kilómetros etapa: 399

Kilómetros viaje

Tierra: 6.496

Mar: 700

2 DE AGOSTO: DE KALE AL NEMRUT DAĞI

Noche muy tranquila: no ha habido ruidos, tampoco se ha acercado nadie a la auto. Lo primero que hacemos es ir a repostar a una estación de servicio cercana. Echo 100 liras, que vienen a ser unos 40 litros. Además del dependiente hay otro hombre con ganas de pegar la hebra, de dónde somos y todo eso. Nos cuenta que es armenio, y que va camino de Irán. Muy simpático y todo eso, sólo que... se está echando un pitillo entre los surtidores con la mayor naturalidad del mundo sin que el gasolinero le diga nada. *Cosas veredes.*

Una vez repostados y sin que haya explotado nada, continuamos en dirección Malatya, pero a los 26 kilómetros nos desviamos a la derecha: vamos a intentar llegar al Nemrut Dağı bis, esta vez el famoso, el de las cabezas misteriosas y monumentales.

http://es.wikipedia.org/wiki/Monte_Nemrut

Muy cerca del cruce está Yeniköy. En turco imagino que debe significar Pueblonuevo, pero la mente es caprichosa: imposible no acordarse de mi homónima e inefable alumna (la Jeni), que me trajo por el camino de la amargura y me reventó las clases el penúltimo curso durante todo el primer trimestre, con la que conseguí mantener una frágil tregua a lo largo del segundo y con quien –definitivamente– firmé la paz durante el tercero. Estudiar no estudiaba (tenía asumido que iba a repetir), pero al menos dejaba trabajar a los demás. La mutación no fue espontánea, sino fruto de un largo, sostenido y meditado proceso de resocialización que propicié con todos los recursos a mi alcance y en el que el rencor y/o la venganza quedaban por completo descartados.

Este año no doy clase a Jeni, pero cuando me cruzo con ella en el pasillo nos saludamos muy cordialmente. Por mi parte estimo que, tal y como está el patio, más que (o además de) enseñar una asignatura la principal misión de quienes peleamos en las aulas consiste en transmitir valores y encarrilar adolescentes para que no se estampen demasiado dolorosamente contra este mundo que, según todos los indicios, tampoco tiene muy claro adónde va. Claro que aprecio a los estudiantes modelo que sacan buenas notas sin necesidad de mucho estímulo, pero no creo que me causen una satisfacción tan íntima y devastadora como cuando consigo repescar a una de estas ovejas descarriadas.

En un instante salto de España a Turquía y paso de las cuestiones docentes a la ruta que ahora nos ocupa. Como suele ser lo habitual en estos casos los primeros kilómetros, sin ser una maravilla, prometen. Bianca nos había desaconsejado vivamente este trayecto, según ella era *impossibile* llegar hasta el Nemrut con la auto; lo que teníamos que hacer era ir hasta Malatya en busca de la empresa que organiza excursiones hasta aquí en *dolmus*. Ahora bien, si un *dolmus* pasa ¿no vamos a poder nosotros? Todo es cuestión de probar.



Caminito del Nemrut Dađı



Montañas, soledad

Hasta los primeros pueblos, como digo, la carretera es estupenda. Luego nos adentramos por zona montañosa, prácticamente deshabitada y encontramos, para variar, el firme levantado por gentileza de la Dirección General de Carreteras. Tampoco hay carteles indicadores por ningún lado, así que toca preguntar a los obreros que destrozan el pavimento que si por aquí vamos bien hacia Tepehan. Efectivamente, la dirección es correcta, pero en el próximo cruce hay que desviarse a la derecha. Aquí recuperamos provisionalmente un firme más o menos civilizado. Bajamos entonces hasta un río ancho, arenoso y casi seco –diríase que es la cola del embalse de Karakaya- y luego toca ascender de nuevo por una serpenteante carretera hasta llegar a Tepehan, que nos recibe con un *Hoş geldiniz* rotulado en un pórtico sobre la carretera. Aquí encontramos el camino tan estrecho que preguntamos de nuevo a una mujer con una vaca, que de lejos y por la pose nos parece una anciana y luego resulta ser mucho más joven. *Nemrut Dağı?* Ella, por gestos, responde que *to p'alante*.



Perspectiva aérea de un minarete

A la salida, como si fuera un mal desodorante, nos abandona de nuevo el asfalto lo cual, aparte de hacernos tragar polvo, ralentiza muchísimo la marcha especialmente cuando encontramos tramos de lo que se ha dado en llamar chapa ondulada. Descendemos a un nuevo riachuelo y, siguiendo su curso, arribamos a Yandere que supera todas nuestras expectativas de cutre. No me refiero, claro está, al villorrio ni a sus pobres gentes, que nos miran con la boca abierta (los niños saludan todos con la mano), sino al camino –usar aquí el término carretera sería pretencioso- que se degrada y estrecha hasta lo indecible, y además se halla encharcado: es como si de repente nos halláramos en las Hurdes de Buñuel. Ocioso es reseñar que a estas alturas la angustia me corroe cosa fina, porque no sé lo que nos espera más adelante, ni siquiera si podremos pasar.



Las Hurdes de Buñuel

Sólo un poquito más allá está la aldea de Büyüköz, último punto habitado. A partir de aquí el recorrido se encabrita sobre una inmensa espalda, y toca remontar casi mil metros de desnivel a costa de curvas y recurvas. Parece que la cuesta no se va a terminar nunca, voy todo el rato en primera-segunda y el motor lleva un calentón que no veas.

Finalmente llegamos a un pequeño valle alpino, al término del cual avistamos el hotel en cuyo parking es posible pernoctar. Recorrer los 80 kilómetros que hay desde aquí hasta la carretera principal nos ha llevado casi tres horas, con eso queda todo dicho. Un poco más arriba está la garita que regula el paso al recinto arqueológico, y junto a ella –no nos lo podemos creer- ¡una autocaravana integral!

Aparcamos detrás de ella y bajamos. Fuera hay una pareja y, al igual que nosotros, acaban de llegar. Estamos los cuatro tan emocionados de haber logrado nuestro objetivo que nos saludamos con efusión y nos estrechamos calurosamente las manos, como si fuéramos exploradores de la Antártida. Son Maurizio y a Grazia. Su autocaravana es más grande que la nuestra, y realmente no comprendo cómo narices han conseguido pasar por donde tanto trabajo nos ha costado a nosotros.

Además de los italianos está el guarda del recinto, que nos pide 5 liras por el acceso, además otro tipo que identifico como el gerente del hotel, que nos ofrece parking gratis esta noche a condición de que cenemos en su chiringo. Le decimos que nos lo pensaremos.

Yo soy partidario de dejar aquí la auto y continuar a pie, pero Maurizio no se arredra: él va a subir montado sí o sí. De manera que le dejamos un poco de espacio para no tragarnos el polvo y después le imitamos.



Maurizio acomete las últimas cuestas



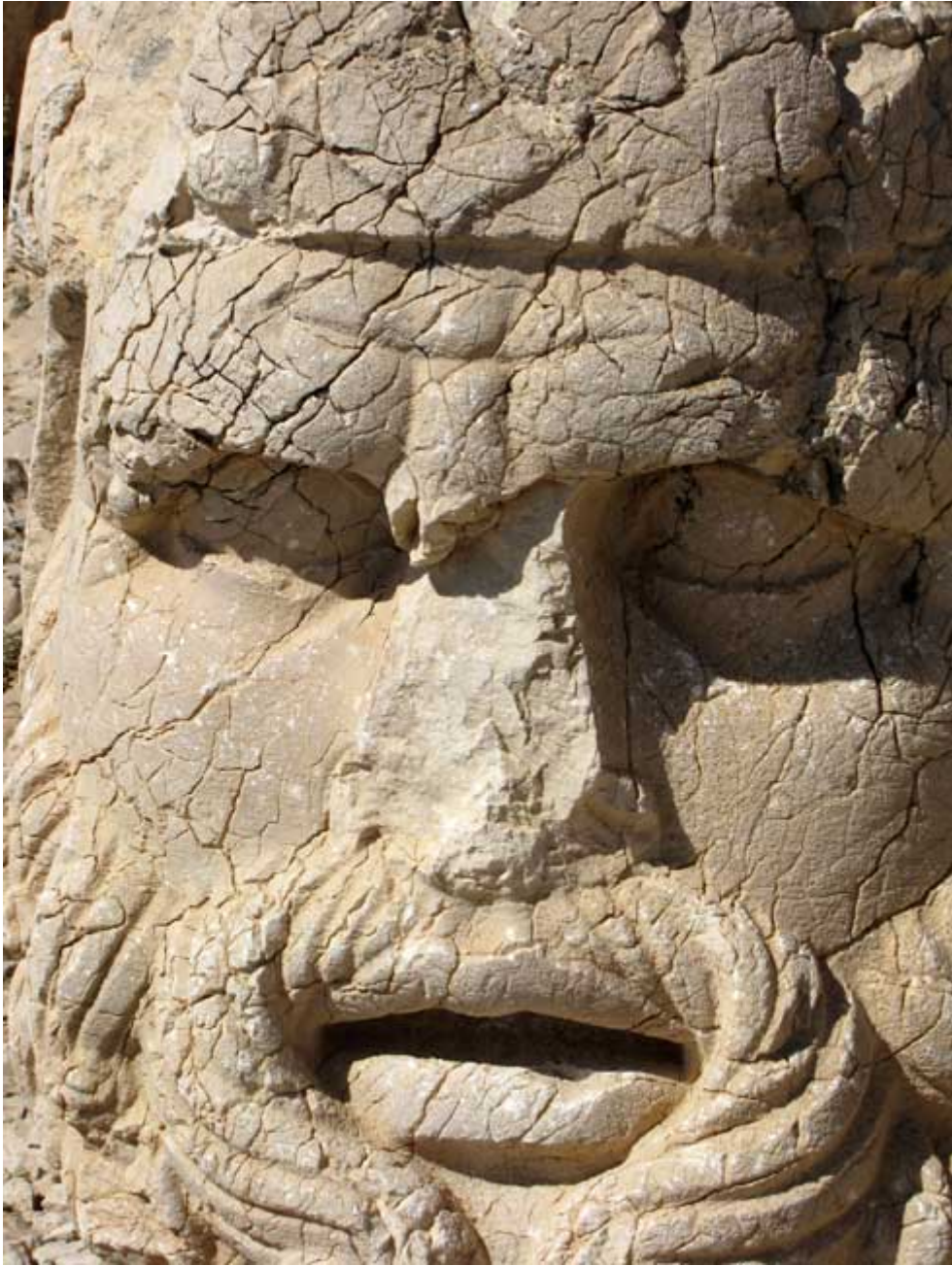


Arriba

Tras varias vueltas y revueltas llega un momento en el que el camino se encabrita y alfombra de piedra suelta: es aquí donde toca parar (37° 58'58.87" N 38° 44'34.00" E). Con ayuda de los calzos conseguimos dejar la auto más o menos recta, lo que no es moco de pavo teniendo en cuenta el desnivel que hay. Desde aquí las vistas son magníficas. Estamos a 2.100 metros de altitud, y casi todo lo que se divisa es terreno desolado y semidesértico. Al Sur, entre la calima, se perfila la enorme masa de agua de la presa de Atatürk.



Aunque estamos agotados y es hora de comer, no nos resistimos a subir y echar un primer vistazo a este lugar tan significativo y enigmático. En esencia, el conjunto consiste en un túmulo funerario formado por una montaña artificial hecha a base de piedra suelta y dos grupos de estatuas sedentes, uno orientado a la salida del sol y el otro a la puesta. Ninguna de las estatuas conserva la cabeza en su sitio, aunque andan todas por los alrededores. Todo ello fue mandado erigir por el rey Antíoco I Theos de Comagene en el año 62 a. de C. Se sospecha que su tumba pudiera estar debajo de la montaña de guijarros, pero hasta la fecha no ha sido posible localizarla. A mí lo que me sorprende es cómo un montón de piedras de tan pequeño tamaño ha podido aguantar veintiún siglos sin venirse abajo ni desperdigarse.







Lo realmente interesante -sobre todo cuando se trata de sitios que valen la pena-, consiste en contemplar el lugar a distintas horas del día, pues al ir cambiando el ángulo con que inciden los rayos de sol es como mejor se puede apreciar el cambiante juego de las luces y las sombras, la intensidad lumínica que devuelve la piedra y todas esas cosas que a los fotógrafos nos entusiasman tanto.

Grazia y Maurizio han subido con nosotros. Inmediatamente nos han caído bien, sobre todo él, que es locuaz y ocurrente (de hecho, de perfil me recuerda mucho a Robin Williams). Le pregunto si no le da palo meter una auto tan nueva (2 años) por semejantes andurriales; responde que en Rumanía el año pasado, durante el estreno, fue todavía peor. Nos cuenta que son de la zona de Parma (vaya, como la familia de Luigi), que su mujer es maestra, y él carpintero. En la antena de la radio lleva puesta una bandera turca que, por lo visto, le ha conagrado con todo bicho viviente con que se ha topado desde que llegó a Turquía.

Una vez dada la vuelta y sacadas las reglamentarias fotos, bajamos a los respectivos vehículos a reponer energías.

La sobremesa se pasa bastante tranquila, pero a medida que avanza la tarde comienza a acudir más y más gente. Nos sorprenden un camioncillo y un *dolmus* que se

empecinan en encaramarse más allá de donde estamos nosotros, pese a que la vía es casi impracticable. Después nos enteraremos de que pertenecen a un equipo de la televisión turca que ha venido a grabar.

No son los únicos recién llegados: arriba hay un grupo de extranjeros a los que acompañan dos guías ataviados con trajes pseudo-típicos. En la forma de hablar, comportarse e incluso de mirarnos percibimos la soberbia ruin y el palurdo desprecio que con frecuencia anida en zonas con muchos visitantes. Ya en 1990 Tom Brosnahan – autor de la primera edición de la guía Lonely sobre Turquía- contaba horrores sobre el trato dispensado por los *agentes turísticos* que organizaban las excursiones desde Kâhta, y recomendaba encarecidamente llevar a cabo la aproximación al Nemrut Dağı por la cara Norte, tal y como hemos hecho nosotros.

Es una gozada tener toda la tarde para gastarla aquí, a nuestro antojo, en lugar de andar pegando botes por carreteras de destino incierto. Estamos sentados Bego, Chandra y yo en la base de lo que debió ser un templo altar, disfrutando del panorama. Una mujer rubia que ha oído nuestra conversación pregunta si somos españoles. Ella procede de California, y habla un muy aceptable castellano debido a la larga temporada que residió en España. Está en Turquía de vacaciones, pero ahí termina toda la analogía con los turistas porque pertenece a una ONG, y ha pasado lo que va de verano en el Kurdistán iraquí, dando clases en la Universidad. Inquiero sobre cómo está la situación allí, y nos explica que se dan esporádicos actos de violencia en las grandes ciudades como Mosul, pero que en el resto de la zona las cosas son mucho más tranquilas. Cuenta que hace una semana hubo elecciones, y que a eso de las tres de la mañana la despertó un repiqueteo similar al de un martillo neumático. Intrigada, se acercó a la ventana para descubrir que las presuntas obras no son tales, sino disparos de armas automáticas efectuados por milicianos que celebran la victoria electoral.



Bego, la estadounidense y el kurdo

Enfrascados estamos en tan interesante conversación cuando oímos a nuestra izquierda a un tipo practicando español en el más puro estilo principiante - *¿Cóoomoestáuuusted?*-. Evidentemente, su intención es pegar la hebra con nosotros, y a fe que lo consigue. Ellos son tres tíos jóvenes, kurdos por más señas, que. El *profe*, de un sorprendente parecido a “El Sevilla”, el de *Mojinos Escocíos* (aunque más flaco), nos relata que estuvo estudiando una temporada en el Instituto Cervantes de Estambul, ciudad en la que al parecer viven los tres. Enseguida se percatan de que la rubia viene sola, y se arriman con evidente morbo aunque ella, sin duda acostumbrada a lidiar con el elemento masculino de Oriente Medio, mantiene muy dignamente las distancias. Qué momento más sublime y surrealista éste en el que un kurdo se comunican en spanglish con una californiana y una extremeña –a mí, como era de esperar, ni puñetero caso-. Cuando le preguntan por su nacionalidad y ella responde *Amrekiya* a los tres se les ensombrecen los rostros, y se hace un breve pero incómodo silencio. Claro que cuando se enteran de que ahora no viene de Estados Unidos sino de Irak, la cosa cambia bastante.



El Éufrates y la presa Atatürk



Atardecer en las colinas

Luego de otro rato de grata charla, nuestra simpática cooperante se despide diciendo que tiene que bajar, que sus compañeros *estarán intranquilos por su ausencia*. Yo estoy convencido de que viene sola y que esa frase no es sino un postizo de seguridad que se ha acostumbrado a llevar como una segunda piel. Respondo jocosamente que sí, que baje, no sea que piensen que la han secuestrado, y ahora es su rostro por donde cruza una nube; imagino que sin querer he destapado el miedo latente con que convive cualquier occidental que deambule por zonas de guerra.



La luna sobre el Nemrut Dağı



Nemrut Dağı, cara Sur

El sol ya está lo bastante bajo para que nos acerquemos al altar occidental. Debe de haber allí casi dos centenares de personas, con el aliciente añadido hoy de los focos y las cámaras de la televisión. Por el camino nos topamos con un grupo de turistas turcos con aire adinerado. Se emocionan con Chandra, particularmente una joven ataviada con un turbante, y nos toca esperar pacientemente a que la acaricien y la soben. El problema es que no se conforman con eso sino que, como si el perro no tuviera amo, se vienen detrás, persiguiéndonos. Nos encaramos a unas rocas para escapar a sus ya cansinas atenciones. Luego, mientras saco fotos al personal allí congregado, veo por el objetivo a la del turbante -desprovista ya de cualquier resto de simpatías, mieles y dulzura-, dirigiéndome ostensibles gestos de enfado para que no la retrate. Inmediatamente borro las dos o tres fotos en las que aparece, no quiero llevarme el más mínimo recuerdo de niñas indeseables.



Preparados para el crepúsculo



Estelas de guerreros

Hablando de fotos, nos encontramos con Maurizio y señora. Lleva éste un equipo de fotografía que incluye un enorme teleobjetivo con el que yo no cargaría ni por todo el oro del mundo. Se comporta tan jovial como antes, y nos cuenta que ha preguntado al guarda del recinto si podemos quedarnos a dormir, y que no le ha puesto ninguna pega. El que sí ponía objeciones era el dueño del hotel –que aún pulula por aquí-, según el cual la pernocta dentro del recinto arqueológico estaba prohibidísima, y que lo que tenemos que hacer es dejarnos de gaitas, bajar a su parking y hacer gasto. A mí no me importaría, la verdad, pero después de los estropicios intestinales causados por la cena de Doğubeyazit prefiero renunciar a aventuras gastronómicas de las que puedan derivarse incómodas y no deseadas consecuencias.





Poco a poco se pone nuestra estrella cercana, y poco a poco la gente se va marchando. Algunos en dirección a nuestro aparcamiento, pero la mayoría por la ladera Sur, por donde se va a Kâhta. Ambos accesos se hallan incomunicados, y la única forma de pasar de uno a otro es a pie o en mula.



Los focos re-inmortalizan estatuas milenarias

Cuando llegamos a la auto ya ha oscurecido por completo. Al poco aparece Maurizio, que, aprovechándose de los focos de la tele, ha estado sacando fotos hasta que al final le han echado. Queda por marchar un grupito de extranjeros que están cenando a pie de microbús. Por un instante me asalta el temor de que se puedan quedarse a dormir al raso –juerga, por tanto, garantizada-, pero al cabo de un rato suben al carro y desaparecen.

Quedamos Bego, Grazia, Maurizio y yo. Solos, de cara a la inmensidad. Ahora que está oscuro por completo, resulta asombroso contemplar la miríada de luces de

pueblos y ciudades que se avistan desde aquí arriba. También está impresionante el cielo, cuyas abultadas estrellas parecen uvas a punto de cosecha.

Propone Maurizio que subamos a ver la salida del sol. Eso equivale a levantarse a las tres y media de la mañana, hora española. Yo acepto, y quedamos en que el primero que se despierte dé un toquecito a la otra auto.

Kilómetros etapa: 106

Kilómetros viaje

Tierra: 6.602

Mar: 700

3 DE AGOSTO: DEL NEMRUT DAĞI A GÖREME

Si pensaba que a la salida del sol acudiría menos gente que ayer tarde, o que podría dormir al menos hasta las tres y media, me equivoqué en ambas cosas: los primeros vehículos llegan a eso de las tres, y sube tanta gente hasta el monumento que esto parece una romería. Doy un toque a Maurizio y me voy para arriba con Chandra. Claro que ella no va a tener paciencia para aguantar parada una hora, así que, tras la vueltecilla de rigor, regreso y la dejo de nuevo en la auto.

Esta mañana, obviamente, la gente se concentra en la escalinata del templo oriental como dispuesta a presenciar una obra de teatro. El personal viene pertrechado de mantas, gorros y abrigos; es verdad que hace frío, pero menos del esperable, sobre todo teniendo en cuenta que nos hallamos a más de dos mil metros. Andan por aquí los tres kurdos con aire legñoso y pinta de no haber pegado ojo. También aparecen Grazia y Maurizio el cual, además de la cámara y el tele, se ha traído un hermoso trípode. Debe de estar cachas, el tío, de tanto acarrear material fotográfico.



El actor



El público

A las cuatro ya hay claridad suficiente para sacar fotos, y a las 4:26 asoma el primer rayo de sol por detrás de las montañas. El contemplar la puesta y la salida desde este observatorio privilegiado intensifica el carácter del sitio: hay algo en el Nemrut Dağı que atrae a la gente como un imán. Y ese algo especial no son las estatuas, ni la montaña-tumba, ni tampoco el paisaje. O quizás es todo junto, sumado al fluir cosmogónico-telúrico de la Diosa Madre, lo que vuelve mágicos unos sitios y otros no. La gente asiste silenciosa al espectáculo y eso, teniendo en cuenta todos los que somos, ya es mucho decir.



2.070 años viendo amaneceres



Asciende ya la luz en el horizonte y el público comienza a dispersarse. Aún están por aquí los de la tele, que se quedaron para filmar también el amanecer.



Visto ya todo lo que había que ver, bajo con los italianos hasta las autos. Bego no se ha despertado. Me tumbó durante una hora o así, pero apenas duermo. A eso de las seis nos levantamos, desayunamos y nos preparamos para partir. Aparentemente, Grazia y Maurizio siguen dormidos. Ayer nos explicaron que piensan bajar hacia Kâhta por una carreterilla en teoría transitable. Luego seguirán hacia el Este paralelos a la frontera Siria, y quizá también hasta Şırnak y Hakkâri. En mi opinión se trata de una ruta un tanto expuesta, pues se acerca demasiado a la zona fronteriza con Irak, donde opera la guerrilla del PKK y donde el ejército turco ha lanzado varias operaciones recientemente, pero allá cada cual. Sinceramente da pena no despedirse de unas personas tan encantadoras, pero creemos que es mejor eso que molestar. Si tuviera que piroppearles, diría que con gente así podría ir al fin del mundo. O más allá, si hace falta.



Bajamos por la pista de tierra hasta la barrera de entrada, donde saludamos al guarda (del dueño del hotel, ni rastro), y luego iniciamos el largo descenso hasta Büyüköz, que atravesamos sin novedad. Parece mentira que no haga ni veinticuatro horas que hemos pasado por aquí, es como si hubiera transcurrido muchísimo más tiempo.



La bajadita

Realmente lo que nos preocupa es cruzar el pueblo de Yandere que, como se recordará, tenía un tramo de camino en bastante mal estado. Cuando llegamos a la zona encharcada se confirman mis temores, pues nos topamos con un escalón perpendicular al sentido de la marcha que, la verdad, no comprendo cómo pudimos rebasarlo ayer sin tocar. Imagino que fue porque hay una ligera pendiente, e íbamos a favor. Ahora que es al contrario no veo forma de superar el obstáculo, y menos con el agua y el barro, que harán patinar las ruedas.

Baja Bego y evalúa la situación. Si, como en Slavonski Brod, elevamos las ruedas delanteras con los calzos, tal vez consigamos altura suficiente como para escapar del trance. Pero para ello debo primero orillarme hacia el precipicio que hay a nuestra izquierda: muerto de miedo, sitúo la rueda motriz a treinta centímetros escasos del borde confiando en que el talud, hecho de simple tierra apisonada, aguante todo nuestro peso. Pone Bego los calzos y muy muy lentamente comienzo a avanzar, más pendiente de sus gestos que de cualquier otra cosa, y esperando oír en cualquier momento cómo nuestra panza rasca contra la tierra y las piedras. Pero nada de eso ocurre, y de repente ya estamos del otro, libres del peor atolladero de todo el viaje.

Hoy hace justo un mes que salimos de casa, y hoy vamos a batir la plusmarca de kilómetros recorridos en un día, aunque eso aún no lo sabemos, enfrascados como estamos en este tramo tan malo. Otra vez Tepehan y otra vez el largo y angosto trecho a la entrada en el que, por fortuna, no encontramos a nadie. Menos mal, porque los escasos coches con que nos cruzamos van por el medio de la carretera y en los tramos asfaltados, además, a toda pastilla. Incluso nos damos de narices con un rebaño de vacas al doblar una curva. El pastor, un chico joven que de sobra nos ha visto llegar, ni se ha molestado en hacer gestos para que redujéramos.



Una vaca en el camino...

Finalmente, tras 2 horas 45 minutos (algo hemos recortado respecto a la ida) estamos de nuevo en la D 300, la carretera Malatya-Elazig. Paro a descansar y recuperarme un poco del soponcio, aunque lo que de verdad le apetece a uno es bajarse y besuquear el asfalto: hay ocasiones en que esto de volver a la civilización *is so nice*.

Son sólo las nueve de la mañana, y ya hemos finiquitado el trecho más difícil. Comparado con eso, el cruce de Malatya dura lo mismo que un suspiro. 10 kilómetros

después de esta ciudad toca andar con ojo, ya que la carretera hacia Kayseri se desvía hacia la derecha, mientras que si sigues recto te vas hacia Adana, en el Mediterráneo.

Este primer tramo es llano, tiene carretera desdoblada y firme bastante bueno, pero la alegría dura poco: un poco más allá el doble carril no deja de ser un proyecto, y la carretera empieza a bajar y a subir -sobre todo a subir- por un terreno plagado de obras y de curvas. No hay mucho tráfico que digamos, pero de vez en cuando te encuentras con un camión subiendo a paso de tortuga y se hace difícil adelantarlo.



Mezquita de Aşağılupınar

Remontamos hasta los 1.800 metros de altitud y atravesamos una zona por completo despoblada. Más adelante, descenso de unos 600 metros para cruzar Aşağılupınar, donde tenemos ocasión de echar un ojo a su curiosa mezquita. A las doce y media llevamos recorridos casi 200 kilómetros. Lo que pasa es que entre el madrugón de esta mañana y lo que ha costado salir del Nemrut Dağı creo que nos merecemos una temprana comida y un buen descanso. Buscamos sobre todo tranquilidad y no vernos sometidos a la curiosidad ajena, de modo que cuando un poco después de Balaban divisamos una gasolinera aislada sabemos que ése es el sitio.

Lleno el depósito y pregunto al gasolinero, un tipo tremendamente bajito, que si podemos a) coger agua, y b) descansar un rato. No sólo responde a ambas cuestiones que sí (incluso instala una manguera para que llegue hasta donde hemos aparcado la auto), sino que además nos ofrece un té. Al contar ya con experiencia de cómo sienta el té turco en ayunas, por señas le hago entender que gracias pero que eso luego, primero manducar.

Estamos tan cansados que la comida degenera en siesta de canónigo. Cuando por fin nos recuperamos salimos de la auto como diciendo *a ver ese té*. Nuestro anfitrión pone en marcha una máquina enorme y nos sirve la infusión en una mesita de fuera y a la sombra. Estamos como quien dice a pie de surtidor, pero tampoco éste se corta de fumar. En fin, *Allah korusun*.

En nuestro turco chapurrao tratamos de enterarnos de si continúan las obras más adelante. La respuesta es sí: parece como si toda Turquía, para afrontar la crisis, se hubiera embarcado en una orgía de obras públicas similar a nuestro Plan E (seguro que aquí lo han bautizado como *Plan Atatürk*).

Como no hay mucho más de lo que hablar, el gasolinero menciona su pueblo, Darende, que cae un poco más adelante, y nos enseña un video que ha grabado con su móvil en el que se puede apreciar un manantial, un cañón y unas cascadas muy bonitas. Mientras compartimos tiempo y bebida con este desconocido en una gasolinera perdida de Anatolia tenemos otro atisbo de lo que implica el concepto hospitalidad para esta gente: un poco más allá, apoyados contra un coche, hay dos hombres con aspecto de estar esperando a alguien. Cuando por fin subimos a la auto descubrimos que les ha faltado tiempo para ocupar nuestros taburetes: como los amigos de Hasán, en Ordu, no se han arrimado hasta que no nos hemos ido para no desmerecer la hospitalidad que nos brindaba el trabajador de la gasolinera. Qué cosas.





Enseguida llegamos a orillas del río Tohma, cuyas verdes orillas contrastan con el secarral de alrededor. Siguiéndolo llegamos a Darende. Estaría bien parar, pero lo cierto es que hoy queda aún muuucho camino por delante. Durante un rato seguimos la serpiente de verdor encajonada entre montañas, y después nos internamos de nuevo por inhóspitos y semidesérticos territorios que, sin embargo, poseen un encanto tremendo. La tarde se estira sin pausa hacia el Oeste. Empiezo a estar cansado de conducir, y Bego me releva un rato. Chandra también está hecha polvo de ir todo el rato metida en su jaula, así que la saco y la llevo un rato cogida en brazos.

Subimos un puerto de 1.900 metros, y nos encaramamos a una meseta que ya no abandonaremos hasta llegar a Kayseri. La carretera por fin ha mejorado bastante. Poco a poco, en la distancia, comienza a dibujarse una silueta que acabamos identificando con el inconfundible perfil de un volcán. Tras mucho marear el mapa llegamos a la conclusión de que se trata del Erciyes, de 3.915 metros de altitud. No sabíamos nada de su existencia, pero tomamos buena nota; a estas alturas ya habrá quedado bastante claro lo mucho que nos entusiasman los volcanes.



Atardecer en la carretera



El volcán Erciyes



Laderas del Erciyes



¿Dos volcanes o dos carretas?

No sabemos dónde parar esta noche, pero la tarde se ha dado tan bien que creemos posible lo que en principio no habíamos previsto, esto es, pasar Kayseri y llegar hasta Capadocia. Ahora bien, Los setecientos mil habitantes de esa ciudad -y por consiguiente su entramado urbano- imponen bastante. Por eso, cuando se nos ofrece la posibilidad de ir por una circunvalación que no aparece en mapa alguno aceptamos sin dudarlo, pues nos permite circular paralelos al embolado urbano sin apenas retenciones. La vía es bastante reciente y ni siquiera está terminada. En algunos tramos sólo hay un carril en cada dirección separado del contrario por conos y línea continua. Aun así, algunos conductores que vienen de frente insisten en adelantar, y cuando se nos echan encima... ¡nos dan con las luces!

Ya es prácticamente de noche cuando superamos Kayseri. Ahora es preciso tener mucho cuidado, porque primero hay que ir hacia el Sur, y luego encontrar la carretera que sale hacia el Oeste y lleva hasta Ürgüp. Lo que ocurre es que antes de llegar a ella damos con otra –tampoco viene en ningún mapa– que se dirige a Avanos para, en un cruce, desviarse hacia Ürgüp. Por suerte, y aunque no se ve un pijo, las carreteras de la zona están como nuevas y muy bien señalizadas. Nuevos son también los coches que nos adelantan a grandísima velocidad, como se nota que nos adentramos en zona turística.

El lugar que nos recomendaron Luigi & family se llama Kaya Camping. Incluso Ilaria me dibujó un croquis explicando cómo llegar. Ahora bien, la noche, el cansancio y la diferencia de idiomas han hecho su trabajo, y lo que sucede es que acabamos en el centro de Ürgüp sin saber muy bien para dónde tirar. Siempre he temido, cuando estoy agotado de conducir, el meterme en cascos urbanos: tras largas horas de carretera los reflejos están agarrotados, y las posibilidades de sufrir un accidente se incrementan de manera exponencial sobre todo en sitios como éste, con la calle llena de coches y gente. Cuando veo que nos vamos a meter por una calle de incierta salida paramos y preguntamos a dos hombres que están sentados en la terraza de un restaurante. Según ellos, el Kaya Camping no está por aquí, sino en dirección Göreme. Recomiendan por tanto salir a la carretera y continuar.

La noche no es la mejor consejera a la hora de orientarse. Con todo, conseguimos encontrar de nuevo la carretera que traíamos y llegar al cruce de Ortahisar. Veo una gasolinera y nos metemos en ella de cabeza: si aquí no consiguen indicarnos definitivamente dónde colorines está el camping, directamente solicitamos permiso para quedarnos a dormir.

Vuelve Bego con estupendas noticias: el Kaya Camping está a menos de dos kilómetros, primero a la izquierda y luego a la derecha. Cuando uno conoce el sitio y es de día, qué fácil parece todo. Ahora en cambio...



Por fin aparecen la entrada y el cartel (38° 38'12.04" N 34° 51'13.62" E). Menos mal. Aparco como puedo y dejo que Bego negocie los términos. Traemos incluso una tarjeta del camping con nota de recomendación por detrás, firmada por el *doctor Luigi*. No sé si esto supone alguna rebaja, el caso es que la noche nos cuesta 27 liras, electricidad incluida. No nos parece caro, teniendo en cuenta dónde estamos. Tampoco ponen pegas al perro. El dueño, que es muy amable, nos indica una zona cerca de la entrada, precisando que mañana *podemos ponernos donde queramos*.

Termina así un día de lo más duro: no hemos dejado de conducir, como quien dice, desde bien temprano, y pese al infernal trago de primera hora nos hemos pulido 515 kilómetros. Más que cualquier otro día en lo que llevamos de viaje. Más de lo que nos dijeron los italianos de Amasra, que en dos meses por Turquía nunca habían recorrido más de 400 kilómetros en un día.

Así que, ahora, a descansar.

Kilómetros etapa: 515

Kilómetros viaje

Tierra: 7.117 (kilometraje capicúa)

Mar: 700

4 DE AGOSTO: GÖREME

Estamos tan hechos polvo de ayer que hoy remoloneamos todo lo posible. A eso de media mañana nos pasamos por recepción para rellenar la ficha de entrada. En el mostrador tienen publicidad de excursiones en globo, y preguntamos. Al parecer, el hijo del dueño del camping lleva una empresa de *balloons*, y por el módico precio de 110 euros por cabeza (rebajado, oiga) puede llevarnos de paseo. Cogemos el folleto y le decimos que nos lo pensaremos.

Aunque el propietario del camping nos dio ayer libertad para colocarnos donde quisiéramos, hemos llegado a la conclusión de que el sitio en el que ahora estamos es lo más parecido a una parcela individual, de modo que aunque da el sol buena parte del día decidimos no movernos. Nuestra intención ahora es visitar el museo al aire libre de Göreme, que dista algo así como 1 kilómetro del camping. Puesto que Chandra no podrá venir, la llevamos primero a dar un paseo. Justo al otro lado de la carretera hay un camino con cartel que indica una iglesia troglodita, y por él nos vamos. Para nuestra sorpresa y decepción la iglesia tiene *bicho*, o sea, vigilante que cobra por asomar la cabeza y mirar. Bego paga y entra; yo, con la excusa de la perra, me quedo fuera a la sombra. Estamos ya a punto de marcharnos cuando el hombre nos invita a un té. Aceptamos.



Texturas de Capadocia



En la iglesia pirata



Si, como se espera, fuéramos novatos en Turquía, si no supiéramos ya a estas alturas que invitar a té aquí es como dar los buenos días, entonces seríamos asaltados justamente por la sensación que este buen hombre quiere que experimentemos, es decir, pena. Cuenta que estuvo muy muy enfermo, que se pasó en el hospital no sé cuánto tiempo –para demostrar que dice la verdad, no tiene empacho en enseñarnos por dos veces la horrorosa cicatriz que le cose el cráneo- y que para vivir sólo tiene esto. Además, se queja de que la cantidad de turistas no está siendo buena este año. El oír hablar de nosotros como si fuéramos cosecha de castañas o nabos es signo sumamente indicativo de que nos hallamos –de nuevo- en zona hipermasificada de turismo. Empiezo a echar de menos cuando éramos vistos como alienígenas.



Paisaje de Capadocia con Uçhisar al fondo



Fortaleza de Uçhisar

Sin tener que hacer ningún desembolso adicional, nos despedimos de nuestro interesado anfitrión y volvemos al camping a dejar a Chandra en la auto. Para entonces ya hemos deliberado sobre el asunto de los globos: lo cierto es que el viaje vale una pasta, pero si aceptamos haremos dos cosas nunca realizadas hasta ahora: a) montar en globo, y b) hacerlo sobre Capadocia. No es una propuesta que se pueda rechazar todos los días. La cita es al día siguiente, en la puerta, a las 4 de la mañana. No nos piden ningún dinero por adelantado.

Hecha la reserva, bajamos a patita la pronunciada cuesta que nos lleva hasta el museo al aire libre. Este lugar lo visitamos en Navidades de 1998, pero qué distinto se ve ahora todo: para empezar, muchos menos visitantes que ahora, había niebla y hacía un frío que pelaba. Recuerdo que había que caminar con mucha precaución, ya que en muchos sitios el suelo estaba helado y te podías dar un resbalón más que peligroso, sobre todo si el incidente ocurría en una rampa o en el borde de uno de los numerosos precipicios. Hoy, por contraste, el sol rueda por un cielo azul y desprovisto de nubes, rebota sin encontrar obstáculos por paredes y oquedades y calienta el aire hasta que la atmósfera sofoca cual secarral hispano.



Museo al aire libre de Göreme



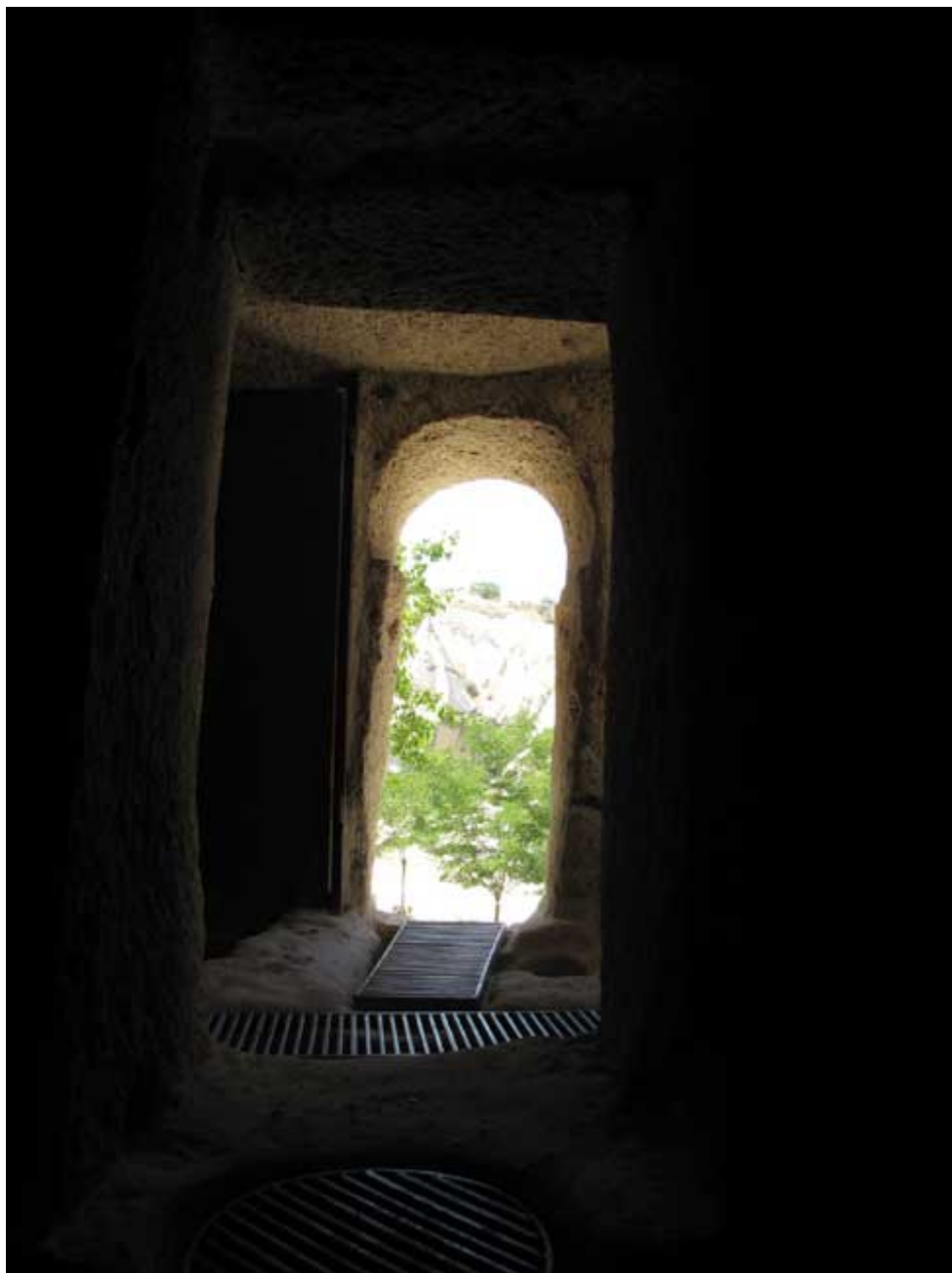
Palomares

En la tienda de recuerdos de la entrada nos gusta la pequeña reproducción en bronce de un derviche danzante, le das un golpecito sobre la mano extendida y se pone a girar sobre su base como una peonza. Dice Bego que si queremos uno ya lo volveremos a encontrar más adelante, pero yo soy de la opinión que el mejor momento siempre es ahora, de manera que lo compramos.

Básicamente, el museo al aire libre de Göreme está compuesto por iglesias excavadas en la roca y sus correspondientes monasterios. Decir monasterios es una manera de hablar, porque aquí se juntaban cuatro o cinco monjes y enseguida se montaban una iglesia, de tan blanda que es la roca. Esa misma blandura de la piedra es el principal enemigo de estos monumentos: la sensación que da es que tarde o temprano al menos una parte acabará viniéndose abajo.

Esta segunda visita tiene para nosotros algo de protocolario: ahora no nos impresionan tanto la enorme cantidad de estancias subterráneas, ni las cúpulas en miniaturas, ni los frescos de los muros –muy deteriorados todos, salvo los de la Iglesia Oscura-. Con todo, el paisaje surrealista y como de cuento de hadas sigue seduciendo y cautivando, y se vienen a la mente imágenes de películas pero sobre todo de cómics, de

estos que cuentan oníricas historias de ciencia-ficción en el pasado o en el futuro, en este mundo o en otros.



Desde el interior de una de las iglesias



Los frescos



Tras dos horitas de entra y sale (qué bien se está a la sombra) decidimos que ya está bien por el momento. A la salida, mientras bebemos agua y nos reponemos, coincidimos con los franceses que encontramos al venir y que, inexplicablemente, se habían pasado la entrada. En un primer momento nos parecieron una joven pareja de novios. Después, ya hablando, constatamos que él era más mayor de lo que parecía, y en cambio ella bastante más joven. Ahora por fin nos enteramos de que son padre e hija. Ella habla inglés muy bien, pero cuando nos encontramos con franceses por el mundo a mí me hace ilusión dirigirme a ellos en su propio idioma.

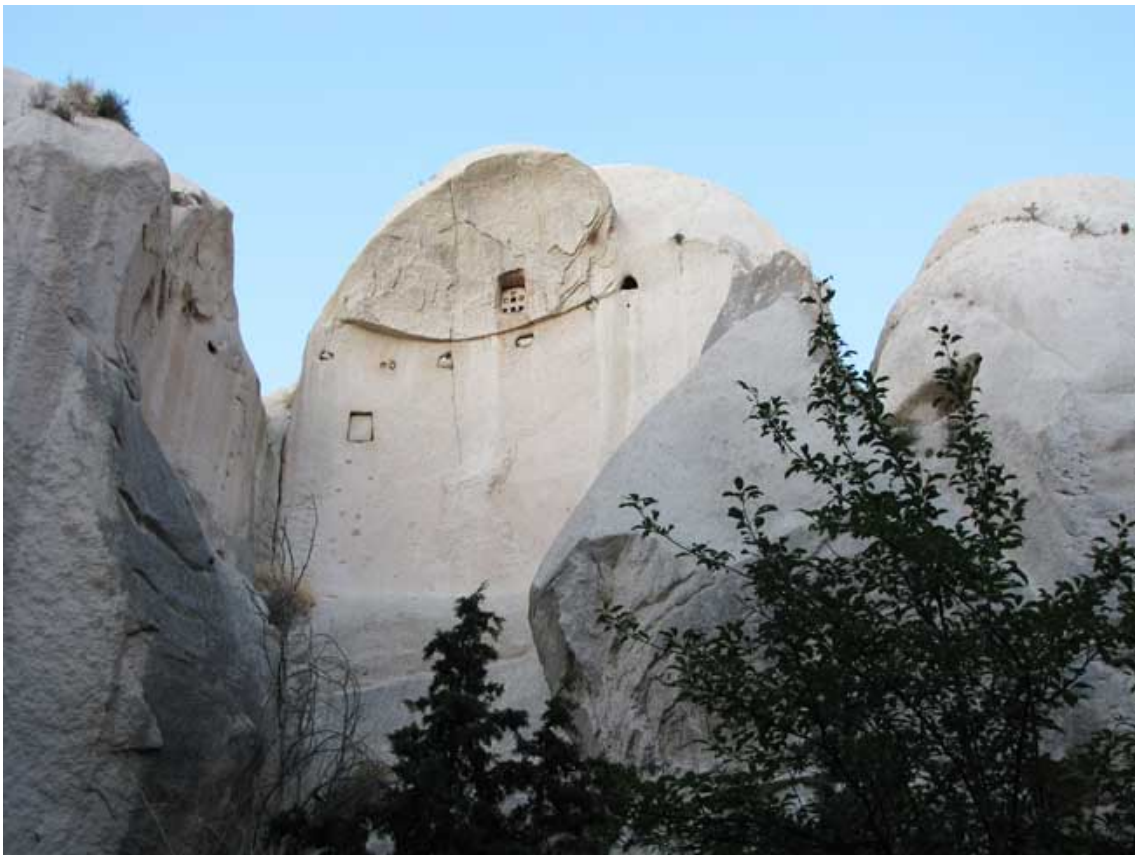
Tras despedirnos trepamos por la cuesta arriba, aplanados por la calorina que multiplica el asfalto. Como tenemos la auto enchufada a la corriente hemos podido dejar conectado el enfriador sin problemas, así que Chandra nos recibe fresquita y contenta.

El camping tiene una red wifi un poco lenta y que en ocasiones se corta, pero que sirve para un apaño. Aprovecho la sobremesa para ponerme al día de correos, noticias y ver dónde estamos a través de Google Earth. Observo que por la parte de atrás del camping sale un camino estupendo para darse una vuelta. De modo que esperamos a que baje un poco el sol y luego nos vamos los tres.

Apenas hemos rebasado la linde del camping cuando encontramos un camino que sale a la derecha, y en él un cartel casero que dice *To Rose Valley*. Lo seguimos, por supuesto, y al cabo de unos cientos de metros el sendero desciende y se interna en una vaguada cubierta de vegetación, como si fuera un oasis. Hay allí árboles, plantaciones de frutales y huertos, unos abandonados y otros no. Seguimos el curso del arroyo que da vida a todo aquello y lo que encontramos supera todas nuestras expectativas: casas empotradas en la roca, torres de piedra, arcos naturales horadados por el agua... Lo más increíble es que, estando como estamos en la hiperturística Capadocia, en todo el rato no nos cruzamos absolutamente con nadie. Si esta mañana fue lo conocido, lo previsible y mercantilizado, esta tarde nos asalta el placer íntimo del descubrimiento insospechado, y uno de los mejores recuerdos de Capadocia y del viaje entero.



El Valle Rosado



Casas inverosímiles



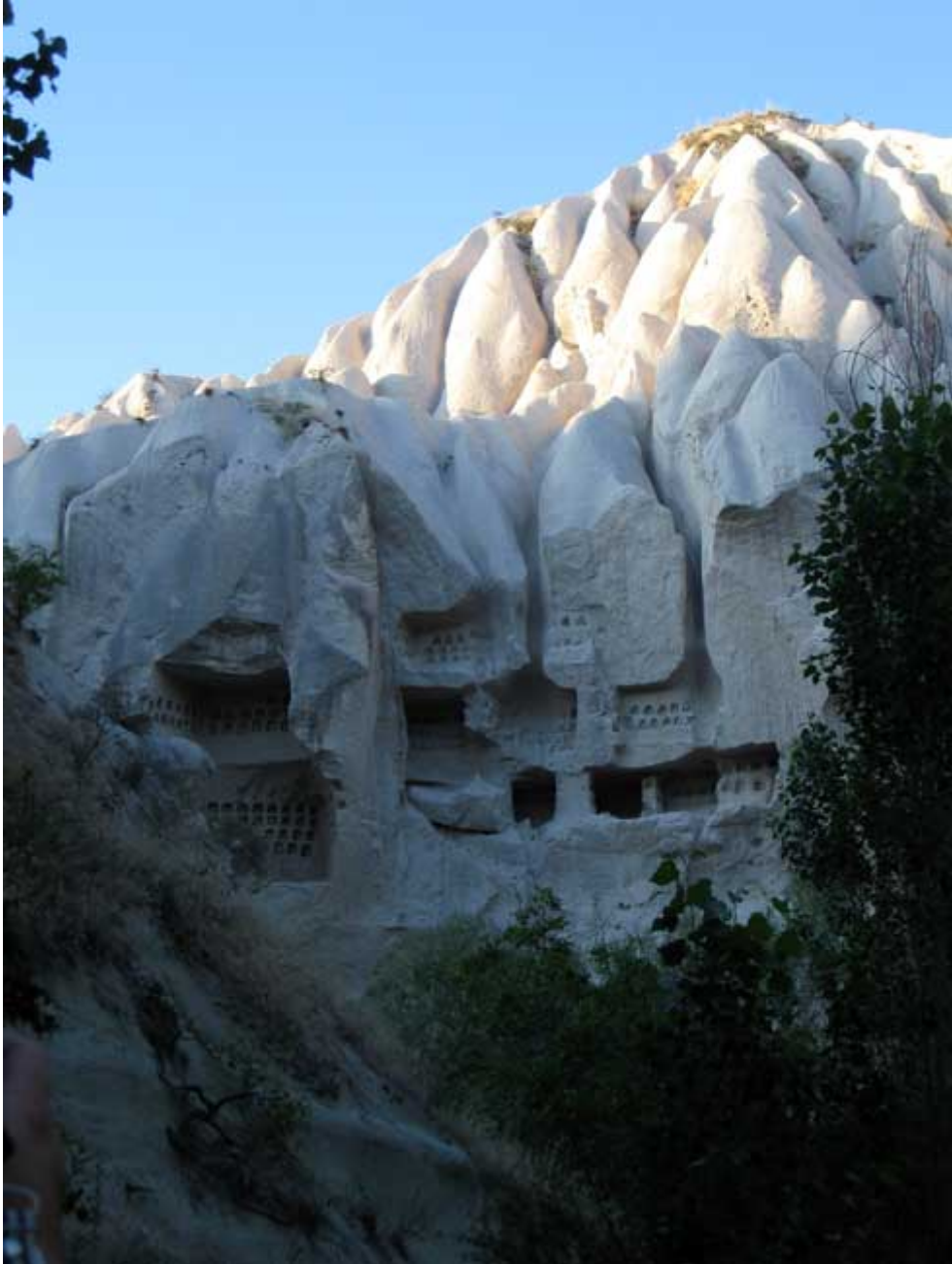
surgidas de los sueños



Y túneles

El sol baja muy rápidamente, y nuestro éxtasis ante el descubrimiento discurre paralelo al temor a que se nos haga de noche en sitio desconocido. Consultamos el sencillo mapa que nos han proporcionado en el camping y resolvemos que lo mejor es continuar hacia delante para salir a terreno despejado y luego, en cuanto sea posible, cruzar la sierrecilla que llevamos a la izquierda para llegar a Göreme.

Seguimos el lecho arenoso del arroyo, y pasamos por lugares que en época de lluvias deben de ser por completo intransitables. Desde la altura, viviendas habitadas hasta no hace mucho -y que por lo íntimamente ligadas a la tierra recuerdan a las de los indios pueblo-, nos miran desde sus ventanas silenciosas. Trato de imaginarme, sin conseguirlo, cómo será el acceso interior para llegar hasta ellas. ¿Tendrán escaleras con rellano, como los bloques de viviendas modernos?



Así eran las viviendas sociales por aquí



Formas



Como arena



A éste no le molestaban los vecinos de al lado

Finalmente salimos a campo abierto. Los últimos rayos de sol se proyectan sobre la toba calcárea, y nos hacen comprender por qué han bautizado el lugar como Valle Rosa o Rojo. Hay por aquí algún grupo viendo iglesias aisladas. Según nuestro mapilla, si seguimos adelante llegaremos a Çavuşin, lo cual nos aleja irremisiblemente de nuestro destino. Estamos buscando un sendero practicable hacia la izquierda cuando nos encontramos con dos franceses, padre e hijo –parece que hoy la cosa va de familias galas monoparentales y extraviadas- que nos preguntan si sabemos por dónde se va a Göreme. Respondemos que no exactamente, pero que estamos buscando el mismo

camino. Justo en ese momento divisamos un pequeño grupo que sigue a su guía monte arriba. Les decimos a los franceses que probablemente sea por allí, que se vengán, pero los muy bobos no nos hacen caso.

El grupo se para ante otra torre-monumento-iglesia y nosotros seguimos adelante. Descendemos la ladera opuesta de la colina y enseguida divisamos Göreme, a un par de kilómetros hacia el Sur. El sol ya se ha puesto hace rato, y una luna llena, enorme y redonda, se enseñoera del cielo nocturno.



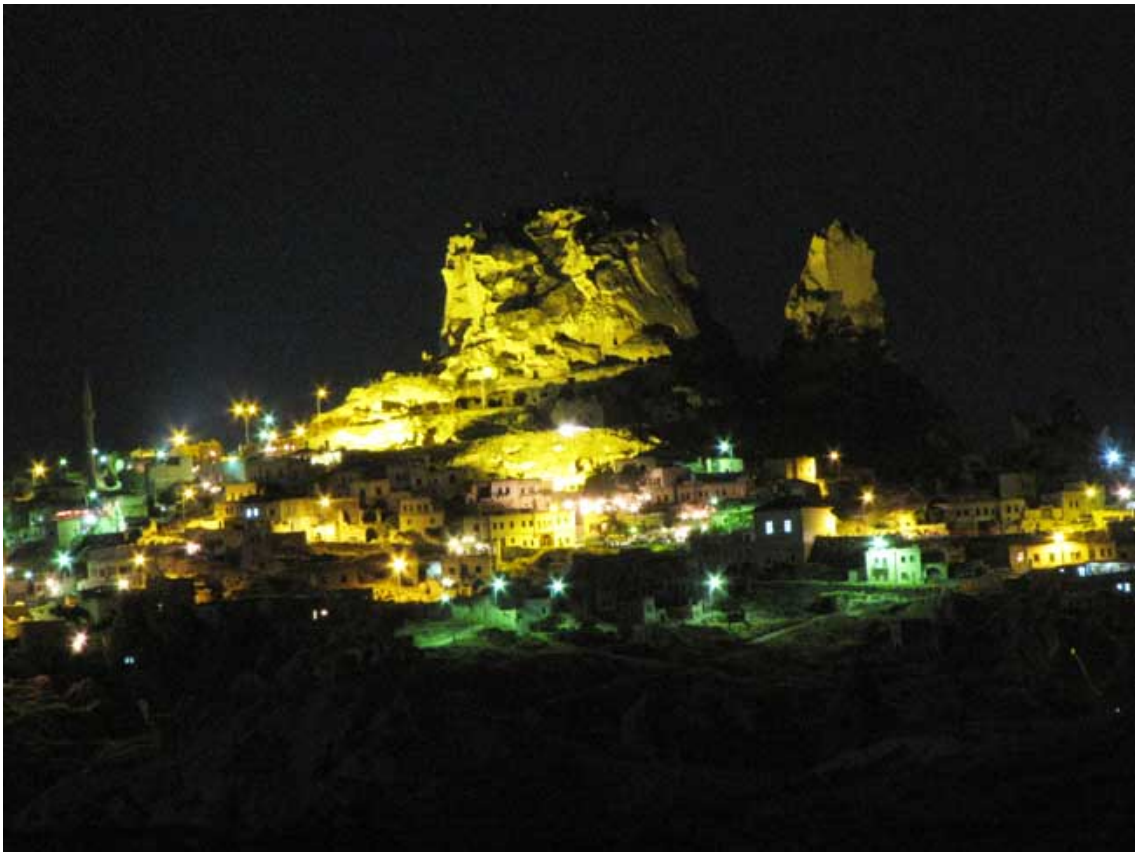
Luna de Capadocia

Ahora caminamos por una pista cuyo principal problema es el polvo: furgonetas, motos y hasta grupos de quads transforman el aire en una sopa irrespirable.

Si hubiéramos seguido adelante habríamos acabado saliendo a la carretera que lleva de Göreme al camping, pero como ya es de noche y no es cuestión de jugársela, lo que hacemos es ir primero hasta el pueblo, de allí al museo al aire libre y desde allí, nuevamente, hasta el camping, como hicimos esta mañana.

Vamos un poco intranquilos porque toca a andar por carretera y ya sabemos cómo conducen por aquí. Menos mal que nos hemos traído el frontal para, llegado el caso,

hacernos ver. Hasta el museo muy bien porque hay acerado, y además no estamos solos, pues nos cruzamos con gente que está de paseo. Después toca la cuneta pura y dura. A mitad de la cuesta nos encaramamos a unas rocas a descansar y contemplar el paisaje lunar, nunca mejor dicho. Aprovecho para colocar el mini-trípode a la cámara y sacar una foto nocturna de la mole rocosa de Uçhisar.



Uçhisar in the night

Seguimos subiendo. Muy cerca ya de nuestro destino vislumbro a alguien entre las sombras. *Hello*, nos dice. Entonces yo, sin pensarlo mucho, le espeto: *Where are you from?* El otro capta la pulla y no contesta. No me gusta ir de sarcástico, pero es que durante las dos últimas semanas hemos sido sometidos tantas veces a este interrogatorio ritual que decir que está uno harto se queda muy, pero que muy corto.

En el camping está todo tranquilo, salvo un grupo de veinteañeros que montan juerga en la terraza de recepción. Pero el palizón de la tarde ha sido tal –y eso que hoy tocaba día de descanso- que no nos queda otra que ignorarlos.

5 DE AGOSTO: GÖREME

Entre los juerguistas de anoche y el nerviosismo de montar en globo, lo cierto es que apenas si hemos dormido. Vamos hacia la puerta, y allí nos toca esperar un buen rato. Muy cerca hay plantadas unas cuantas tiendas donde, según sospecho, duermen los fiesteros como ceorros. No puedo reprimirme y lanzo un buen berrido, tanto por desahogo como por darles de su propia medicina.

Al rato aparece una pareja de españoles. Preguntan si también nosotros vamos a montar en globo. *Es que nos habíamos quedado dormidos* –dice el chico-; *menos mal que hemos oído un grito y nos hemos despertado*. Ejem.

Por la carretera pasan un montón de *dolmus* llevando pasajeros y todoterrenos acarreando globos, va a parecer esto una romería. Antes de que llegue el transporte se nos suma un francés con un niño y una niña rubios, de unos seis o siete años.

Por fin aparece nuestra furgoneta. Antes de subir, el conductor nos insta a escribir nuestro nombre en un cuadrante. Luego nos lleva al campo de despegue, que se halla en una explanada un poco más allá del museo al aire libre. El espectáculo de una veintena de globos hinchándose y el sonido de los quemadores, con su penacho de fuego en medio del silencio de la mañana resulta sobrecogedor. Acudimos a un chiringuito cercano donde puedes tomar café y pastas. Esto va incluido en el billete.



Calentando motores



Quemadores

Hemos hecho buenas migas con la pareja de españoles, que según dicen son de Madrid. Pero el buen rollo se nos termina de golpe cuando viene nuestro conductor a decirnos que debe de haber un error, porque del camping venimos siete, y a él sólo le constan cinco reservas. Nos quedamos los cuatro pensativos, sopesando la posibilidad de que alguien (y a ver quién) se va a tener que quedar en tierra. El conductor nos dice que no hay problema, que si hoy no hay sitio *podemos volver mañana*. Qué chistoso. Sospecho que, al no cobrar reserva, prefieren arriesgarse al *overbooking* contando con que alguien no acuda (si no llega a ser por mi berrido...).

Se va el furgonetero y regresa al cabo de un rato anunciando que ha encontrado dos plazas libres en otro globo, así que se lleva a los madrileños. Los demás nos disponemos a embarcar donde nos indican, previa inscripción de nuestro nombre -otra vez- en otra hoja.

Si alguien tiene una concepción romántica de los paseos en globo, éste es el momento del desengaño: la cesta de mimbre más que enorme es enormísima, y más que cesta parecería huevera dividida en cinco compartimentos. En el central y más grande viajan el piloto y las bombonas de combustible. En las otras cuatro, los pasajeros, a razón de seis por alveolo. Total veinticuatro. Bueno, veinticinco, porque los dos críos cuentan por uno, así que en nuestro alveolo nos apretujamos siete sardinas en lata. Nada más subir, el francés esgrime la cámara, se adueña del mejor sitio (el rincón) y se desentiende por completo de los chavales. Ni siquiera se molesta en traducirles las indicaciones que da el piloto por si hacemos aterrizaje de emergencia y quedan, como quien dice, a cargo de Bego y mío. Nos elevamos.



Sobrevolando Göreme



Amanecer global



Como sembrados en el cielo



Quien dice que qué miedo montar en globo o padece mucho de vértigo o no sabe de lo que habla: la ascensión es tan suave que apenas si se percibe, y más con el viento calmo, y la sensación es de tranquilidad y seguridad.

Ahora son las cinco, y asistimos al nacimiento del sol por encima de las colinas. Poco a poco nuestros ojos se adueñan de los arduos relieves de Capadocia. Qué bonito es encaramarse en mitad de la mañana limpia, con el mundo aún intacto. Los globos parecen seguir un rumbo prefijado, pero sin agobiarse, en grupos de dos o tres. Uno ascienden, otros bajan... Nuestro piloto va dando explicaciones, pero de su inglés no entiendo ni papa. Conservo en cambio muy vívido el recuerdo de flotar, silenciosos e ingrátidos, sobre las casas de Göreme, entre las que sobresalen monumentales conos de piedra, como si un ser de mandíbula monstruosa hubiera mordido el pueblo por debajo. En la lejanía, irresistible como un imán, se divisa el volcán Erciyes. Ya hemos decidido que mañana iremos a echarle un vistazo.

No hay apenas espacio en la barquilla para moverse ni para maniobrar con la cámara. Como además soy el más alto, y me ha tocado el lugar más próximo a los quemadores, con el calor y la ceniza que case se me está asando el cuero cabelludo. El piloto se percató, y me presta su gorra. *Tesekkür.*





The Valley of Love

Tras la visita al pueblo descendemos y nos internamos por un paraje que han bautizado como *Valle del Amor* y cuyas ostensibles formas fálicas no dejan lugar a dudas acerca del origen de la denominación. Alucino en colores al ver cómo los globos maniobran y evolucionan por entre las quebradas y las columnas pétreas sin despeinarse. En cuanto a nosotros, volamos tan bajo que casi rozamos las ramas de los frutales. Bajo sus copas dormita una banda de perros cimarrones.

Volvemos a ascender como preparación para el aterrizaje. Yo pensé que volveríamos a la explanada de despegue, pero no: el piloto nos señala el tractor que ha venido a recogernos, y anuncia que aterrizaremos sobre el mismo remolque. Yo me tomo a guasa. Entonces ordena que nos coloquemos en posición de aterrizaje, esto es, mirando hacia dentro, sujetando al compañero de delante por la cintura y con las rodillas flexionadas. Bego trata de explicárselo a la francesita, pero ésta replica que nanay de la China. Yo le pido que no insista: si la niña se rompe la crisma será entera responsabilidad del padre, que por cierto ni se ha girado para ver cómo iban en los cuarenta y cinco minutos que ha durado la travesía.



Aterrizaje

Para mi asombro, el piloto cumple su palabra, y con precisión milimétrica aterriza –suavísimamente, por suerte para la cría- sobre el remolque del tractor: jamás pensé que fuera posible tener tanta pericia maniobrando un globo. Tampoco que un padre pudiera ser tan irresponsable: a partir de ese momento le retiramos el saludo, y además procuramos que se note. El remate llega con el fotógrafo que saca las típicas instantáneas de recuerdo, con la gente aún en el globo. A Bego y a mí nos encuadra... con nuestros niños recién adoptados.

Tras el sueño de la ingravidez, de nuevo en tierra: copita de champán (a estas horas...), entrega de diplomas de vuelo (en el mío han puesto IOANA MARÍA), venta de gorras y camisetas y petición de propinas. En fin, es la parte cutre de la experiencia, pero ya tenemos nuestro paseo en globo. Vuelta al camping, a la auto y a la cama.

A media mañana nos levantamos. Cuando salgo lo primero que veo es que, muy cerca de nosotros pero un nivel por debajo, hay una auto que no estaba ayer. Me suena familiar, de modo que miro la matrícula: italiana. Entonces me doy cuenta. ¡Si son Luigi y familia! Les llamamos y aparecen. Nos abrazamos, nos saludamos. Cuando dijeron que a la vuelta del Kurdistán pasarían por aquí y que a lo mejor nos veíamos lo

interpreté más como un deseo poético que como realidad, pero mira por donde hemos coincidido de nuevo. Pregunta Ilaria que si nos fue de ayuda su croquis para llegar aquí. Respondo que no, que anduvimos perdidísimos por Ürgüp, pero como veo que a medida que se lo cuento pone cara de compungida opto por correr un estúpido velo.

Intercambiamos un breve resumen de nuestras experiencias en los seis días que hemos estado sin vernos. Cuando fueron a la Roca de Van, un grupo de chiquillos empezó a hostigarles a ellos y a otros turistas. El vigilante del recinto intervino para protegerlos. Los críos empezaron a tirarle piedras y él, ni corto ni perezoso, se puso también a lanzárselas. Cuando ya se iban algunos nenes se subieron al parachoques trasero de la auto, y desde entonces lo llevan medio desenganchado.

Menos divertida -aunque con final feliz-, fue la experiencia de Diyarbakir: como ningún lugar les inspiraba confianza, trataron de pernoctar a las puertas de un cuartel de la Jandarma, pero allí les dijeron que no podía ser, que se fueran al parking del aeropuerto. Eso hicieron, pero a las doce de la noche les llaman a la puerta: que el aeropuerto va a cerrar, y que dentro no se puede quedar nadie. Los cuatro imploran, gimen, suplican que *per favore* les permitan dormir allí, que cualquier sitio al que puedan ir *è molto pericoloso*.. Al final los policías se apiadan: *Under your own responsibility!* Cierran la valla exterior y aquí tenemos a nuestra querida familia italiana solísimos en mitad del recinto del aeropuerto, mientras fuera ruge amenazadora la oscuridad y restallan los tiroteos que, noche sí noche no, pueblan las calles y los sueños de Diyarbakir.

Por lo que respecta a nosotros, hoy toca colada. La última vez que lavamos fue en el camping de Ljubljana, debe de hacer ya varios milenios. Tenemos materia prima no para una, sino para dos lavadoras, y mira que la de aquí es de capacidad industrial. Cada lavado cuesta cuatro liras, que se pueden abonar cuando nos vayamos.

De este modo plácido y hacendoso transcurre hoy la jornada. Con el toldo desplegado, la mesa y las sillas fuera leo, consulto mapas, interneteo y me dedico a observar las idas y venidas del personal. Compruebo lo excelente anfitrión que es el propietario, que acompaña a todos los que llegan y les muestra personalmente las instalaciones. A nosotros nos saluda en varias ocasiones, y casi siempre pregunta si está todo bien.

Después de comer me voy a refrescar a la piscina, pero vuelvo enseguida porque hay mucho adolescente tirándose de bomba y jugando a la pelota dentro del agua. Cuando el sol baja un poco más, le propongo a Bego un paseílllo. Elegimos un camino

distinto al de ayer, pero aunque va entre viñedos promete menos, entre otras cosas porque va muy cerca de la carretera. Bego tiene una pierna resentida y al cabo de un rato regresa al camping. A Chandra esto de dividir la manada no le gusta un pelo, pero aun así consigo que caminemos un rato más.







Nos internamos por un sendero que se dirige a la parte superior del Valle Rosado. Saltamos de terraza en terraza hasta que no es posible avanzar más. Nos sentamos un rato disfrutando del atardecer y su extraordinario silencio, aunque Chandra no deja de otear a ver si aparece de nuevo su amita. Por mi parte demoro todo lo que puedo este momento, pues sé que estoy empezando a despedirme de Capadocia, y sólo los dioses saben cuándo volverá uno por acá.

Para alivio de mi peluda compañera, regresamos al camping. Algo más tarde aparecen nuestros amigos italianos, que han ido a cenar a un pueblo cercano. Les comunicamos que, aunque nos sabemos dónde, nos marchamos mañana. Ellos, por su parte, irán a descansar unos días a un pequeño pueblo de la costa del Egeo llamado Datça. Para que tengan un recuerdo nuestro les regalo un ejemplar de mi libro de relatos *El Centro del Mundo* que andaba perdido por el fondo de los armarios. Sólo Cecilia entiende el castellano, pero promete que ejercerá de traductora para los demás. Ellos, por su parte, nos obsequian con una botella de vino que han comprado para nosotros en Göreme. *Grazie mille!*



6 DE AGOSTO: DE GÖREME AL VOLCÁN ERCIYES

Cuando vamos a recepción a pagar, averiguamos si es posible subir al Erciyes con la autocaravana (estamos ya escarmentados después de los dos Nemrut Dağı). Pregunto también que por dónde se sube mejor, si por Kayseri (Norte) o por el Sur. El dueño del camping nos dice que es indiferente, pero que él nos recomienda ir por la cara Sur. Nos despedimos.

No queremos marcharnos de Capadocia sin darnos una vuelta por alguno de los pueblos de la zona, de manera que bajamos a Göreme (nueva parada en la tienda del museo, para agenciarnos otro derviche danzante) y desde allí nos dirigimos a Uçhisar, interesante por el *kale* o castillo que no es sino una gigantesca roca horadada como un queso de gruyère. Recuerdo la primera vez que la vi: me pareció imposible que algo así pudiera existir fuera de las películas o de alguna mente ensoñadora a lo Tolkien. Entramos en el pueblo y subimos las primeras rampas, pero como no está claro lo ancha

que será la calle más arriba, aparcamos a mitad de la cuesta y subimos el resto a pata. Sólo son las nueve am, y el sol ya aprieta que no veas.



El *kale* de Uçhisar



Uçhisar



Göreme visto desde Uçhisar



¿Quién vivirá ahí?



Desde el *castillo*

En el *castillo* se puede entrar previo pago, pero al ir con la perra ni siquiera nos lo planteamos, así que lo que hacemos es rodearlo por la base, explorar las cuevas abiertas y asomarnos a este balcón desde el que se divisa toda la Capadocia.

A la vuelta pasamos por una zona de tiendas dedicadas a turistas. Sin embargo, se ven pocos de éstos, supongo que con el calor vendrán más temprano o ya a la caída de la tarde.

Entramos en una tienda a comprar algo de fruta, y a la salida tenemos el enésimo incidente con un perro que se nos viene encima en plan muy agresivo. El amo, que está sentado en una terraza, grita aquello del *No problem*. No problem será tu abuela, guapo: como agarre tu chucho te lo estampo. Estamos tan hartos de movidas a cuenta de Chandra que lo único que uno siente a estas alturas es un infinito cansancio.

Volvemos a la auto, rodeamos el pueblo y seguimos nuestra *tourné* rumbo a Ortahisar. Antes de llegar al pueblo paramos en una gasolinera donde nos atienden a cuerpo de rey. Ya estamos acostumbrados a las ofertas de té y demás, pero choca que esto siga sucediendo en una zona tan turística donde, se supone, deberían estar ya curados de espanto.

Ortahisar tiene un *kale* parecido al de Uçhisar, aunque no tan llamativo. En la aproximación nos metemos primero en una zona residencial, y después en un dédalo de callejuelas donde tenemos que dar marcha atrás. Finalmente dejamos la auto en un aparcamiento para camiones y nos vamos para el centro *andandiviri*.

En este pueblo, junto a las casas viejas, encontramos otras de nueva planta, que supongo lujosas para los estándares turcos. Parece que el turismo realmente está trayendo considerables ingresos a la zona.

El castillo está ubicado de tal manera entre las casas que no hay forma de sacarle una foto en condiciones. Paseo por la calle principal, repleta de cafés con turcos a la sombra (también aquí parecemos ser los únicos turistas) y vuelta a la auto. Por el camino, nueva incursión en dos tiendas: en una, el pan y la verdura; en otra, media docena de latas de cerveza Efes. Son las primeras que compramos en comercios, y comprobamos que, al igual que la gasolina, el alcohol es bien caro en este país.

Otra vez a bordo. Ahora el sol sí que abrasa de veras. Salimos a la carretera por la que llegamos hace tres días y nos metemos en Urgüp. Encontramos aparcamiento a la sombra y nos vamos de descubierta los dos, porque Chandra dice que está hasta el rabo de calor y se queda en la auto. Le dejo el enfriador puesto.

La otra noche, cuando llegamos, pese al extravío y al cansancio nos pareció un lugar de lo más sugerente, pero lo cierto es que a la luz del día y con la temperatura deslucida bastante. Antes de volver a la auto meto la cabeza bajo el chorro de una fuente, y no han pasado ni cinco minutos cuando la tengo seca de nuevo.

Pronto será la hora de comer. No sabemos si hacerlo aquí o tratar de llegar hasta el Erciyes. Lo cierto es que nos apetecería subir un poco para librarnos de este bochorno. Desde Urgüp sale una carretera que va hacia el Sudeste y que casi derecha conduce a Develi, la localidad que debemos alcanzar para atacar la cara Sur del volcán. Pero nos trabucan las señales interiores del pueblo y acabamos en la ruta por la que llegamos a Capadocia y que discurre hacia el Norte y luego hacia el Oeste, haciéndonos dar un considerable rodeo.



Rumbo al Erciyes

Por fin alcanzamos la D 805, la carretera que viene de Kayseri, y durante algo más de 20 kilómetros viajamos hacia el Sur. Diríase que el calor ha derretido el asfalto, porque brilla y silba al contacto con los neumáticos como si hubiera agua en la calzada.

30 kilómetros más hacia el Este, atravesamos una llanura que blanquea como si tuviera sal. Antes de cruzar Soysalli nos llama la atención un lago por la cantidad de porquería que flota en él y por la gente que vemos bañándose.

En Develi no hace falta entrar porque el pueblo está circunvalado. A esta distancia el Erciyes luce ya imponente. Estamos a 1.200 metros de altitud, y en 20 kilómetros nos pondremos a 2.200. No es un desnivel excesivo, pero la aguja de la temperatura sube alarmantemente, imagino que debido a las largas rectas en pendiente que hacen que ascendamos deprisa y con el motor bastante revolucionado.

Llegamos a una especie de meseta en medio de la cual hay un lago recrecido por una presa. Allí están familias pasando el día y también cabañas de pastores transhumantes. Es un sitio estupendo para comer, aunque casi se haya pasado la hora. Bajo de la auto a chequear la temperatura: maravilloso, ni pizca de calor.



Erciyes

Desde aquí a la cima del volcán hay todavía 1.700 metros, y en sus laderas sobreviven algunos neveros. Estoy ensimismado en las alturas cuando, por el rabillo del ojo, me parece ver algo que aparece y desaparece del suelo al tiempo que se oye como un chasquido que suena a señal de advertencia. Me basta con permanecer un pequeño lapso inmóvil para que las criaturas se manifiesten: son algo más grandes que una ardilla pero de cola más pequeña, y se ponen de pie de una forma que recuerdan a los suricatos. A la vuelta del viaje le enseñaré las fotos a un biólogo amigo mío y me confirmará que se trata del suslik europeo (*Spermophilus citellus*) o alguna especie muy parecida. Resulta encantador verlos corretear, jugar y esconderse en las madrigueras que tienen excavadas en la tierra. Chandra se siente intrigadísima y se acerca con aire acechante, pero en cuanto la descubren los animalillos lanzan su peculiar chisteo y desaparecen bajo tierra para volver a aparecer unos metros más allá.



En compañía de nómadas



y de ovejas





Suslik



Tras la comida, merecidísimo descanso para recuperarnos del calor. Nos despierta un roce sospechoso en ambos laterales del vehículo. Me asomo por una ventana, y lo que descubro es un rebaño de avidísimas ovejas que arramblan con la última brizna de hierba que encuentran, incluida la que crece debajo de nuestra auto.

Baja el sol y con él la temperatura. Una a una, las familias suben a coches y furgonetas y se van marchando. Nosotros, en principio, quisiéramos quedarnos a dormir por aquí, pese a que el sitio parece muy solitario. Enfrente de nosotros, al otro lado del lago, vemos una tienda de campaña. Con los prismáticos compruebo que no pertenece a los transhumantes, sino a campistas locales –es como las que se estilaban por España en los 70 y los 80 y me hace gracia, porque en una muy parecida veraneé con mis padres durante algunos años-. Por ello decidimos seguir el camino y movernos hasta las inmediaciones, a ver qué tal. El objetivo es colocarnos cerca de ellos, aunque no demasiado cerca.



Encontramos una explanada ideal a cosa de doscientos metros ($38^{\circ} 31'15.20''$ N $35^{\circ} 31'45.97''$ E). Luego salimos a dar una vuelta, pasamos relativamente cerca de la tienda y saludamos, para que tengan la certeza de que no se les han arrimado extraterrestres. Continuamos nuestro periplo por la orilla, pero los enjambres de mosquitos y los ladridos de perros (debe de haber un rebaño al otro lado de la loma y a los mastines de por aquí, francamente, les hemos cogido miedo), así que regresamos a casita.



Volcán y lago

A las 17:30 el sol se ha puesto por detrás del cono del volcán. Sacamos las hamacas, y con ayuda de repelente aguantamos un rato fuera para disfrutar de la calma que poco a poco se va adueñando del paisaje. Al otro lado del lago discurre la carretera que baja a Kayseri y que aún tiene bastante tráfico. Pero, como suele suceder en alta montaña, el sonido se diluye y apenas si llega hasta nosotros.

A la derecha de la tienda de campaña y un poco más retirado hay un campamento de transhumantes. Proveniente de él se nos acerca un mastín que dispara todas nuestras alarmas pero que resulta ser una perra que ha parido hace poco, y que simplemente busca que le demos comida. A falta de otra cosa, le doy un trozo de chorizo. Como en Turquía no han visto un cerdo ni por asomo, es de ver la cara de asombro mayúsculo que pone el animal, como diciendo *esto no lo he olido yo en la vida*. Cuando ve que no hay más se marcha pero no hacia el campamento, sino hacia una madriguera excavada un poco más arriba donde a buen seguro guarda a sus cachorros. Totalmente al estilo lobuno.

Kilómetros etapa: 147

Kilómetros viaje

Tierra: 7.264

Mar: 700

7 DE AGOSTO: DEL VOLCÁN ERCIYES A SOĞANLI

A las seis, como es habitual por estas tierras, ya estamos en pie. Los pastores se han marchado de nuevo con ovejas y mastines, y sus mujeres se dedican a cardar y batanear la lana. Pasan camioncillos que se internan por los vericuetos de la sierra y que luego bajan cargados hasta los topes de sacos con los frutos del esquilo.



Mismo sitio, distinta luz



Familia de pastores



Aquí dormimos



Bataneando



Mastines como leones

Desayunamos, recogemos y desandamos camino hacia la carretera. Antes de llegar pasamos junto a unas madrigueras de susliks. Como ya sabemos por experiencia con los pájaros, la autocaravana constituye un *hide* estupendo: paro el motor y enseguida tenemos ocasión de verlos jugar, relacionarse y también de sacarles fotos. La verdad es que son unas criaturas encantadoras y que -salvada la diferencia de tamaño- recuerdan mucho a las marmotas que vivían junto al glaciar Pasterze, en los Alpes austriacos.



Divertidos susliks





Ayer, cuando no las teníamos todas consigo respecto a dormir donde lo hemos hecho, estuvimos a punto de irnos a la puerta de un hotel solitario que se divisa a la otra punta del lago. Ahora descubrimos con asombro que de solitario nada: en cuanto traspones la loma te encuentras con una estación de esquí en toda regla; multitud de edificios donde ni siquiera falta un cuartel de la Jandarma. Por si fuera poco, el valle inferior es un hervidero de tiendas acampando por libre; por haber hay hasta una autocaravana. Ahora comprendo por qué el buen hombre del camping nos recomendó subir por donde lo hicimos ayer: la sensación de entorno natural e incontaminado es más auténtica mientras que por el otro lado, como diría José Luis Coll, la mano del hombre ya ha puesto el pie.

Ayer por la tarde nos pareció ver moverse el telesilla y ahora comprobamos que, efectivamente, se halla en funcionamiento. Cambiando una vez de remonte es posible ascender 600 metros, esto es, hasta los 2.800. Y eso es lo que hacemos. Nos gustaría llevar a Chandra pero, como no estamos seguros de cómo reaccionaría al verse volando por los aires, preferimos dejarla en la auto.

Las pistas de esquí se asientan sobre una colada de lava que escapó por una enorme brecha abierta en el cono volcánico en dirección Nordeste. Cuesta imaginarse

todo esto cubierto de nieve, y sobre todo que se esté esquiando sobre sustrato volcánico. Al parecer, el volcán Erciyes tuvo mucho que ver con la formación de la Capadocia, pues la violenta erupción que experimentó hace unos tres millones de años cubrió de cenizas, barro y lava una superficie de 4.000 kilómetros cuadrados. Luego el viento, el agua y, cómo no, el tiempo cincelaron el paisaje hasta dejarlo como lo hemos contemplado estos días.



Subiendo al volcán



Laderas del Erciyes

Desde donde nos suelta el telesilla hasta la cima restan todavía mil metros de ascensión; ni soñar con subirlos, pues nos llevaría un tiempo que no tenemos, ya que nuestro propósito es dormir esta noche en el valle de Soğanlı. Además, Chandrita nos aguarda, así que damos un paseílo por las inmediaciones y otra vez para abajo. A la ida vinimos casi solos, pero ahora nos cruzamos con un autobús entero de turistas empaquetados de cuatro en cuatro.

Nos recibe la Cutufa con las muestras de alegría habituales. Enseguida arrancamos, pero ahora hemos decidido bajar por Kayseri. No porque nos mole especialmente esta ciudad, sino porque necesitamos comprar algunas cosas urgentemente y para ello hemos de dar con un hiper.

Desde la estación de esquí hasta la ciudad hay 1.150 metros de desnivel que se nos hacen difíciles; debido a la mucha inclinación de la carretera toca usar el freno de motor mucho más de lo que me hubiera gustado. Como de costumbre, y pese al tamaño de la urbe, no vemos cartel alguno que nos conduzca al local de marras, así que nos arrimamos a una parada del autobús y preguntamos a un hombre joven: *¿Carrefour?*
¿Migros?

El interpelado se lo piensa un poco y seguidamente nos pregunta si puede subir a la auto, que él nos lleva. En principio no es muy de recibo admitir desconocidos a bordo, pero hay que tener en cuenta que le hemos entrado nosotros a él, y no al revés. Además, el beneficio es mutuo: si nosotros somos guiados, él por su parte adelanta cacho hasta donde vaya. Llegamos así a un Migros, que se halla en el sentido opuesto de la marcha. Como estamos en una avenida de cuatro carriles y mediana, toca ir hasta la siguiente rotonda y volver para atrás. Nos despedimos de nuestro improvisado y amable guía.

Aparcamos en la puerta del super. Como tardamos más de dos minutos en bajar (estamos confeccionando la lista) el vigilante empieza a mirar y a ponerse nervioso. Hasta que no sale Bego y coge un carro no se tranquiliza.

Tras la compra toca salir de la ciudad en dirección Oeste, como el otro día, pero la pobre señalización nos hace desembocar en la avenida principal justo en una calle que no permite girar a la izquierda. Toca entonces circular en sentido opuesto al que deseamos, peleándonos con todo tipo de vehículos que cambian de carril a su antojo y se detienen donde quieren, y también con peatones que se cuelan como sabandijas. Cuando por fin consigo salir de Kayseri estoy, más que nunca, al borde de un ataque de nervios.

Enfilamos la D 805 con una aguda sensación de *déjà vu*: recorremos primero el tramo que va de Kayseri a la carretera de Avanos (como hace cuatro días), y continuamos luego hasta el cruce de Develi, como ayer, sólo que ahora lo sobrepasamos. 65 kilómetros después del desaguado de Kayseri dejamos la carretera en Yeşilhisar, que es de donde parte la carretera hacia Soğanlı, y nos detenemos a la sombra de unos árboles poco antes de entrar en el pueblo. Es hora de comer, y a fe mía que hemos aprovechado bien la mañana.

Dos horas después estamos de nuevo en camino. Circulamos ahora por una carretera que sigue el cauce de un río festoneado de verdes campos de cultivo que contrastan con la aridez del entorno. Comparado con la gran ciudad que hemos dejado atrás, toda la zona da la sensación de desolada y pobre.

Al cruzar Soğanlı pueblo es todo tan íntimo y familiar que tenemos la sensación de habernos metido en casa ajena. Nos cruzamos con un tractor, y un hombre que viaja en él como pasajero se apea y nos para: es el propietario del restaurante que se encuentra a la entrada del valle: si por el módico precio de 10 liras por barba cenamos

en su chiringo, nos permite dormir a la puerta. Ya traíamos referencia del sitio, así que le decimos que vale, que luego nos vemos.



Un kilómetro y medio más allá está el restaurante ($38^{\circ} 20'37.12''$ N $34^{\circ} 58'22.61''$ E). Aparcamos a la puerta y continuamos a pie. Siguiendo la pista de tierra encontramos una barrera y un edificio oficial donde seguramente cobren la entrada, pero a estas horas no hay ni un alma. Un poco más allá y a la derecha está el Soğanlı viejo, prácticamente deshabitado (cabe imaginarse que la localidad que cruzamos antes, de nueva construcción, es donde han realojado a los que vivían en cuevas). Lo que sí continúa a pleno rendimiento es el bar de pueblo, muy animado a estas horas.



Valle de Soğanlı



Escenarios de cuento



El sol se pone y el perro petardo acecha...



VPO en Soğanlı



Tá.



No tá.

Precisamente aquí es donde se inicia uno de los episodios más desagradables e inquietantes de hoy y -yo diría- de todo el viaje: enfrente del bar hay un perro enorme tumbado, y automáticamente se viene para nosotros en cuanto descubre a Chandra. Actuamos como solemos en estos casos: Bego coge a nuestra perra en brazos y sigue adelante; yo, por mi parte, bloqueo al perro hasta que éste se cansa o desiste. Esta táctica ha funcionado satisfactoriamente hasta ahora, pero el bicho éste, aparte de grande, es impetuoso: pasa de los humanos como si no existiéramos y se viene para Chandra. Entonces echo mano de lo que no había utilizado hasta ahora: el spray de pimienta. Como en el fondo me da palo usarlo contra el animal, efectúo una pequeña rociada que le alcanza *de raspajlón*. Él se retira un poco, y nosotros proseguimos la visita.

Diez minutos después ya me he olvidado por completo del dichoso chucho cuando, al salir de una de las iglesias, lo veo de nuevo: el muy mamón nos está siguiendo. Le grito, le arrojó piedras pero todo es vano: se sienta, y en cuanto ve que nos alejamos reemprende el acoso.

Comparado este lugar con Göreme nos damos cuenta de que también tiene su mérito, pero la sensación que da es de que se halla considerablemente más abandonado y deteriorado que cualquiera de los otros valles. Llegamos al punto último al que pueden acceder los automóviles. Aquí el desfiladero se estrecha considerablemente y se divide en dos. Elegimos el camino de la derecha, que rápidamente se transforma en sendero. A mí me gustaría ascender hasta el final para ver si se puede ver la puesta de sol; Bego, por el contrario, preferiría darse ya la vuelta. En estas estamos cuando, como sombra maldita, aparece otra vez el perro.

Ahora que estamos en lugar por completo deshabitado, a más de un kilómetro de la entrada al sitio, constatamos un cambio de conducta del animal: mientras que en el camino mantenía las distancias, aquí arriba –subrepticamente- se va acercando más y más hasta que lo tenemos prácticamente encima. Mientras que antes, donde había gente, exhibía sumisión y docilidad, ahora en cambio empieza a mostrar abiertamente una actitud de desafío, y sostiene la mirada como diciendo: *Soy más fuerte que tú, podría destrozarte si me lo propusiera*. Lo insólito del sitio, lo tardío de la hora y lo surrealista de la situación hacen que, por primera vez, experimente miedo. Noto cómo la capa de complicidad y subordinación que le une a los humanos se va debilitando por momentos, y cuanto más arriba, más se crece, así que no queda más remedio que dar media vuelta y pasar a su lado. Hago un intento de contenerlo mientras Bego y Chandra bajan, pero pese a lo estrecho de la senda, me ignora olímpicamente y echa a correr tras ellas. Yo le sigo, sintiéndome involuntario protagonista de una película de terror de la serie B tipo *El perro de Soğanlı*, *Colmillos asesinos sobre Capadocia*, o similares.

Casi corriendo, con el psicópata pisándonos los talones, llegamos de nuevo a la pista de tierra pero ahora, en vez de seguirnos, nos adelanta a toda carrera por la margen opuesta del río. Diríase que, como los lobos, conoce el terreno y planea una emboscada.

Por fin llegamos a sitio habitado, esto es, al bar (hay ocasiones en que, con toda sinceridad, se alegra uno de reencontrar a sus semejantes). También está allí de nuevo nuestro amigo, que hábilmente ha ocultado su faceta cimarrona y exhibe de nuevo el aire de no haber roto un plato. En esta ocasión le ignoramos, y ya no ocurre nada.

Encontrarnos en la auto de nuevo es como sacudirnos de encima una espesa y pegajosa pesadilla. Sentado a la puerta está nuestro anfitrión acompañado de otro hombre. Saludamos y hablamos de la cena. Como hemos comido tarde, preguntamos si podríamos cenar dentro de una hora, a lo que el otro responde que no, que eso es muy tarde para él, porque luego tiene que ir andando hasta su casa que está en el pueblo

nuevo, más allá de donde le vimos esta tarde. Entonces le propongo acercarle luego con la autocaravana. Al principio parece pensar que estoy de broma pero yo reitero mi ofrecimiento, y entonces acepta entusiasmado.

Cenamos fuera, bajo unos manzanos tan bajos que a poco que te descuides tu cabeza choca con la fruta. Hemos pedido *çorba* y trucha (insiste en que está fresquísima, pues ha sobrado de un grupo de cincuenta turistas que han comido aquí a mediodía). Nuestro amigo nos habla en francés y cuando menos te lo esperas salta al inglés, así que cuesta enterarse. Como quien no quiere la cosa, enciende las luces de una sala grande en la que cuelgan alfombras y tapices en exhibición. Y también, como quien no quiere la cosa, le hacemos saber que en nuestro anterior viaje quitamos las ganas con un tapiz de seda que costó cien mil de las antiguas pesetas. No insiste.

Luego me dispongo a cumplir mi palabra de acercarle al pueblo. Fuera del restaurante la noche está oscura, pero no tanto para que no descubramos al perro de nuestros amores tumbado al lado de la auto. Realmente esto es perseverancia, y lo demás cuento. También oímos una conversación cercana: aunque no los vemos, hay dos hombres, uno de ellos el que estaba antes a la puerta y que es familiar. Al parecer se queda vigilando algo, aunque no nos queda claro si es el negocio o el huerto.

Me gusta llegar al pueblo y que todos los que están por la calle –mayormente críos- vean a nuestro cocinero-anfitrión apearse de la auto. Nos invita a tomar un té a su casa, pero en parte por la hora y en parte por no inmiscuirnos en su intimidad declinamos la oferta.

Volvemos a nuestro parking troglodita. Silencio, oscuridad, estrellas, algo de frío.

Y el perro, claro.

Kilómetros etapa: 113

Kilómetros viaje

Tierra: 7.377

Mar: 700

8 DE AGOSTO: DE SOĞANLI A SULTANHANI

Miro por la ventana y compruebo que nuestro incombustible amigo continúa ahí. Pero Chandra tiene necesidad de hacer sus ídems, así que salimos del refugio. Para nuestra sorpresa al perro se le ve hoy de lo más conciliador y zalamero. Como además debe de tener super-prohibido entrar en el recinto del restaurante, nos deja en paz a partir del momento en que pasamos al jardín. Luego, a la salida, ocurre algo muy divertido: el recalcitrante can se ha colocado justo en la puerta. Chandra mueve el rabo dispuesta a estas alturas de la película a hacerse su amiga. Salgo fuera y el mastín queda entonces entre nosotros dos; entonces al mismo tiempo que el don de gentes de mi perrita se esfuma el miedo asoma a sus ojos. Tengo que acudir en su ayuda pese a que el otro no ha movido ni una pata: parece que en Turquía lo de la intangibilidad de los huéspedes lo tienen asumido hasta los perros.

Tras devolver a Chandra a la seguridad de la auto vuelvo al restaurante en busca de una manguera (ayer indagué sobre la posibilidad de llenar el depósito, y se me respondió que no había ningún problema). Aprovecho también para lavar el parabrisas y para vaciar las negras en el water: servicio integral y gratuito. Por cierto, que en cuanto me vio aparecer con el agua, y pese a que en ningún momento hice amago de rociarle, nuestro recalcitrante can desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra. La verdad es que tiene narices: lo que no lograron ayer las piedras, ni los gritos, ni siquiera el spray antiagresión lo consigue hoy una vulgar manguera de riego.

Yo quería marcharme pronto para no demorarnos en cortesías, pero nuestro cocinero-hospedador aparece antes de tiempo acompañado de otro hombre. A este último le debe de haber indicado que necesitamos agua, porque al poco aparece con la manguera. Me cuesta bastante que entienda que ya hemos llenado el depósito, y para ello tengo que mostrarle el suelo mojado junto a la auto. Por fin nos despedimos. Como es costumbre por estos sitios, nos hacen entrega de una tarjeta del restaurante a color, muy bonita.



Pueblos-cueva

Desandamos el camino recorrido ayer hasta la carretera 38-54 (creo que ya comprendo el curioso sistema de señalización turco: dicho número no indica una carretera concreta, sino más bien un sector de la misma, porque un poco más adelante se transforma en 38-56, y más tarde en 50-25. Esto es válido también para las carreteras principales) Por un paisaje de lo más rural nos dirigimos a Derinkuyu, lugar de visita obligada para todo aquel que pase por Capadocia debido a su celeberrima ciudad subterránea, y donde no paramos por conocerla ya.



Labores de campo



Siguiendo la siega

El día se ha nublado. Cruzamos ahora una zona agrícola bastante fértil, donde se hallan en plena temporada de siega, y por donde nos toca ir durante un rato en caravana detrás de varias máquinas cosechadoras. Justo cuando paran y las sobrepasamos vemos un cartel que indica el Aci Göl o volcán Göl, que no es muy alto, pero que alberga en su interior un lago de 800 metros de diámetro. Como en este momento no disponemos de dicha información, ni nos planteamos entrar y pasamos de largo.

Nuestro destino ahora es el cañón de Ihlara, al que se puede acceder por la localidad del mismo nombre o por Belisirma. Nos decantamos por la primera opción, ya que hacerlo por la segunda implica recorrer una angosta carretera no muy apropiada para vehículos del tamaño del nuestro. Realmente no es un paraje fácil: bajamos una cuesta en la que hace tres años, viniendo en sentido contrario, el compañero Correkkminos estuvo a punto de ser arrollado por un tractor que bajaba a carajo sacado y que incluso llegó a rozar la parte trasera de la auto. *Pa haberse matao.*



Cerca de Ihlara

Cruzamos el pueblo y, siguiendo las indicaciones, llegamos a un parking amplio, nuevo y vacío con vistas al cañón, aunque éste es tan estrecho y profundo que a duras penas es posible divisar el fondo. Comprobamos que los coches continúan por la carretera, así que suponemos que debe de haber un aparcamiento más abajo. Les imitamos, pero cuando descubrimos a) que dicho parking es de pago, b) que nos quieren mover a otro sitio de dudosa maniobra devolvemos la auto a donde aparcamos en un principio y regresamos a pie.



El cañón

Para entrar en el valle cobran entrada. No pregunto si admiten a Chandra, pero nos dejan entrar con ella sin ningún problema. Ahora toca bajar hasta el fondo del abismo cosa así de doscientos escalones. Los visitantes se dividen en dos grupos, a saber: extranjeros y turcos. Los primeros fundamentalmente se dedican a visitar las iglesias-cueva; los segundos, por su parte, disfrutan del paisaje, el agua y la sombra. Como de costumbre, estos últimos se subdividen en dos subgrupos: los que profieren exclamaciones de asco y horror al descubrir a Chandra y los que les darían cualquier cosa para llevársela para casa. Como diría Obelix, *están locos estos romanos*.



Lo cierto es que estas iglesias, particularmente los frescos, se conservan mucho peor que los de Göreme; es una pena lo que puede hacer la desaprensión, el vandalismo o simplemente la exaltación religiosa. Y hablando de vandalismo: en una de las iglesias-gruta nos topamos con una pareja de treinteañeros italianos. Pese a que en la puerta hay carteles bien claritos que dicen NO FLASH ella dispara el suyo alegremente, y no puedo evitar pedirle por favor que no lo haga. El maromo, que es algo chuletilla, espeta con suficiencia: *Ma è tutto rotto!* Reprimo las ganas de responder: *Come tutta l' Italia.* En lugar de eso, callo y me concentro en la cámara de la chica, que me ha pedido que le enseñe a anular el flash. Mientras recorro los menús, percibo la mirada del otro cargada de suficiencia, convencido de que no voy a saber dar con la tecla. Sin embargo lo consigo, y a continuación nos marchamos de allí.



La pareja italo-fotográfico-despectiva

Recorremos un tramo del cañón en un sentido, y luego en el otro. Nos llama la atención el que, hallándonos como nos hallamos entre paredes verticales y rocosas, cuando levantamos los ojos al cielo y no distinguimos ni una sola ave rapaz, ni siquiera un triste buitre. Caemos entonces en la cuenta de que tampoco los hemos visto en lo que llevamos recorrido por Turquía; supongo que es lo que tiene el vivir a quince kilómetros de Monfragüe, que tiendes a creer que grandes aves las hay por doquier, y evidentemente esto no es así.



Nos encontramos con un nutrido grupo de italianos ya mayorcitos que llevan consigo un perro pequeño, el primero que vemos perteneciente a turistas. Claro que entre tanta gente va mucho más protegido que Chandra. En cuanto a ésta, todos se afanan en hacerle carantoñas: un grato hallazgo de este viaje ha sido descubrir la ternura de que hacen gala los italianos a la hora de relacionarse con los perros.



Damos por concluida la visita e iniciamos la ascensión de la monumental escalera. Como vamos mentalizados y subimos despacito no se hace pesada, pero el sol ya aprieta y hace de las suyas.

Cuando llegamos al aparcamiento nos encontramos, oh sorpresa, que ha sido invadido por una docena de autocaravanas: ahora comprendo cómo ha llegado los italianos amante de los perros, tanto la actitud como la indumentaria no parecían propias de un grupo en las consabidas garras de un tour-operador.

Mientras Bego prepara la comida, me acerco a una autocaravana que tiene la puerta abierta. Llamo y aparece un matrimonio muy simpático: se han tenido que subir porque el hombre ha sufrido una caída en el cañón (a modo de prueba me enseña el brazo derecho totalmente cubierto de gasa). Les pregunto por dónde han venido, y de la respuesta deduzco que por donde nosotros. Inquiero a continuación si regresarán por el mismo sitio o seguirán carretera adelante. No saben, al parecer quien sí lo tiene claro es el conductor de la autocaravana-guía pero aún no ha subido.

La falta de información fiable sobre la ruta que tenemos delante aconseja no arriesgarme. Luego, cuando mire la zona por el satélite, comprobaré que la carretera que va de Ihlara pueblo hasta Selime va por la parte de arriba del cañón, que es llana y no

parece presentar problemas. La estrecha y peligrosa que menciona correkminos en su relato debe de ser la que baja a Belisırma (y eso que en una de las fotos se ven autocaravanas aparcadas al lado del río)



El Hassan Dağı, a la vista. Las nubes hacen la forma de penacho de una erupción

Pero uno actúa en cada momento de acuerdo a la información de que dispone. Por eso, después de la comida y la sobremesa desandamos camino y volvemos a la carretera principal, y cuando llegamos al cruce de Selime giro a la izquierda, porque no quiero irme del Ihlara sin ver algo más. Llevo el miedo metido en el cuerpo a cuenta de las estrecheces (supongo que el fantasma del Geirangerfjord, con el toldo de la autocaravana mordido por un saliente de la roca, aún aletea por ahí). Por suerte delante de nosotros ha tirado un autobús, y mientras no lo veamos parado o dando la vuelta...

Lo mejor de los viajes es encontrarte con aquello para lo que no venías en absoluto preparado: cuantas más expectativas e información poseas acerca del lugar que vas a visitar, peor; y no digamos nada si con anterioridad has visto fotografías estupendas y sugerentes que inevitablemente hacen que la realidad salga perdiendo con la comparación. Por eso me impactó tanto Selime. O, mejor dicho, la montaña que se

halla sobre Selime, formada por conos rocosos similares a los que llevamos vistos por toda Capadocia, pero increíblemente apretujados y concentrados, como si fueran un monstruoso manojó de espárragos.





Paro a echar unas fotos, sin dar del todo crédito a lo que estoy viendo y, como suele ocurrir en estos casos, los cables del tendido eléctrico vuelven la tarea de lo más difícil. Luego continuamos un poco más para dar la vuelta. Hay por aquí muchos restaurante, y de de ellos salen disparados camareros que gritan y gesticulan intentando que paremos en su chiringo. La verdad es que sería chulo quedarse por aquí, pero nuestro fin de etapa está hoy en Sultanhani.

Nos despedimos pues de Selime y encaminamos nuestros pasos hacia la ciudad de Aksaray, levantada también a los pies de un volcán (el Hassan Dağı). Por fortuna, cuenta con una variante que la rodea. Cerca ya de la salida nos encontramos una

pequeña retención, causada por un accidente. Poca cosa, faros y algo de chapa, pero sobre todo muy poco a la vista de cómo conducen los amigos turcos.



Aksaray y su volcán



Para el concurso de cargas inverosímiles

Sultanhani dista de Aksaray 40 kilómetros. Enfilamos la D 300 que, recta como una flecha, se dirige hacia el Oeste por un paisaje desarbolado y plano. Cuando llegamos a la localidad toca buscar el Camping Caravanserai. Seguimos unos carteles indicativos que nos llevan al centro del pueblo, pero hay algo que no casa: según mis notas y tal como su nombre indica el camping está justo al lado del *caravansar*, pero éste no asoma por ningún lado. Aparece entonces un hombre que afirma ser el dueño del camping, y que se ofrece a llevarnos. El *camping* en cuestión ($38^{\circ} 14'51.90''$ N $33^{\circ} 33'23.40''$ E) cae una manzana más allá, y está inserto en una pequeña finca en la que nuestro amigo tiene su chalet. El sitio está ocupado tan sólo por una camper en la que viajan un alemán con su hijo, y ello es bastante raro teniendo en cuenta el gran movimiento de turistas que hay por la zona.



Como el dueño del restaurante de Soğanlı, también éste salta del francés al inglés sin motivo aparente, y eso hace incómodo seguirle. Preguntamos el precio, y son 20 liras. Por ese lado bien; lo que pasa es que acto seguido nos propone cenar, pues su mujer cocina muy pero que muy bien. En vista de que declinamos la oferta, nos invita para después de cenar a un té o un café y que de paso contemplemos su colección de tapices y alfombras. *No es para comprar, sólo mirar*. Le replico que eso dicen todos. Se ríe, pero no es una risa franca.

Salgo a comprar a una tienda cercana (a estas alturas ya domino lo que considero la carta de presentación en cualquier país al que uno vaya: saludar, pedir el pan, preguntar cuánto es y despedirme en idioma turco). A la vuelta le pregunto a nuestro colega, que está en el porche tomando té con otro tipo, que por dónde cae el *caravansar*. Responde que ya está cerrado, que para verlo mejor mañana. Insisto que me parece estupendo que esté cerrado, pero que por favor me indique por dónde cae. Por fin me responde que calle adelante, a cosa de un kilómetro. Entonces comprendo que éste no es el sitio que buscábamos, sino que lo ha montado un oportunista que usurpa el nombre de un establecimiento ya existente, y que además lo utiliza como anzuelo que encubre otro negocio sin duda más lucrativo, es decir, la venta de alfombras a turistas incautos.

Decidimos lo que resulta ya evidente: que el plan tetero-textil no nos mola, y que no vamos a aceptar tan *generosa* invitación. Las alfombras, que se las enseñe a su familia.

Kilómetros etapa: 189

Kilómetros viaje

Tierra: 7.566

Mar: 700

9 DE AGOSTO: DE SULTANHANI A EĞİRDİR

Por la mañana lleno limpias, vacío negras y tengo que controlar a Chandra, empeñada en perseguir a la única gallina del camping. A nuestro vendedor de alfombras no se le ve por ningún lado, de modo que al salir paramos en la puerta del chalet. No tenemos ni que bajarnos, porque aparece enseguida, y Bego le paga. Debe de estar cabreado con nosotros, pero aguanta el tipo. Nos entrega la protocolaria tarjeta de su establecimiento y, en cuanto al tema alfombril, nos dice que *Next time* (tal como lo expresa suena casi a amenaza). Bueno, pues hasta la próxima, chato.

Lo primero es lo primero: vamos en busca del *caravansaray*, y una vez encontrado estacionamos en las inmediaciones. Bego no tiene interés en entrar, así que bajo yo solo. Este tipo de edificios, mitad mercado mitad posada, jalonaban los distintos ramales de la Ruta de la Seda. Éste, en concreto, era el que se dirigía a Izmir, la legendaria Esmirna, situada en la costa del Egeo.





En la puerta se paga, pero yo aprovecho la entrada de un grupo de españoles para colarme con ellos. Resulta curioso esto de oír a extraños hablar el idioma materno después de tanto tiempo.

Mi visita es breve: una vuelta, unas fotos y a la auto. Maurizio, nuestro colega del Nemrut Dađı, nos aconsejó encarecidamente que cuando pasáramos por aquí nos acercáramos al Tuz Gölü (Lago Salado), que era algo digno de ver, así que aprovecho el repostaje de gasoil para preguntar por el camino: no tiene pérdida, cinco kilómetros y a la derecha. Fuera de la carretera general nos internamos en un paisaje particular, casi privado, que me recuerda el día que fuimos hasta Vukovar, tan lejano ya.

18 kilómetros y estamos en Eskil, donde sufrimos un leve extravío, pues al seguir todo recto se nos acaba el pueblo y nos damos de narices con las marismas. Tras callejear un poco encontramos de nuevo con la carretera, pero como no hay señales claras toca preguntar.

Atravesamos ahora una estrecha franja de tierra cultivable flanqueada por saladares. De trecho en trecho cruzamos algún pequeño pueblo, y es aquí donde está a punto de ocurrirnos la gran desgracia: pasamos *Karakol*, y nos hace tanta gracia que Bego saca una foto al letrero. El siguiente pueblo es todavía más hilarante, se llama

Karaküllük. Estoy pendiente de cómo Bego hace la correspondiente foto... y entonces me doy cuenta de que tengo dos ruedas fuera del asfalto, y que me voy irremediabilmente a la cuneta.



Un segundo antes del soponcio

La velocidad es lo de menos, porque en ese momento, precisamente para facilitar la tarea de la fotógrafa, no circularía a más de 30 kilómetros por hora. Lo peor es la carretera se halla a unos 60-70 centímetros por encima del terreno circundante, altura suficiente, creo yo, para que la autocaravana vuelque lateralmente.

Todo ocurre en décimas de segundo. No deja de ser irónico que un viaje de doce mil kilómetros corra el riesgo de verse truncado por una leve distracción, en una carretera secundaria, sin ningún otro vehículo implicado. Inexorablemente noto cómo las ruedas de la parte derecha se encaminan irremisiblemente hacia el abismo, y tras ellas todo lo demás, incluidos nosotros.

Pienso que en esos momentos me salvó la experiencia al volante y también la suerte. La primera porque me fue posible hacerme con el vehículo girando el volante hacia la izquierda de manera suficientemente suave como para devolver las ruedas al

asfalto. La segunda porque, pese a la delicadeza citada, no fue posible evitar irme al otro lado de la estrecha carretera en un momento en el que, por fortuna, no venía nadie.

Vuelvo a mi carril, detengo la autocaravana y paro el motor, descompuesto. Bego me mira interrogante: ha notado que botábamos, pero no que he estado a un tris de perder el control del vehículo. Me apeo para intentar tranquilizarme, y ya de paso comprobar si ha reventado alguna rueda o dañado los bajos. Pero no, por lo visto ha sido más el ruido que las nueces.

Cuando uno sale indemne de una situación así lo primero que hace es ponerse en lo peor: se imagina entonces en mitad de ninguna parte, con la caravana acostada en la cuneta, tratando de localizar una grúa (y un taller) y tratando de entenderse con la policía turca... Por no hablar de la repatriación del vehículo desde tan requetelejos. Fin de las vacaciones. ¿Se querría hacer cargo la compañía de seguros?

Semanas y semanas lidiando con conductores italianos, eslovenos y croatas, también con los serbios, rumanos y turcos para luego estar a punto de pegármela yo solito. Qué raro es el mundo, y qué rara es la vida.

Por fortuna estamos enteros, aunque por lo que a mí respecta hecho un manojo de nervios. Me pregunta Bego que si quiero que conduzca ella, pero me niego: temo cogerle fobia al volante, así que arranco y continúo camino. Eso sí, muy despacito y con los cinco sentidos puestos, como un principiante.

Llegamos a un cruce: a la izquierda se va a Cihanbeyli, y a la derecha al lago. Llegamos a la puerta de entrada (una compañía extrae la sal) y estoy a punto de colarme por la salida de camiones. El guarda nos llama, y pregunta qué queremos. Le explicamos nuestro deseo de visitar las salinas. Pide un pasaporte, se lo guarda y nos deja pasar, con la condición de no avanzar por la carretera más de 5 kilómetros. Le prometemos ser obedientes.

De repente estamos inmersos en un universo blanco. El lago es enorme: de Este a Oeste mide 27 kilómetros, y de Sur a Norte casi 60. La carretera es como un trampolín en medio del mar salado que deslumbra como el sol. De vez en cuando, un camión se cruza con nosotros.











El asfalto se acaba y el suelo apisonado se llena de baches, lo que nos hace ir más despacio (tampoco es que me queden muchas ganas de correr). Llegamos así al kilómetro 5, que es el sitio donde se levantan varios edificios, oficinas y almacenes. La carretera sigue hacia delante, y yo daría lo que fuera por continuar, pero no queremos defraudar al guarda que tan amablemente nos ha dejado pasar.

Bajamos a dar una vuelta. Hay gente por aquí, pero nadie nos dice nada. Nos acercamos a la *orilla*, lo cual es un decir porque es sólida. La que flipa de verdad es Chandra, que huele y vuelve a oler esa sustancia blanca y petrificada.

Hago fotos a manta, con tantísima refracción no estoy seguro de que se aprecie algo. Luego regresamos a la auto. Uno de los obreros, muy simpático, me saluda y hace el gesto de frotarse los dedos mientras dice: ¡*Tuz, tuz!* Yo no lo entiendo, así que lo dejamos estar. Una vez a bordo busco en el diccionario inglés turco:

Tuz = Sal

Desandamos camino y llegamos nuevamente a la entrada, donde nuestro guarda nos devuelve mi pasaporte. Le damos las gracias y seguimos ruta. Primero hasta

Cihanbeyli, donde nos incorporamos a la D 715, que es la carretera Ankara-Konya. Nosotros nos dirigimos hacia el Sur, hacia esta última. Son 100 kilómetros que se hacen tranquilamente y sin novedad.

A Konya ya vinimos durante nuestro anterior viaje, para ver la tumba del poeta y místico sufi Mevlana, creador de la orden de los derviches danzantes:

<http://www.metacafe.com/watch/1301326/mevlana/>

<http://vimeo.com/4739701>

De esta visita se me quedó grabado el nulo respeto – al menos eso me pareció a mí- que mostraban los turistas ante los sepulcros de Mevlana y sus discípulos: más que en un mausoleo, parecían hallarse en una taberna; y más que un lugar santo aquello parecía un parque temático, posiblemente la mejor metáfora de la trivialización de los tiempos.

Yo, que no pertenezco a ninguna religión reconocida, al mismo tiempo profeso un profundo respeto ante los símbolos de esas mismas religiones o cualquier otra cosa que manifieste lo sagrado; no porque piense que sean o no verdaderos, sino porque pienso que son puertas que apuntan a la trascendencia a la que, como seres conscientes de que vamos a morir, tenemos el más completo de los derechos.



El no va más en lavatorio de mezquitas: agua caliente por energía solar



Saliendo de Konya

Cruzar la ciudad resulta fácil, en parte porque la tocamos tangencialmente y en parte porque en los últimos años han suprimido los principales cruces a base de túneles soterrados. Dejamos atrás la Konya y su millón de habitantes y continuamos por la D 330. Se va haciendo la hora de comer, así que cuando nos acercamos al embalse de Altınapa me desvíó por una secundaria y un poco más allá por un camino. Hoy toca día de incidentes, porque tratando de cruzar un pequeño vado rozo en tierra con el parachoques trasero, que se agrieta un poco.



Otro para el concurso



¿Derecha o izquierda?

Un par de horas después reanudamos ruta. Beyşehir cae a unos 70 kilómetros y traemos referencia de varios lugares de pernocta, así que contamos con quedarnos a dormir allí. Al estar junto a un lago debe de ser el sitio de vacaciones de Konya, porque por el camino padecemos un tráfico endemoniado, incluido un autobús que nos viene de frente, adelantando cuesta arriba, y que todavía da con las luces, el muy cabrito.

En Beyşehir ocurre que la carretera no cruza la ciudad, sino que la deja a la izquierda, así que cuando queremos darnos cuenta vamos ya bordeando el lago. Sobre éste y las montañas vecinas está cayendo una tormenta que difunde en el ambiente una luz espectral.



Tormenta sobre el lago Beyşehir



Cae la luz, y nosotros con estos pelos

Pensamos que lo mejor sería arrimarnos a alguna población de la orilla, pero no resulta fácil porque la carretera dista de ésta 2-3 kilómetros, y todo lo que encontramos son cruces secundarios que, cuando quieres darte cuenta, ya te los has pasado. Hacemos un último intento en Kireli, donde aparece señalizada una especie de área de descanso. Con bastante dificultad enfilamos el desvío que, para nuestra sorpresa, muere a los doscientos metros en una especie de parque infantil. Un tío nos mira inquisitivamente como cuestionando nuestro derecho a quedarnos pero nos da igual, el sitio no reúne las condiciones. Salimos de nuevo a la general. Estamos indecisos: por un lado nos gustaría quedarnos por aquí; por otro, y aprovechando que las tardes son ya más largas, podríamos estirarnos 100 kilómetros más hasta Eğirdir, donde sabemos que hay camping. Estamos en ese punto de incertidumbre en que la puesta de sol se halla terriblemente próxima y estás a dos velas en el tema de la pernocta. Quizá lo sensato sería buscarse una gasolinera, pero con el vehículo en marcha las cosas se ven de otra manera, y decidimos seguir.



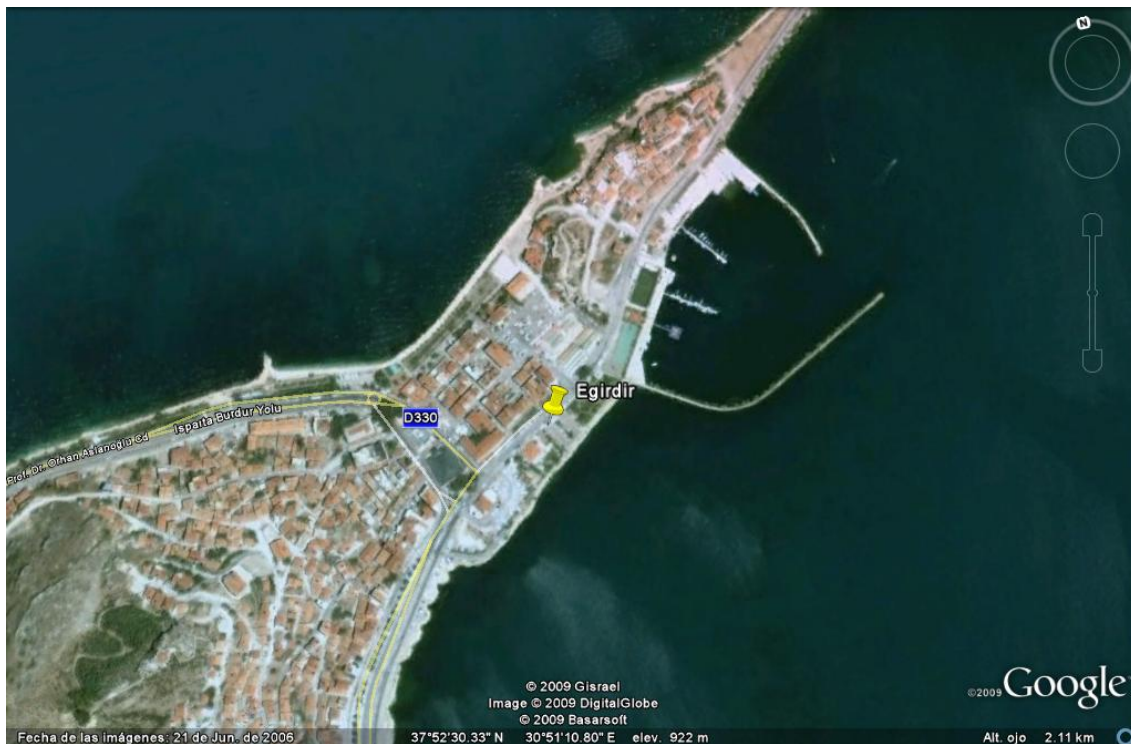
¿Şarkikaraağaç?

Atravesamos un pueblo (Şarkikaraağaç) que nos suena a finlandés, y que a buen seguro ganaría el concurso de nombres raros. Aunque para raro el recorrido de hoy, tan quebrado que parece el balance de cuentas de un banco hipotecario estadounidense: desde Sultanhanı hemos subido al lago salado; desde allí bajamos a Konya, y más tarde a Beyşehir. Luego hemos subido hasta superar el lago y de nuevo bajaremos hasta llegar a Eğirdir. Al lago del mismo nombre (que por cierto es enorme, como el de Beyşehir) llegamos a las 19:15, hora española, con las últimas luces. Se ve la ciudad allí enfrente, y nos las prometemos muy felices. Pero los 28 kilómetros siguientes -ya con noche cerrada y bordeando la orilla por carretera de montaña- se nos hacen eternos, sobre todo porque hay bastante tráfico, y porque estamos cansados.



Lago Eğirdir

Finalmente entramos en el pueblo. Como era de esperar, ni rastro de carteles del camping. Pasamos primero por un largo tramo de bloques con huecos para aparcar y muy bien iluminados, pero preferimos buscar un poco más adentro. Estoy ya tentado de darme la vuelta cuando veo un parking vigilado y, dentro de él, una autocaravana. Me meto de cabeza (37°52'28.76" N 30° 51'9.06" E).



La auto, para más sorpresa, tiene matrícula española, aunque no parece haber nadie dentro. Consultamos el precio, y el vigilante nos dice que son 10 liras de ocho de la tarde a ocho de la mañana. Preguntamos de nuevo que cuánto nos cobrará de más si nos vamos una hora o dos después. La respuesta es: nada.

Apenas hemos acabado de aparcar cuando aparece una pareja que tiene todas las trazas de ser quienes son. Me dirijo a ellos en castellano, y no hace falta más presentación: son Luis y Carmen, de Madrid. Pensaban venir a Turquía en grupo, pero al final éste no cuajó. Entonces la agencia les proporcionó toda la información necesaria y se vinieron por su cuenta.

Charlamos un rato sobre lo humano y lo divino. Ellos van también de vuelta y llevan un itinerario similar al nuestro, así que es fácil que volvamos a vernos durante el camino. Están muy contentos de Turquía y de su gente; de las carreteras, no tanto: rozaron con un cono de señalización de obras, y les hizo trizas la pieza deflectora de plástico que une la cabina con el habitáculo. Con los trozos y cinta americana han hecho un apaño hasta llegar a casa.

Ellos se retiran a descansar y nosotros tres nos vamos a dar un paseo por el puerto para relajarnos un rato. Después cenaremos.

La parte vieja de Eğırdır se halla situada sobre una estrecha península que se adentra en el lago, pero como de noche todos los gatos son pardos a nosotros nos parece que la ciudad se halla sólidamente anclada a las montañas de la orilla.

Regresamos dispuestos a recobrar fuerzas y disfrutar de un sueño reparador. Entonces descubrimos que detrás del seto del parking, a 30 metros escasos, hay una discoteca. Por fortuna no está al aire libre, pero se oye igualmente. Cuando el almúedano llama para la última oración del día paran la música, pero luego sigue la juerga hasta bien entrada la madrugada. Con la que traigo encima no estoy dispuesto a que nadie me robe el sueño, así que clavo los tapones con saña, hasta el tímpano y que les den dos duros.

Kilómetros etapa: 453

Kilómetros viaje

Tierra: 8.019

Mar: 700

10 DE AGOSTO: DE EĞİRDİR A PAMUKKALE

Los madrileños han debido madrugar de narices, porque a las siete me voy a dar una vuelta con Chandra y la autocaravana ya no está. Bordeamos la orilla del lago en dirección a la carretera por la que entramos ayer. En cierta manera este sitio recuerda al Lago di Garda, por sus aguas de aspecto insondable y por las altas montañas que lo rodean.



Lago de Eğirdir

Eğirdir tiene fama de lugar ventoso, y las bruscas rachas de aire que nos sacuden confirman dicho prestigio. Durante el trayecto de vuelta observo algo que no había visto antes: farmacia en turco se dice *eczanesi*. Pues bien, en la calle principal cuento hasta seis *eczanesi* todas juntitas, pared con pared. Por un lado está claro que aquí no existe una ley que regule el tema de las farmacias. Por otro, me pregunto cómo podrán sobrevivir esos negocios con tan durísima y cercana competencia. De todos modos, el tema de la sanidad en Turquía lo encuentro inquietante: a lo largo de todo el viaje no hemos dejado de ver unos llamativos carteles publicitarios que tenían en común la misma palabra: *Hastanesi*. No sabíamos de qué iba la cosa hasta que descubrimos que dicha palabra significa hospital. La sola idea de hospitales –previsiblemente privados– anunciándose a bombo y platillo en las carreteras sugiere en qué estado de desidia debe de encontrarse la sanidad pública.



Tres de las seis farmacias





Eğirdir desde el espigón

Tras el desayuno nos vamos otra vez de paseo, esta vez los tres y por el espigón del puerto. Cuando volvemos a la auto veo que alguien ha prendido un papel del limpiaparabrisas. Lo recojo todo mosqueado, temiendo algo así como una multa y lo que encuentro es un mensaje de Luis y Carmen, dándonos su número de móvil y deseándonos buen viaje.

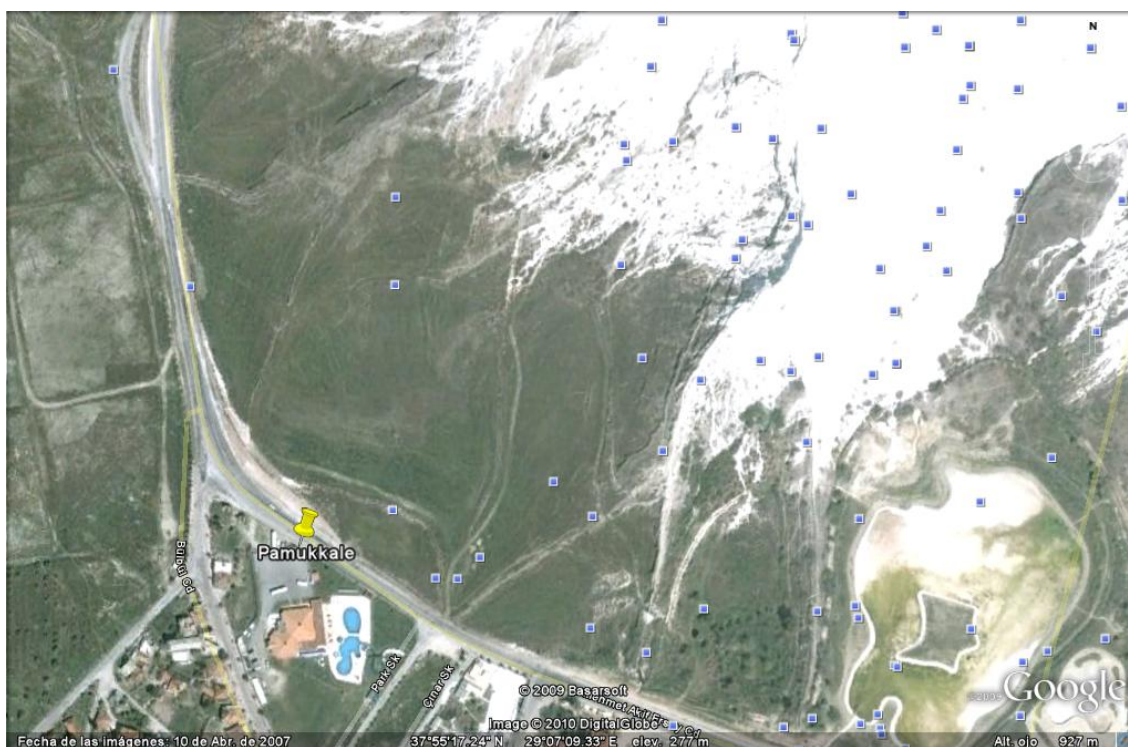
No queremos irnos de Eğirdir sin llegar al menos hasta el final del pueblo, de modo que conduzco calle adelante y rodeo el cogollo final que forma la península, ocupado todo por casas, en su mayoría hostales y pensiones. Por suerte la calle tiene anchura suficiente para efectuar el periplo completo y volver a tierra firme sin mayores incidencias.

La salida del pueblo la hacemos por la ya consabida D 330, que gana altura y serpentea entre intimidantes instalaciones militares (por lo visto, aquí tiene su sede una unidad de comandos, los cuales han grabado en el paredón de piedra que hay detrás de los cuarteles una descomunal bandera turca y eslóganes de treinta metros de altura.)

Una vez arriba, descendemos levemente y después llaneamos hasta la ciudad de Isparta, de la que entramos y salimos sin problema. De nuevo y como ayer la

morfología del terreno impone que vayamos en dirección Norte-Noroeste hasta Dinar, y a partir de aquí en dirección Suroeste. Pasamos junto al Acıgöl, que también es un lago salado con su correspondiente industria extractiva. Por fin llegamos a la entrada de Denizli, de donde sale la carretera a Pamukkale, que dista de la primera apenas 10 kilómetros y adonde llegamos poco antes de la hora de comer.

En Pamukkale nos ocurre como en Capadocia, que lo conocimos en invierno, casi vacío, y que ahora en cambio se halla concurridísimo. Venimos avisados de que al cruzar el pueblo seremos asaltados por uno o varios individuos ofreciéndonos *camping*, como efectivamente ocurre. Decidimos ignorarlos e investigar por nuestra cuenta, y continuamos hasta que las casas se acaban. Al final del todo hemos visto lo que parece un restaurante para turistas con gran piscina y zona verde en la que distinguimos una tienda de campaña y una autocaravana (37° 55'13.50" N 29° 7'1.73" E). Decidimos entrar a preguntar. El precio es de 15 euros -nada de liras- por noche, electricidad incluida. Entramos y nos aposentamos. Para combatir el calor, que aprieta cosa fina, sacamos el toldo, conectamos el enfriador y yo, además, me voy a estrenar la piscina.



Desde donde nos hemos instalado se disfruta de una vista estupenda de Pamukkale. Para quien no haya oído hablar nunca de éste sitio, diré que se trata de un lugar realmente único:

<http://es.wikipedia.org/wiki/Pamukkale>

Su nombre significa *Castillo de Algodón*, y realmente lo parece: por un desnivel de terreno de 160 metros de altura caen aguas termales en cascada. Al ser dichas aguas ricas en bicarbonato de calcio, con el tiempo se han ido originando una serie de terrazas-bañera festoneadas por estalactitas. El conjunto puede ser divisado a gran distancia, y la sensación que produce es la de una ladera con nieve o una catarata congelada lo cual, en pleno mes de agosto, resulta de lo más chocante.



Por si fuera poco, los tesoros de Pamukkale no se agotan aquí: en lo alto de la colina se hallan los restos de Hierápolis, ciudad greco-romana que sobrevivió hasta el siglo XIV.

<http://es.wikipedia.org/wiki/Hier%C3%A1polis>

Pero no tenemos prisa por volver a ver todas esas maravillas: esta tarde, descanso y mañana será otro día.

A lado de la tienda de campaña hay un coche con matrícula turca, pero se ve a nadie en las inmediaciones. La autocaravana, que es alemana, se marcha al poco rato. Mientras comemos llega un coche con matrícula checa del que se bajan dos parejas jóvenes con un niño. Pese a que nos hemos colocado en la esquina más recóndita, nos montan la tienda prácticamente al lado. La distancia sería más o menos aceptable para lo que yo considero parámetros aceptables de intimidad, pero entonces van y colocan las sillas y la mesa entre la tienda y nosotros, violando de este modo todas y cada una de las normas de la Proxémica:

<http://es.wikipedia.org/wiki/Prox%C3%A9mica>

Al no existir motivo alguno para ello, como pudiera ser sombra de árboles o similar, entendemos que nos hallamos -una vez más y como de costumbre-, frente a la *Ley del Barco Fondeado* que, a tenor de su frecuencia de aparición, yo enunciaría más como Síndrome que como Ley. Procuramos ignorarlos, pero nos prometemos tomar luego medidas al respecto.



Cuando baja un poco el sol nos vamos paseando para el pueblo. Antes de salir del recinto nos aborda el que debe de ser el encargado. Con un poco de apuro, casi disculpándose, nos pide el dinero de la pernocta. Sin duda temerá que nos larguemos mañana sin pagar. Aprovecho para preguntarle dónde puedo repostar agua, y me enseña una manguera, justo al lado del restaurante.

La localidad, como era de esperar, no tiene otra cosa que restaurantes y tiendas de recuerdos, pero en la parte baja de la cascada han construido un parque con lago bastante ameno. Existe también una zona de piscinas, imagino que puestas allí con la idea de ser llenadas con agua termal, pero por algún motivo se hallan abandonadas y vacías.







Pasamos el resto de la tarde por allí, deleitándonos con el atardecer sobre la piedra blanca y con las luces de Denizli, visibles en la distancia. Muchas familias turcas pasean por la orilla del lago. Descubrimos que los responsables del lugar están *ampliando el negocio*, esto es, mediante tubos y acequias de madera dirigen el agua bicarbonatada hacia los laterales del monumento natural, consiguiendo de este modo que zonas de piedra y roca se vuelvan también blancas. Justo por allí vemos a tres personas. A mí me gustaría encaramarme hasta esa zona o al menos subir un poco más, pero Bego teme que nos llamen la atención, de modo que lo dejamos.

Para cuando regresamos a la auto es ya noche completa. A esas horas el restaurante está cerrado. Como han apagado todas las luces, tanto interiores como exteriores, no se ve un pijo y damos con la puerta casi a tientas. Ha llegado una autocaravana italiana, y los checos pasan la velada en su comedor de campaña (no sé cómo pueden, pues hay mosquitos como demonios).

Es el momento de poner en marcha nuestro plan: arranco la auto y nos acercamos al bloque de servicios para vaciar el cassette de las negras (por el camino nos encontramos al italiano, que se queda mirándonos alucinado, como diciendo *y éstos dónde van*). Ejecutada la tarea vaciatoria, nos desplazamos al lugar donde el encargado

me indicó que estaba la toma de agua. No bien me he bajado del vehículo cuando del restaurante sale un tío joven, imagino que el vigilante. Como no se ve un burro a tres pasos, no nos distinguimos las caras, y eso aumenta su nerviosismo. Yo, por contra, estoy de lo más tranquilo. *Su*, le digo, a modo de explicación. Y añado *manager* y *permisssion*, con la esperanza de que me entienda. Al final resulta que un poco de inglés comanche sí que habla, y me pregunta que si nos marchamos ahora. Como le respondo que no, parece que le fastidia un poco. Pues yo necesito el agua para ducharme mañana, oye. ¿O es que también tenéis horario de llenado?

Finalizado también este menester, ubicamos la auto casi en el centro matemático del recinto, lejos de la tienda turca, del italiano y de los checos.

¿Por qué la gente se empeñará siempre en arrimarse al quiere estar en soledad?

Kilómetros etapa: 218

Kilómetros viaje

Tierra: 8.237

Mar: 700

11 DE AGOSTO: DE PAMUKKALE A KARAHAYIT

Ayer nos acercamos a la taquilla de entrada a preguntar a qué hora abrían. Nos dijeron que a las ocho, hora turca, así que lo más temprano que podemos dejamos a Chandra en la auto -con gran pesar por su parte- y nos vamos al avío. La entrada para Pamukkale vale también para Hierápolis, y cuesta 20 liras del ala por cabeza (el año pasado eran 10, se ve que por estos sitios no pasa la crisis). No hay desde luego tanta gente como a media mañana, pero evidentemente están los que han madrugado más que nosotros. No vemos ningún cartel indicativo ni nadie nos dice nada, así que comenzamos la subida calzados. Más adelante, cuando nos percatamos de que nadie lleva zapatos, nos los quitamos nosotros también. Y lo cierto es que se agradece, porque el agua tibia corre por cuesta abajo y es muy agradable sentirla en los pies.



¿Cuánto pagarán los turcos?



Lago por la mañana



Agua de Pamukkale



Terrazas de travertino bajo las ruinas de Hierópolis

Primer fallo del día: no habernos traído chanclas en lugar de zapatillas de trekking y calcetines.

El día que estuvimos aquí en Navidades estaba de lo más nublado, y el blanco de la piedra deslucía bastante. Hoy, en cambio, brilla un sol de justicia y el lugar parece de sacado de un cuento. La luz, el agua y lo suave de los travertinos –a la vista y al tacto– invitan a un abandono de los sentidos, y así lo entienden las chicas jóvenes y bien parecidas que, en bikini, se hacen fotografiar en poses más o menos provocativas. Las mujeres turcas enfaldadas y empañoladas de allí abajo deben de considerar sin duda este lugar como un antro de perdición.



Turistas en el Castillo de Algodón





Cuenta Wikipedia que en 1988, cuando el lugar fue declarado Patrimonio de la Humanidad, se hallaba sumamente degradado: la gente se lavaba con jabón y champú en las pozas, se había construido una rampa de asfalto, y varios hoteles aparecidos en lo alto se apropiaron del agua termal para sus piscinas y vertían las residuales sobre el mismo risco. Por la rampa subían motos, y apuesto que también algún 4x4... Por fortuna, todo eso es reliquia del pasado: los hoteles fueron demolidos, y la rampa de asfalto yace ahora bajo unas piscinas artificiales donde sí que está permitido remojarse.

Segundo fallo del día: no habernos traído bañador.

Una vez en lo alto, nos volvemos a calzar, paseamos por el borde del risco y luego nos acercamos a las ruinas. Personalmente me cuesta mucho aceptar que una ciudad-balneario se abandonara por un simple terremoto, ya que nunca las catástrofes puntuales han tenido fuerza suficiente para que la gente renuncie a un sitio: se reconstruye todo y la vida sigue adelante. En mi opinión tuvo que haber algún otro motivo, como por ejemplo que la zona se volviera insegura, o que la presión de clérigos intransigentes convenciera a la gente de que Pamukkale no era otra cosa que un lugar de perdición y lenocinio.



Canal para conducir el agua



Misteriosa Hierápolis



El teatro



El teatro



Puerta Norte



Baños

Exploramos lo que queda de Hierópolis, que no es poco: aún son visibles los canales por los que conducían el agua curativa. En cuanto al teatro, de época romana, es de tamaño considerable, su capacidad se ha estimado en quince-veinte mil espectadores. Por lo que se ve, las tareas de excavación-restauración no han terminado, ya que hay un equipo de arqueólogos italianos trabajando sobre el terreno, moviendo incluso bloques con una grúa de gran tonelaje.



Obsérvese el caso protector del operario (y también el techo de seguridad de la cabina)

Hace mucho calor y querríamos que la visita fuera breve tanto por eso como por la Chandra, pero no somos capaces de resistirnos a ir hasta la puerta Norte de la ciudad, a más de un kilómetro de distancia. Vamos cruzando los jardines que han levantado al borde del risco (¿estarían por aquí los hoteles?) y regresamos por la vía principal. Al llegar a las calizas, nos descalzamos de nuevo e iniciamos un lento descenso. Como ahora el sol aprieta cosa fina, lamentamos más que nunca no tener a mano el jodido bañador, y envidiamos hasta el paroxismo a los afortunados que se refrescan en el agua que fluye en cascadas. Los más atrevidos se embadurnan con el bicarbonato cálcico aún no solidificado, que les confiere aspecto de aborígenes australianos. Yo de todos modos no me fiaría: ¿Y si resulta que es abrasivo para la piel?



Relaaax



El autor, entre algodones

De modo que hacemos de tripas corazón, nos remojamos hasta las rodillas, metemos la cabeza bajo el chorro y seguimos bajando con cuidado, pues somos testigos de varios y aparatosos resbalones. Con toda la gente que hay ya por aquí, no siempre pisa uno donde le quisiera.

Cerca de la salida secamos los pies como podemos y nos calzamos de nuevo. Notamos que la cara nos arde: la refracción de la caliza es similar a la nieve, y estamos algo chamuscados.

Tercer fallo del día: no haber traído protector solar.

Pero bueno, a pesar de los pesares nos vamos contentos por haber disfrutado de una fecunda y refrescante experiencia tanto para el cuerpo como para el alma.

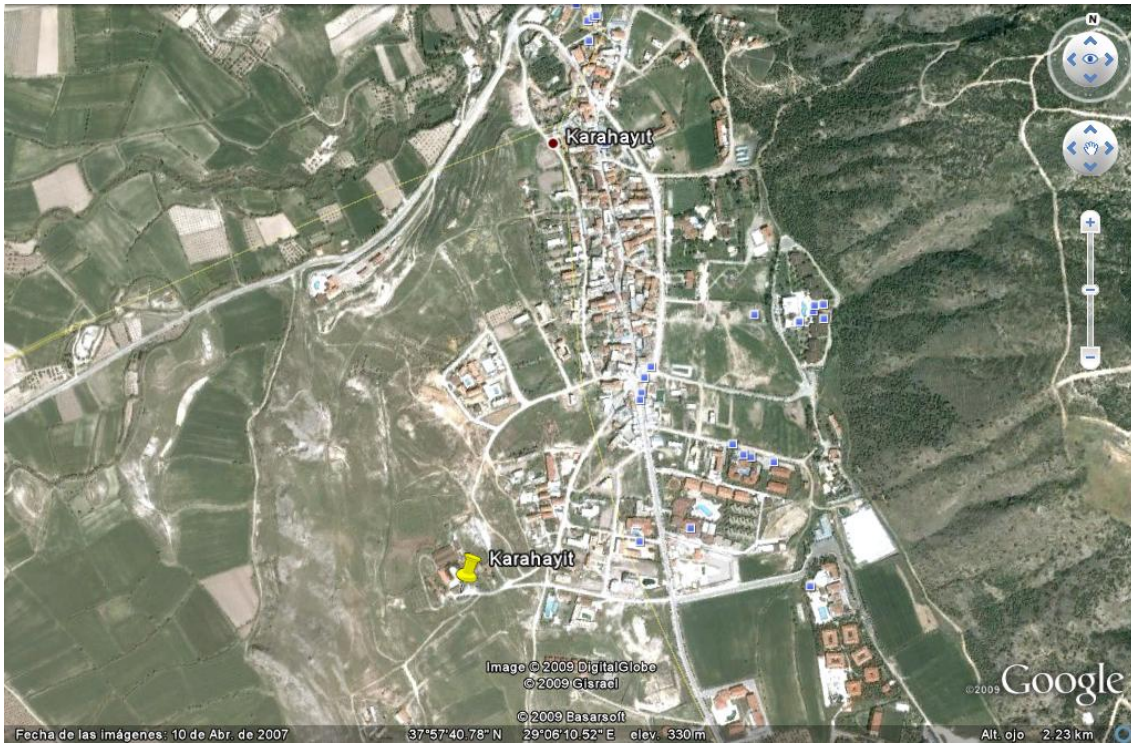
Como siempre, nuestra ahijada canina nos recibe con una alegría sin fisuras. Nos huele y rehuele, tratando de averiguar dónde narices hemos estado. Para compensarla de su encierro, mientras Bego prepara la comida me voy a con ella a dar un paseílo.

Tras la comida, descanso y tras el descanso de nuevo en ruta. Aunque el viaje de hoy será corto entre los cortos pues nos lleva hasta Karahayit, a sólo 6 kilómetros de distancia. Traigo apuntado que allí se encuentra el *Termotes Camping*,

<http://www.termotestermal.com/>

que cuenta nada menos que con una piscina termal (ya que no hemos podido bañarnos esta mañana, merecemos un desahogo).

Dar con el pueblo es fácil, no así el susodicho establecimiento, pues se halla un tanto a las afueras (37° 57'26.73" N 29° 6'2.87" E).



El primer chasco nos lo llevamos al descubrir que aquí nadie sabe una palabra de inglés: se trata de un sitio de turcos para turcos, y los encargados se nos quedan mirando con aire de no saber muy bien qué es lo que queremos. Por fortuna logramos entendernos: una noche con luz nos cuesta 15 liras (la mitad que en Pamukkale). Pero nos quedamos como quien dice en el aparcamiento, porque el segundo chasco es descubrir que aquello no es un camping en el sentido que nosotros entendemos el término, sino una serie de bungalows pegados unos a otros (con aire acondicionado, eso sí) rodeando la piscina principal. A estas alturas ya nos ha quedado claro que eso de las tiendas de campaña no va con los turcos.

Como no podía ser menos en un camping de aquí, una música insistente atrona desde todos los rincones. El sitio es demasiado *étnico* para nuestro gusto, pero el hombre y la mujer que lo lleva tienen cara de buenas personas. Decidimos quedarnos y aceptar el té que nos ofrecen en la recepción. Como deferencia exquisita, permiten que Chandra entre con nosotros.



Termotes Camping

Fuera hay un perro petardo que no deja a nuestra perra a sol ni a sombra, así que tras el té no queda otra que meterla en la auto. De todos modos, hace demasiado calor. Vamos a bañarnos, primero Bego y luego yo. Piscinas hay dos: una grande, templada; otra pequeña, más caliente. Ambas presentan un aire de cierto abandono. En todo el tiempo que estoy allí nadie, ni hombre ni mujer, cruza conmigo la mirada ni por casualidad. De alguna forma tengo la sensación de estar invadiendo el vedado espacio de su intimidad.

Cuando está a punto de anochecer y baja un poco el calor, decidimos acercarnos al pueblo a realizar algunas compras. En cuanto llegamos a zona concurrida nos damos cuenta de que por aquí tampoco hay extranjeros, y que nuestra perrita despierta tanta expectación como en Erzurum. Alguno hay que, además de asombrarse, siente que está autorizado a pasar a la acción: un anciano que anda con muleta levanta ésta con intención de sacudir a Chandra. No sé de qué manera percibí la intención antes de que se materializara, pues cuando quise darme cuenta estaba yo agachado y sujetando la muleta con la mano izquierda, apenas un instante antes de que alcanzara su objetivo. En ese momento temí que el viejales montara un escándalo y provocara un motín contra

nosotros, pero para mi sorpresa cuando miré hacia arriba me encuentro con que está sonriendo. Esto sí que me descolocó por completo, mucho más que el intento de garrotazo.

La calle principal de Karahayit es peatonal, por lo menos a esta hora, y han colocado una valla para impedir que pasen coches. Después del episodio de la muleta no seré yo quien entre ahí con Chandra, de manera que ella y yo nos quedamos esperando mientras Bego se va de compras. Al estar inmóvil tanto rato es difícil escapar a la curiosidad ajena, especialmente de los críos, que son pesadísimos. Tras un rato que se nos hace eterno regresa Bego. Como de costumbre, ha tenido que entrar en dos o tres tiendas y ni aun así trae toda la comida que necesitamos. Se queda con Chandra y me voy yo de exploración.



Karahayit

La calle comercial-peatonal se halla de lo más animada a esta hora. Dos turistas japonesas hablan animadamente con un grupo de niñas, y todo el mundo se vuelve a mirarlas. Por mi parte compro un pollo asado (a estas alturas ya sé que se dice *piliç*), pan y tabaco para Bego. Aquí el Camel no llega de contrabando, como en Doğubeyazit, así que lo pagamos casi a precio español.

De nuevo juntos los tres, volvemos al camping. La música perrera ha cesado por fin. Vienen y van algunos coches, pero al final todo queda más tranquilo y, con el permiso de los perros y sus intermitentes ladridos, podemos dormir.

Kilómetros etapa: 6

Kilómetros viaje

Tierra: 8.243

Mar: 700

12 DE AGOSTO: DE KARAHAYIT A PAMUCAK

Ayer pagamos la estancia por adelantado y en principio no haría falta entrar en recepción, pero acabo de ver llegar al butanero-aguador y se me ocurre que es buena idea llevarse puestas algunas garrafas de agua mineral.

Lo del agua en Turquía es algo así como una especie de culto: se tienen bien aprendido lo que dice El Corán, que ofrecer agua es fuente de bienes para el donante; de todos los países éste es en el que menos problemas hemos tenido a la hora de repostar, siempre había una manguera a mano, o si no una fuente benefactora. En cuanto a la de beber, en mi vida he visto semejante cantidad de dispensadores en todos los sitios, ya fueran públicos o privados. Y, claro, quien reparte esas voluminosas garrafas de 25 o 30 litros a domicilio no es otro que el butanero, que también merece comentario aparte:

Ayer, mientras estábamos en el camping de Pamukkale se oía, pululando por las calles y amplificada por altavoces, la voz melodiosa de una chica que salmodiaba ¡¡AYGAAZZ!!... No sabíamos lo que era hasta que pasó por una calle contigua y confirmamos nuestra sospecha, a saber: que se trataba del camión del butano, y que la marca comercializada era AYGAZ.

El contraste de esta musical y delicadísima llamada con la forma de anunciar la venta-reparto de gas en nuestra tierra, a bocinazo limpio, es de lo más chocante. Con lo burrillos que son los turcos en muchos otros aspectos, por lógica les correspondería a ellos el australopiteco reclamo con el claxon, mientras que a nosotros -los civilizados- la celestial musiquita. Pero está claro que en esta vida hay que decir, como Battiato, que *Niente è come sembra*.

<http://www.youtube.com/watch?v=jBwb4ECVIEg&feature=related>

Volviendo a mi butanero-aguador, me le acerco y señalo por gestos las garrafas de agua de 5 litros. Él indica hacia recepción y por toda respuesta dice: *manager*. Vamos, que él no es más que un repartidor. De modo que entro, compro, pago y me despido del *Termotes Camping*.

Ayer vimos carteles indicadores de una carretera que, a través de Akköy, lleva hasta la D 320 sin pasar por Denizli, pero sin GPS no nos atrevemos con tan excitante experiencia y volvemos por donde hemos venido, esto es, por Pamukkale. A la salida de este pueblo estoy a punto de arrollar a uno de los acomodadores de autocaravanas que se nos echa, literalmente, bajo las ruedas. Estoy echándole la bronca y todavía tiene el valor de acercarse a la ventanilla a ofrecernos un libro de propaganda. Me entran unas ganas salvajes de apearme y sacudirle con el retrovisor.

Toca ahora ir casi hasta el centro de Denizli. Luego, 125 kilómetros hasta Aydin, que es donde empieza la autopista. No hay nada que reseñar de esta parte del viaje lo cual, traducido, significa que no encontramos obras de consideración ni otros ásperos azares de la carretera con que hemos sido obsequiados en jornadas anteriores.

La autopista a partir de Aydin es de peaje. Rebuscamos entre la maraña de tickets hasta dar con nuestra querida tarjeta KGS, la que nos abrió las puertas de Asia. El trámite es sencillo: en lugar de sacar ticket le muestras la tarjeta en cuestión a un lector. Cuando suena un pitido es que la ha leído. Luego, cuando abandonamos la autopista en la salida de Selçuk basta con volver a enseñársela al sensor, que descuenta las liras correspondientes y levanta la barrera. Ocurre que las autopistas turcas son tan baratas que nos vendremos para casa con el saldo casi a medias.

Llegamos a Selçuk, que cuenta con un hermoso castillo cuyas torres y almenas me recuerdan mucho a las de Trujillo. La ciudad promete albergar lugares interesantes, pero nuestro destino, Éfeso, cae un poco más allá.

Mientras cruzamos el pueblo nos sobreviene un incidente: estamos parados en un semáforo y por la derecha se pegan dos críos a la ventanilla ofreciéndonos botellas de agua. Les decimos que no. Uno de ellos insiste, y nosotros que no. Entonces se pone borde, se nos encara y mira con desprecio infinito y empieza a largar improperios; hay tal ambiente de violencia que estoy convencido de que nos van a arrear una patada. Por fortuna no pasa nada. Arrancamos y yo me siento triste ante el hecho de que un niño se sienta autorizado a reducirme a un objeto cuyo único derecho, al parecer, es comprarle a él su maldita agua.

Me entra un poco de aprensión, porque justamente ahora recuerdo que a un compañero -en el aparcamiento de Éfeso y tras una agria discusión con un gorrilla- le regaron la autocaravana con Coca-Cola. Por eso estaba pensando en buscar primero un sitio sombreado para comer, y luego enfrentarnos a lo que sea. Creo encontrarlo en una avenida arbolada paralela a la carretera, pero mi gozo en un pozo, porque: a) La calle no tiene salida, y b) Es justo la entrada a un cuartel que oficia de caja de reclutas, a juzgar por la cantidad de chavales vestidos de paisano que hay por las inmediaciones. Los soldaditos de la puerta, al vernos, se ponen nerviosos, e incluso llaman al oficial de guardia; por lo visto, no debe de ser nada tranquilizador para ellos el que se plante en sus narices un vehículo de semejantes dimensiones que, además, no se sabe lo que lleva dentro. Con algo de dificultad consigo dar la vuelta, y con gran alivio me alejo de las miradas inquisitivas (y de los subfusiles) de los chicos de verde.

Resulta que apenas 300 metros más allá está la entrada al aparcamiento para visitar las ruinas del templo de Artemisa (que, mira por dónde, cae justo detrás del cuartel), pero eso lo averiguaré más tarde, mirando Google Earth; en ese momento pensamos que no queda otra que meternos en Éfeso de cabeza. Cuando por fin llegamos no sé qué me sorprende más, si el tamaño y lo concurrido del aparcamiento o el calorón que quita el hipo (hay incluso una ambulancia, por aquello de los golpes de calor). No se ven aparcacoches por ningún lado, y sí en cambio una discreta presencia policial; al parecer los excesos han llegado al punto de que han terminado por echarlos.

Conseguimos encajarnos en un sitio entre los autobuses y un camión alemán todoterreno, ponemos el enfriador a todo trapo y comemos. Luego dejamos a Chandra al cuidado de la auto y nosotros, tras pasar por el largo pasillo que forman miríadas de tiendas, y previo pago de 20 liras cada uno, nos vamos a visitar Éfeso.



El teatro



La avenida del puerto



La biblioteca

Recuerdo lo mucho que me impactó la otra vez caminar por la calle principal, con sus fachadas casi intactas, descubriendo en las losas del suelo el desgaste originado por las ruedas de los carros. Recuerdo el cabreo mayúsculo que nos cogimos con el guía, que nos dejó menos tiempo del que hubiéramos deseado para ver la ciudad a nuestras anchas sólo por llegar un poco antes al hotel. Aquel día me prometí que volvería por mi cuenta a Éfeso, y mira tú por dónde que, antes o después, todo llega en esta vida.

El recinto tiene dos puertas que distan entre sí algo más de un kilómetro. Nosotros hemos entrado por la de abajo. Aquí te entran proponiéndote un taxi que te lleve a la puerta de arriba para sólo tener que bajar, pero realmente no vale la pena.

Éfeso fue una ciudad importantísima en el mundo antiguo, aquí se levantaba una de las Siete Maravillas del mundo antiguo (el ya mencionado templo de Artemisa). Aquí nació Heráclito, y por aquí pasaron Estrabón, Pablo de Tarso y Juan el Evangelista (de hecho, Éfeso es nombrada en el libro del Apocalipsis). Asimismo, cuenta la tradición, en una casa cercana vivió y murió la Virgen María (llamada por los turcos Meryem Ana), quien fue traída por Juan tras la crucifixión de Cristo, huyendo de la

persecución en Jerusalén. La carretera que lleva a la segunda entrada conduce también hasta la susodicha casa, la cual ya visitamos en la ocasión anterior.

http://es.wikipedia.org/wiki/Casa_de_la_Virgen_Mar%C3%ADa

Y es que hoy el recorrido será más rápido en parte porque ya lo conocemos, y en parte por el calor, pero aun así nos detenemos en todos y cada uno de los hitos, a saber:

a) La comisaría de Jandarma ubicada dentro del recinto arqueológico (bueno, esto es broma).

b) La avenida del puerto. Éfeso tuvo en su día puerto de mar, y sin embargo hoy la línea de costa cae a 5 kilómetros. La pérdida de la salida al mar pudo ser la causa de su declive, allá por el siglo XIII.

c) El teatro (24.500 espectadores). Esta vez tuvimos que conformarnos con verlo desde fuera porque lo estaban restaurando.

d) La biblioteca de Celso, o mejor dicho su fachada que, puestos ya en vena nostálgico-regional, recuerda mucho al teatro romano de Mérida. Aquí nos encontramos a una pareja de extranjeros con un perro. Ni se nos había ocurrido que los dejaran entrar. Por un lado nos da pena, aunque bien pensado Chandra está mucho más fresquita en la auto.

e) El odeón, que es como el teatro pero en chiquitito.

f) Las letrinas comunitarias: está claro que los romanos no tenían mayor inconveniente a la hora de liberar las aguas, mayores y menores, en presencia de sus conciudadanos. Una corriente continua pasaba por debajo para llevarse las inmundicias, y en el centro había un estrado donde tocaban músicos, imagino que con el propósito de ocultar otros sonidos quizá más naturales, pero mucho más inconvenientes.

Recuerdo que aquella vez, como ahora, me senté en el banco corrido para comprobar personalmente cómo era un inodoro romano. El agujero tiene un aspecto bastante anodino y la verdad es que no inspiraba mucha confianza, pero una vez aposentado descubrí que era comodísimo; su morfología estaba tan sabiamente diseñada que incluso lograba que las nalgas se separaran ligeramente, facilitando de este modo la evacuación.



Las letrinas



Diosas antiguas y modernas



Ohú qué caló



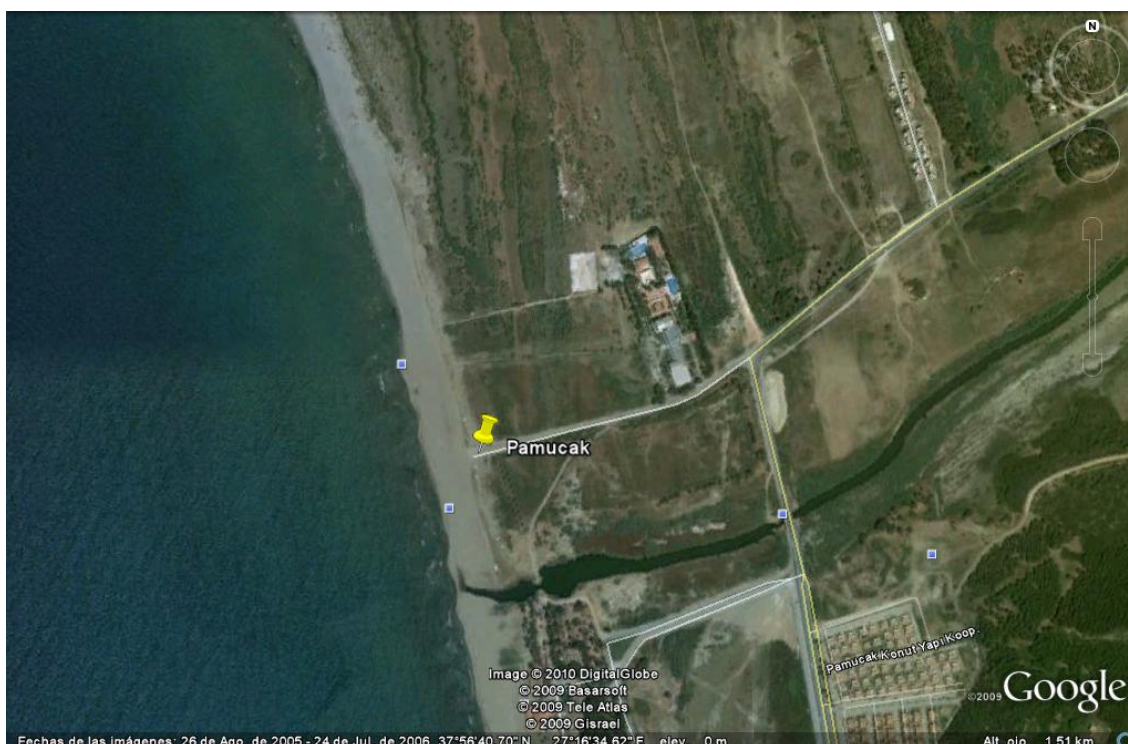
Griego griego

Llegados a la parte alta, iniciamos el descenso, parando de cuando en cuando a la sombra y a beber el agua que nos hemos traído. Hay por aquí muchos grupos de españoles, la verdad es que sigue sonándome un poco raro oír a otras personas hablar mi idioma.

La única novedad respecto a nuestra anterior visita es que han inaugurado un museo cubierto sobre las propias ruinas, y que se paga aparte. No sé muy bien qué alberga dentro, pero nosotros con lo visto tenemos bastante, así que iniciamos la retirada. Ya fuera, constatamos que el aparcamiento se ha vaciado algo, sobre todo de

autobuses. Para acceder aquí hay una carretera de entrada y otra de salida, pero algunos insisten en irse por donde vinieron, y el vendedor de los tickets del parking tiene que salir de su garita para decirles *¿esqueno has visto el prohibido-coooooño?*

Nosotros, por nuestra parte, nos vamos hacia la costa, a Pamucak (que, de acuerdo con el alfabeto turco, no se pronuncia *Pamukak*, sino *Pamuyak*), donde tengo entendido que es posible dormir a pie de playa. Seguimos las indicaciones de un camping cruzamos un río. Nos estamos planteando entrar cuando, al otro lado, divisamos varias autocaravanas estacionadas. Ni cortos ni perezosos desandamos camino y damos con la entrada al sitio ($37^{\circ} 56'37.13''$ N $27^{\circ} 16'28.63''$ E). El asfalto se acaba y toca recorrer unos doscientos metros por un camino arenoso que, sin embargo, parece bastante firme. Optamos por aparcar junto al mismo camión alemán con el que coincidimos en Éfeso, dejando claro está la distancia de cortesía. La maniobra de aparque se complica inesperadamente debido a un agujero en la arena, y estamos enfrascado en solucionar el problema cuando llega un coche de la policía e insiste en pasar. Vaya por Dios, con lo larga que es la tarde.



Tras estacionar bien estacionados, nos vamos de paseo por la amplia playa que hay al otro lado del río. Correkminos decía que así era la Costa Brava en los años cincuenta o sesenta. Hay que ver, lo que nos hemos perdido. O perderemos, porque

estos turcos están apostando sin ambages por el turismo de sol y playa; aún conservamos los abanicos de cartón que nos regalaron nada más cruzar la frontera, y en los que se lee propaganda que nos incita a invertir en propiedades inmobiliarias.

También resulta de lo más curioso estar otra vez al lado del mar. Desde que abandonamos el Mar Negro en Trabzon hasta hoy, que hemos avistado el Egeo, han transcurrido dieciséis días. De pronto me doy cuenta de que el tiempo turco toca irremediablemente a su fin.



Para finalizar, un asueto refrescante



Y una hermosa puesta de sol

Asistimos a una puesta de sol extraordinaria desde la orilla del río. Luego volvemos a la auto. Al llegar pegamos hebra con los alemanes, y en eso estamos cuando se nos acerca una pareja. Con lo oscuro que está casi ni nos vemos, pero las voces sí que la reconozco: ¡Son Luis y Carmen, los madrileños de Eğirdir! Llegaron ayer (no durmieron en Pamukkale) y hoy han aprovechado para bajar hasta Dídima. Les pregunto que dónde han dejado la auto, y nos explican que se han instalado en el camping. Consultan sobre la posibilidad de vernos mañana, y les respondemos que habíamos pensado seguir camino; no obstante, si finalmente nos quedamos prometo enviarles un mensaje al móvil.

Kilómetros etapa: 228

Kilómetros viaje

Tierra: 8.471

Mar: 700

13 DE AGOSTO: DE PAMUCAK A PAMUCAK

Esta mañana, en la playa, he conocido a un italiano. Nos hemos puesto a hablar porque ambos llevábamos perro. Me cuenta que viene a este sitio desde hace más de diez años, y que la primera vez se dejó el coche abierto y le robaron absolutamente todo. Al no estar Turquía en la UE, su banco no podía enviarle dinero, y el consulado italiano de Izmir sólo le proporcionaba el dinero justo para la repatriación. Por casualidad se encontró con amigo que visitaba Éfeso y fue éste quien le sacó del apuro.

Me pregunta por nuestro camino de regreso a España, y cuando le dijo que cruzaremos Grecia me recomienda un pueblo de montaña muy bonito llamado Metsovo, donde él para tanto a la ida como a la vuelta. Nos despedimos.

Después del desayuno hemos estado echando cuentas. En principio la idea era seguir camino, pero lo cierto es que al hablar con Luis y Carmen se nos ha despertado el gusanillo: a nosotros también nos apetece bajar por la costa para visitar el oráculo de Apolo en Dídima, a continuación ir a Mileto y luego volver a dormir aquí. De manera que eso hacemos. Dídima no cae lejos, unos 90 kilómetros, pero a poco de empezar la ruta toca cruzar Kuşadası, importante centro turístico con casi 12 kilómetros de continuo urbano que nos entretienen bastante. Luego la carretera se desvía hacia el interior, dirección Söke. A la salida de esta localidad paramos para echar gasoil. El gasolinero, que parece un tipo bastante serio, se enrolla de manera estupenda cuando le pregunto por la posibilidad de repostar agua: literalmente, le arrebató la lanza de agua al conductor de un microbús que lavaba su vehículo. Durante el llenado, ambos miran muy interesados hacia el interior de la auto. Cuando termino, sólo me resta dar las gracias y dejar una propina.

A la salida de Söke se nos presentan dos opciones: una carretera estrecha y sinuosa que nos aproxima a la costa, o bien otra ancha y moderna (la D 525) que cruza el interior como una flecha. Obviamente, nos decantamos por esta última, aunque el último tramo lo acabamos haciendo por la orilla del mar.

Cuando llegamos a Didim, encontramos que parece lo suficientemente grande y turística como para tener al menos un hipermercado. Preguntamos a una chica que afortunadamente sabe inglés y damos sin problemas con el Carrefour Express. Se va Bego a comprar y yo con Chandra a dar una vuelta por. La verdad es que, viendo el tamaño y la calidad de las casas y el aspecto de la gente, cuesta trabajo creer que está en Turquía; podríamos hallarnos perfectamente en una zona turística de cualquier país europeo.

Tras la compra movemos la auto en busca del santuario. Los carteles nos llevan en la dirección correcta, pero cuando llegamos al lugar de marras no vemos aparcamiento ninguno y nos pasamos de largo. Unos cientos de metros más allá hay una gran explanada donde estacionan los autobuses, pero sin querer también nos la pasamos. Damos media vuelta en una gasolinera y volvemos hacia ella. Por suerte para Chandra, conseguimos dejar la auto en mediasombra. Y es que hoy, por variar, hace un calor del carajo.

Desandamos camino hasta el monumento cruzando un barrio de apariencia poco tranquilizadora a través de polvorientas callejuelas. Una vez en taquilla sacamos el ticket (3 liras, casi igual que en Éfeso) y entramos, aunque casi todo lo que hay que ver se divisa ya desde fuera: se trata de un templo enorme, al estilo del Partenón, pero destruido casi por completo. Lllaman la atención las dimensiones del edificio, la blancura del mármol y el detallismo de determinadas decoraciones. Tuvo que ser realmente majestuoso, digno de albergar el que fue uno de los más famosos oráculos del mundo griego. Había aquí una fuente sagrada, de la que no queda ni rastro. En cuanto al acceso al lugar, lo constituía una avenida flanqueada de estatuas que se alzaron allí durante 23 siglos, hasta que en 1858 alguien consideró que lucían mejor en el Museo Británico, donde permanecen en la actualidad.

<http://en.wikipedia.org/wiki/Didyma> (inglés)



Oráculo de Dídima. Perspectiva general



El tamaño de las columnas da idea de las dimensiones del templo



Túnel para acceder al oráculo



Decoración



Rodajas de columna



Contrapicado

Tras la visita y las fotos, regresamos a la autocaravana. Para comer nos apetece un sitio con vistas al mar, y por eso emprendemos camino hacia Mileto y paramos a 9 kilómetros de Dídim, junto a un pequeño puerto de pesca que vimos al venir. Pero ni la proximidad del mar consigue atemperar este mediodía de fuego. Como no conseguimos echarnos la siesta, arrancamos de nuevo. 12 kilómetros más y estamos a la entrada de la mítica Mileto.



Frente al Egeo

Mileto fue antigua e importante ciudad entre el 700 a.C. y el 700 d.C. (la primera mención se remonta al 1320 a. C.) Además de famoso centro filosófico. El trazado reticular de sus calles fue copiado por los romanos, quienes lo extenderían por todo el mundo antiguo y, de rebote, también por el moderno.

http://es.wikipedia.org/wiki/Mileto_%28Asia_Menor%29

La ubicación de la ciudad es realmente peculiar, pues se halla situada en un pequeño cabo o península que no se prolonga en el mar adentro sino hacia el interior del golfo de Mileto. Bueno, eso en la antigüedad porque ahora, al igual que Éfeso, todo es ya tierra firme al haber sido colmatada la bahía por los aluviones del río Meandro (por cierto, fue de aquí y de ningún otro sitio de donde surgió el nombre con que se bautizó a las curvas que hacen los ríos).

http://en.wikipedia.org/wiki/File:Miletus_Bay_silting_evolution_map-en.svg

Al llegar no encontramos entrada al recinto arqueológico propiamente dicho, así que aparcamos cerca del teatro (por suerte, debajo de una buena sombra) y buscamos la taquilla, un poco escondida, por cierto. Precio: 3 liras, el mismo que Dídima.

Lo primero que hacemos es visitar el teatro –donde por cierto tenemos que despegarnos de unos turistas pejugueras que no hacen otra cosa que arrimarse y estorbar las fotos, cuando no hay casi nadie en leguas a la redonda-. En lo alto del mismo, y aprovechando la abundante piedra de la *cantera*, se levantan las ruinas de un castillo de época medieval.



Teatro de Mileto



Autocaravana en Mileto



Galería bajo el teatro

Luego nos damos una vuelta por el espacio donde antaño se levantó la ciudad, y donde sobresalen unas pocas ruinas. En ese momento nos damos cuenta de que hemos cometido un error imperdonable al no traer agua. No tanto para nosotros como para Chandra, que está acusando los efectos del inmisericorde calor, y que llega un momento en que se muestra incapaz de andar. Toca llevarla en brazos relevándonos varias veces, pues ocho kilos de perro son mucho perro, y nos encontramos bastante lejos de la auto. Cuando por fin llegamos, para nuestra sorpresa se niega a beber el agüita que le ofrecemos.

Estamos recuperándonos del soponcio térmico al fresco de los árboles cuando me percató de que hay por allí un grifo con una manguera. Ya repostamos agua esta mañana, pero el enfriador se la ventila a tal velocidad que no vendría mal rellenar de nuevo. Podría hacerlo por todo el morro, pero prefiero pedir permiso al hombre de la taquilla, que me da su venia con esa cortesía tan turca. Finalizada la operación devuelvo la manguera a su lugar y le doy las gracias. *Tesekkür*.

Retomamos la carretera y, como una extraña embarcación marítimo-terrestre, cruzamos el extinto golfo de Mileto, ocupado ahora por tierras de cultivo. Se nos ha hecho un poco tarde, pero vamos a tratar de llegar a Priene antes de que cierren. Esta ciudad se yergue sobre la falda de una colina, justo enfrente de Mileto. No tuvo la importancia de ésta, pero aun así nos apetecería verla. Al llegar al aparcamiento se confirma nuestra certeza: faltan diez minutos para las seis, y ya no nos dejan entrar. Pos vale, nos vamos. De nuevo a la carretera (por cierto, la salida a ésta tiene una curvita que se las trae).

Con las montañas a un lado y el mar de tierra otro llegamos a Söke, y de ahí otra vez a Kuşadası. El tráfico es bastante más denso que esta mañana, y para cuando terminamos de cruzar la ciudad ya es prácticamente de noche. Llegamos a la playa de Pamucak. El lugar donde aparcamos anoche se encuentra libre, pero nos gustaría aparcar en la explanada de tierra que hay más allá, junto al río, totalmente ocupada ayer por autos italianas y ahora mismo vacía. El terreno engaña, pues tiene una pendiente rara que no se percibe a simple vista. Tras varios intentos conseguimos nivelar el vehículo. No han pasado ni diez minutos cuando llega un italiano y, con todo el espacio que hay, se nos planta al lado. Como además todo indica que ha ido a buscar a otro colega, lo que hacemos es arrancar y largarnos adonde estábamos anoche, cerca del camión alemán, que al parecer no se ha movido en todo el día. Luego llega otro

vehículo de aspecto indefinido que resulta ser una camioneta turca, y que aparca a nuestro lado a una distancia aceptable.

Esta tarde envié un mensaje por el móvil a Luis y Carmen anunciándoles que nos quedábamos a dormir de nuevo aquí. Respondieron que se pasarían, pero no los hemos visto. Para acabar de sacudirme el calor me voy a dar un paseo por la playa. En plena oscuridad se me acerca alguien y me empieza a hablar. Al principio me cago de miedo, pero sólo un instante, ya que por lo visto es el dueño del chiringuito que hay a la entrada de la playa, que ya nos saludó esta mañana cuando salíamos y que sólo quiere convencerme para que vayamos a cenar. Le dijo que nos lo pensaremos.

Irrumpen en la playa las luces inconfundibles de tres autocaravanas. Circulan muy despacio, evidentemente es la primera vez que vienen. Por eso se van para la zona de la derecha, y cuando comprenden que allí no es posible estacionar vienen para donde estamos los demás. Me acerco al camino y paro a la primera, para indicarles. Aunque mi intención no es del todo altruista: lo que pretendo es que no nos acogoten, así que les indico la explanada donde están los italianos. Al cabo de cinco minutos vuelven, el terreno les parece demasiado inclinado. Me preguntan si creo que la camioneta turca se marchará pronto, respondo que pienso que no, porque ha llegado hace sólo un rato. Los dejo allí fuera deliberando y me meto en nuestra auto.

Kilómetros etapa: 196

Kilómetros viaje

Tierra: 8.667

Mar: 700

14 DE AGOSTO: DE PAMUCAK A ECEABAT

Chandra ha estado enferma esta noche: al tocarla le notábamos algo fiebre; también tiritaba, y su respiración era muy rápida. Afortunadamente esta mañana parece encontrarse mejor. Lo atribuimos al golpe de calor de ayer que le dio ayer, y que también hizo que le costara beber agua. Es posible que también tenga que ver el contraste de la temperatura de fuera con el aire del enfriador, que todos estos días estamos poniendo al máximo. Hacemos el propósito de tener más cuidado con ambos extremos.



Chandra, ya repuesta del soponcio del día anterior



Es que todavía hay clases y clases

Es hora de partir, y sabe a despedida de las grandes. Por eso previamente nos hemos dado un largo paseo por la playa. Pitamos a los del camión alemán, pero no asoma nadie (quizá hayan salido). En cuanto a los turcos de la camioneta –abuelo, madre y nietas-, observan nuestra marcha. Yo levanto la mano a modo de saludo y el anciano corresponde, entre sorprendido y halagado, pues nosotros somos extranjeros y ellos unos paisanos corrientes y molientes. También nos despide el dueño del chiringuito. Quizá espere que volvamos esta tarde. Otra vez será, *mi amol*.

Cruzamos de nuevo Selçuk, camino de la autopista. Antes de llegar a ésta me pongo a adelantar a un coche que va muy despacio, y que justo en ese momento se pone a acelerar. Eso me obliga a mí también a incrementar la velocidad, y justo entonces veo ante nosotros un coche en el arcén, a la sombra de unos árboles, estacionado en sentido contrario a la marcha.

Y me temo lo peor: hemos encontrado radares unas cuantas veces en las carreteras de Turquía, pero como soy tan prudente jamás hemos tenido el menor contratiempo. Como era de esperar, un poco más allá está el coche patrulla con uno de los policías fuera, hablando por el walkie mientras nos mira. Convencido estoy de que me va a dar el alto, pero por algún motivo que desconozco se hace el sueco y nos deja pasar. Mi suspiro de alivio ha tenido que oírse en Capadocia.

Accedemos a la autopista, donde echamos de nuevo mano de nuestra tarjeta KGS. 50 kilómetros de ruta estupenda y estamos en Izmir. La ciudad es enorme –más de cuatro millones de habitantes-, y apenas si la rozamos. Pero aun así es perceptible la gran densidad de edificios, el océano de concreto que cierra el horizonte sin un árbol o un solo parque a la vista.



Izmir

La autopista se transforma en vía de doble carril y continúa hacia el Norte, dirección Bérghamo. Tras cruzar Aliğa paramos a descansar un rato a la vista de la bahía y sus barcos, y es aquí donde, por primera y única vez en todo el viaje, tenemos contacto con el submundo de la delincuencia.

Todo empieza con un tío en bañador que, sin ningún motivo aparente, cruza descalzo la carretera y se viene hasta donde hemos aparcado. Nos mira insistentemente mientras habla por el móvil. Quizá esto no nos habría llamado mucho la atención si no fuera porque un perro vagabundo que trataba de hacerse amigo nuestro, y también sin motivo aparente, empieza a ladrarle como una fiera. Finalmente el tipo desaparece, y nosotros nos vamos.

Ya en carretera, no han pasado ni cinco minutos cuando un automóvil bastante destartalado se pone a nuestra altura. Miro de reojo. Lo conduce un tipo al que no le veo la cara, y que de copiloto lleva a una mujer joven. Ésta me hace señas, señalando insistentemente la parte trasera de la auto, tratando de hacerme ver que llevamos algo mal. Ni qué decir tiene que yo la ignoro. Al rato veo que ya no nos persiguen; miro por el retrovisor y veo al coche dar media vuelta e irse por donde había venido.

Veinte o treinta kilómetros más adelante me detengo y bajo a echar un vistazo por detrás y por debajo. Todo se halla en perfectísimo estado.

¿Tenían que ver el tipo del bañador y móvil con los *samaritanos* de la carretera? No lo sabemos, pero creemos que es mucho mejor no haberlo averiguado.

Tras pasar el cruce de Bérghamo la doble vía se acaba y empieza la carretera ordinaria que bordea la costa. La seguimos hasta la entrada de Edremit, donde paro a echar gasoil. Como sin duda en Grecia estará más barato, echo 100 liras esperando que duren. El gasolinero me pregunta la nacionalidad. Cuando respondo que español sonrío aprobatoriamente y empieza a nombrar equipos y jugadores que yo sólo conozco de oídas. No es la primera vez que nos ocurre por estos lares, quién me iba a decir a mí, aquejado de indiferencia futbolera, que ésta iba a ser nuestra carta de presentación en Turquía.

Cruzada la ciudad, la carretera se dirige hacia el Oeste. Al ir pegados a la costa, esperamos encontrar algún buen sitio para la pausa de la comida, pero por espacio de 30 kilómetros afrontamos un continuo turístico-urbano sin lugares propicios. Estoy cansado del volante y escasamente dispuesto a enfilar de nuevo hacia el interior y la montaña. Por eso, cuando la carretera se dispone a abandonar la costa, me desvío por una estrecha calzada que serpentea entre olivos, a pocos metros de la orilla.

Aquí al menos no hay edificios, y unos kilómetros más allá encontramos un saliente plano sobre el mar, al parecer los cimientos de un edificio derruido. El lugar está vacío, tan sólo hay aparcada una furgoneta cuyos ocupantes, una familia turca, come y descansa al otro lado de la carretera, bajo la sombra de los árboles. Chandra y yo salimos a pasear por la playa de guijarros, a sacar fotos y a disfrutar, aprovechando que el sol casca menos que ayer.

Es el único momento de paz, porque ni siquiera hemos terminado de comer cuando llegan unos niños motorizados con la música a toda pastilla. Mi esperanza es que se aburran y se marchen pronto, pero para nuestra desgracia aparcan al otro lado de la furgoneta y bajan a bañarse... dejando la música puesta, claro, y el maletero abierto. Se ve que esto de las olas con hilo musical debe de ser lo más. Acordándonos de la situación similar que padecimos un ya lejano 24 de julio en la costa del Mar Negro y preguntándonos cómo pueden proliferar tanto los idiotas sobre la faz de la tierra, recogemos a toda prisa y nos marchamos, cabreados porque, una vez más, nos han robado la paz y la siesta que tanto necesitábamos.

Como dije antes, la carretera se adentra en la montaña con unas rampas la mar de majas que nos encaraman desde el nivel del mar hasta los 450 metros de altitud. Nuestra auto sube bien; no así los camiones que se nos ponen delante y que se quedan prácticamente parados. Después la pendiente se dulcifica e iniciamos un largo descenso. 70 kilómetros llevamos recorridos desde la infausta comida cuando avistamos los Dardanelos -llamado por los turcos *Çanakkale Boğazi*- no muy lejos del cruce de Troya. El yacimiento de la mítica ciudad ya lo visitamos en nuestro anterior y archinombrado viaje, y he de decir que lo más interesante de ella es la réplica del caballo de madera que tienen a la puerta, dentro el cual es visitable. En cuanto al resto tiene interés sobre todo para los estudiosos, ya que sólo son visibles cuatro piedras, y si no fuera por los planos y las explicaciones pertinentes uno no vería allí absolutamente nada.

Los Dardanelos, en cambio, son otra cosa: comunican el Egeo con el Mar de Mármara, miden 71 kilómetros de largo y su anchura oscila entre 1,6 y 6,5 kilómetros. Parece mentira que un estrecho tan estrecho sea el que separe Europa de Asia. Por ello mismo su importancia estrategia ha sido siempre indiscutible: fue el foco de la guerra de Troya, y por aquí pasaron el ejército de Jerjes I en el 480 a. C., y del de Alejandro Magno en el 334; ambos en dirección contraria, ambos para invadir al vecino. En época mucho más reciente, como es 1915, se desarrolló aquí una de las batallas más sangrientas de la Primera Guerra Mundial, cuando tropas francesas, británicas, australianas y neozelandesas intentaron hacerse con el control de los estrechos para a continuación tomar Estambul.

http://es.wikipedia.org/wiki/Batalla_de_Gall%C3%ADpoli

Los combates duraron nueve meses, y ambos bandos sufrieron centenares de miles de bajas, entre muertos y heridos. Al final, a los aliados les tocó retirarse. Fue precisamente aquí donde comenzó a forjarse el mito de Mustafá Kemal *Atatürk*; su conversión en héroe popular allanó el camino al generalato y, más tarde, a la Presidencia de la República.

Sobre esta batalla existe una película de Meter Weir llamada precisamente *Gallipoli* (1981) y que me dejó un sabor tristísimo por cuanto muestra descarnadamente cómo el absurdo de la guerra siega de cuajo las energías y las ganas de vivir de la juventud.

En la península se encuentran un total de 31 cementerios de guerra, además de numerosos monumentos conmemorativos. Nuestro mentores de Turquía, Barry y Margaret, que pasaron por aquí en 1997 y posteriormente en 2008, se quejaban de que el lugar está evolucionando para peor: con el invasor turismo de sol y playa por un lado, y con la exaltación nacional-militarista turca por otro (como respuesta al reciente auge del islamismo esta última), la zona parece irremisiblemente encaminada a perder su carácter de cementerio de guerra y a convertirse, como casi todo hoy día, en adocenado parque temático.



Puerto de Çanakkale

Unos kilómetros antes de Çanakkale vemos una señal que dice *Feribot limani*, y debajo pintado un barquito, así que abandonamos la carretera y obedecemos la indicación (por el camino estamos a punto de dárnosla con uno que se ha saltado el stop). Al llegar nos dicen que sí, que de allí zarpan ferrys a Eceabat, pero que el último ya ha salido, o no saldrá hasta no sé qué hora, que nos vayamos al otro puerto, el que

está en el centro de la ciudad. Otra vez a la carretera. Nos pasamos la entrada de Çanakkale y toca dar la vuelta donde podemos para poder enfilarla. Con un GPS todas estas maniobras serían más sencillas, pero no teniéndolo lo único que queda es ir a lo seguro, aunque haya que dar más vuelta, para no acabar metiéndose en donde uno no quiere.

Nos lleva bastante rato recorrer los dos kilómetros de la muy saturada calle principal hasta por fin giramos a la izquierda. Menos mal que por menos el puerto está bien señalizado.

No hay cola, así que vamos directamente a la taquilla, donde por cruzar me piden 37,5 liras (de ellas, 3 son para el ayuntamiento de Çanakkale ¡en concepto de aparcamiento!) Mientras pago, me percató de un tipo situado muy cerca para mi gusto y que no quita ojo a mi dinero. Al principio temo que sea un *mangui*, pero al poco me doy cuenta de que simplemente se trata de un vendedor ambulante tolerado por las autoridades que quiere saber cómo andamos de dinero turco. Cuando estacionamos en la explanada de embarque el muchacho despliega todas sus argucias para colocarnos su producto, a saber, perfumes de imitación. Se pega a la ventanilla del copiloto y, como un ilusionista, va sacando uno tras otro cuatro frascos, todos fragancias de mujer. En cuanto a la política de precios, se basa en el descuento progresivo, es decir: un bote lo vende por 20 liras, dos por 30, tres por 40 y 4 por cincuenta. Para hacer la oferta aun más irresistible, añade un quinto frasco –éste para hombre- y mantiene el precio en 50 liras.

Nos llaman para embarcar y arrancamos. Una vez en el ferry creemos habernos librado de él, pero ni por ésas: se viene tras nosotros con una persistencia digna de encomio. Ya ha visto que a mí esto de las colonias ni fu ni fa, así que se concentra en Bego. Me apetecería bajarme, pero decido esperar a ver en qué queda la cosa. Al final Bego acepta comprarle uno por 15 liras. Antes de pagar, el chico nos lo pasa por la ventana de la cocina para que nos cercioremos de que estamos comprando perfume y no agua del grifo. Cuando le paga, el otro ya se ha dado cuenta de que ha sido más por pena que por interés, y no deja de repetir: *Madame good*.

Yo no entendía cómo el vendedor se arriesgaba a meterse en el barco, pero lo cierto es que tardamos todavía un buen rato en zarpar. Hay por allí un hombre vendiendo llaveros de metal a 2 liras la pieza. La mayoría representan motivos patriótico-atatürkianos, pero también tiene el Caballo de Troya. Me hace tanta gracia

que compro media docena, para familia y amistades. Y es que mañana estaremos fuera de Turquía, toca deshacerse de las últimas liras.



En el ferry



Dardanelos



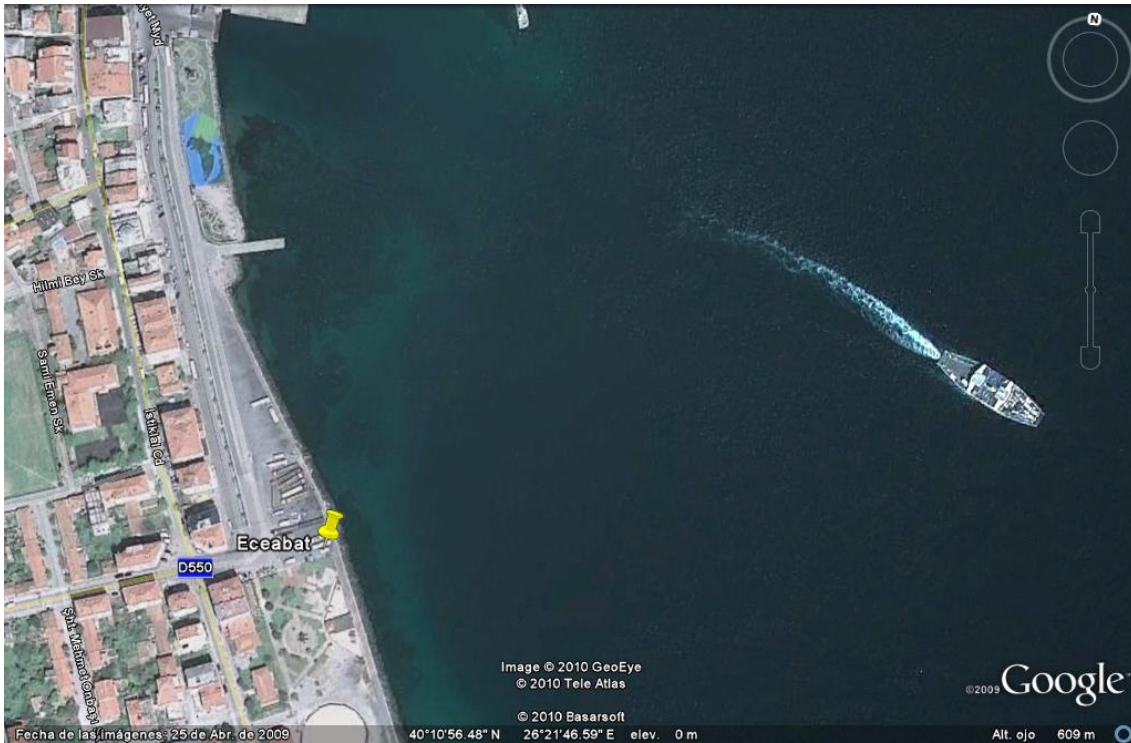
Ferry de dos puertas



El sol se pone por Europa

Por fin nos vamos. El trayecto dura lo que la puesta de sol. Çanakkale está a kilómetro y medio de la orilla de enfrente, donde se yergue el *Kilitbahir kalesi* (o Castillo de la Cerradura del Mar, de curiosísima planta), pero nuestro destino, Eceabat, cae algo más al Norte y el trayecto es de casi 5 kilómetros. Vamos tan despacito que da tiempo de pasearse por toda la cubierto superior y sacar fotos a discreción. También de despedirse de Asia y de reencontrar Europa.

El ferry es de éstos que se abren tanto por la proa como por la popa, de modo que al atracar no es necesario realizar engorrosas maniobras de media vuelta. Está casi oscurecido, de manera que ni pensar en ponerse en carretera. Andamos deliberando sobre dónde nos quedaremos cuando, en el aparcamiento que hay contiguo al puerto (40° 10'52.52" N 26° 21'40.62" E) vemos estacionadas dos autocaravanas, y junto a ellas que nos vamos.



Ambas tienen matrícula holandesa, pero no se ve a nadie dentro ni por los alrededores.

Queremos celebrar haber llegado sanos y salvos a nuestra amada Europa, así que nos vamos de paseo. Entre el puerto y el aparcamiento hay montado al aire libre una especie de centro de interpretación de la batalla de Gallípoli, con un mapa enorme, murales, representaciones de trincheras y grabaciones dramatizadas en inglés, francés y turco. Estamos allí un rato y luego nos vamos a buscar las tiendas. Como de costumbre, toca entrar en unas cuantas para conseguir todo lo que queremos. Como aún sobra dinero, de vuelta a la autocaravana entramos en una licorería para comprar una botella de *raki*, que es el aguardiente nacional turco (45° en canal). Medio litro cuesta 19 liras, esto es, casi 10 euros; y es precio oficial, pues viene impreso en la botella. La conclusión definitiva a la que llegamos es que en Turquía no debe de existir impuesto sobre la renta, y que la vía principal del Estado de recaudar impuestos debe de ser a través de la gasolina, el tabaco y el alcohol.



Como estamos algo alejados de la autocaravana, llevamos toda la compra y luego yo me acerco a una tienda próxima a fundirme las últimas liras en garrafas de agua y en cerveza.

Cuando liquido el dinero así es cuando me asalta la contundente certidumbre de que, en cierta manera, ya he abandonado el país.

Kilómetros etapa: 407

Kilómetros viaje

Tierra: 9.074

Mar: 700

15 DE AGOSTO: DE ECEABAT A PORTO LAGOS

Esta mañana los holandeses han embarcado temprano, aunque no tanto como para que no me cruzara con una de las mujeres, que había salido a pasear a su pastor alemán. Yo le doy los buenos días afablemente; ella, sin sonreír, corresponde con lo mínimo que se despacha en saludo. Me quedo un tanto perplejo: no comprendo que gente tan seria y poco comunicativa venga a visitar Turquía, donde la convivencia con la población es poco menos que obligada.

Durante 40 kilómetros bordeamos la costa hasta la localidad de Gelibolu, acompañando a los numerosos barcos que suben o bajan el canal. Lo que no comprendía de la batalla de Gallípoli era que cómo siendo los Dardanelos un estrecho los aliados intentaran conquistarlo por tierra. Hasta que al venir por aquí consulté el mapa y me di cuenta de que el lugar en cuestión es a la vez una península y un estrecho, y que al hallarse minado y no poder entrar con barcos optaron por tomarlo *por la espalda*, con el final de todos conocido.



Un ferry cruza frente a la fortaleza de *Kilitbahir* (Cerradura del Mar)



Portacontenedores en los Dardanelos



...No corta el mar sino vuela...

A partir de Gelibolu la carretera pasa al otro costado de la península. Un poco más adelante nos desviamos hacia Keşan, y dejamos a la derecha (con cierta nostalgia) la ruta que va a Estambul. No cabe duda de que estamos en el tiempo de las despedidas. Circunvalamos Keşan y, ahora sí que sí, enfilamos hacia Ipsala, que así se llama el puesto fronterizo entre Turquía y Grecia (país que los turcos llaman *Yunanistán*; no os podéis ni imaginar la cantidad de días que nos costó averiguar a qué país se referían).

Son extraños estos últimos kilómetros, por una carretera ancha, recta, desierta y horriblemente parcheada. La verdad es que es asfalto turco se las trae: el otro día eché un vistazo a las cubiertas delanteras, casi nuevas cuando empezamos el viaje, y quedé horrorizado al constatar el mucho dibujo que habían perdido. Entonces entiende uno de golpe por qué hay tantísimos talleres de reparación de neumáticos a lo largo y ancho de las carreteras del país.

Así, 140 kilómetros después de Eceabat, llegamos a la aduana turca, la primera que cruzamos en 26 días. Nos habían hablado horrores sobre este paso fronterizo, pero nosotros, no sé si debido al día –es sábado- o a la hora –hemos amanecido tempranito- apenas si invertimos unos minutos. Funcionarios de aspecto ceniciento sellan y

verifican nuestros pasaportes y nos permiten marchar. En el aire parece flotar el reproche implícito de *Ahora os vais con el enemigo*.

En sitios así no asomo la cámara ni por el forro, no sea que la vayamos a tener. Y es que, además, nos ha quedado más que claro que estamos ante una auténtica frontera de guerra: la carretera se halla bloqueada con barreras que obligan a desviarse; se pueden ver militares por todos sitios, incluso unidades que patrullan la orilla del río. Y en cuanto al puente sobre el río Evros, parece una reliquia de la Guerra Fría, con sus garitas acristaladas unas enfrente de otras, con soldados montando guardia velando por la soberanía. Los turcos, muy marciales, apenas si te miran. Por lo que respecta a los griegos, parece como si desviarán la vista, avergonzados de que gente de la UE les vea hacer el canelo de esa forma.

La aduana griega es más pequeña y, en consonancia con la adustez de las relaciones, se encuentra casi a dos kilómetros de la turca. Nos recibe un policía muy simpático que nos saluda con un *Hello*, a lo que nosotros respondemos con el más apropiado *Kalimera* (καλημέρα). Después de sellar el pasaporte, se nos acerca otro funcionario para preguntar si traemos alfombras, tabaco, obras de arte... Respondo a todo que no, hasta que llega al apartado mascotas. Lo más curioso es que se limita a verificar si el certificado de salud internacional está en regla, por Chandra ni pregunta.

Los trámites son aun más breves que los de la contraparte turca, ante lo cual doy las gracias: *evjaristó* (ευχαριστώ). No hay duda que por nacionalidad somos unos *enchufaos*, basta ver que el trato a los emigrantes turcos es bien distinto: siento lástima por los pasajeros de un autobús, obligados a bajar y a abrir todas sus maletas una por una.

Es difícil describir la euforia que nos asalta al entrar en Grecia. Tal vez sea porque hemos superado el último trámite aduanero, o quizá por haber dejado atrás las temibles carreteras turcas. Por contraste, ante nosotros se extiende una cinta de seda denominada *Εγνατία Οδός* (Vía Egnatia), que a lo largo de 700 kilómetros cruza el Norte del país para plantarse en Igoumenitsa, de donde parten los barcos para Italia y donde tenemos que estar para el 21, esto es, dentro de seis días.

Por cierto que ahora da uno gracias al año que estudió Griego en el instituto porque -aunque la lengua actual poco tiene que ver con la clásica-, lo que no ha cambiado ha sido el alfabeto, y eso ayuda lo suyo. De todos modos, al menos en la autopista, los indicadores aparecen en caracteres griegos y latinos.

No hay mucho tráfico en la autopista. Los coches que nos adelantan o bien son griegos o tienen matrícula francesa. Si a la ida coincidimos con los emigrantes que viven en Alemania, Austria o Suiza ahora lo hacemos con los que residen y trabajan en Francia. Me pregunto por cuántos millones estará formada la diáspora turca en Europa.

Pasamos junto a Alexandroupoli y ni nos enteramos pues esta carretera, al ser nueva, evita las aglomeraciones urbanas. Paramos en un área de servicio y aprovechamos que hay grifos para repostar agua. Lo que no ha cambiado nada es el intenso calor.

A estas alturas ya nos hemos dado cuenta –nadie es perfecto- de que no hay gasolineras en la autopista, de modo que 100 kilómetros después de la frontera. en la ciudad de Komotini, nos desviamos en busca del preciado combustible. En contraste con Turquía, llama la atención lo desierto que está todo. Damos con la gasolinera y lleno el depósito. 1,09/litro. Más barato que en Turquía, evidentemente, aunque también, como veremos después, más caro que en otros sitios, sin duda por proximidad a la Vía Egnatia.

Lo que no me cuadra es la explicación que da el gasolinero cuando le pregunto por cómo llegar a Porto Lagos, localidad de la costa donde hemos pensado quedarnos. Según él, debemos continuar por la autopista, pero eso no cuadra con la información del mapa: la siguiente salida está tan adelante que a continuación tendríamos que retroceder. En consecuencia, hacemos caso a nuestro instinto y cruzamos por debajo de la Vía Egnatia y nos dirigimos hacia el Sur. En principio es la opción correcta, lo que ocurre es que, debido a una confusión cartelera, en vez de ir por la carretera vieja nos vamos por la ultravieja, que más bien parece un camino de cabras. Mientras nosotros penábamos yo veía circular coches a gran velocidad por una vía paralela, pero hasta un rato después no caí en la cuenta de que fueran en la misma dirección que nosotros. 27 kilómetros después de Komotini, a la una hora española –en Grecia sigue siendo GMT +2- llegamos a la pequeña localidad de Porto Lagos. Mientras, se ha nublado.

Hace un rato pasamos un desvío que absorbía todo el tráfico. Es la carretera que lleva a Fanari, sin duda un centro turístico estival con playita. Pero eso a nosotros no nos interesa, lo que buscamos es un sitio tranquilo donde poder descansar.

El puerto de Porto Lagos, valga la redundancia, cuenta con una explanada enorme, donde paramos. No hay nadie pululando por ahí. Los restaurantes, sin embargo, se hallan abarrotados. Mientras Bego prepara la comida, Chandra y yo nos vamos a dar una vuelta. Llegamos hasta la iglesia de la Metamorfosis (o Transfiguración), de

considerables dimensiones, al lado de la cual se levanta una primitiva capilla. Muy cerca de aquí, al pasar, hemos dejado de lado sin verla la iglesia y la capilla de San Nicolás, que se yerguen sobre sendos y diminutos islotes accesibles por una pasarela de madera. De golpe soy consciente de la invisible membrana religioso-cultural que hemos atravesado hace pocas horas, en virtud de la cual en vez de minarettes ahora veo campanarios. La verdad, creo que voy a echar de menos al almuédano y su constante e impertérrita llamada a la oración.

La capilla se encuentra abierta y me asomo a echar un vistazo. El ambiente interior y, sobre todo, los iconos te trasladan instantáneamente a algún lugar más al Norte y al Este, porque lo cierto es que sigue pareciéndome raro que un país tan meridional profese la fe ortodoxa.



Autocaravana en Porto Lagos



Porto Lagos



Puerto e iglesia



Iglesia (y capilla) de la Metamorfosis

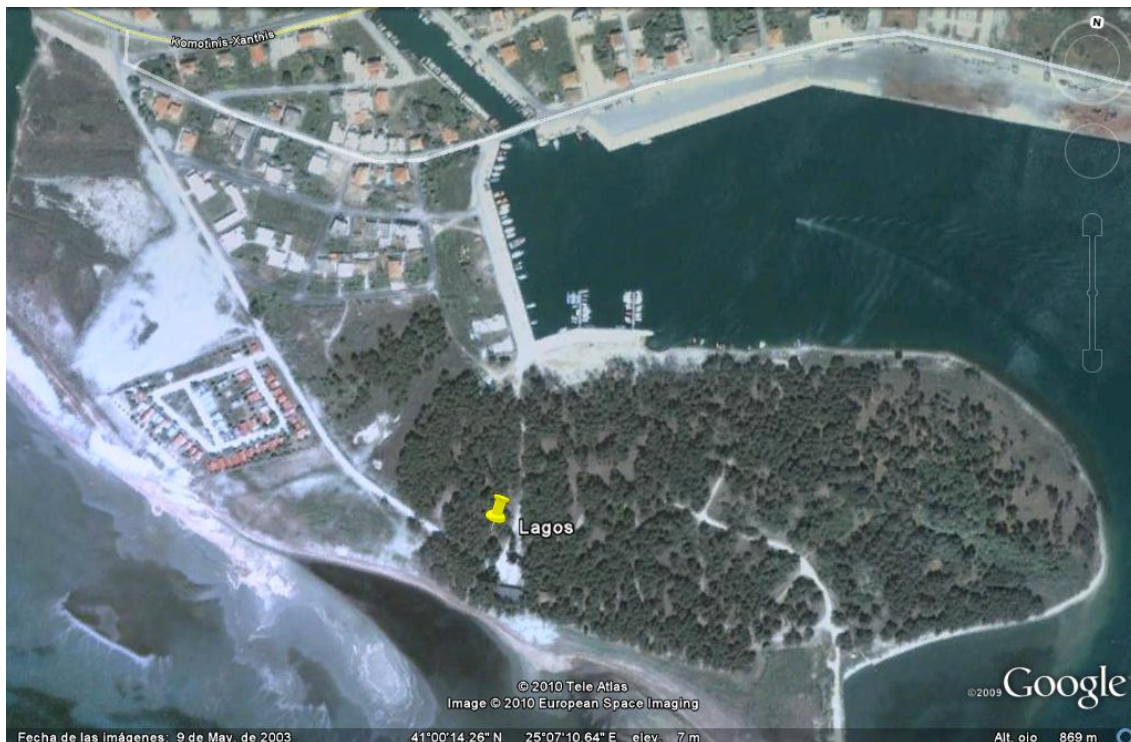


Interior de la capilla

Porto Lagos se asienta sobre una franja de arena que cierra casi totalmente el lago Vistonida, lugar protegido por su importancia para las aves y que, en cierto modo, recuerda al Aveiro portugués. Como cualquier zona de marismas también alberga –lo descubriremos esta tarde- una considerable colonia de mosquitos.

Tras la comida y la siesta, nos vamos a dar una vuelta. Tenemos claro que nos quedamos aquí a dormir, pero nos gustaría dar con algún sitio más recatado. Lo encontramos en un pinar que hay al Sur del pueblo y del puerto (41° 0'9.62" N 25° 7'8.21" E). Hay por aquí las ruinas de algunas instalaciones turísticas, y también una

autocaravana suiza enorme, aparcada a la vista del mar. Regresamos a por la nuestra y nos colocamos a discreta distancia, un poco hacia el interior.



En esta zona no hay playa sino bajíos de cieno (Chandra se lleva un buen susto al hundirse hasta las corvas), por eso se ven pocos turistas. Un poco más allá se halla un pequeño camping a base de bungalows. Salvo esto, y una chica que pasa petardeando con su vespino media docena de veces, se puede decir que es un sitio tranquilo.

De todos modos oscurece pronto. Eso y el ataque de los feroces mosquitos hace que nos retiremos a la auto más pronto que tarde.

Kilómetros etapa: 263

Kilómetros viaje

Tierra: 9.337

Mar: 700

16 DE AGOSTO: DE PORTO LAGOS A NEA IRAKLITSA

Hoy es domingo. Esta mañana, como era previsible, no nos ha despertado el almuédano, sino el señor cura a través de los altavoces de la iglesia. Como ya descubrimos en Ravanica, la misa salmodiada viene a durar hora y media, y la retransmiten al exterior íntegra y en directo, será a ver si se le pega algo al personal.

Oficios religiosos aparte, nos damos cuenta de lo certera que fue la intuición que nos empujó ayer a marcharnos del puerto: lo que era una explanada vacía se halla cubierta en su totalidad y como por arte de magia con los puestos de un super-mercado callejero. De haber dormido ahí, seguro que nos habrían aporreado la puerta a las cinco de la mañana para que ahuecáramos.

Es nuestra primera oportunidad de mezclarnos con la población local, de modo que aparcamos la auto en la linde del pinar y nos metemos en el mogollón. En principio no se diferencia mucho de un mercadillo español. Me chocan, eso sí, algunas mujeres con indumentaria musulmana: y yo que creía que, como fruto de la enemistad, Grecia era en la actualidad un país racialmente homogéneo.



Mercadillo de Porto Lagos

Comparamos fruta y verdura, algo de ropa y un CD pirata de música griega que resulta que trae sólo cinco canciones. Por cierto que es un placer pagar de nuevo en euros, y que el cambio te devuelvan en monedas con el tetracama de la lechuza. Para nosotros esta moneda tiene un significado especial, ya que el 1 de enero de 2002 -fecha de entrada en vigor de la moneda comunitaria-, nos hallábamos precisamente en Grecia. Era tal mi ansia de poseer y palpar el nuevo efectivo que en la cafetería del barco que nos llevaba de Santorini a Naxos le propuse al camarero pagar en dracmas y que me devolviera el cambio en euros. El chaval se negó en redondo: una cosa era convivir durante seis meses con las dos monedas y otra muy distinta empezar el año con piruetas matemáticas.



Entonces lo primero que hice ese 1 de enero, nada más llegar a Naxos, fue irme a un cajero automático y sacar unos cuantos billetes de nuevos y flamantes euros. Y cuando volvimos a España me llevé todas las monedas que pude, y anda que no fardé ni nada enseñándole a todo el mundo la lechuza de Atenea (lo cierto es que los euros patrios, con Juan Carlos en el anverso, eran bastante menos *cool*).

Dejando de lado estos recuerdos viajero-crematísticos, volvemos a la auto con la compra e iniciamos viaje. Nuestro destino es la ciudad de Kavala, a 80 kilómetros de distancia. Cuando salimos del pueblo paro y me bajo a hacerle fotos a una de estas iglesias en miniatura de las que jalonan las carreteras griegas, y que siempre nos pillan tan a trasmano que no hay forma de enchufarles la cámara.



La iglesita, el iconostasio o como se llame

Retomamos la Egnatía Odós a la altura de Xanthi. Es divertido viajar por Grecia, porque parece una clase de Etimología: cruzamos el *Nestos Potamos* (río Nestos); un poco más allá está la ciudad de *Drama*, y cercano a Kavala se encuentra el monte *Símbolo*.

Tras una equivocación que nos lleva al puerto moderno, entramos en la ciudad y tenemos la suerte de encontrar aparcamiento justo al lado del acueducto erigido por Solimán el Magnífico.

<http://es.wikipedia.org/wiki/Kavala>



El acueducto



Palomar en el acueducto

Kavala es una ciudad compacta, recostada contra la sierra. Como toda urbe con puerto natural, su historia es antigua, se remonta al siglo VI a. C. Tiempo después, aquí se escondieron los asesinos de César -Bruto y Casio Longino-, y de aquí salieron para ser derrotados por Marco Antonio y Octavio en la batalla de Filipos, unos 14 kilómetros al Noroeste.

http://es.wikipedia.org/wiki/Batalla_de_Filipos

De Kavala me llama mucho la atención que perteneciera a los turcos nada menos que hasta 1912: antayer, como quien dice. Seguramente a ello se deba la atmósfera oriental que reina en la parte vieja, y que en cierto modo recuerda a la Amasra del Mar Negro. Por si fueran pocas las reminiscencias, en la parte alta se erige una estatua ecuestre de Mehmet Alí, que nació en Kavala en la segunda mitad del siglo XVIII, y que llegó a ser *pachá* de Egipto. Parece que a los kavalenses les agrada su importante paisano, por muy turco que fuera.



Mehmet Alí galopa y corta el viento



Esto del griego es *mu* fácil



Kavala frente al mar



Este pórtico recuerda mucho al de las mezquitas



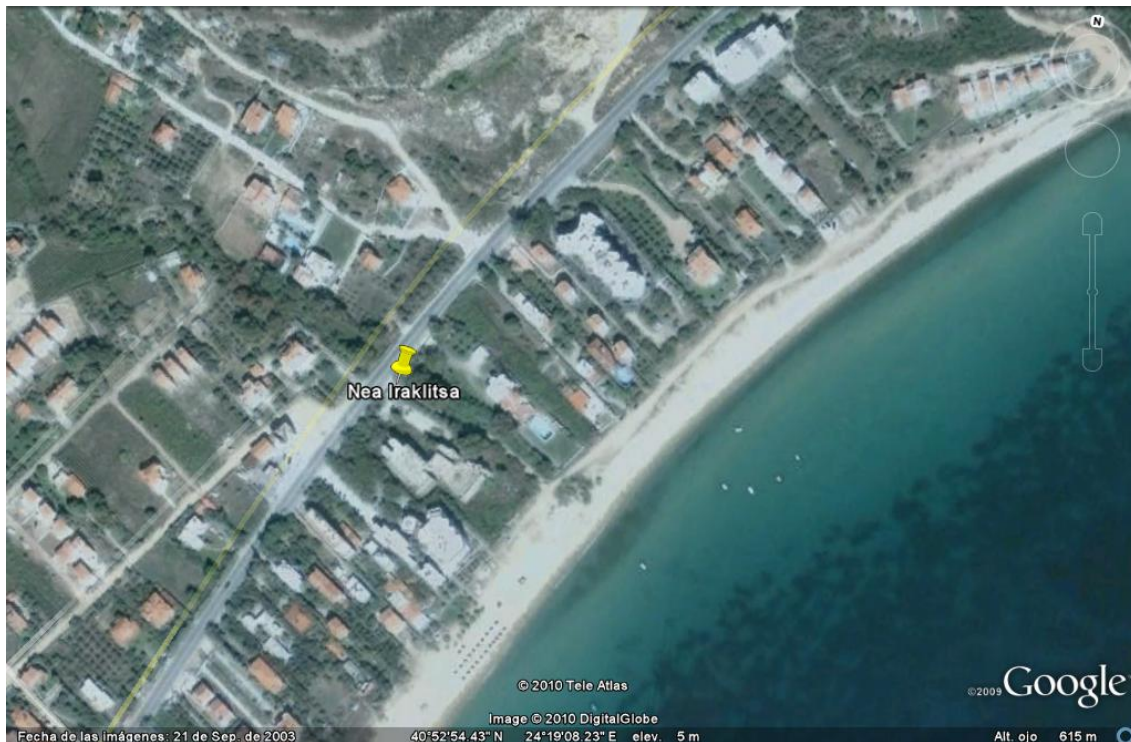
Milenario Mediterráneo



Los griegos siguen llamando *Constantinopla* a *Estambul*

Tras la vuelta de rigor volvemos a la auto. Hablar de calor a estas alturas resulta ya aburrido. Hay muy poca gente por la calle, deben de estar todos en casa o en la playa.

Atravesamos la ciudad, pero en lugar de buscar la autopista continuamos por la carretera vieja, que ya va siendo hora de encontrar un sitio para comer. Al ser la costa rocosa y accidentada el asunto no pinta fácil, pero que 13 kilómetros después del acueducto descubrimos desde lo alto una bahía amplia y arenosa en la que hay coches aparcados, e incluso una autocaravana. La cuestión es encontrar un sitio por el que acceder a ella. De pasada atisbamos una entrada entre las casas, así que damos la vuelta y nos metemos por allí (40° 52'53.83" N 24° 19'3.60" E).



El camino tiene algo más de cien metros. Cerca ya de la playa se ensancha lo suficiente para que podamos estacionar en el centro, semiprotégidos por unos árboles. Nos vamos a bañar por turnos.

Las viviendas que hay entre la carretera y la playa son fundamentalmente chalets de una o dos plantas. La urbanización pertenece al municipio de Nea Iraklitsa, cuyo casco urbano se divisa hacia el Sur, al final de la ensenada.

El agua está tibia, espejea y se ve increíblemente transparente. Qué diferencia con la del Mediterráneo español. ¿Es que acaso aquí no hay contaminación?

El sol no toma el rumbo que habíamos calculado, y se pasa la tarde atizando el costado de la auto. Pero no estamos peor que otras veces, yo creo que ya nos hemos acostumbrado a esto de la combustión lenta. Y cuando uno no aguanta más tenemos el mar ahí al lado.

Transcurre la siesta y deliberamos sobre el siguiente paso. Nuestra idea original era continuar ruta después de comer y pernoctar en algún lugar cercano a Tesalónica. Pero lo cierto es que este sitio está tan bien, y nadie nos espera, y quedan tan pocas horas de luz...

Me acerco nuevamente a la playa para a la procura un lugar apropiado. Evidentemente podríamos salir hasta ella con la auto, pero el badén originado por un cauce de agua seco hace que no podamos pasar a la izquierda, que es la zona más

despejada. La autocaravana que estaba aquí cuando vinimos ya se ha marchado. Como no ha pasado por donde estamos nosotros, resulta obvio que debe de haber otro camino. Llego hasta donde termina la playa y, efectivamente, doy con una rampa encementada. Subo hasta arriba para localizar el lugar exacto de la carretera de donde arranca. La verdad es que es muy pero que muy empinada, pero si la otra ha bajado y subido (y además era una capuchina) entonces nosotros también.

Vuelvo a la auto y le explico a Bego los pormenores. Salimos a la carretera y desandamos unos cientos de metros hasta dar con la entrada en cuestión. La verdad es que da auténtico yuyu tirarse por ahí para abajo. Y por si fuera poco es bien estrecha, me encomiendo mentalmente a San Cofronisio para que a ningún coche le dé por subir justamente ahora.

Llegamos al nivel de la playa sin dificultad. Entre ésta y las viviendas se extiende un amplio espacio de tierra apisonada por el que se circula sin problemas. Un tío, a buen seguro propietario de chalet, se nos queda mirando fijamente y lo mismo hasta se plantea decirnos algo, pero nosotros nos vamos más allá y quedamos fuera de su radio de acción. El lugar que he escogido, además, se halla justo enfrente de un chalet en obras. Así nadie se podrá quejar de que le robamos la vista.

Sacamos las hamacas y nos sentamos a ver cómo cae la tarde sobre el Egeo. Enfrente tenemos un pequeño islote y, 25 kilómetros mar adentro, la isla de Thasos en la que paulatinamente se van haciendo visibles las luces de los pueblos.

Poco a poco la gente se va marcha de la playa, y los coches también. Al final nos quedamos solos. Si van a decirnos algo, éste es el momento, que luego se hace de noche y todos los gatos son pardos.

Toca afrontar ahora un problema mucho más acuciante, a saber: tenemos el cassette de las negras lleno a rebosar. Como no es cuestión de vaciarlo en mitad de la playa, recurro a la estratagema inaugurada en este viaje y empleada una sola vez, el día de Alaçam: vaciar los 20 litros en una bolsa de basura tamaño familiar y echarla luego en uno de estos contenedores semienterrados en la arena.

Si, tal y como sospecho, los vacían a mano de veras que lo siento por el pobre que tenga que lidiar con la megabolsa. Por su bien espero que no se le ocurra abrirla; yo, por si acaso, la he dejado atada y bien atada.

Kilómetros etapa: 87

Kilómetros viaje

Tierra: 9.424

Mar: 700

17 DE AGOSTO: DE NEA IRAKLITSA A METEORA

Hoy amanecemos bien tempranito, pues se avecina un largo día de viaje. Salimos de la playa y subimos hasta la carretera por la empinada rampa. Un poco más adelante vemos un amplio sector de costa sin construcciones anejas y con bastante mejor acceso que donde hemos dormido (incluso hay un par de autocaravanas). Esto es lo que tiene el desconocer el terreno. Antes de meternos en la autopista paramos en un Lidl a hacer la compra, que resulta ser una gozada por dos motivos: primero, porque los artículos que venden son reconocibles y reconocidos. Segundo, porque los precios cotizan a la baja si los comparamos con los de Turquía. Sirva de ejemplo la botella de licor griego que compramos y que se llama *ouzo*. Es similar al raki, aunque algo más anisado y con *sólo* 40 grados. La diferencia es que aquí nos cuesta 3,19 euros, casi la tercera parte que la botella turca.



Calle Olimpo. ¿Quién no querría vivir en ella?

ΟΥΖΟ 40% 0,7L	3,19	19,00%
TRIDENT SEN.ΠΟΙΚ.54G	2,09	9,00%
ΟΥΖΟ 40% 0,7L	3,19	19,00%
ΜΟΥΣΛΙ ΣΝΑΚ 200G	1,39	9,00%
VELTINS ΜΠΥ.ΠΙLS0,5L	0,69	19,00%
ΜΠΥΡΑ Pils 0,5L	0,42	19,00%
FINKBR. ΜΠΥΡΑ 0,33L	0,32	19,00%
ΜΠΥΡΑ Pils 0,5L	0,42	19,00%
VELTINS ΜΠΥ.ΠΙLS0,5L	0,69	19,00%
ΜΠΥΡΑ Pils 0,5L	0,42	19,00%
ΜΠΥΡΑ Pils 0,5L	0,42	19,00%
VELTINS ΜΠΥ.ΠΙLS0,5L	0,69	19,00%
ΜΠΥΡΑ Pils 0,33L	0,37	19,00%
ΜΠΥΡΑ Pils 0,33L	0,37	19,00%
ΜΠΥΡΑ Pils 0,33L	0,37	19,00%
ΜΠΥΡΑ Pils 0,33L	0,37	19,00%
VELTINS ΜΠΥ.ΠΙLS0,5L	0,69	19,00%
FINKBR. ΜΠΥΡΑ 0,33L	0,32	19,00%
ΜΕΡΙΚΟ ΣΥΝΟΛΟ	18,71	*
ΠΛΗΡΩΜΗ		
EURO ΜΕΤΡ.	20,00	
ΡΕΣΤΑ	1,29	
ΣΥΝΟΛΟ ΜΕΤΑ ΦΟΡΟΥ	18,71	*
	EURO/EΥΡΩ	
ΑΡ. ΑΠΟΔΕΙΞΗΣ ΕΣΟΔΟΥ :	67	
ΑΡ. ΔΕΛΤΙΟΥ:	67	
17/08/2009	ΧΕΙΜΕΡΙΝΗ ΩΡΑ: 08:41	
	ΔΗΒ 06002142	
	ΝΟΜΙΜΗ ΑΠΟΔΕΙΞΗ - ΑΛΞΗ	

La cuenta del Lidl

Del *ouzo* guardo un nítido y agradecido recuerdo de nuestra anterior estancia en Grecia: a la mañana siguiente de nuestra llegada a Naxos (2 de enero), un temporal de frío y nieve nos dejó incomunicados: no salían barcos para Atenas, ni tampoco aviones. Con estupor vimos cómo caían los copos sobre el Egeo. En cuanto a la isla, que teníamos previsto recorrerla en coche de alquiler, sólo conocimos la capital.

Como es habitual en estos casos, nadie se ocupó de nosotros, y tampoco nadie proporcionaba información. En la tele (sólo cadenas griegas, ninguna en inglés) lo único que se veía era a las quitanieves del ejército desembarazando carreteras -hacia cuarenta

años que no nevaba en Atenas-, y lo único que entendíamos al locutor era *μεγάλα προβλήματα* (grandes problemas). Por nuestra cuenta descubrimos dónde estaba la Capitanía del puerto. Allí sí hablaban inglés, se portaron muy amables y nos dijeron que cada seis horas recibían el pronóstico meteorológico, que podíamos preguntar cuando quisiéramos, y eso hacíamos cada mañana. A la vuelta, el viento soplaba tan fuerte que evitábamos el paseo marítimo y nos internábamos por las callejuelas del centro. Fue una situación de absoluta y total emergencia.

Teníamos previsto permanecer en la isla tres días, y al final fueron cinco. Mientras vagábamos como almas en pena por tan limitado espacio aprendimos a lidiar con Windows en griego en el ciber de la esquina, a mí me dio tiempo de leerme *Zorba el griego* en inglés y descubrimos a Pantelis Thalassinos, uno de cuyos discos compramos (enfundado en celofán y precintado con sello del Estado, lo que da idea de la acongojante piratería que en Grecia debe de haber.)

La canción suya que más me gusta se llama *Ta smyrneika Tragoudia* (La tragedia de Esmirna), y habla de cuando, en 1920, los turcos expulsaron de Esmirna a la población griega.

<http://www.youtube.com/watch?v=9IbN9NKHTLM&feature=related>

Sin saber cuándo iba a terminar aquello, estábamos la quinta noche cenando en un restaurante tristes y amurriados. Al terminar nos preguntó el camarero si deseábamos postre, café o un vaso de *ouzo*. Optamos por el *ouzo*, por no haberlo probado nunca, y nos gustó tanto que pedimos otra ronda. Nuestras risas resonaban por el restaurante vacío, y el camarero nos miraba con cara de preocupación. Cuando regresamos al hotel íbamos más contentos que unas pascuas, dándonos un bledo del frío, de la nieve que caía, del trabajo que ya nos esperaba en España.

A la mañana siguiente, antes de desayunar, tuve una intuición, y le pedí a Bego que llamara a Capitanía. Respondieron que sí, que había barco, y que zarpaba dentro de dos horas, de modo que recogimos el equipaje a toda prisa y nos fuimos corriendo para el puerto. Allí hubo que darse de codazos con una multitud surgida de no se sabe dónde y que pretendía justo lo que nosotros: embarcar. A pie de escalerilla, nuestros tickets de tres días antes fueron dados por buenos (anteayer, en una agencia de viaje nos *sugirieron* que los adquiriéramos de nuevo -a ellos-, y que al llegar a Atenas reclamáramos el importe de los antiguos). De El Pireo directos al aeropuerto, donde nos

canjearon los billetes de avión para Madrid -la única vez en mi vida que he volado con Iberia-. Esa noche dormimos en una modesta pensión de Atenas, con inolvidables vistas a la Acrópolis nevada desde la ventana.

Del frío del pasado al calor del presente. Aunque he de decir que no sólo el destilado alcohólico unifica ambos viajes: aquella vez nos quedamos con las ganas de conocer Meteora (si escogimos la opción islas del Egeo fue debido precisamente a las, valga la paronomasia, inclemencias meteorológicas). Y a Meteora vamos hoy. Para ello es menester entrar en la autopista, que sigue siendo muy nueva, muy buena y además libre de peaje. Por cierto, en ella hay dos carteles que se repiten continuamente: uno es εἴσοδος (*eisodos*), que significa entrada. El otro es el más bíblico ἐξόδου (*éxodo*), que quiere decir salida. Y es que el griego cuenta con muchas palabras de lo más eclesial: en Atenas nos tronchábamos de risa cuando descubrimos que un billete sencillo de metro se decía *canónico*. Y que al horario comercial lo denominaban *litúrgico*.

Los 140 kilómetros hasta Tesalónica los hacemos en un suspiro. Lo cierto es que a mí me gustaría mucho conocer la ciudad, entre otras cosas porque fue repoblada con judíos sefardíes invitados por el Sultán turco cuando fueron expulsados de España.

http://es.wikipedia.org/wiki/Historia_de_los_jud%C3%ADos_de_Sal%C3%B3nica

Llamada la Jerusalén de los Balcanes, conoció durante siglos un inusitado desarrollo económico y social. En ella se compuso la famosa *Nana de Salónica*, que nos habla desde el fondo de los siglos a los que nos quedamos en el solar patrio, y que dice así:

Durme, durme, chikitiko

Durme sin ansia y dolor

Cerra tus lindos ojikos

Durme, durme con sabor

De las fashas tu salirás

Y a la 'scola tu te irás

Y ahy mi chikitiko

Alef beit ambezarás

[...]

http://es.getalyric.com/escuchar/1x_a_wDG-tQ/nana_de_sal_nica_m_sica_sefard

(Para los impacientes, la letra comienza a los 2 min. 30 seg.)

Lo que ocurre es que nos hallamos en esa fase crepuscular del viaje en que no entramos en una ciudad grande si no es absolutamente necesario, y la verdad es que Salónica impone (es la segunda mayor aglomeración urbana de Grecia). Por ello, con algo de pena, continuamos camino.

Para llegar a Meteora tenemos dos caminos posibles: seguir por la Egnatia Odós hacia el Oeste o bien bajar hacia el Sur por la costa, hasta Larisa. Tal vez el primero itinerario sea el más corto, pero la posibilidad de pasar junto al monte Olimpo, muy próximo a la ruta, no se presenta muchas veces, así que optamos por el segundo. Ésta fue la gran equivocación del día: para empezar, la autopista tiene muchísimo tráfico y se halla en un estado de conservación deplorable. Además, es toda de peaje (entre Tesalónica y Larisa apoquinamos 12,6 euros). Y lo peor de todo: pese a ser la carretera número 1 del país, la que comunica Tesalónica con Atenas, aún no está terminada, y hay tramo de unos 25 kilómetros que continúa siendo vía de dos carriles. Aquí el atasco es de campeonato, agravado por el proceder de muchos conductores griegos que se cuelan por el arcén sin pudor ninguno. Aunque sin duda el culmen surrealista lo pone la cabina de peaje que han colocado ¡en plena obra! Llegas renqueando por el atasco, tragando polvo, y en mitad de ninguna parte te encuentras con la garita pidiendo dinero. Miro insistentemente al chaval que cobra, pero éste desvía la vista, quizá avergonzado. Por si la guasa fuera poca, no nos hallamos sobre el futuro trazado, sino en un desvío: la autopista no va a pasar por aquí sino por un túnel que están excavando un poco más allá. Uno está harto de ver peajes que se mantienen décadas después de finalizadas las obras, pero esto de que te las cobren por adelantado... Pues sí que deben de estar mal las arcas del Estado.

Todo lo anterior contribuye a que lleguemos a Larisa en un estado de fatiga y cabreo considerables. Por eso, en cuanto enfilamos la carretera 6 (E 92) nos ponemos a buscar un sitio para comer. Lo encuentro en una gasolinera con amplio aparcamiento alrededor. Lleno el depósito y pregunto si podemos parar a descansar. Me dice que sí, y me arrimo a la sombra de unos árboles. Estamos faltos de agua, así que mientras Bego cocina yo me voy a dar una vuelta por los alrededores en busca de un grifo. Pese a que

detrás de la gasolinera hay un taller, no encuentro agua por ningún lado, hasta que al regresar a la auto descubro que hemos aparcado casi al lado de una toma. Feliz entre los felices, lleno el depósito de limpias, también el del enfriador y a comer y descansar, que son dos días.



Y enfrente, Meteora

Esperamos a que baje un poco el sol y nos ponemos de nuevo en camino. Estamos ya muy cerca de Kalambaka, que así se llama el pueblo que se encuentra por debajo de Meteora.

Y es que éste es uno de esos sitios que, en cuanto lo ves en fotos, dices: tengo que ir ahí como sea. A nosotros nos ha llevado ocho años.

<http://es.wikipedia.org/wiki/Meteora>

Meteora significa literalmente *en el aire*, y la verdad es que no puede haber nombre más acertado para definir a estos monasterios erigidos sobre altísimos tocones de

piedra, y que florecieron a partir del siglo XV. Llegó a haber hasta 24 recintos monacales, de los que hoy sólo subsisten 6, cuatro de monjes y dos de monjas.



Agios Stéfanos

A la entrada de Kalambaka aparece señalizado el desvío hacia los monasterios. Tras mucho subir nos desviamos hacia la izquierda y damos con el primero, que es el de Agia Triada. Continuamos hasta el final de la carretera, que es donde está el de Agios Stéfanos. Aquí paramos y nos vamos a dar una vuelta a pie hasta el borde de los vertiginosos riscos. En el aparcamiento hay una autocaravana alemana y otra polaca. También coches de matrícula griega de los que se bajan españoles. Nuestra primera intención es siempre saludar, pero hacen tanto el gil y dicen tantas tonterías, sabedores de hallarse en país extranjero, que optamos por pasar desapercibidos.



Kalambaka desde lo alto



Agia Triáda



Chandra se asoma al precipicio. Al fondo, Agia Roussánou



Agios Nikolaos Anapáfsas



El pope y la abadesa

Cae la tarde y la luz baja muy deprisa, de manera que volvemos a la auto para continuar la visita. La siguiente parada es un mirador desde el que asistimos a una puesta de sol color naranja, y después el monasterio de Varlaám. Justo enfrente de éste encontramos un lugar que nos parece idóneo para pernoctar, en lo alto de un promontorio rocoso donde ya se han instalado la autocaravana polaca. El monasterio se halla ya cerrado, pero es posible acceder al tramo exterior de escaleras, que se eleva por el lateral de la pared de piedra.

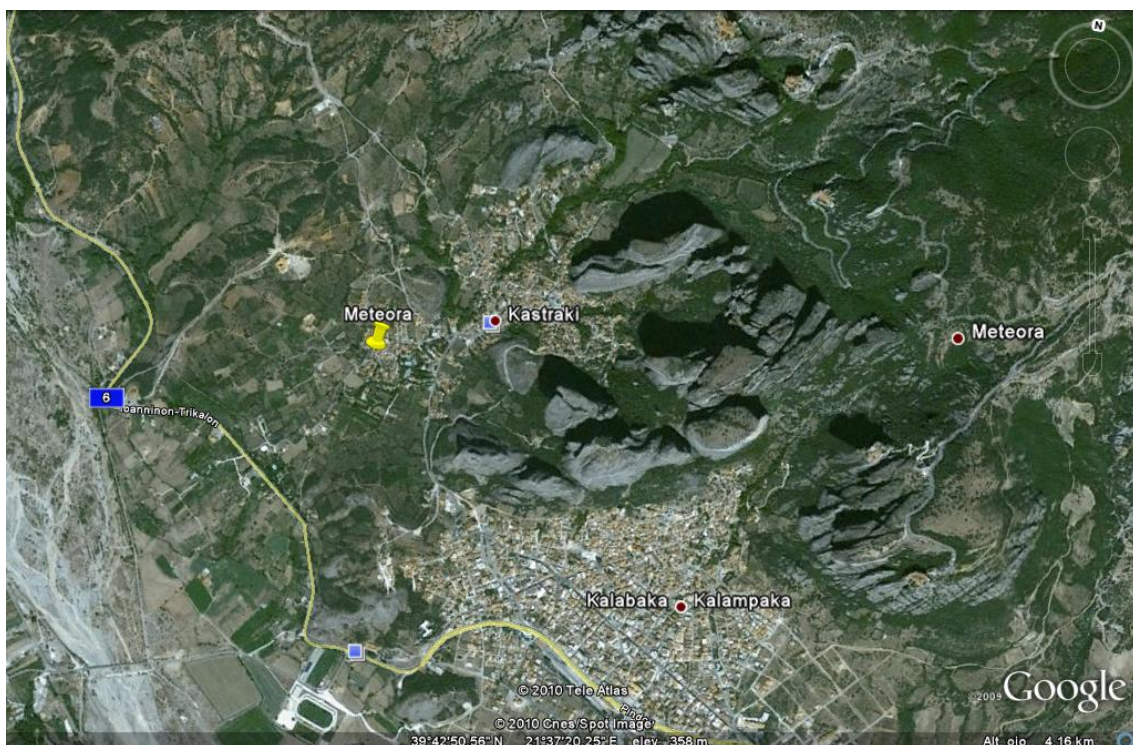
Aparte de nosotros y los polacos hay cuatro o cinco autocaravanas más. Ya es noche cerrada, los turistas se han ido y estamos preparando la cena. Entonces llega un coche y llaman a nuestra puerta. Por precaución, Bego abre la ventana de la cocina y contesta. El de fuera, muy educadamente y en inglés, declara ser el guarda de los monasterios, que dormir allí está *forbidden*, y que tenemos que marcharnos. Luego se va a decirles lo mismo a los de al lado.

Lo cierto es que era esperable algo así (de hecho, hemos visto algunas señales con una caravana tachada) en un sitio tan visitado; nuestra desazón, aparte de la molestia de

tener que moverse, es que vamos a quedarnos sin ver amanecer en tan increíble sitio. Da rabia, pero optamos por no complicarnos la vida y bajar.

La carretera a los monasterios forma una especie de circuito, de modo que salimos en sentido contrario a por donde entramos. Por el camino nos cruzamos con dos autocaravanas italianas que suben. Tentado estoy de parar y avisarles de que están echando a la gente, pero cuando quiero darme cuenta ya han pasado. En fin, que cada palo aguante su vela.

Terminamos el descenso y llegamos a la pequeña localidad de Kastráki. A la entrada lucen, bien lustrosos, los carteles de media docena de campings. Por lo que a nosotros respecta no estamos dispuestos a plegarnos a semejante extorsión, de modo que emprendemos la difícil tarea de encontrar un sitio idóneo en medio de la oscuridad y en mitad del pueblo. Por fin lo hallamos; no es que sea precisamente llano, pero menos da una piedra (39° 42'49.34" N 21° 36'46.05" E).



De un chalet cercano asoma una mujer a curiosear. Pido a los dioses del Olimpo que no nos dé la vara ni se le ocurra llamar a la policía, que con una por hoy ya hemos tenido bastante.

Kilómetros etapa: 388

Kilómetros viaje

Tierra: 9.812

Mar: 700

18 DE AGOSTO: DE METEORA A IOÁNNINA

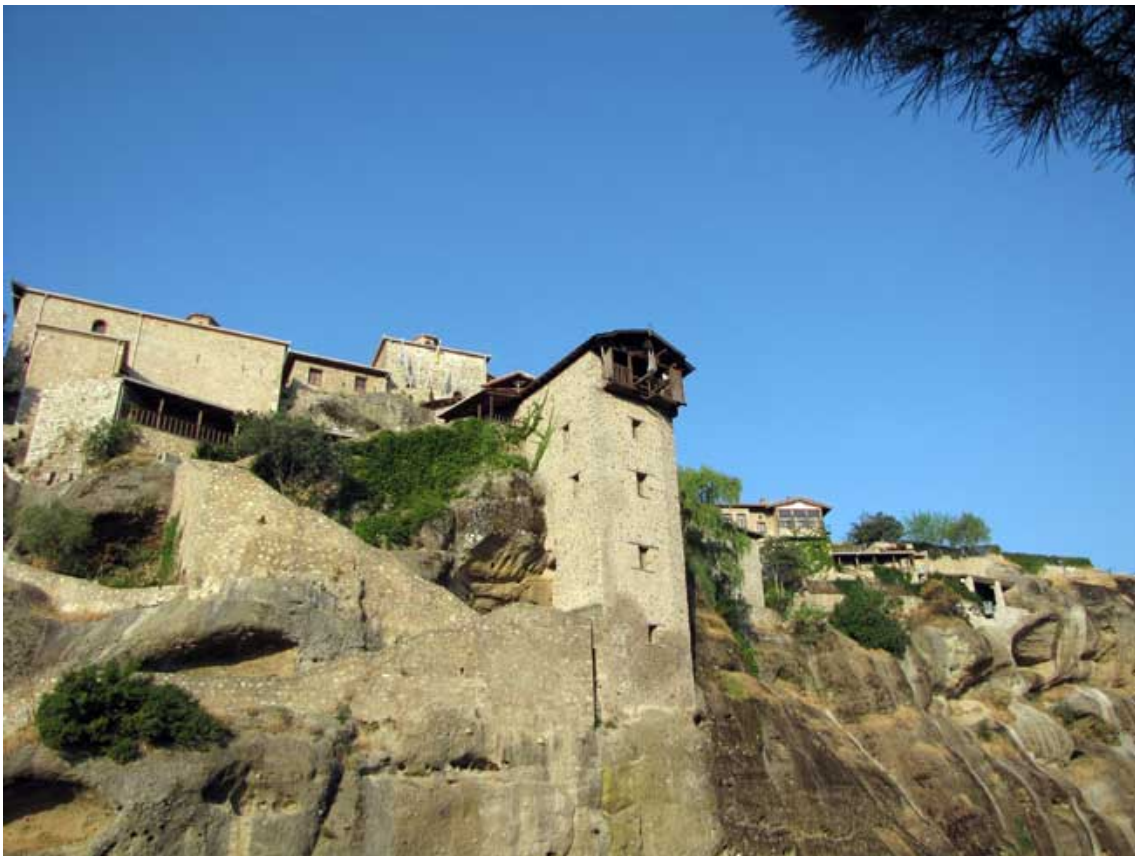
Antes de nada he de decir, por si no ha quedado claro aún, que nosotros somos personas pacíficas y poco amantes de líos. Pero también sumamente cabezotas cuando consideramos que han sido menoscabado nuestros derechos: hemos dicho que queríamos ver amanecer y veremos amanecer: a las cinco suena nuestro despertador, y a las cinco y media estamos otra vez arriba. Para nuestra sorpresa, las dos autos italianas con las que nos cruzamos anoche están aquí, lo que significa una de dos: o que hicieron maldito caso al guarda o que éste no era tal, sino un infiltrado de los campings que cada noche hace un barrido de la zona a ver si consigue alguna presa fácil que pase por caja. Sea lo que fuere, a estas alturas nos la suda.



Esa cajita que flota en el medio es el teleférico de Varlaam



Varlaam con Agia Roussánou al fondo



El montacargas de Mégalo Meteoro



Estrictas medidas de pudor

Lo primero es subir con la auto hasta el Mégalo Meteoro, el monasterio que nos queda por ver. Una mujer mayor que ya tiene abierto su chiringuito de souvenirs nos previene diciendo que hoy está *closed* (existe un horario alterno en función del día de la semana, de manera que mientras unos cierran otros están abiertos), pero eso nos da igual: sólo queremos mirar por fuera, ya que a nuestro escaso interés por ver el interior se le suman los estrictos requisitos de vestimenta y el mosqueo por la expulsión de anoche; desde luego, no seremos nosotros quienes hagamos gasto.

En cambio sí que nos acercamos a la tienda de la buena señora con intención de adquirir alguna chuchería. Yo me compro una medalla que en espirales lleva inserto un indescifrable alfabeto, y estoy a punto de irme cuando me fijo en una campana de bronce al estilo de las que llevan los barcos con la palabra *Greece* grabada en el exterior. No me gusta llevarme objetos de recuerdo que no sé dónde voy a colocar, pero esta campana ya tiene asignado su sitio en el porche de casa, de manera que pregunto lo que vale -25 euros- y me la llevo. Después veré que por dentro tiene una etiqueta en la que se lee 40 €. Parece que la crisis también está haciendo estragos por aquí.

Movemos la auto hasta donde pensábamos dormir en compañía de polacos. Éstos no están -los hemos visto aparcados en el pueblo-, pero sí un coche de matrícula española. Sus dueños, una pareja treinteañera, están recogiendo los sacos con los que han hecho vivac. Nos saludamos. Les pregunto si no vino anoche un guarda a darles la barrila y responden que no, que llegaron bastante tarde, y entonces paso a relatarles nuestra peripecia. Replican que desde luego no echarán a las autocaravanas por molestar, porque anoche a las tantas llegó un coche cargado de gamberros y estuvieron liándola y pegando berridos en el aparcamiento de Agia Roussánou, visible desde aquí, y que no apareció nadie para echarlos. En fin, lo de siempre. ¡Nos recuerda tanto al hogar patrio!

Pasamos un buen rato hablando y disfrutando de la tranquilidad mañanera que aún no presagia oleadas de turistas. Ellos son de Madrid, y han venido hasta Macedonia porque el hermano de ella se casaba con una chica de Skopje. Como les caía a mano, han aprovechado para entrar en Grecia. Los padres de ella están alojados en un hotel de Kastraki, al parecer no les entusiasmaba la idea de pasar la noche bajo las estrellas.

Nos despedimos. Ellos van a bajar a ver si los progenitores ya se han levantado. Nosotros, por nuestra parte, queremos hacer una ruta a pie, que de tanto tiempo como hace debemos de estar ya oxidados.

Por la parte contraria al monasterio me ha parecido ver una vereda que descende. En principio, nuestra idea sería tratar de llegar hasta una cueva que se divisa en la roca-peñasco que forma la otra pared del valle, y que por cierto recuerda al mitológico monte Autana (*Wahari Kuawai*), que para los pueblos de la Amazonia venezolana es lo que quedó del Árbol de la Vida cuando éste cayó derribado.

http://montessagrados.blogspot.com/2009_02_01_archive.html

Por fortuna traemos las botas de montaña y los bastones de trekking, porque el terreno se las trae. En una ocasión tenemos que rehacer camino porque nos hemos metido en una accidentada torrentera llena de vegetación por la que resulta imposible avanzar.



¿Parece o no el tronco de un árbol?

Finalmente salimos a la carretera cerca de Agia Roussánou, y seguimos por ella unos centenares de metros. A estas horas están llegando un montón de coches particulares y autobuses que ascienden trabajosamente la cuesta y realizan las sucesivas paradas de su particular viacrucis, pero nosotros nos libramos de ellos cuando encontramos un sendero que se interna en la espesura y nos aleja del bullicio de la gente, del rugir de los motores y de sus malolientes gases.

Y es repentinamente el lugar se transforma en algo realmente mágico: estamos en la masificada Meteora y nos hemos quedado solos, libres de los caminos trillados, protegidos del sol por un dosel de vegetación. Muy por encima de nuestras cabezas sentimos gravitar la imponente masa de los pináculos de piedra como oníricos barcos a la deriva.

Por lo que respecta a nuestro Wahari Kuawai particular, lo hemos perdido de vista, y nos orientamos por puro instinto. Entonces, en un recodo del camino, nos encontramos con la tortuga.

En un par de relatos de viajes de Turquía, los protagonistas hablaban del gran número de ellas que cruzaban la carretera; claro que eso debe de estar relacionado con

la reproducción y sucederá en alguna época concreta, porque en todo el periplo turco no hemos visto absolutamente ninguna. Y hete aquí que nos la encontramos en Grecia. En casa acostumbramos a llamar tortugas a los galápagos, pero no tienen nada que ver: ésta es bastante más grande, y su caparazón más vistoso y coloreado. La que no sale de su asombro es Chandra, que con algo de aprensión huele y rehuele al extraño ser escabullido en su concha.



La tortuga



Agia Roussánou desde la cueva



En la cueva

El encuentro con la tortuga nos ha traído suerte, porque un poco más arriba damos con la cueva. Se trata de una hendidura enorme y alta, con forma de vagina. No cabe duda de que en su día el lugar estuvo habitado, pues se aprecian en la pared los huecos practicados para fijar las vigas de madera que sostenían varios pisos. También existe un conducto que, a modo de chimenea, que asciende y se pierde en la oscuridad, pero por ahí ya no nos atrevemos.

Pasamos un rato contemplando el paisaje y toda la peña amontonada al otro extremo del valle mientras nosotros, aquí, solos. Luego iniciamos el regreso, aunque esta vez por un camino con aspecto de más transitado que posiblemente provenga de Kastraki. Estamos descendiendo mucho y posiblemente el rodeo que demos sea considerable, pero el recorrido es más sencillo y se ve más expedito.

Desembocamos por fin en una pista más ancha, por la que tal vez circulen coches. Hacia la izquierda sigue bajando hacia el pueblo así que nosotros giramos hacia la derecha, con la seguridad de que antes o después acabaremos saliendo a la carretera.

Súbitamente, por la parte de abajo, aparece un automóvil. Lo conduce una chica, y lo cierto es que viene bastante rápido. Con Chandra suelta y lejos de nuestro alcance, me planto en mitad del camino para que la otra reduzca. Hay conductores que se lo toman bastante mal, pero ésta al menos no dice nada. Continúa un trecho hacia arriba hasta que de pronto las ruedas comienzan a derrapar en la piedra suelta. A mí me dan sudores ante la posibilidad de que nos pida que empujemos; por fortuna, no lo hace, sólo da marcha atrás hasta donde tiene espacio para girar con el coche. A modo de excusa o disculpa, señala al navegador instalado sobre el salpicadero, haciéndonos ver que ha sido él quien la ha traído hasta aquí. No te preocupes, hija mía: nosotros tenemos amplia experiencia en caminos de cabras por obra y gracia de nuestro TT.

Alcanzamos la carretera y continuamos por ella. Antes, al bajar, vimos un cartel de madera indicando hacia un sendero y en el que se leía: *Varlaam*. Dedujimos que debe de tratarse del antiguo camino hacia el monasterio, y que con toda probabilidad subir por allí sea más sencillo. Efectivamente, hay tramos que conservan el empedrado a lo largo de sus muchas vueltas y revueltas. La pendiente es acusada, pero por fortuna los árboles hacen sombra, igual que las cresterías de piedra. En el trayecto encontramos más tortugas, incluido el enternecedor espectáculo de una hembra con dos crías. Y yo que pensaba que estos animales eran absolutamente asociales...



Agios Nikolaos Anapáfsas



Otra tortuga

Hemos alcanzado la base del peñón de Varlaam cuando, a nuestra derecha, se oye un fuerte ruido. Ayer nos dimos cuenta de que andaban de reformas en el monasterio y que los albañiles, ni cortos ni perezosos, arrojaban los cascotes al vacío. El punto de descarga estaba por la otra cara pero por aquí, a cientos de metros sobre nosotros, también se vislumbran andamios, y el suelo está alfombrado de fragmentos de ladrillo y cascotes. Por si acaso busco en la riñonera el silbato que acostumbro a llevar conmigo, dispuesto a utilizarlo al mínimo indicio de peligro.

Finalmente, nuestra ruta se decanta por la portilla que hay entre Varlaam y el Mégalo Meteoro. Entramos, como quien dice, por la puerta de atrás, y cuando nos queremos dar cuenta andamos mezclados con las hordas de turistas que llegan al monasterio. Muy cerca de la autocaravana, un coche que se cruza con nosotros nos pita: son los de Madrid, acompañados esta vez por los padres. Por lo visto se marchan ya.

Es tal el mogollón que nos rodea que para comer optamos por mover el vehículo hacia la parte de Agios Stéfanos, a ver si allí se está más tranquilo. Como la multitud también invade aquella zona, decidimos aposentarnos en un mirador a mitad de camino. Hace mucho calor, pero dentro de la auto y con el aire puesto ya ni lo notamos.



Leaving Meteora

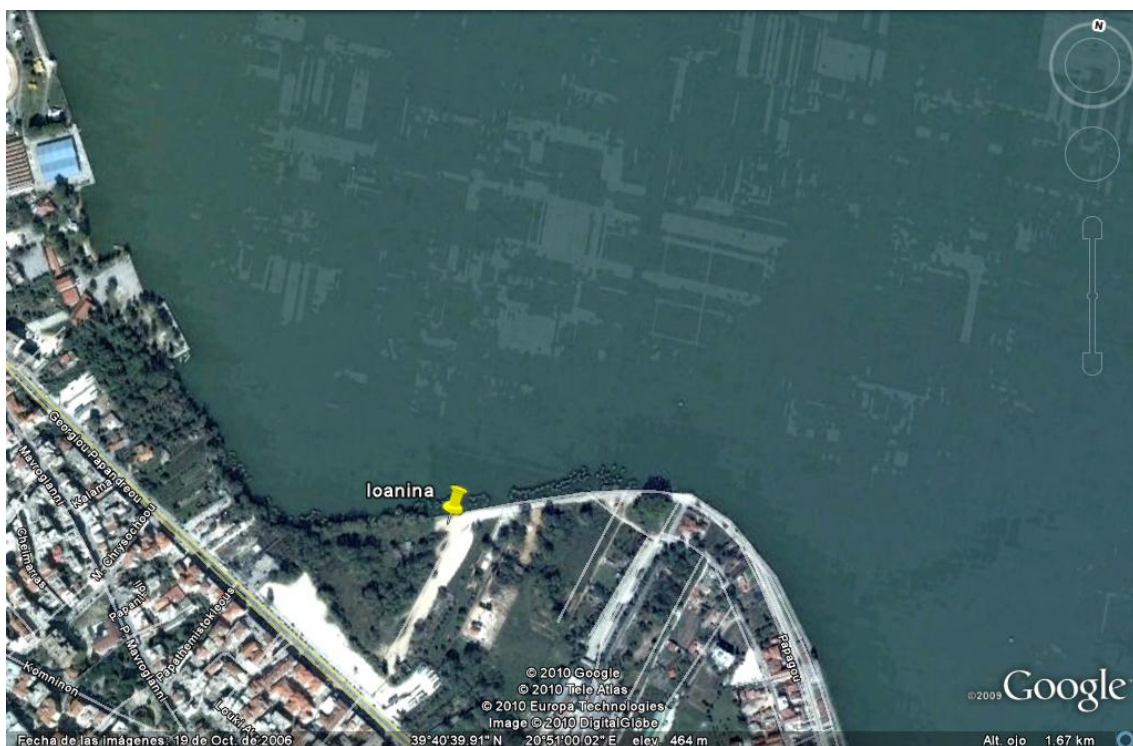
Llega el momento de reanudar viaje. Nos despedimos de Meteora convencidos de que es uno de los lugares más bellos que hemos visitado este verano. Cruzamos de nuevo Kastraki y, por la carretera 6 hacia el Oeste. Enseguida escalamos un alto puerto de montaña que nos obliga a llevar entreabierto el Thetford por miedo a indeseados géiseres. Toda la zona nos parece muy agreste y muy despoblada.

En principio la ruta de esta tarde nos tenía que llevar al pueblo recomendado por el turista italiano en Pamucak, Métsovo, pero entre medias he leído testimonios de autocaravanistas que lo definen como municipio hiperhostil a las autocaravanas (por no dejar, no te dejan ni parar), así que nos decantamos por Ioánnina. Para la hora que es se trata de un trayecto largo, pero a partir de Panagia nos incorporamos a la Odos Egnatia, terminada por esta parte no hace mucho, y que se acerca a nuestro destino bordeando el lago por el Sur (la carretera antigua lo hacía por el Norte). Todo el tramo está libre, al menos de momento, de peajes.

De Ioánnina no tenemos indicación clara de dónde podemos pernoctar, de modo que cruzamos la ciudad buscando la orilla del lago. Nos cuesta un buen rato, pues la ciudad acoge bastante turismo nacional en verano.

Bordeamos la antigua ciudadela y descartamos, por denigrante, un aparcamiento donde aceptan autocaravanas, sí, a 9 euros la noche. Lo que ocurre es que, como no caben bajo los techados metálicos concebidos para la altura de los coches, las ves aparcadas de mala manera, contra las esquinas.

Un poco más allá la cosa despeja y podemos estacionar a pie de lago. Continuamos a pie, y donde termina el paseo encontramos dos autos francesas. Ni corto ni perezoso les pregunto si tienen pensado dormir allí. Como la respuesta es que sí, regresamos a por la auto, se la dejamos al lado, a buen recaudo y nos vamos para el centro (39° 40'33.52" N 20° 50'54.86" E).



Pese a ser concurrido destino turístico, el ambiente de Ioánnina no tiene nada de cosmopolita: percibo la insana expectación que entre los paseantes despierta Chandra, muy al estilo Turquía, y también la hostilidad de algún encargado de restaurante porque nos arrimamos mucho a su negocio. Tampoco podía faltar el perro pejiquera que nos da la lata durante buena parte del paseo.



Como se deduce fácilmente, esta foto ni es del verano ni es mía. ¡Pero sí es Ioánnina!

La antigua ciudadela ocupa una península en forma de rectángulo, y el recinto de sus murallas mide unos 500 metros por 400. Aún nos da tiempo de visitar el recinto donde se halla una de las mezquitas de la ciudad, la biblioteca turca y la sinagoga (en muy mal estado de conservación, todo hay que decirlo: mirando el torcido y agrietado minarete de la Aslán Pacha me asalta la sensación de que simplemente están esperando que se caiga). Y cuando veo las estelas funerarias con inscripciones en árabe inmisericordemente apiladas contra la pared percibo su orfandad, la intensa nostalgia que sienten desde que sus dueños marcharon de aquí, hace 97 años.

En el castillo donde están el Palacio Real y la mezquita Fethiye ya no podemos entrar, lo cual es una pena porque tengo la impresión de que lo cuidan bastante más, aunque sólo sea porque tienen allí el museo arqueológico que alberga los tesoros de Dodona.

Salimos al paseo que hay por el exterior de las murallas (señales de prohibido autocas) y lo bordeamos. Entramos de nuevo y volvemos a salir, ya camino de casa. El sitio donde hemos aparcado está bastante oscuro y solitario (no nos quedaríamos aquí solos ni locos), tan sólo pasan de vez en cuando coches de parejitas. Justo al lado hay

una discoteca que afortunadamente, y según me dijeron los franceses, lleva años cerrada.

Kilómetros etapa: 123

Kilómetros viaje

Tierra: 9.935

Mar: 700

19 DE AGOSTO: DE IOÁNNINA A PLATARIA

Nos vamos Chandra y yo de paseo matutino por la orilla del lago. Hay algunos pescadores que cuando pasamos no saludan y ni siquiera hacen el amago; me están saliendo un tanto siesos estos griegos, si los comparamos con los turcos.

Cuando vuelvo les digo *Bonjour* a los franceses, que están recogiendo y al poco rato se van. Como no es cuestión de dejar la autocaravana sola en este sitio tan apartado, la llevamos adonde aparcamos ayer en primera instancia, pues antes de marcharnos queremos visitar la isla del lago.



Los franceses y nosotros

Los barcos salen de un muelle anejo al muro Oeste de la ciudadela. Preguntamos si podemos llevar a Chandra, y no nos ponen ningún problema. De todos modos, no hay mucha gente a esta hora tan temprana. Lo que sí sorprende es la cigüeña que viaja en el techo de la embarcación: no sé si está amaestrada, atada o herida; el caso es que se la ve totalmente a sus anchas, pendiente sólo de atrapar los trozos de pescado que le lanza una señora desde tierra.



La cigüeña



Ioánnina por la mañana



Nicotina a la griega

El trayecto dura apenas diez minutos, y para llegar al puerto, que cae en la parte opuesta a Ioánnina, tenemos que rodear la isla. Se halla muy próximo a la otra orilla del lago, donde los habituales de la isla dejan el coche. Siempre hay pendiente alguien con una barca que va, recoge a los pasajeros y se los trae.

Una vez en tierra nos acomete una súbita sensación de agobio por lo saturado del terreno: en primera línea, los restaurantes; a continuación, una miríada de tiendas de recuerdos que te flanquean por ambos lados como los lineales de un centro comercial. Todo el mundo sigue los cartelitos que indican hacia los monasterios salvo nosotros, que decidimos rodear la isla por el otro lado (teniendo en cuenta que en línea recta apenas mide un kilómetro de punta a punta, no es tan ardua la empresa como pudiera parecer). Además, así disfrutamos de una perspectiva variable del lago a medida que avanzamos por el sendero que la rodea. Afortunadamente no hay coches aquí, y como peatones podemos despreocuparnos de los monstruos a motor.



Ioánnina desde el lago



El barco

La isla del lago de Ioánnina tiene forma de paramenio y está dividida, por decirlo así, en tres ámbitos: al Norte, el pueblo; al Sur, prados. El resto de la isla, unas dos terceras partes, se halla cubierto de pinos. La costa Este se halla limpia, mientras que a la Oeste la rodean extensos cañaverales y bajíos a través de los que han abierto calles para que puedan entrar y salir las barcas. Enfrente está Ioánnina que, la verdad, no cae muy lejos, pues con el zoom de la cámara soy capaz de distinguir la autocaravana.

Aunque sólo son las diez hora española, el sol ya calienta todo lo que puede. Por eso, en cuanto podemos, nos sentamos a la sombra, en el poyo que recorre la fachada de una casa. Al parecer en la isla hay cinco monasterios ortodoxos, pero la hemos recorrido prácticamente entera y no hemos encontrado ninguno. Me asomo a la puerta por si fuera aquí, pero me doy la vuelta, porque veo ropa tendida y no me gusta entrometerme en la vida de nadie.



Tejado de piedra en la isla de Ioánnina

Llegamos al pueblo completando así el circuito, y es entonces cuando encontramos un cartel con un plano que señala la ubicación de los monasterios de marras. Por lo visto, el sitio donde hemos estado sentados es uno de ellos, al igual que otro por delante del cual acabamos de pasar. Lo que ocurre es que, como no tienen cartel ninguno a la puerta, pues nos han parecido casas particulares.

Por estrechas callejuelas regresamos al puerto. Viendo cómo vienen de cargados los barcos con los que nos cruzamos, decidimos que ha sido una estupenda idea realizar esta visita a primera hora.

Otra vez en tierra firme, de nuevo en la auto y arrancamos. El camino que bordea el lago y que conduce al sitio donde hemos dormido termina en un *cul-de-sac*, así que no queda otra que salir por donde vinimos ayer. Lo que ocurre es que dicha calle acaba siendo de dirección única (prohibida para nosotros) y toca desviarse. Cruzamos una avenida de cuatro carriles donde está indicado Igoumenitsa a la derecha, pero como han colocado el cartel para que lo vean sólo los que entran, pasamos de largo. Siguiendo la corriente de coches nos internamos en un *dédalo* de calles de éstas que a mí me producen sudores, de modo que en cuanto puedo tuerzo a la izquierda para regresar a la avenida.

El problema es que al hacer esto me meto en calles más estrechas todavía, y cuando en una de las esquinas me encuentro con un coche malaparcado, con dos ruedas subidas a la acera de enfrente comprendo que ahí no podremos girar.

Como siempre en estos casos, Bego se baja para evaluar la situación. Para hacerlo más divertido, ya tenemos otro coche detrás. No es que el conductor meta presión, que ya ve lo que hay, es que la presión me la meto yo.

Visto lo visto, sólo tenemos dos opciones: o montamos un pollo intentando salir marcha atrás (difícil) o trato de subirme al bordillo, veinte centímetros de pulidísimo mármol griego. Al percatarse de mi maniobra Bego me hace gestos ostensibles de que pare, pero yo me digo que sea lo que Zeus quiera: jugando con acelerador y embrague, suave suavísimo subo la rueda delantera izquierda, preparado para oírla reventar en cualquier momento. Cuando calculo que tengo espacio para el giro, comienzo a bajar con idéntica delicadeza. He remontado sólo el pico de la acera, e imagino que debido a eso, al desplazarse enseguida la trasera del vehículo a la derecha, es por lo que no rozan ni los faldones ni el tubo de escape. Es un de estos instantes gloriosos en que pasas de estar atrapado a verte libre de nuevo. Bego, alucinada con lo que acabo de hacer. Yo, más alucinado todavía.

La avenida en cuestión no nos lleva en dirección contraria hacia donde queremos ir, pero casi. Llegamos a un cruce en el que toca girar a la izquierda, y para ello hay que situarse en el correspondiente carril y esperar a que cambie el semáforo. Cuando quiero darme cuenta me he pasado la cola, y el carril por el que vamos tiene el semáforo en verde para seguir hacia adelante. Muy a la griega, me pongo delante de los coches parados y sin esperar a que cambie el semáforo (estoy atravesado en los dos carriles) cruzo, aprovechando que de frente no viene nadie. Menos mal que tampoco hay guardias a la vista.

Nos internamos en un túnel y regresamos hacia el Sur siguiendo la circunvalación del pueblo, unos 10 kilómetros, hasta que reconocemos el lugar por donde entramos a Ioánnina ayer. Nuestro siguiente destino es Dodona y, al decir de los carteles, es posible ir por carretera secundaria, pero soponcios por hoy ya hemos tenido bastante, de modo que elegimos la autopista. Otro túnel, éste de 3.300 metros nos confirma lo montañoso del terreno, y lo bien que hemos en venirmos por aquí.

9 kilómetros de autopista, otros 4 de carretera estrecha y por fin estamos en el yacimiento arqueológico. El aparcamiento para coches se halla a pleno sol (y luce carteles de *No camping*), pero justo enfrente hay un terreno abierto donde, al parecer, a

alguien se le ocurrió construir un establecimiento turístico o algo similar y que ahora se halla abandonado. Ahí sí que hay árboles y sombra, y ahí nos metemos con la auto. Dejamos a Chandrita al cargo y nos vamos para una rápida visita, que es mediodía y el sol casca lo suyo.

En cierto modo, Dodona recuerda a Mileto, aunque tiene más en común con Dídima, pues fue sede de un oráculo que data del segundo milenio antes de Cristo y que posteriormente perdió importancia debido a la competencia de Delfos. El santuario estaba dedicado a Zeus y a la Diosa Madre, y en él sacerdotes y profetisas interpretaban el murmullo de las hojas y las ramas del roble sagrado.

http://es.wikipedia.org/wiki/Or%C3%A1culo_de_Dodona

Como en Mileto, la parte mejor conservada es el teatro, que se halla en restauración y del que sólo te dejan pisar la escena. Aparte de esto es posible visitar los cimientos de los edificios sagrados y poco más: el resto, como suele ocurrir en estos casos, queda a la imaginación del viajero.



Dodona, teatro



Dodona

Volvemos a la auto para comer. Ha llegado una camper francesa que se instala por allí con idéntica intención. Soy consciente de que este sitio es privado, y estoy esperando que de un momento a otro venga alguien a decirnos que aquí no se puede estar, pero mis temores resultan infundados, y hasta la hora de irnos nos dejan en paz.

Desandamos camino hasta la autopista, y cuando pasamos sobre ella para incorporarnos en dirección Igoumenitsa descubrimos, consternados, ¡que aún no han construido la salida! Bueno, como existir, existe la rampa de tierra por la que sería posible bajar, pero como guardan en ella material y herramientas, los muy cabritos la tienen cerrada con montones de tierra.

No nos queda otra que volver hasta Ioánnina, desandando los 9 kilómetros que hay hasta el nudo de incorporación de esa ciudad para dar allí la vuelta y otra vez para atrás, aunque no sé si en este caso habría que decir para adelante. Así, el bendito túnel de los 3,3 kilómetros lo cruzamos en total tres veces. Menos mal que aún no es de peaje (un poco más adelante veremos cabinas, por fortuna aún inactivas).

Desde que entras en Ioánnina a la autopista hasta que sales en Igoumenitsa hay 75 kilómetros. Por el camino se cumplen los diez mil kilómetros recorridos por tierra de

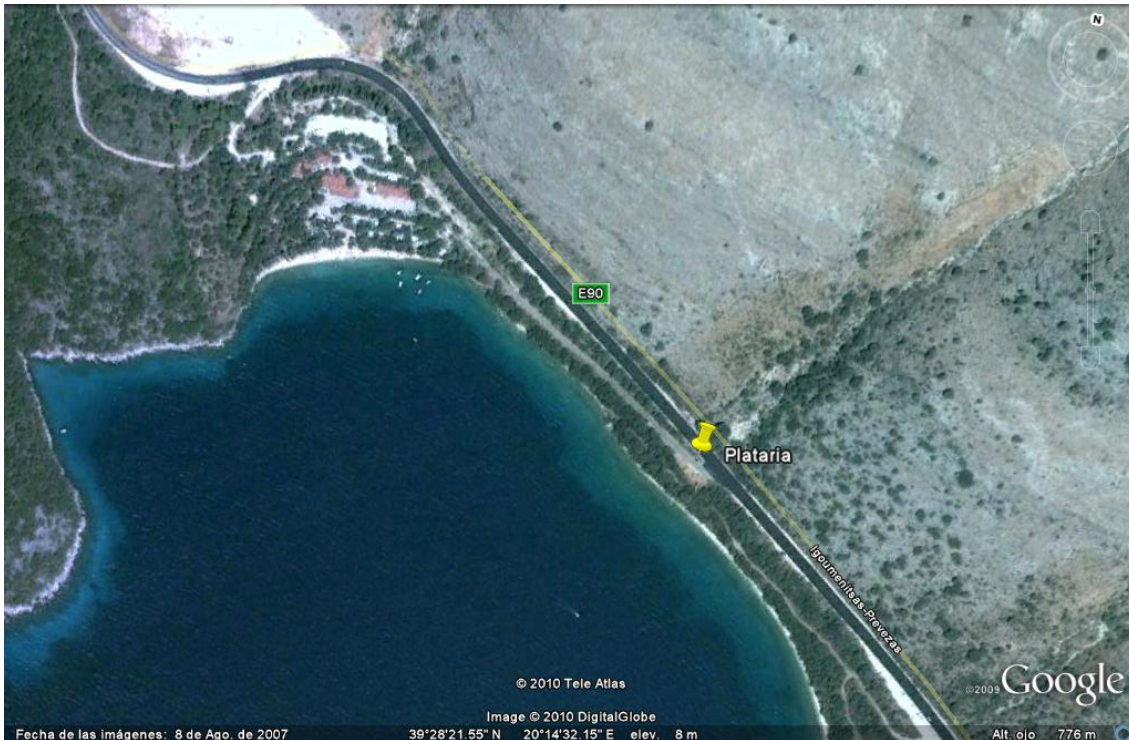
este viaje y ello, unido a que estamos a punto de llegar a la costa Oeste de Grecia, le da una solemnidad especial al momento.

Sin embargo, hoy no es el día de nuestra partida: tenemos pasajes para Italia en el barco que zarpa el 21 por la tarde. Es decir, dentro de dos días. Lo que ocurre es que el billete en cuestión lo compramos por Internet hace dos meses a una agencia de viajes griega (Paleologos) y de él no tenemos copia física, tan sólo el localizador. Por eso, un elemental sentido de la prudencia me dicta que es conveniente presentarse en el punto de embarque con cuarenta y ocho horas de antelación, por lo que pudiera suceder.

En la entrada del puerto unos carteles advierten de que al recinto sólo se accede con tarjeta de embarque, de manera que nos desviamos hacia el pueblo. Localizo las oficinas de Ventouris Ferries y paro en doble fila, junto a los sempiternos coches de emigrantes que esperan, como nosotros, pasar a Italia. Se baja Bego, y a los diez minutos vuelve exultante, con los billetes en la mano. Por lo visto no nos han timado y todo está en regla, aunque pasado mañana tenemos que volver de nuevo a recoger la tarjeta de embarque.

El billete nos costó en su día 316 euros, es decir, más o menos lo mismo que el de Barcelona a Génova. Comparado con aquél, éste es caro carísimo ya que la distancia es casi la mitad (400 kilómetros) y como además dormiremos en la autocaravana viajamos sin camarote. Ocurre, sin embargo, que no estamos a primeros de julio sino a finales de agosto, y que Grecia-Italia es una ruta mucho más turística.

Tenemos entonces dos días por delante que hemos pensado emplear recorriendo la costa hacia el Sur. Solventado el tema del barco, queda el de la pernocta. Lo cierto es que nos vendría bien un camping para cargar agua y enchufarnos a la luz. Traemos un directorio donde aparecen todos los de la zona, y nos decidimos por el Kalami Beach (39° 28'19.93" N 20° 14'36.64" E) porque está cerca de Igoumenitsa, porque cae en dirección Sur y porque tiene conexión Wifi.



Bordeamos el cabo y enseguida llegamos a la puerta del camping. Estamos a punto de no entrar porque se halla encajonado entre el mar y la carretera, y a juzgar por lo angosto de la entrada y lo escarpado del terreno el espacio debe de ser de lo más exiguo, y la gente estará hacinada como piojos. Pero ya se ha ocultado el sol, y no es cuestión de ponerse a dar tumbos por tan accidentada costa.

Paro en recepción y preguntamos: 22,5 euros. Una chica muy agradable se viene con nosotros para ayudarnos a encontrar sitio. Lo cierto es que nos cuesta un poco porque, tal y como imaginábamos, el lugar está de bote y en bote y los escasos puestos libres nos parecen -a nosotros, amantes de los grandes espacios- claustrofóbicos y excesivamente pegados a los vecinos. Estamos decidiéndonos entre Guatemala y Guatepeor cuando se acerca alguien a saludarnos. No salgo de mi asombro: ¡pero si es Luis, el madrileño! Nos vimos por última vez en la playa de Pamucak y, desde luego, no contábamos con volver a encontrarlos, mayormente una semana más tarde y a 1.600 kilómetros de distancia. Ellos salen para Italia mañana por la tarde, y han decidido pasar la última noche en el mismo camping que nosotros. Pero qué pequeño es el mundo de los autocavaranistas.

Vamos primero a decirle algo a Carmen, a quien encontramos en la hamaca leyendo a Stieg Larsson (dice que no le gusta). Luego, a colocar nuestra auto en el menos malo de los sitios. Por último, al bar del camping a bebernos unas cervezas,

echarnos unas risas y relatarnos nuestras respectivas aventuras y desventuras. Es tal el caos de nombres, distancias y sitios que tenemos aderezando nuestra cabeza que cuesta hilvanar un discurso coherente. Aunque, de todos modos, hay algo que los cuatro tenemos claro: es chulo encontrarse con paisanos agradables en el extranjero, es bonito hablar castellano y disfrutar de la compañía.

Aunque por una vez seamos nosotros quienes montemos el jolgorio nocturno.

Kilómetros etapa: 119

Kilómetros viaje

Tierra: 10.054

Mar: 700

20 DE AGOSTO: DE PLATARIA A AMMUDIA

Hoy me he despertado con el cuerpo lleno de picaduras, pequeñas pero extraordinariamente molestas. Lo más probable es me atacaran los mosquitos mientras estábamos en el bar; lo curioso es que muchas las tengo debajo de la ropa y en sitios, ejem, digamos poco accesibles.

Preparamos nuestros bártulos. Antes de irnos bajamos a la playita del camping, para darnos un baño y decir adiós a Carmen y a Luis. Ellos saldrán después de comer: han decidido aprovechar aquí todo el tiempo posible y evitar así cocerse vivos en el puerto mientras aguardan la salida del barco. Nos despedirnos, imaginamos que ahora de veras, y les deseamos feliz travesía y venturosa vuelta a casa.



Costa griega

Nos vamos del camping, no sin antes pagar, soltar grises-negra y rellenar limpias. Salimos en dirección Sur, bordeando la costa hasta Plataria, con la isla de Corfú al fondo. A continuación vendrían interesantes localidades como Syvota, Perdika y Parga. Pero la carretera que lleva hasta ellas, aparte de estrecha, tiene pinta de ser endemoniadamente retorcida, y lo cierto es que no tengo ganas de verme atollado en la vertiginosa bajada a algún diminuto pueblo. De manera que optamos por seguir la carretera general, que discurre por el interior en dirección a Preveza. Aunque nosotros no llegaremos tan lejos, pues nos detenemos en una localidad de evocador nombre: Messopotamo. Aquí vamos a visitar el *Necromanteion* u Oráculo de la Muerte.

La calle que sube hasta el recinto arqueológico se halla cerrada para vehículos, de manera que seguimos las señales que indican el aparcamiento para autobuses. No encontramos sombra, así que dejamos la auto en mitad de la solajina. El calor es tal que preferimos llevarnos a Chandra.

El *Necromanteion* se encuentra en lo alto de una colina, rodeado de cipreses, y era el único oráculo destinado a comunicarse con los muertos de toda Grecia. De repente nos vemos inmersos en la mitología pura y dura porque junto al cerro, a poco más de

300 metros, fluye el río Aqueronte por el que Caronte el barquero conducía a las almas de los muertos al inframundo previo pago del óbolo, instaurando así el sistema de exacción mundialmente conocido como *peaje*. Contrasta la importancia de la función con lo diminuto del río, aunque por lo visto en este caso tampoco el tamaño es importante: según Platón, la mayor parte del río corría bajo tierra, en dirección contraria al océano.

<http://es.wikipedia.org/wiki/Aqueronte>

Además, lo que aquí vemos no sería más que un ramal del mismo, ya que otra bifurcación del río emergería en Eregli, Turquía; lo cual no está nada mal para un río, especialmente si tenemos en cuenta que entre uno y otro punto existe una distancia de 950 kilómetros y que por medio, además, se encuentra el mar Egeo.



Nekromanteion. El ensamble de las piedras es similar al de los incas



Nekromanteion. Cámara subterránea



Espíritus del Nekromanteion

Contado así, la visita promete ser de lo más interesante. Quienes desmerecen un tanto son los visitantes, que haciendo gala de acendrado civismo encienden sus cigarrillos dentro del santuario (es increíble lo que fuman estos griegos) y en general se comportan como si esto fuera un parque temático. Particularmente difícil es el acceso a la parte subterránea del recinto, con los bobos que se quedan plantificados en la escalerilla de acceso, o simplemente tratan de colarse en la bajada como si no existiera nadie más en el mundo, todo ello adobado de flashazos cegadores.

En la parte alta del edificio se conserva una antigua iglesia. El panorama que divisamos desde aquí es de lo más curioso: la sensación que uno tiene es la de hallarse en una isla, sólo que el mar que nos rodea se ha petrificado en verde, el de los campos de cultivo. Las poblaciones, por contra, se ubican en lo alto de colinas o peñones. Es muy posible que, como en Éfeso, el mar ocupara antiguamente esta zona o que en todo caso fuera un pantanal, como parecen atestiguar los canales de drenaje que alivian agua hacia la costa.

Finalizada la visita, volvemos a nuestra autocaravana-horno. Necesitamos con urgencia brisa de playa, así que nos vamos corriendo para Ammudía, a 4 kilómetros, situada en una cala tan cerrada que parece un teatro griego. Entramos en el pueblo, aparcamos donde buenamente podemos y nos vamos de descubierta. Bajamos primero por el paseo fluvial que bordea el Aqueronte, repleto de restaurantes, hasta que llegamos a un largo espigón destinado a mantener expedita la desembocadura. Este lugar se halla petado de autocaravanas. Italianos en su mayoría, pero también alemanes a mansalva.



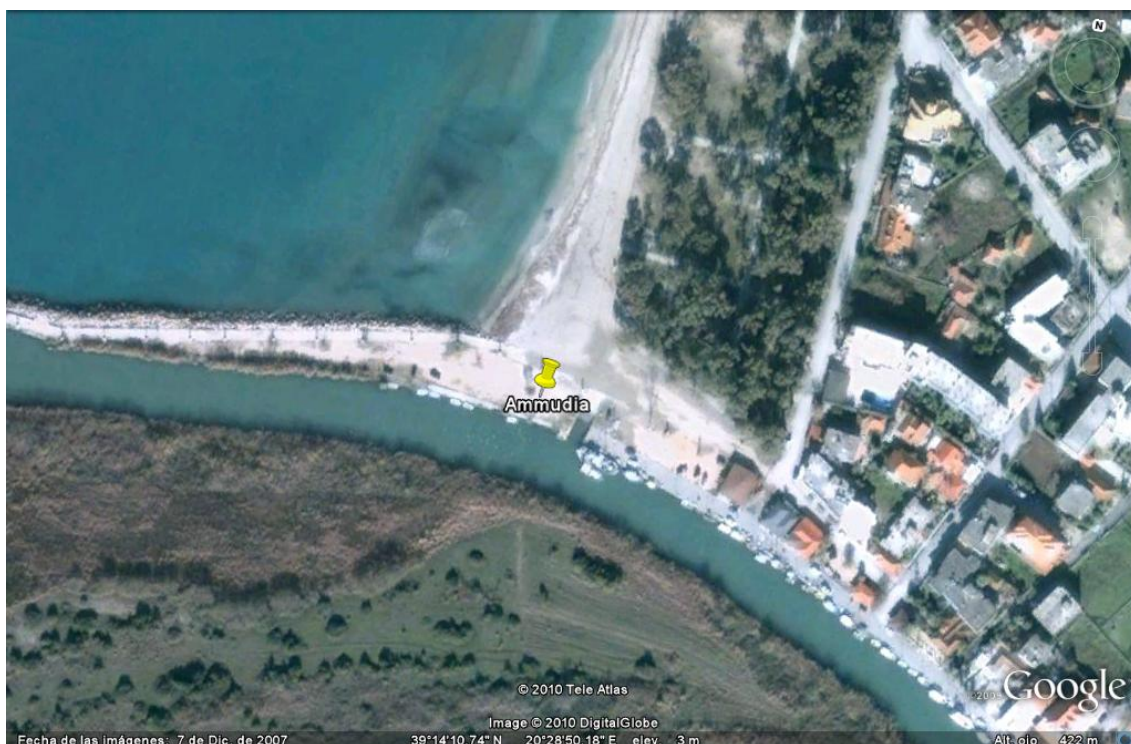
Desembocadura del río Aqueronte

El sitio, entre la playa y el río, es bien chulo pero la masificación, la falta de sombra y, sobre todo, la poca confianza que nos ofrecen los huecos libres debido a lo arenoso del suelo nos hacen a priori descartarlo. Continuamos paseo bajo el eucaliptal que hay entre la playa y el pueblo, y nos quedamos a cuadros: si la acumulación de autocaravanas ya nos pareció inquietante, ¿qué decir de todas las formas posibles e imposibles de acampada que ante nuestros ojos se muestran? Desde la colada tendida de árbol a árbol hasta el agua sacada de las duchas y llevada a pie de tienda mediante empalmes, por no hablar de los miserables chamizos que se levantan aquí y allá. Realmente se pregunta uno si esta gente está aquí por turismo o si simplemente son pobres que aprovechan el veranito para vivir cerca de la playa.

Llegamos al final de la arboleda sin encontrar ningún sitio que valga la pena: o el suelo es un arenal, o está al sol o no es accesible para nuestro vehículo. Finalmente nos decidimos por el menos malo, vamos a por la auto y la aparcamos. Marcha Bego a darse un baño, y no han transcurrido cinco minutos cuando aparece un tipo diciéndome que aquí no me puedo quedar, que las autocaravanas tienen que estar en los extremos de la playa. A mis preguntas de por qué y de cuál es el problema sólo replica que en este sitio

no me puedo quedar. Como no hay señales de ninguna especie ni el tipo es guardia, le sigo con la mirada cuando se marcha y veo que entra en un restaurante. Así que ése es el problema, que considera que esta zona es de propiedad exclusiva para él y para los clientes de su negocio. Tomo nota del chiringo, no sea que en un descuido entremos allí a gastarnos los cuartos.

Llega Bego y le cuento la película. Por tener la fiesta en paz, terminamos por irnos al primer sitio que vimos, esto es, a la zona del espigón (39° 14'10.85" N 20° 28'49.16" E). Detrás de una auto alemana encontramos un sitio con el suelo aceptablemente firme. Sólo tiene una pega, y es que si otro vehículo se coloca en el paso nos puede bloquear la salida.



Uno de los aspectos más llamativos de las autocaravanas es seguramente su imprevisibilidad: nuestro vecino alemán, que tenía pinta de no moverse hasta el fin del verano, de repente recoge las sillas, arranca y deja su codiciado sitio libre. Convento a Bego para ponernos allí, total es una sencilla maniobra y nadie nos cerrará la salida; el problema es que nos pilla con la comida a medio hacer. Como el señor Murphy no descansa, justo cuando estamos a punto de movernos aparece una auto griega -la única en todo Ammudía- vieja viejísima que se detiene justo enfrente, evaluando los sitios disponibles: ahora sé que tengo los segundos contados para ejecutar mi maniobra antes de que el otro descubra que el mejor sitio posible lo tiene justo debajo de sus narices;

efectivamente llega a esa conclusión (lo sé por la cara de vinagre que pone) justo en preciso momento en que yo lo ocupo. Lo siento, amigo: como dijo Napoleón, todo vale en el amor y el autocaravanismo. Para terminar de arreglar la cosa, al cabo de un rato vuelve el alemán que nos cedió el sitio y, aunque no tanto como el griego, también nos mira reprobatoriamente.

Como en el juego de las sillas musicales, el alemán se marcha y el griego pasa a ocupar el hueco donde antes estábamos nosotros. Pero el verbo *ocupar* ellos lo emplean en sentido amplio, tal vez habría que decir mejor *okupar*: lo primero, porque son cinco en la familia, tres hijos, la mujer y el padre, un guaperas demasiado joven y demasiado chuleta para cargar con tanta familia. Lo segundo, porque montan un toldo casero (vientos incluidos) que ocupa casi el doble que la auto. Y lo tercero porque como remate empiezan a sacar y a repartir tal cantidad de cachivaches que más que una autocaravana parece un sombrero de ilusionista, parece mentira que puedan llevar todo eso encima y además caber ellos: si no andamos vivos y se nos colocan delante no hubiéramos podido salir en la vida. Detecto además -o al menos así me lo parece- una cierta hosquedad, tal vez derivada del hecho de hallarse rodeados de *guiris* y verse convertidos, en definitiva, en extranjeros en su propio país.

Después de tan agitada mañana, la tarde se va en siesta, baños y paseos por la playa y por el espigón. Pese a que un poco más allá hay aparcamiento de sobra para turismos, un musculitos de los de la música alta y la ventanilla *bajá* se empeña en embutir su coche entre las autos. Como el muy bruto ha metido las ruedas motrices en el arenal, luego se las ve y se las desea para salir. Al ver el panorama yo me hago el sueco y miro para otro lado, no sea que todavía le tenga que ayudar a salir.

En fin, son cosas que tiene le verano. En descargo del sitio, he de decir que aquí las puestas de sol, con su infinita variedad de amarillos y naranjas, son realmente espectaculares: lo fue ayer la que presenciamos desde arriba de los acantilados, entre Igoumenitsa y el camping, y la de hoy va por el mismo camino entre el mar, la luz, las olas y este viaje que ya se acaba.





Kilómetros etapa: 48

Kilómetros viaje

Tierra: 10.102

Mar: 700

21 DE AGOSTO: DE AMMUDIA A BARI

Ayer, mientras andábamos inmersos en la ardua tarea de buscar acomodo, nos ofrecieron un paseo en barco por el Aqueronte. La verdad es que no hicimos mucho asunto pero hoy, que nos despedimos de Grecia, sí que nos apetecería una navegación por tan mitológico curso de agua. Lo bueno es que el embarcadero lo tenemos ahí mismo, a escasos metros de la auto, así que nos acercamos a preguntar a) *the price*, y b) si Chandrita puede venir con nosotros. La respuesta a lo primero es que son 8 euros por barba, y en cuanto al perro que sí, que sin ningún problema.

La embarcación es de pequeñas dimensiones, e iremos en ella unas 10-12 personas. Se sube un chaval joven que nos explica a grandes rasgos por dónde vamos a ir y qué vamos a ver. Nos pareció entender que nos acompañaría durante el viaje, pero a la hora de la verdad se baja y nos deja solos con el capitán, que a la hora de la verdad respondería igual que aquel buen hombre a quien inquirimos en el puerto de Perama que dónde se cogía el barco para visitar la isla de Salamina, y que nos soltó aquello de Εγώ μόνο ελληνικά -es decir, *yo sólo griego*-. Como resulta que la mayoría de los que vamos a bordo somos extranjeros, nuestro capi forcejea con su inglés comanchísimo constituido exclusivamente por palabras-tótem, a saber: *sea, river, nest, bird* o *tree*.

La primera parte de la excursión nos lleva río abajo hasta su desembocadura. De ahí cruzamos frente a la playa de Ammudia para llegar a un farallón rocoso que hay al otro lado. Allí nos muestra una serie de cuevas. Como era de esperar, de la perorata en helénico no pillamos ni papa, pero deducimos que aquello debe de ser por lo menos la entrada del Averno.

De vuelta al río, pasamos por delante del embarcadero y continuamos aguas arriba. Cuando estábamos en el mar la brisa dulcificaba la temperatura; aquí, en cambio, el aire estancado y pegado a la tierra hace que sintamos los rayos inmisericordes del sol. Menos mal que la embarcación lleva toldo.



Río Aqueronte

Cuando uno mira la zona a través de Google Earth comprueba que todo el terreno alrededor del río se halla parcelado, drenado y puesto en cultivo. Sin embargo, como en gran parte han respetado la vegetación de ribera, la sensación que uno tiene yendo en el barco es la de hallarse en un río de la selva (oigo a nuestro amable Caronte pronunciar distintamente la palabra *Amazonas*). Vemos pájaros, vemos nidos, vemos peces y nos cruzamos con otros dos barquitos que también traen turistas a la zona. Antes de llegar al puente de la carretera general, la que pasa por Messopotamo, damos la vuelta y regresamos a nuestro punto de partida, muy contentos: la visita guiada no habrá sido gran cosa, pero el paseo nos ha sentado estupendamente a los tres. Como detalle delicado, he de decir no nos pidieron el dinero hasta haber puesto nuevamente el pie en tierra.

El resto de la mañana transcurre entre baños, paseo a la compra, limpieza de la auto y lecturas en la hamaca a la sombra del toldo. Nuestros griegos comienzan a dar señales de vida, no comprendo cómo han podido aguantar tanto rato dentro de la autocaravana, con lo que está sacudiendo la calorina.

Ya es mediodía. Como esta tarde nos marchamos de Grecia, hemos pensado que habría que celebrarlo como Dios manda, comiendo en un restaurante. No desde luego en el del tipo que nos echó ayer de debajo de los eucaliptos, ni tampoco en ninguno adyacente: ya hemos visto que en el interior del pueblo hay muchos y buenos, y seguramente menos avariciosos. De modo que comenzamos los preparativos de la marcha, seguidos con indisimulado interés por el griego, por el alemán -cuyo sitio ocupamos ayer y que finalmente pudo colocarse más allá- y por un italiano que con santa paciencia está esperando en doble fila a que alguien se mueva. Ni siquiera hemos arrancado cuando el italiano se baja a tomar posesión oficiosa del terreno, y entonces aparece una mujer señalando su auto -aparcada también en doble fila un poco más allá- y que reclama la plaza alegando que ellos estaban allí desde mucho antes. Ignoro cómo terminaría el pleito, o si el griego y el alemán se sumarían también a la trifulca para mayor gloria del autocaravanismo; de todos modos, ya no es asunto nuestro y prefiero hacer un discreto mutis. Se supone en teoría que la gente sale en vacaciones para relajarse y divertirse, en buena paz y compañía con tus compañeros de afición...

Entramos en el pueblo y aparcamos, ahora sí, a la sombra. No tenemos que caminar mucho para encontrar una calle con varios restaurantes. Elegimos uno que nos gusta: el comedor, que es un antiguo jardín, está techado de madera y abierto a la calle, pero lo han construido de tal modo que respeta a los grandes árboles de los que sólo puedes ver el tronco, pero cuyas copas evitan que los mortíferos rayos de sol incidan directamente sobre el tejado. La camarera, una chica muy joven, es simpática y servicial, y nos dice que podemos entrar con el perro.



El restaurante

A esta hora no hay mucha gente. Como de costumbre, elegimos la mesa más tranquila, situada en un rincón, y como de costumbre casi no hemos terminado de encargar la comida cuando llega un grupo de ocho o diez personas (niños incluidos) y se instalan al ladito. Como duchos que somos ya en estos lances, decidimos mudarnos a la otra punta del comedor y así se lo notifico a la camarera. Ésta, inexplicablemente, pone cara de pánico y me pide que la acompañe hasta la cocina. Entiendo que debe de tratarse de un malentendido, pero está claro que con ella no lo voy a poder solucionar. Sale primero una mujer que no entiende inglés, y después el cocinero, que me mira entre expectante y asustado. Me siento ridículo volviendo a formular mi petición: que nos vamos a cambiar a otra mesa. Por suerte el hombre sí me entiende a la primera, me da su venia y se mete otra vez para la cocina. Lo peor de no comprender bien un idioma es suplir la ignorancia con imaginación: la chica sólo entendió la palabra *change* y, obviando mis elocuentes gestos, entendió que lo que quería era cambiar el menú. Aclarado el entuerto lingüístico, todos respiramos aliviados y nos disponemos a comer. A Chandra nuestra amiga le trae un cuenco con agua. *Ευχαριστώ*.

Terminada la comida, nos despedimos de nuestra joven camarera y regresamos a la auto. Hoy no hay siesta: el barco zarpa a las 19:30 hora griega, y tenemos que estar en el puerto dos horas antes. Desde Ammudia a Igoumenitsa hay unos 50 kilómetros, pero teniendo en cuenta la carretera preferimos ir con tiempo.



De nuevo en ruta

Desandamos así la ruta de ayer y antesdeayer, con esa extraña mezcla de alegría y nostalgia que nos acompaña cada vez que abandonamos un país. Menos mal que llevamos la despensa repleta de latas de *Dolmades*, que prolongarán la magia helénica durante algún tiempo más.

<http://www.directoalpaladar.com/recetas-de-aperitivos/dolmades-de-arroz-receta-griega>

De camino paramos en una gasolinera para llenar ambos depósitos, agua y gasoil. La primera porque nos hace falta. En cuanto al segundo, aquí es algo más barato que en Italia, así que toca aprovechar.

Llegamos a Igoumenitsa a las 16:30, hora griega. No hay ningún problema para sacar las tarjetas de embarque. En cuanto a la entrada del puerto... Pues la tienen cerrada a cal y canto, con todo el mundo a la puerta como si fuera un cine. Tenemos que maniobrar un poco para ponernos a la cola que, de todos modos, no aparece muy clara, aunque no oímos a nadie que proteste. Finalmente, a las 17:30 en punto, abren y entramos todos.

A la entrada piden los billetes y nos entregan un cuartilla en la que se lee *Bari*, para que la pongamos en el salpicadero. Luego no vemos a nadie que te indique hacia dónde tienes que ir, de modo que seguimos a unas autocaravanas italianas que había delante de nosotros y que parecen saber a lo que vienen. Resulta que no es tan difícil porque en el puerto sólo hay dos barcos, el que hace la ruta Igoumenitsa-Corfú y el nuestro, que se llama *Polaris* y que desde el muelle se le ve imponente.



El barco



Partimos

Otro ratito de espera. A los coches los agrupan a un lado y a las autocaravanas a otro. Por una vez, los vehículos grandes vamos a entrar los primeros. Llega entonces una capuchina enorme, también italiana, y en vez de colocarse detrás se nos pone al lado, buscando claramente la *pool position*. Cuando por fin nos dan la orden de entrar la capu no se espera y arranca a la par de mí, tratando de adelantarme. Tan ridícula maniobra se ve abortada por el personal al cargo de la rampa de entrada, quien obliga al *Fitipaldi* a detenerse y esperar a que pasemos nosotros.

Dentro ya del barco, y como si ascendiéramos por una escalera de caracol, escalamos dos pisos hasta la cubierta superior. Una vez allí, cuesta un poco aclararse con los *colocadores*, pero finalmente conseguimos aparcar donde nos dicen. Salimos a cubierta a contemplar el espectáculo del puerto y el mar desde tan encumbrada atalaya. Entablo conversación con el italiano de la autocaravana de enfrente (que no es la capuchina colona), para preguntarle si es posible enchufarse a la luz. Me indica dónde lo puedo hacer, pero me advierte que él no se conecta porque la tensión es tan baja que no cargan las baterías. Hablamos de nuestros respectivos viajes: él y su familia suelen venir casi todos los años a Grecia; los últimos días los han pasado por el Norte, cerca de

la frontera de Albania, en un camping abandonado con agua y luz gratis. Se me ocurre pensar que cosas como ésta sólo son posibles en Grecia.

Existe algún motivo por el cual el tiempo de los barcos -tanto en la espera como durante la travesía- es distinto al de tierra firme: se diría que transcurre a un ritmo distinto, más rápido pero a la vez más pausado. Quizá es simplemente que uno está más tranquilo porque, a diferencia de cuando eres tú el que conduces, es más sencillo cuando te hallas exento de esa tarea y son otros los que te llevan, y dejas así que las cosas transcurran a su ritmo y a su modo.

Cuando ya han entrado todas las autos dan paso a los coches, que no consiguen llenar por completo la cubierta; y por último los camiones, que se quedan en los dos pisos inferiores. Unos minutos después de la hora prefijada suena la sirena y el barco se separa de tierra.

La puesta de sol nos sorprende navegando hacia Corfú, que los griegos llaman *Kérkyra*. Al igual que ayer y anteayer, el descenso del astro rey suscita toda la gama posible de amarillos y dorados tanto en la atmósfera como sobre las aguas del mar. La sensación de paz y plenitud son nítidas, y como colofón -κολοφών- de la aventura griega la verdad es que no resultan nada mal.







Bego y Chandra frente a Corfú

Entre Igoumenitsa y la ciudad de Corfú hay poco más de 30 kilómetros, pero cuando llegamos a ésta es ya noche cerrada. Resulta curioso contemplar, como en una película muda, las luces de los edificios, la vieja fortaleza, el alumbrado público que tachona la carretera de la costa y los coches circulando por ella; diríase que asistes, como de rebote, a una escena doméstica y cotidiana a la que no has sido en absoluto invitado.



Corfú la nuit

Por fin atracamos en el puerto, entran o salen más vehículos y nos hacemos de nuevo a la mar. Corfú isla mide unos 60 kilómetros de largo, y por la parte Norte un estrecho de sólo 2 kilómetros de anchura la separa de Albania. De este país no veremos nada debido a que no hay muchas poblaciones en la costa, y también porque nos reclinamos a cenar y pasar la noche. Estamos dentro una auto que se halla encima de un barco que navega en la oscuridad sobre las aguas del mar Jónico.

¿Quién dijo aventura?

Kilómetros etapa: 453

Kilómetros viaje

Tierra: 10.155

Mar: 1.100

22 DE AGOSTO: DE BARI A PAESTUM

No ha amanecido aún cuando a la proa de la autocaravana se reúne un grupo de viajeros que ignora a los que allí dormimos y empieza a hablar más alto de la cuenta. Cuando sus voces me espabilan del todo, salgo con el pretexto de tirar de la basura y paso junto a ellos. Mi cara debe de ser un poema, porque así como quien no quiere la cosa uno a uno se van retirando al interior del barco.

Me doy una vuelta por las distintas cubiertas. El *Polaris* es un barco ya viejecito y no tiene, desde luego, la pinta de crucero del que nos llevó de Barcelona a Génova, aunque precisamente por eso dispone de la posibilidad de dormir en cubierta. Yo no sé si cuenta siquiera con camarotes, porque que me encuentro gente dormida por todos lados, sobre todo en el suelo. Hay incluso quien, ignorante del peligro, se halla roncando a pierna suelta atravesado en mitad del paso, y en más de una ocasión me toca saltar por encima.

Las luces de la costa italiana son visibles en la distancia, aunque esto no aclara nada sobre la distancia que resta, ya que entre Bari y el final del tacón de la *bota* hay unos 180 kilómetros. Vuelvo a la cubierta de los coches y me abstraigo contemplando la negrura del mar que, poco a poco, va dejando de ser negro. Me cruzo con gente -mala cara y malos pelos- que no tiene aspecto de haber pasado muy buena noche. Nosotros hemos conectado el enfriador unas cuantas horas, aunque yo no tenía nada claro que las baterías aguantasen –pese a que estábamos conectados a la corriente del barco, si mirabas el indicador de carga marcaba de modo tan extraño que parecía que nos estuviesen sacando electricidad a nosotros, y no al revés.



Amanece en altamar



Costa italiana



La espera

Esta parte del litoral de Italia es increíblemente llana: no se divisa ni un acantilado, ni tampoco montañas. Tan sólo una delgadísima línea de costa que bien podría confundirse con arrecifes. Finalmente, en la distancia, aparece Bari.

En total el viaje ha durado trece horas, lo cual arroja la modesta velocidad media de 30 kilómetros por cada una. En fin, peor sería haber dado la vuelta por Albania. Cuando queremos darnos cuenta estamos ya en la rada, y se aceleran los preparativos del desembarco. Primero, como es lógico, desalojan los grandes camiones de las bodegas inferiores -nunca dejará de maravillarme el que un barco sea capaz de cargar con semejantes paquidermos, que a bordo parecen aun más grandes que cuando te los cruzas en carretera-. Después nos toca a nosotros. Con deleite descubro que a la capuchina italiana que se nos quiso colar ayer la dejan para el final, castiguito del Niño Jesús.

De nuevo en tierra –no por conocida menos sorprendente-, qué extraña sensación la de llevar después de ser llevado. Salimos del puerto guiados por los operarios que, a modo de balizas, muestran la salida. El último nos hace gestos de impaciencia, como queriendo que vayamos más rápido. Yo le replico con un *ma non troppo* igualmente

gestual: después de tantas horas enlatados se podría decir que nuestra prisa es igual a cero.

Son las nueve de la mañana de un sábado, y la ciudad se ve de lo más tranquila, con muy poco tráfico. Maurizio, nuestro colega del ya lejano Nemrut Dağı, nos aconsejó vivamente que saliéramos de Bari lo antes posible, que aquí te llovían los rateros. Como no tenemos ganas de probar en carne propia la veracidad del consejo, decidimos hacerle caso. Enciendo el navegador, cosa que no hacía desde el 13 de julio, cuando abandonamos definitivamente Italia y nos tuvimos que conformar, a la antigua usanza, con los mapas de papel.

Hoy es 22 de agosto y nuestro barco para España no sale de Civitavecchia hasta el 26 por la tarde. Ello significa que tenemos cuatro días para solazarnos en esta nuestra primera visita al Sur de Italia. Venimos requeteadvertidos de lo peligros inherentes a venir por aquí debido al tema de los robos, como al compañero de Madrid que, tras un viaje sin incidentes por Turquía, Siria y Jordania, le tuvieron que vaciar el vehículo justamente en una playa cerca de Roma. Por eso hemos tomado la determinación de no dejar la autocaravana sola a no ser en lugares vigilados.

Nuestro destino del día es la ciudad romana de Paestum, situada casi enfrente de Bari pero en la otra costa de la *bota*. Las opciones para llegar hasta allí son básicamente dos: seguir la autopista que sube hacia el Norte y bajar luego hacia Salerno, o bien atrochar por la S 96 y coger la autopista en Potenza. Ni qué decir tiene que esta segunda opción nos parece la más interesante, máxime teniendo en cuenta que no hay prisa ninguna y podemos conocer mejor el país.

De modo que dejamos atrás los suburbios de Bari, dejando a la derecha los carteles que señalan la localidad de Bitonto (vaya nombrecito) y seguimos los que indican hacia Altamura, 50 kilómetros después de desembarcar, donde hacemos una parada técnica.

Mientras Bego pone orden en el habitáculo, Chandra y yo nos vamos de paseo. Empieza ya a hacer calor a esta hora temprana, cosa que no es novedad. Sí lo es, en cambio, la sensación de hallarse ya en casa, sobre todo porque -después de lidiar con el esloveno y el croata, con el incomprensible cirílico del serbio y el búlgaro, con el arduo idioma turco y con *el alfa-beta-gamma* de los griegos- nos hallamos de nuevo y como por arte de magia inmersos en una lengua prima-hermana que se entiende hasta con los ojos cerrados.

Reanudamos camino. Pasada Gravina in Puglia viene un tramo de 45 kilómetros de auténtico desierto: no hay pueblos, ni tampoco pasan coches. Estamos en la región de Basilicata, la antigua Lucania. El perfil ondulado de las colinas, con el sol batiendo el suelo desprovisto de árboles, recuerda mucho a La Serena de Badajoz, donde a veces la soledad es tan grande que estalla por las costuras y va rebotando, de aquí para allá, entre la tierra y el cielo, como una pelota de goma oblonga e inmensa.



Misteriosa Lucania

Pocos kilómetros antes de Oppido Lucano encontramos un desvío a nuestra izquierda en que se lee Potenza. Lo seguimos no muy convencidos, y no nos falta razón: la carretera, hasta ahora aceptable, se transforma en una senda de cabras que serpea por las sierras al mejor estilo de la costa turca del Mar Negro. Aunque el navegador diga que sí, que vamos bien, no tenemos muy claro por dónde andamos hasta que aparece Tolve en una revuelta del camino. Es curioso, porque todo este tramo apenas suma 26 kilómetros y es el que más se me queda grabado, quizá influya el tractor con doble remolque al que tengo que adelantar cuesta arriba, en un tramo estrechísimo, rezando para que en ese preciso instante no aparezca ningún vehículo en lo alto.

Súbitamente, al salir de una curva, aparece un cartel de desvío hacia Potenza y Salerno, pero nos pilla tan de sopetón que nos lo pasamos; tengo que dar la vuelta más adelante y volver sobre mis pasos. Cuando llego al cruce en cuestión dudo si meterme: más que carretera, parece un acceso a fincas (eso sí, asfaltado) y con una pendiente tal que tengo mis serias dudas si podríamos subir otra vez en el caso de habernos equivocado.

Descendemos al abismo rodeados de prados, vaquitas y cercados de alambre. Lo más increíble de todo es que, según todos los indicios, por aquí se accede a la autopista. La lógica italiana a la hora de construir o señalar carreteras es algo que hasta la fecha se me escapa aunque, en confianza, no desisto de aprehenderla algún día.

Comparado con el suplicio vivido, los siguientes 85 kilómetros, por autopista, son coser y cantar. Circunvalamos Potenza. Este nombre nos parece muy gracioso, lo asociamos al de la actriz Franka Potente que, mira por dónde, no es italiana sino alemana (el apellido se lo debe a un bisabuelo siciliano y, pese a lo sugerente del mismo, hay que reconocer que la chica tiene un físico de lo más modosito).

<http://www.alohacriticon.com/elcriticon/article1405.html>

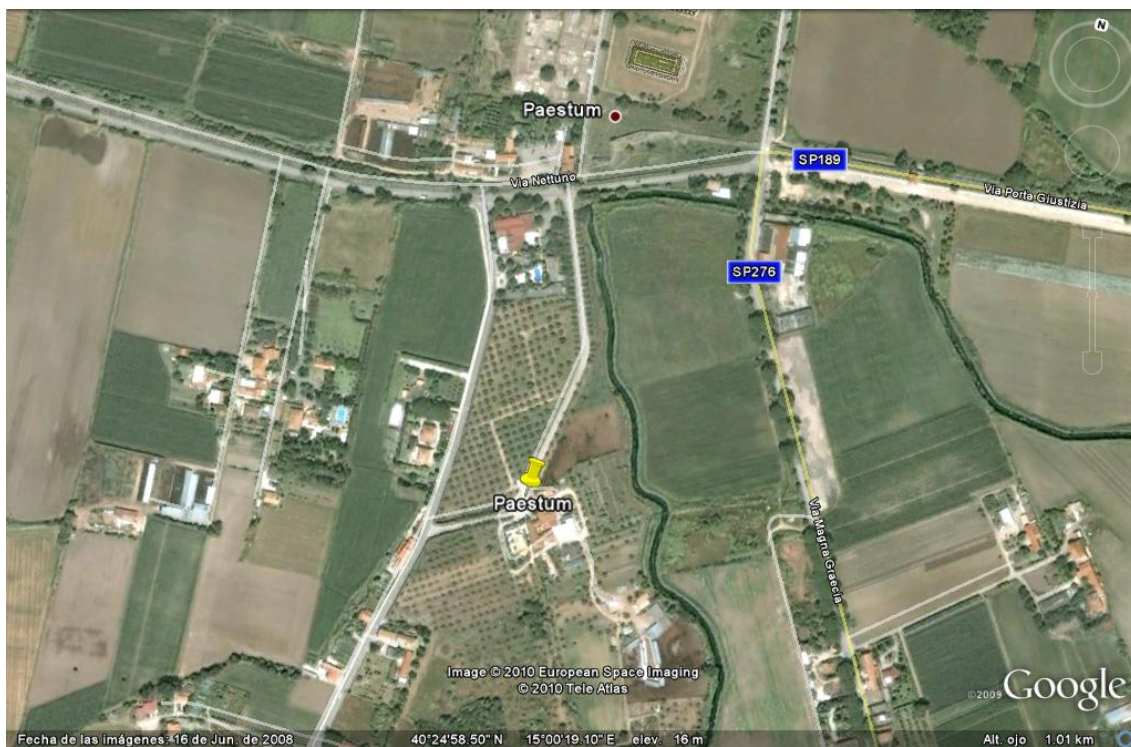
La autopista es libre de peaje, al menos el tramo que ahora recorremos. El tráfico, lógicamente, ha aumentado y se multiplica por cuatro o cinco cuando nos juntamos con la A 3, que viene del Sur. También hay algunas obras que colapsan aun más la circulación. Pasamos junto a Éboli, famosa por la novela autobiográfica de Carlo Levi, publicada en 1945 y llevada al cine en 1979.

http://es.wikipedia.org/wiki/Cristo_se_par%C3%B3_en_%C3%89boli

Finalmente, en Battipaglia, abandonamos la rumorosa corriente de los cuatro carriles y nos encaminamos definitivamente a nuestro destino.

Hay algo de los viajes que me encabrona especialmente, y es cuando ocurre que al final, ya casi llegando, sobreviene alguna circunstancia que complica la circulación. En este caso es el continuo urbano y el densísimo tráfico, casi de atasco, que convierte los 26 kilómetros (de nuevo 26) hasta Paestum en *un via crucis* automovilístico. Sorprende el contraste entre este mogollón infame y el despoblado territorio que acabamos de cruzar hace poco más de una hora.

Una vez en Paestum nos liamos un poco, ya el navegador se empeña en meternos por una vía peatonal pegada al yacimiento. Finalmente preguntamos en el aparcamiento de éste (coches 5 €; autocas 10 € *chin luz, chin agua y chin na*) y allí nos indican dónde se halla el sitio en cuestión, *La Fattoria del Casaro*, (40°24'54.41" N 15° 0'17.99" E), a 500 metros escasos de donde nos encontramos.



http://www.caravanecamper.it/aree_doc/aree_show.php?id=174

La verdad es el lugar es bien curioso, pues aparte del área la finca cuenta con tienda de productos típicos y restaurante. Aunque sin duda la principal actividad (y atracción estrella) es la cría de búfalas para producir *mozzarella*.

<http://es.wikipedia.org/wiki/Mozzarella>

Paramos en la puerta y Bego se baja a preguntar: el precio es de 10 euros, como en el aparcamiento de fuera, pero con agua y luz (no quedó muy claro si ésta se pagaba aparte, pero a nosotros nadie nos dijo nada). Se duerme entre olivos centenarios, por lo que más rural imposible.

En el área sólo hay dos autos: una francesa, que se marcha al rato, y otra italiana en la que no se ve a nadie. Como suele ocurrirnos en estos casos, tardamos un tiempo en encontrar la sombra idónea, el emplazamiento idóneo y la orientación idónea. Cuando por fin hemos resuelto satisfactoriamente todos estos trámites y me dispongo a enchufar la luz, mi gozo en un pozo: la toma del poste es de las de tres clavijas, y nosotros con estos pelos. En un intento de concitar la suerte que tuvimos en el área de las cuevas de Postojna, donde nos prestaron un adaptador, vamos para la recepción. Respuesta: no tienen de eso, pero en el pueblo (primera a la derecha, segunda a la derecha y después todo tieso) hay una ferretería donde probablemente vendan.

Hace un calor tórrido, estamos cansados del viaje tras una noche en el mar y aún no hemos comido. Pero hoy es sábado. ¿Y si, oh catástrofe, la ferretería no abriera esta tarde? Haciendo de tripas corazón, arranco de nuevo y nos vamos en busca de la dichosa tienda. Una a la derecha, dos a la derecha, un kilómetro recto... Y no vemos ferretería por ninguna parte. Pensando en que debo de haberme pasado, entro por un cruce a la derecha y me dispongo a dar la vuelta. A lo lejos viene un coche. Trato de quitarme de en medio lo antes posible, estoy cansado y no he debido de evaluar bien la distancia. Entonces siento el golpe.

Una cienmilésima antes de chocar con la trasera he debido intuir que la pared estaba más cerca de lo que había calculado, pero ya he podido hacer nada. Sin comparo este porrazo con otros sufridos anteriormente y lo inscribo en una escala de magnitud, sin duda éste los aventajaría a todos. Una vez consumado el estropicio, podría haber parado el motor, podría haberme bajado a verificar los daños. En lugar de eso, me echo a llorar.

Bego, bastante más serena que yo, pregunta si quiero cederle el volante. Respondo que no, pero que me indique. Salimos de nuevo a la carretera, y me pide que pare a la sombra de un pino, que lo primero es comer. Yo insisto en que trate primero de localizar la tienda, de modo que se baja mientras yo me quedo tratando de serenarme.

Vuelve al cabo de un rato, al menos trae buenas noticias: ha localizado el establecimiento en cuestión y comprado el adaptador de tres clavijas. Yo, mientras tanto, he estado rumiando en detalle la cadena de factores que ha culminado en el autoporrazo. Manda narices que todo el verano recorriendo media Europa y parte de Asia, viéndonoslas con los conductores más energúmenos que imaginarse uno pueda y hete aquí que el único trastazo me lo doy yo, solo y contra un muro. No sé qué me duele más, si los daños materiales (todavía no me he atrevido a bajar a mirarlos) o los del

orgullo herido. Supongo que la tensión de diez mil kilómetros conducidos en ya se sabe qué circunstancias ha cristalizado en este momento preciso y los sentimientos han aflorado con la misma velocidad que el magma por la chimenea de un volcán.

Después de comer estoy ya lo bastante tranquilo como para ir a mirar. La colisión ha afectado a la esquina trasera izquierda, y lo que encuentro realmente es más de lo que esperaba, pero menos de lo que me temía: la pared, en su loco avance contra la autocaravana, ha impactado contra el perfil de aluminio de la esquina, que se ha abollado y deformado, aunque la peor parte se la lleva la pared lateral en la zona que va de la puerta del garaje a la esquina: el panel se ha desviado un poco hacia afuera y, lo peor de todo, tiene abierto un *siete* en el preciso lugar donde ya se rompió la vez que saltó el Fiamma al engancharse con una viga, cuando intentaba desembarcar del ferry que nos llevó de Tánger a Tarifa.

Cuando, semanas más tarde, enseñe el costurón a amigos y familiares todos le restarán importancia, alegando que son gajes del oficio. Yo sé que eso es cierto, pero puesto que consideramos los coches como una prolongación de la persona, ¿qué se puede decir de nuestra casa con ruedas? Además, luego está ese momento aciago en que le asalta a uno el recuerdo de todas las catástrofes y accidentes posibles, tanto los que pudieron suceder como los que no, y llega a la conclusión de que no somos nada, y que el Universo acabará en una gran implosión y todo eso.

Volvemos de nuevo al área-olivar, y esta vez estaciono con más soltura. El resto de la tarde lo dedicamos a limpieza y a descansar. Descubro una manguera conectada a la toma de agua junto a la que están los italianos (no sé si será de ellos o no) y aprovecho para asear la parte trasera de la auto, como quien limpia las heridas a un guerrero. Previamente tapo el *siete* con cinta americana, para que al menos no entre agua.

A no muchos metros de donde estamos se halla el cercado de las búfalas que viven, literalmente, enfangadas y revolcadas en el barro dando al sitio un aire de lo más africano. Aunque se las divisa perfectamente desde la auto, nos acercamos hasta la valla. Chandra se asombra muchísimo de ellas, e igualmente ellas de Chandra.



Chandra sale a investigar



¿Y tú qué miras?



¡Pero qué a gusto...



...se está aquí!

Está ya casi oscurecido cuando llegan los dueños de la auto. Son dos parejas y vienen en coche, por lo visto prefieren dormir aquí a hacerlo en la costa por ser más tranquilo (como nosotros) y utilizan el automóvil para moverse durante el día.

Esta tarde, a la entrada del restaurante, vimos un cartel que ofertaba pizzas, y decidimos encargarnos una. Diez minutos volvemos a por ella, y nos parece tan barata que, aunque tenemos mucha en la auto, también nos llevamos un par de cervezas.

La verdad es que no sé si es por la masa blandita y esponjosa, recién hecha, o por la *mozzarella* fresquísima, fabricada y consumida a pie de búfala. El caso es que esta noche, en mitad de la Campania, al término de un día ofuscado y azaroso, Juanma disfruta de la mejor pizza de su vida.

Kilómetros etapa: 230

Kilómetros viaje

Tierra: 10.385

Mar: 1.100

23 DE AGOSTO: DE PAESTUM A POMPEYA

Por aquello de esquivar el calor, ayer miramos el horario de apertura de las ruinas y por eso hoy, bien tempranito, dejamos la auto entre olivos y nos vamos para la entrada.

Hemos venido hasta aquí por recomendación de unos amigos gallegos. Bueno, no es que nos recomendaran el sitio exactamente, sino que viendo sus fotografías me quedé impresionado por el tamaño y lo bien conservado de sus templos, y es uno de esos momentos en que oyes una voz interior que te dice *Yo tengo que ir ahí*. Y aquí estamos.

<http://es.wikipedia.org/wiki/Paestum>

Paestum fue fundada por griegos sibaritas en los siglos VII o VI antes de Cristo, y recibió entonces el nombre de Poseidonia. Tuvo la suerte (para nosotros) de ser abandonada en el siglo XI debido a las invasiones sarracena y Normanda, y sus ruinas estuvieron cubiertas por la maleza hasta que 1752 Carlos VII –el futuro Carlos III de

España- mandó construir una carretera, antecesora de la actual Statale 18, y los restos arqueológicos salieron a la luz. La parte mala es que dicha carretera se cargó la mitad del anfiteatro. La buena, que al haber estado la ciudad deshabitada durante siglos los restos son del todo visibles, sin añadido de construcciones posteriores: se aprecia perfectamente el trazado de las calles y los restos del foro, y se conservan muy bien las murallas y tres grandes templos, dedicados a Hera, Apolo y Atenea.









Mientras el sol levanta y empieza a apretar, paseamos por la extinta urbe sacando fotos y buscando diferentes perspectivas de los templos. Por los carteles informativos nos enteramos de aspectos menos gloriosos, como por ejemplo aquel ciudadano que agregó una habitación a su casa por el sencillo método de usurpar un tramo de vía pública, lo cual muestra a las claras que el tráfico de influencias y el conchabeo urbanístico varios ni son invento ni patrimonio exclusivo de nuestros días.

Entramos por la puerta Sur y salimos por la Este, donde hay un puesto de chucherías y recuerdos. El vendedor nos entra un tanto agresivamente, y se retira con una mueca de desprecio cuando constata que no tenemos intención de comprarle nada. De nuevo el turista-objeto.



Bordeamos el recinto arqueológico y subimos a un tramo de muralla accesible desde el exterior. Hemos empleado casi dos horas en la visita, de modo que volvemos a la auto y a Chandra. Pocos minutos después estamos en marcha.

Nuestro recorrido del día es hasta Pompeya, y aunque en total no suma ni 80 kilómetros lo cierto es que se vuelven de lo más entretenidos: si el trayecto desde la salida de la autopista hasta Paestum fue malo ayer sábado, hoy domingo es aun peor, pues se transforma en un atasco continuo a lo largo de 27 kilómetros. De todos modos lo malo no es la cola ni la espera, sino los caraduras que te rebasan por el arcén buscando *la pool position*. En estas condiciones, es lógico que encontremos un accidente: al parecer, un coche ha colisionado con una moto a la entrada de un puente, y el conductor de ésta ha caído de la barandilla para abajo, aún lo están sacando.

Cuando por fin nos vemos en la autopista aparecen carteles de obra y recomendaciones para desviarse por Salerno, cosa que no hacemos por el miedo intrínseco de todo autocaravanista a meterse en una ratonera. La circulación es densísima y muy agresiva: un motero que viene a toda leche y que considera que yo no tengo derecho a adelantar se pone a mi altura y empieza a abroncarme. Yo hago caso

omiso a las provocaciones del fantoche, y espero a que se aburra, acelere y se largue. *Va fan culo.*

Tras abonar 5 euros de peaje dejamos la autopista en Pompeya, y a través de la Via Lepanto y Giuseppe Mazzini llegamos a Via Plinio. Es curioso estar aquí ahora porque en junio, durante la preparación del viaje, recorrí esta calle una y otra vez mediante el Street View de Google, así que todo lo que veo me resulta de lo más familiar. Pasamos por delante del parking Plinio, que se anuncia como *Area attrezzata custodita 24 ore*, pero ni siquiera consideramos entrar en ella porque no tiene ni una mala sombra, de modo que nos metemos en el Camping Pompei (40° 44'48.05" N 14° 29'5.70" E), justo enfrente de las ruinas, y que nos cuesta 17,5 euros la noche, lo cual se nos hace muy barato teniendo en cuenta dónde estamos. Pegado a éste está el camping Spartacus, y un poco más allá el Zeus, pero por lo que pude investigar el que hemos escogido es el más barato de los tres.



Nos llevan a la parte de atrás, a una parcela en la que, pese a los árboles y al seto, da bastante el sol. Al poco rato se marcha la autocaravana de la parcela contigua, mucho más sombreada, así que voy a recepción a preguntar si podemos cambiarnos. Permiso concedido.

Mientras Bego prepara la comida, yo voy a informarme sobre los dos sitios que queremos visitar, a saber: las ruinas de Pompeya y la cima del Vesubio. Respecto al primero no hay problema, cierra a las 19:30 (última entrada a las 18:00). En cuanto al segundo, por lo visto hay un servicio de autobuses, y para saber más me derivan a la oficina de turismo, que encuentro cerrada. Regreso para comer.

Son casi las cinco cuando salimos del camping bajo un cielo que presagia tormenta. Por si las moscas, nos llevamos los paraguas.

De camino pasamos de nuevo por la oficina de turismo, que ahora está abierta. El chaval que me atiende debe de ser un poco lerdo, porque cuando le pregunto por los horarios del autobús para el Vesubio responde lacónicamente *que hoy ya no hay*. Ya supongo, replico sardónico, a las horas que son. ¿Y qué tal mañana? El chico parece como encasquillado, menos mal que una compañera mejor dispuesta acude en nuestro socorro y nos regala una cuartilla con los horarios.

Sobre que Pompeya debió de ser el primer *robódromo* de Italia en el que todo chorizo que se preciaba de serlo venía a doctorarse no albergamos ninguna duda cuando vemos el puesto de carabinieri empotrado en la entrada. Un poco más allá están las taquillas, prácticamente vacías a esta hora. Está claro que el grueso de los turistas viene más temprano.

Los tickets cuestan 11 euros por barba. Tenemos algo más de dos horas por delante para la visita, pero cuando examinamos el plano que nos han dado quedamos abrumados por las dimensiones de la ciudad: está claro que no lo podremos ver todo, y que habrá que seleccionar. Además, el cielo ha virado de negro a negrísimo, no sabemos cuánto aguantará.

<http://es.wikipedia.org/wiki/Pompeya>

Entramos por la Porta Marina y caminamos hacia el foro. Desde el primer momento percibo Pompeya como un sitio distinto a cualquiera que haya visitado hasta ahora: no se trata de las típicas ruinas que te hablan del destructor paso del tiempo y esas zarandjas, sino que más bien parece una ciudad abandonada por sus habitantes hace nada y menos. De alguna manera, su presencia impregna las calles.

Por una ironía del destino, hoy precisamente es la víspera del aniversario de la erupción, Y, de alguna manera, viendo la luz menguante ahogada por la tempestad que

se nos viene encima es muy fácil recordar aquel infausto 24 de agosto del año 79 de nuestra era, cuando se hizo la noche en pleno día, mañana hará de ello 1.930 años.



Así debió de verse el cielo el día de la erupción



Pompeya bajo la lluvia



Una taberna



Los predecesores de los *guardias tumbados*

Empiezan a oírse detonaciones que todavía no son truenos, sino cohetes: en algún pueblo hacia el Este tenían programados fuegos artificiales para esta noche, y ante la inminencia cierta de la tormenta parece ser que han decidido prenderles fuego ahora. Y realmente han acertado de lleno, porque no han pasado ni cinco minutos cuando empieza a arrear agua a lo bestia, con un aparato de truenos y relámpagos realmente terrorífico. Por suerte nos pilla visitando las termas que hay al lado del foro, y que son de los pocos edificios con techo en la ciudad. Compartimos refugio con más gente, entre ellos una familia catalana y su perrillo, que ladra como un poseso. Cuánto me alegro de que Chandra se haya quedado a resguardo en la autocaravana, por muy cagada de miedo que esté ahora.

Pruebo a abrir el paraguas y salir con él a la calle, pero no sirve de nada contra el diluvio que cae de lo alto; no queda otra que armarse de paciencia.

Al cabo de un buen rato empieza a amainar. Hemos perdido demasiado tiempo, hay que espabilar. El agua corre a raudales por el centro de la calle, menos mal que ésta dispone de altísimas aceras, qué curioso invento que no ha cambiado nada en los últimos dos mil años. Vamos hacia el Noroeste en busca de la Villa de los Misterios, donde se hallan los frescos mejor conservados. También hay algún cadáver yacente arrojado por la ceniza que, por fortuna, no veo. Siempre me dio yuyu cuando pensaba en visitar Pompeya precisamente por estos cuerpos amortajados por el volcán que yo, inconscientemente, asociaba con las víctimas de Hiroshima y Nagasaki. Pero hoy el destino se mostrará misericordioso conmigo y disfrutaré de la visita sin toparme con ninguno de estos espectros del pasado.



Villa de los Misterios. Frescos

La Villa de los Misterios se encuentra extramuros de la ciudad, a unos 200 metros de la puerta de Herculano, y se halla en su totalidad techada, con lo cual te haces una mejor idea de cómo eran las casas patricias. Encontramos allí a un grupo de japoneses y a una familia española con niños extraordinariamente gritones. Las nubes se marchan a la misma velocidad con que llegaron y asoma tímidamente el sol.

Volvemos al centro. El agua y la hora han ahuyentado a la mayoría de los turistas y recorreremos fantasmagóricas calles con la sensación de ser los únicos seres vivos en kilómetros a la redonda. Pasamos junto a los quicios de las puertas con cuidado, como esperando darte de narices con alguien. A mí me llaman mucho la atención unos mostradores forrados de bellas lajas de mármol en los que se abren unos orificios circulares, tal vez para colocar ollas y cocinar en ellas. Se diría que el dueño y los parroquianos acaban de salir, y que volverán en cualquier momento.



Tienda o restaurante

Buscamos (y hallamos) el lupanar siguiendo las indicaciones de un bajorrelieve en forma de pene. A otras horas debe de venir mucha gente por aquí, pues hay una puerta de entrada y otra de salida. Por fortuna para nosotros estamos solos y podemos recorrer el local a nuestro antojo: a los lados están los cubículos con camas de piedra (somier garantizado, no se rompe por mucho trajín que se le dé), y a lo largo de las paredes de la zona común una serie de pinturas explícitamente eróticas que recuerdan a los murales de los Pans&Company o los McDonalds para facilitar la elección del cliente: *Por favor, ¿me pone una fellatio y un a cuatro patas?*



Por favor, siga el pene

El menú



Salimos del lupanar hacia la Vía Stabiana, que sale del foro, llega hasta las afueras de la ciudad y mide casi un kilómetro. Vamos a la carrera, como turistas de un viaje organizado cualquiera, dejando de lado un montón de sitios que a buen seguro nos gustaría conocer. Es una pena. Quedan, por supuesto, las ganas y el consuelo de volver, aunque las circunstancias de esta extraña tarde de ciudad deshabitada y con tormenta serán difícilmente repetibles.

Nos desviamos hacia la derecha en busca del anfiteatro. Comparado con el de Mérida, está como si lo hubieran terminado de construir ayer. El centro de la arena, inundado con grandes charcos como recordatorio de la que acaba de caer.



Anfiteatro tras la lluvia

Poco a poco oscurece, y va siendo ya hora de salir. Desde hace un rato me asalta el temor infantil a que nos dejen encerrados en la ciudad muerta (debe resultar de lo más fácil escamotearse en cualquier rincón y esperar a que cierren. ¿Habrá patrullas de vigilantes por la noche? ¿Y espíritus de pompeyanos?) Por fortuna, aún queda gente que, como nosotros, anda buscando una puerta. La más cercana es la de Nocera, pero el acceso desde el anfiteatro está cerrado; toca pues rodear la gran explanada de la

palestra, recorrer una calle secundaria y después un cementerio de urnas cinerarias. Transidos de pena nos vemos de nuevo en el siglo XXI con sus luces, sus coches, su ruido y sus prisas.

Hemos salido a la Vía Roma que a su vez desemboca en la Vía Plinio, de manera que encontrar el camping es fácil. Chandra nos recibe loca de contento. Pese al tormentazo, y en contra de lo que esperábamos, no se ha hecho sus necesidades, la muy valiente. La sacamos de paseo como premio y compensación., aunque no resulta del todo agradable por la gran cantidad de tráfico que circula ahora. A la vuelta entramos en el restaurante del camping a encargarnos una pizza que, desafortunadamente, no está a la altura de la que comimos anoche en Paestum.

Kilómetros etapa: 76

Kilómetros viaje

Tierra: 10.461

Mar: 1.100

24 DE AGOSTO: DE POMPEYA A ROMA

La parte posterior del camping está pegada a la vía del tren. Por suerte, son pocos los convoyes que han circulado durante la noche y apenas nos han molestado. No podemos decir lo mismo de nuestros vecinos, dos autocaravanistas italianos. Por lo visto tienen un problema, se les abre el cofre lateral de uno de los vehículos, y llevan media mañana solucionándolo. En sus ires y venires invaden continuamente nuestra parcela, cosa que me molesta especialmente, de modo que en cuanto estoy visible salgo afuera para reivindicar mi territorio. Consciente o inconscientemente los otros parecen captar el mensaje y se retiran.

Hemos estado un buen rato dándole vueltas a lo del autobús del Vesubio. Nuestra primera duda es si la autocaravana podría subir o no hasta lo alto del volcán aunque, bien pensado, si llega el autobús, ¿cómo no vamos a llegar nosotros? La segunda pega es que no comprendemos cómo es posible que, habiendo 24 kilómetros desde aquí hasta la cima, el susodicho autobús tarde hora y media en ir y otro tanto en volver (el porqué ya lo averiguaremos más tarde), de modo que la Chandrita tendría que quedarse medio día sola en la auto. Por todo ello decidimos animarnos e ir con la casa a cuestas.

Comienzo con los preparativos de la partida y de inmediato capto agitación en el campamento enemigo: ni siquiera he terminado de salir de la parcela cuando uno de los tipos ya se ha posesionado de ella, como si tuviera que competir por el sitio con otras diez o doce autocaravanas. Olé la educación y la delicadeza.

Cuando salimos a Via Plinio se nos plantea un nuevo dilema que en otro sitio sería una chorrada, pero no en Italia: a la misma puerta de las excavaciones está el acceso a la autostrada Nápoles-Pompeya, inaugurada en 1929. Ayer vimos allí un cartel en el que se leía SOLO NAPOLI y que nos induce a confusión: ¿qué quiere decir exactamente? ¿Que esta autopista sólo tiene salida al centro de Nápoles o, por el contrario, que siguiendo por aquí no se puede ir en dirección Sur? La segunda hipótesis nos parece una perogrullada, porque bastaría con que pusiera simplemente NAPOLI, como sucede en todas las carreteras del mundo mundial, así que nos inclinamos por la primera alternativa (más tarde nos enteraremos de que la respuesta correcta era la segunda, para eso estamos en Italia). Como para subir al Vesubio tenemos que apearnos antes, en Torre del Greco, decidimos ir por la antigua carretera, y ya de paso buscamos un super.

Nada más cruzar bajo la autopista divisamos a la izquierda el Auchan de Torre Annunziata, pero como no está nada claro por dónde se entra optamos por seguir. A continuación y sin previo aviso nos vemos inmersos en una de esas experiencias que te marcan de por vida y que uno recordará siempre, por mucho que viva: para empezar, no se trata de una carretera sino de una calle eterna ya que los pueblos, encajados entre la autopista y el mar, se solapan unos con otros en una concentración humana apabullante. Y la densidad de población tiene en justa correspondencia una enorme densidad de tráfico: por descontado se avanza muy despacio, pero cuando te encuentras un coche aparcado en doble fila –y hay muchos- te atascas, ya que el tráfico de frente es continuo. Al principio no sé qué hacer, me quedo parado; luego, poco a poco, aprendo a echarle morro y a meter progresivamente el ídem. Pasamos unos a centímetros de otros en una especie de ballet surrealista que se vuelve más divertido cuando los coches estacionados en doble fila ocupan las dos calzadas y sólo queda un angosto paso en medio. Sin embargo, nadie pita, nadie grita ni se insulta. La carrocería de los vehículos, en cambio, habla por sí sola de esta muda pugna por el espacio: apenas se ven automóviles nuevos, la mayoría están birriosos, cochambrosos, caminan de milagro y lucen las cicatrices y mataduras de mil batallas.

Pero el retrato del paisaje no quedaría completo si no precisara que estamos atravesando un territorio auténticamente comanche donde todo el mundo sabe quién es

quién, pero nadie conoce a nadie; al fin y al cabo éstos son los suburbios de Nápoles. Al avanzar es como si atravesáramos capas y más capas de una sustancia viscosa y elástica, no por invisible menos resistente. Me llaman mucho la atención los chicos jóvenes, todos visten camisa con el cuello vuelto hacia fuera, al más puro estilo chuleta. En cuanto a los conductores evitan mirarse a los ojos, particularmente en los momentos de apuro, quizá sabedores que el mínimo incidente puede acabar de mala manera. Se masca en el ambiente una especie de fatalidad.

El centésimo coche en doble fila obstaculiza mi camino. Estoy calculando cómo adelantarlo y justo en ese momento se pone en marcha. Lo que ocurre es que en lugar de seguir hacia delante súbitamente y sin aviso realiza un giro de ciento ochenta grados. Dado que en el carril opuesto hay otro mal aparcado y no tiene espacio suficiente comienza a dar marcha atrás justo en el momento en que yo trato de pasar. Pito para avisarle, pues él no mira hacia atrás, ni tampoco por los retrovisores. No por bordería, es para evitar el conflicto.

Capítulo aparte merecen las motos, que se mueven entre los coches adelantando por izquierda y derecha y que te obligan a ir con mil ojos; hay una que no calcula bien el hueco que media entre mi retrovisor y los contenedores y se queda allí estampada. No mucho después oigo un golpe en la parte de atrás. Ya está, pienso, ya me dieron. Miro por el espejo y veo una scooter pegada a mi lateral. El conductor, hombre de unos cuarenta años, se acerca a la ventanilla y me pide disculpas: por lo visto nos ha rozado con el casco, pues lo lleva colgado del codo derecho a modo de protección. Es tan comedido, tan educado, se le ve tan compungido y, sobre todo, contrasta tanto con el mejunje que percibo ahí afuera que ahora me toca a mí ser cortés, ser amable y rogarle que no pasa nada, *prego*, que siga su camino.

Ni qué decir tiene que a estas alturas ya nos hemos olvidado del super, y eso que prácticamente estamos sin agua. A un lado y otro de la calle vemos algunos. Los más pequeños no tienen aparcamiento, y los grandes se hallan retranqueados de la calle principal; el acceso a ellos es tan largo y estrecho que ni en mis más disparatadas fantasías me veo entrando por ahí, y menos saliendo.

Leopardi, Santa Maria la Bruna y, por fin, Torre del Greco: los 12 kilómetros desde el camping hasta aquí nos han costado una hora (se entiende entonces lo del autobús). Aquí es donde tenemos que cruzar por encima o por debajo de la autopista e iniciar la ascensión al Vesubio. Ocurre sin embargo que la calle es tan estrecha y los edificios tan altos que en el momento crítico perdemos la señal del satélite, y empiezo a

vagar a la buena de Dios, buscando señales que no existen. Cuando veo que la calle nos lleva de cabeza al puerto doy un volantazo y giro a la derecha. La calle sube y sube. Increíblemente, hemos acertado.

Poco a poco dejamos atrás la aglomeración urbana, sorprendidos de haber salido enteros y del enorme contraste con el bosque que ahora atravesamos. Nos cruzamos con autobuses que bajan y que no comprendo cómo pueden girar en las curvas, de tan estrechas y cerradas. Pese a ello, los 12 kilómetros restantes se me hacen coser y cantar comparado con lo que dejamos atrás.



Vesubio desde Google Earth



Subida al cráter



Nápoles desde el Vesubio

Llegados al aparcamiento, a 1.000 metros de altitud, constatamos que está en cuesta arriba, que es de tierra y que está lleno. Bueno, casi: los vigilantes, unos tipos duros con camisetas ceñidas y músculos de culturista, encuentran un hueco a nuestra medida y nos cobran 5 euros.

Una vez abonada la tasa del vehículo vienen las personas. La entrada individual cuesta 6,5 euros, y en teoría incluye una visita guiada, pero en la práctica los encargados de la misma no aparecen por ningún lado y cada cual va por su cuenta.

Desde el aparcamiento hasta el borde del cráter se suben a pata otros 150 metros. El final bien merece la pena: resulta sobrecogedor asomarse a esta boca de 550 metros de diámetro. Después de los tres volcanes de Turquía, éste es el cuarto que visitamos este verano. Claro que no es tan alto como el Ararat o el Erciyes, ni tiene un diámetro colosal como el Nemrut Dağı, pero a diferencia de aquéllos éste es un volcán activo: la última erupción tuvo lugar en 1944, poco después de ocupar los aliados la ciudad (destruyó una escuadrilla de 88 B-25). Es, por añadidura, bastante matón: la erupción del año 472 fue de tal magnitud que las cenizas llegaron hasta Constantinopla. Ahora dormita pero no del todo: unas fumarolas avisan de que en un futuro más o menos lejano el volcán rugirá de nuevo, con el riesgo añadido de que jamás ha vivido tanta gente en las zonas aledañas al cráter como ahora.



Acongojante boca



Humanos en el mirador



La cima



La colada de 1944



Fumarolas

Está permitido recorrer más o menos la mitad del perímetro, y si te sales del sendero marcado te llaman la atención con el silbato.

http://es.wikipedia.org/wiki/Monte_Vesubio

Mientras estamos allá arriba me doy cuenta de que se ha declarado un incendio en la ladera del monte, en la parte que da hacia Nápoles. Me preocupa un poco, porque si se extiende nos puede poner en dificultades (no por las llamas, que no pueden llegar

hasta aquí, sino por el humo). Deben de estar acostumbrados porque, en contra de lo esperable, casi instantáneamente aparece un helicóptero antiincendios que impide que la cosa vaya a mayores.

En la bajada hacia el aparcamiento, Chandra se muestra remisa a andar. Pensamos primero que es el calor; luego, que se ha clavado algo. Pero no tiene nada en las patas, debe de ser que la gravilla volcánica le hace daño al metérsele entre los dedos. Bego la coge en brazos y la lleva un rato, pero ocho kilos de perro son mucho perro, así que pongo en práctica una idea mejor: me la echo al cuello y le sujeto dos patas con cada mano, al estilo Buen Pastor. Al principio pienso que no le va a agradar el invento, pero por lo visto va encantada, y de paso arrancamos sonrisas a todos los turistas que suben y, sobre todo, a los guardas de la taquilla.



El Buen Pastor

Es hora de comer, pero el aparcamiento no parece el mejor sitio, vista su inclinación. Antes, al subir, nos fijamos en un desvío a la derecha que llevaba a la antigua estación del funicular, y decidimos probar suerte. Atravesamos una especie de

plazoleta en la que hay un bar con terraza de verano. Un poco más adelante hay otro ensanchamiento donde termina la carretera, y donde no hay nadie. Nos ponemos a la sombra.

Teniendo en cuenta la proximidad de Nápoles, con todo lo que eso conlleva, no sé si es buena idea quedarse en un sitio tan solitario. Sin embargo, al cabo de un rato aparece un coche, de él baja una pareja joven con un crío, y eso nos tranquiliza más que si hubiera sido un coche de la policía.

Tras la comida, volvemos a la carretera y continuamos descendiendo. Al venir no me fijé, como ahora, en la enorme cantidad de basura que adorna las cunetas, y eso que estamos todavía dentro del Parque Nacional. Me viene a la memoria la crítica situación que vivió Nápoles hace un par de años, cuando la huelga de recogida que alfombró de porquería las calles de la ciudad te hacía pensar en lugares como Luanda o Calcuta.

A la derecha aparece un indicador hacia Nápoles prohibido para autobuses. Como no nos interesa salir de nuevo a Torre del Greco sino lo más al Norte posible, nos metemos por él. A través de muchas curvas y recurvas pasamos el pueblo de San Vito, y nos damos de narices con otra zona dejada de la mano de Dios: más y más basura, coches quemados, casas en ruina... Tal vez sea la hora, pero no hay ni un alma por la calle. Todas nuestras alarmas se disparan; como no nos gusta nada el cariz que está tomando la cosa (y cuanto más cerca de Nápoles posiblemente sea peor), resolvemos entrar en la autopista a la primera oportunidad. El acceso a la misma es alucinantemente angosto, pero pasamos. En el peaje nos cobran la tarifa más cara de toda Italia: 2 euros por algo más de 1 kilómetro. No obstante, pagamos a gusto, contentos de salir de semejante embolao.

Estamos en la A 1, *Autostrada del Sole*, y ni se nos ocurre parar de nuevo en Nápoles para buscar un hiper. Consultado el mapa vemos que a unos cien kilómetros está Cassino, donde podemos hacer una escala técnica y, ya de paso, visitar la abadía.

El nombre de Montecassino lo conozco desde niño, por mi afición a todos los libros y documentales que versaran sobre la Segunda Guerra Mundial. A aquella edad me fascinaba el lado épico-estratégico del asunto, y era incapaz de comprender el tremendo sufrimiento y destrucción que lleva aparejada cualquier guerra. Ya por entonces estaba al tanto de que el cerco a Montecassino duró ciento veinte días, de que en torno a él se libraron cuatro cruentas batallas entre enero y mayo de 1944, y de que el monasterio fue absolutamente destruido por la aviación y la artillería aliadas. Ahora, además, me entero de que los alemanes, habitualmente los malos de la película, salvaron

la irremplazable biblioteca de la abadía trasladándola al castillo de Sant'Angelo, en Roma. Está claro que el mundo no es nunca del todo un lugar blanco o negro.

<http://revista.libertaddigital.com/cual-fue-la-utilidad-del-asedio-de-montecassino-541.html>

Lo primero que hacemos al llegar al pueblo es buscar el dichoso hiper; damos con él en un polígono industrial al Este del casco urbano. Bego se va a comprar, y Chandra y yo nos quedamos esperando a la sombra. Descubro a varios mosquitos que intentan picarme. Como no son horas de ello, deduzco que se trata del temido *mosquito tigre*, que llegó a Italia procedente del Sudeste asiático y que está cosechando un rotundo éxito a costa de sangre europea. Corro a la autocaravana a regarme de repelente.

Tras la compra y la obligatoria visita al surtidor, cruzamos Cassino buscando el camino de la abadía. La verdad es que el desnivel es impresionante: en los 800 metros que hay en línea recta desde monasterio hasta las últimas casas (9 kilómetros por carretera) el terreno sube más de 400; no nada es extraño que los aliados se las vieran y se las desearan para sacar de aquí a los alemanes, ni tampoco que recurrieran a tropas indias, marroquíes y polacas como carne de cañón pura y dura. Y sin embargo uno mira ahora el pueblo y las empinadas laderas cubiertas de vegetación y, como suele ocurrir en estos casos, no se distingue vestigio alguno que recuerde tan dramáticos acontecimientos.

<http://www.youtube.com/watch?v=WxO0HmfS34>

El parking a la entrada de la abadía es de pago pero se halla prácticamente vacío, por lo que astutamente deducimos que el horario de visitas ha terminado (son las 18:30). Salgo a echar un vistazo y a sacar algunas fotos. Tampoco el monasterio tiene pinta de haber roto un plato o, mejor dicho, de haber sido arrasado hasta los cimientos: de no saber nada, parecería que lleve ahí intacto por los siglos de los siglos.



Abadía de Montecassino



PAX



Castillo De la Rocca Janula



Cassino desde la abadía

Observo a una pareja mayor que charla con uno de los benedictinos. De éste me llama la atención que luzca una gorra de béisbol negra, a juego con la sotana; de la pareja, que entre ellos hablen castellano. Cuando ya se marchan les pregunto de dónde son, y él me responde que de Méjico, pero que su abuelo era polaco, que murió en combate y que está enterrado en el cementerio de guerra que hay un poco más allá. Charlamos agradablemente durante unos minutos, luego nos despedimos.

No falta mucho para que oscurezca. Por la zona hay varios aparcamientos que estarían bien para pasar la noche, pero la estricta solemnidad del sitio y la presencia de

tanto muerto nos da algo de yuyu así que, pese a lo tardío de la hora, decidimos continuar camino: Roma está a sólo 120 kilómetros por autopista, y además tenemos las coordenadas del área de autocaravanas.



Rumbo a Roma

Todo marcha bien hasta que el tráfico se adensa y ralentiza hasta pararse, y los paneles indican que a causa de las obras hay un atasco de narices, y que todo el que pueda coja el itinerario alternativo, que es por la Via Casilina. Dado que nuestro destino se encuentra precisamente en el número 700 de dicha Via -que, antes de salir al extrarradio y convertirse en carretera, es una calle de Roma-, nos parece muy sencillo seguir todo tieso hasta llegar allí. Además, pienso que llevando navegador no habrá problema. Me equivoco: la carretera es sinuosa, y se halla repleta de baches que no ves debido al intenso tráfico en sentido contrario. Durante interminables kilómetros conduzco por ella, cegado por los faros y a pique de darme con un bordillo hasta que decido que nada puede ser peor que esto: en cuanto podemos nos reintegramos a la autopista. Para nuestra sorpresa, el atasco ha desaparecido, y continuamos sin

incidencias hasta el anillo que circunvala Roma. Total peaje desde Pompeya: 13, 1 euros.

A partir de aquí sólo restan 6 kilómetros hasta el área, pero está visto que un día que empiezas peleándote con los conductores napolitanos no puede acabar así por las buenas: un buen tramo de la susodicha calle está patas arriba a causa de las obras del metro, y al equivocarse el desvío acabamos en un barrio de apariencia tenebrosa (otra vez los chasis de automóvil descuajaringados) y jóvenes de origen africano pululando por calles desiertas. Por fortuna, conseguimos salir de nuevo a la dichosa Via Casilina unos cientos de metros antes del área. La calle tiene cuatro carriles y por medio pasa la línea del tranvía, de modo que toca buscar un semáforo para invertir el sentido de la marcha y ya estamos ($41^{\circ} 52'32.95''$ N $12^{\circ}33'20.12''$ E). El sitio en cuestión se llama LGP, y se dedica a la guardería de autocaravanas y a la venta de repuestos, aunque casi la mitad del espacio lo destinan a aparcamiento y pernocta.

<http://www.lgprom.0a.it/SPA/IMain.html>



Desde dentro han debido de ver que llegábamos, porque la puerta se abre sola sin necesidad de llamar. La acogida es excelente, cosa que se agradece después de un día

tan ajetreado. Son 15 euros cada 24 horas, luz y agua incluidos. El encargado nos asigna una parcela en mitad de un espacioso prado. Han plantado árboles, pero son aún demasiado jóvenes para que durante el día proyecten la más mínima sombra.



El área de Via Casilina

Mientras cumplimentaba los trámites apareció una auto española. Bajó el conductor y nos saludamos. Como los envían muy cerca de nosotros, pegamos la hebra. Son una pareja joven, Juan Carlos y Cristina, que viajan con su hijo de ocho años. Nos cuentan que llegaron esta tarde a Roma, y que buscando dónde dormir han estado en otros dos sitios antes de éste. Evidentemente, no les convencieron lo más mínimo. Como viven en Mataró, hablamos de conocidos comunes y, cómo no, de Ac Pasión. También de los mosquitos tigre, que por lo visto están causando estragos de Cataluña. Aquí por la humedad debe de haber bastantes, porque se les oye rondar. Otra vez a embadurnarse.

Estamos en Roma, última escala del interludio italiano. Mañana, de visita. Y pasado, el mar.

Kilómetros etapa: 283

Kilómetros viaje

Tierra: 10.744

Mar: 1.100

25 DE AGOSTO: ROMA

Pasamos el rato de después del desayuno charlando con Cristina y Juan Carlos, poniendo todo en orden y organizando la jornada de hoy. A las 10:30 salimos por la puerta. En recepción hemos comprado un abono metro+bus+tranvía de 24 horas, así que procuraremos darle todo el uso posible.

Los dueños del área exhiben a la entrada un autobús inglés de dos pisos. Sé, porque me lo ha contado, que una de las fantasías tempranas de Bego era habilitar uno de estos vehículos y convertirlo en residencia permanente para recorrer mundo. De alguna forma, al menos en parte, la autocaravana ha venido a dar forma a aquel sueño juvenil.



English bus

La parada del 105 cae enfrente de la puerta; la del tranvía, algo más lejos. Optamos por el primero, que tarda un ratillo en llegar y cuando lo hace viene hasta los topes: no hay lugar al que poder agarrarse, y mucho menos donde poderse sentar. El conductor toma las curvas a lo loco y frena como un poseso. Pierdo el equilibrio y caigo encima de una señora que me mira con ojos asesinos. Pero qué quiere que le haga, soy nuevo aquí y aún no he logrado, como diría Battiato, un *centro di gravità permanente*.

<http://www.youtube.com/watch?v=hFGz-t5R0BE>

Hasta la estación Termini sólo hay 6 kilómetros, pero llevados en volandas por semejante animal parecen veinte. A mitad de trayecto se suben unos revisores. Me parece increíble que sean capaces de moverse entre el espeso gentío, inspeccionar los billetes y simultáneamente mantener el equilibrio. Somos tantos a bordo que calculo que no les dará tiempo llegar hasta nosotros, pero justo cuando aterrizamos en destino un revisor hembra, pues de una mujer se trata, se abalanza sobre mí y me exige el ticket. Se lo doy y lo devuelve sin mirarme. Algo en su precipitación me dice que, al saberme turista, esperaba que no lo llevase.

Cogemos el metro. Tres estaciones nos separan de la Plaza de España. Aparecemos junto a la ultrafamosa escalinata. La primera vez que estuve en Roma fue en un viaje de estudios, en 1987. Desde entonces no he vuelto, pero son tantas las imágenes vistas de este lugar que tengo la sensación de haber estado aquí anteaer. Hay mucha gente, unos arrimados a la sombra, otros haciéndose fotos o haciendo cola para echar un trago de los chorros que brotan de la *Barcaccia*. El agua está muy buena y tremendamente fría.



Fuente de la Barcaccia



Plaza de España



¿Roma o Nueva Delhi?



Vaticano al fondo



Via Condotti desde la Trinità

Bego y Chandra se quedan junto a la fuente y yo me subo escaleras arriba, hasta la puerta de de la Trinità dei Monti. Desde aquí, junto al obelisco, la vista es soberbia. A 2,5 kilómetros en línea recta destaca la cúpula de San Pedro, eclipsada parcialmente por la de San Carlo al Corso. Suenan las campanas de esta urbe beata y depravada que tan esplendidamente retratará Francisco Delicado en *La Lozana Andaluza*:

http://es.wikipedia.org/wiki/La_lozana_andaluza

Aunque publicada en Venecia en 1528, el tema que trata es tan universal y humano que fue llevada al cine por Vicente Escrivá en 1976, marcando un hito entre las películas del *destape* español y quedando indeleblemente grabada en el inconsciente erótico-colectivo del españolito medio.



Erotismo aparte, es preciso reconocer el carácter cinematográfico de esta ciudad: Rossellini, Vittorio de Sica, Fellini, Visconti, Bertolucci...y otro montón de directores de culto. Cuando pienso en Roma suele venirme a la memoria *Roman Holiday*, la película que en 1953 catapultó a la fama a Audrey Hepburn.

http://es.wikipedia.org/wiki/Vacaciones_en_Roma

Cómo no acordarse de la escena frente a la *Boca de la Verdad*, cuando el periodista de incógnito (Gregory Peck) le explica a la no menos incógnita princesa que todo aquel que mienta y meta allí la mano la pierde.



<http://www.youtube.com/watch?v=LumtVIGXK0c>

Desciendo la escalera y me reúno con mis chicas. Mientras reposo a la sombra, me entretengo robando fotos a dos hermosas jóvenes de aspecto exótico. Al final va a resultar verdad que la ciudad papal ejerce como potente afrodisíaco.



Flores de otro mundo

Seguimos la Via Condotti impregnándonos de los silencios y los sonidos que dormitan en sus paredes hasta llegar al Mausoleo de Augusto y al moderno edificio que alberga el Ara Pacis, junto al Tíber. Tiene éste en el exterior una fuente con chorros que brotan del suelo y una pared-cascada que nos viene de perlas para el refresco. Luego, cruzando el río, y siguiendo el lungotevere –qué nombre más hermoso- llegamos a las puertas del Castillo de Sant'Angelo. Siempre me ha fascinado este edificio por su forma de tarta, aunque claro, ello es debido a que no fue concebido originalmente como fortaleza, sino que iba a ser el mausoleo del emperador Adriano. Desde 1277 se halla unido al Vaticano por un corredor amurallado que se llama *Passetto di Borgo*. Dicho pasadizo salvó el pellejo a dos Papas: a Alejandro VI de los franceses, en 1494, y a Clemente VII de españoles y alemanes, en mayo de 1527, durante el episodio conocido como *El Saco de Roma*.

http://es.wikipedia.org/wiki/Saco_de_Roma

Cuenta la historia que el comandante de las tropas imperiales, el duque Carlos, murió durante el asalto. Este suceso, en vez de desmoralizar a los atacantes, los enardeció hasta tal punto que consiguieron tomar las murallas, masacrar a la Guardia Suiza y saquear la ciudad entera. El Papa, como se ha dicho, escapó por los pelos pero acabó siendo prisionero de facto en su propio castillo. Se rindió un mes después, pagando 400.000 ducados por su autorescate.



El Tiber



Castillo de Sant'Angelo

De Sant'Angelo a San Pedro. Uno puede ser escéptico en materia de religiosidad o directamente beligerante con los tejemanajes de la jerarquía, pero a la Iglesia Católica es preciso reconocerle su innegable sentido de la escenografía: a medida que uno avanza por la Via della Conciliazione crece sin cesar la imponente masa de la basílica y hace que uno se sienta muy pero que muy pequeño. Mensaje implícito y explícito: las personas pasan, pero la Santa Madre Iglesia permanecerá, y a las pruebas me remito. Además, tampoco se puede negar la indiscutible aportación de la Curia a la literatura y al cine: si uno introduce en Google los términos *Vaticano* y *conspiración* salen 136.000 resultados. Si, por el contrario, lo que buscamos es *Vaticano misterios* nos saldrán 389.000 sitios. Y si escribimos *Vaticano extraterrestres* tendremos la nada desdeñable cifra de 171.000 lugares indexados. Dan Brown, con sus novelas y películas, y Tom Cruise, con *Misión Imposible 3*, engrosan asimismo la lista de individuos agradecidos a la ínclita institución.



San Pedro desde la via della Conciliazione



Si te sientas un rato ves pasar gente realmente curiosa



Multitudes en espera de la visita

Nos sentamos a la sombra, absortos en el bullicio y el ir y venir de la gente. Traemos asumido que al viajar con Chandra la visita va a ser eminentemente de exteriores. Eso no nos preocupa mucho, ya que los dos conocemos Roma como turistas *normales*, aunque de todos modos nos acarreará algún problema añadido, como en adelante se verá.

Lo que no faltan en Roma son fuentes: en la Via della Conciliazione hay dos pegadas al muro. Como no tienen mucho caudal, detecto señales de impaciencia en la cola cuando llega mi turno y me dispongo a llenar mi botella de aluminio de litro y pico en lugar de las reglamentarias PET de 300 centímetros cúbicos.

Con el agua fresquita nos sentamos en un banco a comernos la fruta y los bocatas que hemos traído. Luego no sabemos qué hacer. Hace excesivo calor para seguir andando, y tampoco podemos entrar en ningún local con aire acondicionado. Consideramos pues que la mejor opción es bajar a la orilla del Tíber, entre los puentes de Vittorio Emanuele II y el de Amadeo de Savoia. No es que haga mucho más fresco, pero se está más tranquilo. Además, a la sombra la temperatura es algo más soportable. Pasamos aquí algo más de una hora, un tanto aburridos. Ni soñar con refrescarse en el río, el agua presenta un aspecto bastante asqueroso.



Sant'Angelo bajo el puente de Vittorio Emanuele II

Al final nos armamos de valor y decidimos salir. Nuestro destino es el Panteón y, de camino, la Plaza Navona. Caminamos en dirección Este dejándonos llevar por las estrechas calles que no vienen en las guías y donde se puede captar, mejor que en ningún sitio, la idiosincrasia de una ciudad. Pero tenemos una pequeña urgencia, a saber, y es que Bego necesita un baño de forma perentoria. Chandra desconoce esas trabas porque el pudor público no va con los perrillos, y por lo que a mí respecta al ser hombre Natura me dio ciertas ventajas a la hora de miccionar de estrangis. Pero al fin y al cabo somos un equipo, y el problema de uno es problema de todos, así que nos a buscar el dichoso water. Tras mucho andar constatamos que atender las necesidades básicas de los turistas no entra dentro de las prioridades del ayuntamiento romano. Pasamos por la puerta de un museo, y se asoma Bego a preguntar. Respuesta: sin entrada no hay meadero; manda narices.



Siesta romana



Il Pasquino

En nuestro deambular topamos con una estatua totalmente erosionada y con el pedestal cuajado de carteles. Nunca hemos oído hablar de ella, aunque resulta evidente que su función es servir de altavoz a la sátira popular. Más tarde averiguaré que se trata del famoso Pasquino del que deriva, mira tú por dónde, el vocablo castellano pasquín, que según la RAE es un *escrito anónimo que se fija en sitio público, con expresiones satíricas contra el Gobierno o contra una persona particular o corporación determinada*.

<http://es.wikipedia.org/wiki/Pasquino>

Encontramos una farmacia. Como resulta que nos hace falta ibruprofeno, decidimos que mientras Chandra y yo esperamos en la puerta Bego entre, compre y ya de paso pregunte que dónde hay servicios públicos por la zona, aunque yo en el fondo albergo la secreta esperanza de que se compadezcan de la turista desvalida transformada en cliente por el gasto y, ya puestos, le permitan hacer uso de su baño. Ni por ésas: no hay wateres públicos en millas a la redonda; lo de la toilette de la farmacia, una utopía que ni se ha planteado (le han dicho que vaya a un bar, qué originales) y, para colmo, la compra ha sido un robo: una caja con comprimidos de 400 miligramos ha costado la friolera de siete euros, cuando en España la de 600 miligramos vale menos de tres. ¡Pobres italianos!

Desesperados, no sabemos ya qué hacer en esta ingrata ciudad que desprecia las vejigas de los turistas cuando, en la acera de enfrente, divisamos lo que puede ser la solución: un bar que a la vez es heladería. Se acerca Bego, encarga dos cucuruchos y pregunta que si puede entrar al servicio. Afirmativo: tenemos rico helado para comer y resuelto una urgencia de peso.

Con tanto apremio urinario nos hemos despistado un poco: miro y remiro el mapa y no encuentro dónde estamos, hasta que por fin me doy cuenta de que hemos pasado de largo la Plaza Navona (parece mentira, con lo grande que es). Estamos ya más cerca del Panteón, así que tiramos para allá.

Este edificio es otro de los lugares para mí emblemáticos de Roma. La otra vez que estuve aquí, es decir hace 23 años, se hallaba en restauración y tuve que conformarme con disfrutarlo a través del ojo de la cerradura. Hoy está abierto, pero hay no sé qué celebración (fue reconvertido en iglesia) y no permiten la entrada. Vaya por Dios, habrá que probar en otra ocasión.



Plaza del Panteón, con su obelisco reglamentario



Qué cansado ser romano todo el día

Plaza Navona. Aquí se ubicaba el estadio de Domiciano, y es de notar cómo el espacio abierto respeta milimétricamente el perímetro del antiguo edificio romano, inclusive la forma curvada de la cabecera. En el centro de la misma se encuentra la celeberrima Fuente de los Cuatro Ríos, obra de Gian Lorenzo Bernini. Me doy cuenta de que estamos haciendo una especie de ruta temática con la obra de este arquitecto-escultor: primero hemos visto la Fontana della Barcaccia, en la Plaza de España. Luego, la Plaza de San Pedro (sí, también es suya) y ahora esta fuente. Otra obra de este señor que me fascina es el Baldaquino de San Pedro, ubicado dentro de la basílica, bajo la cúpula de Miguel Ángel. No sé qué me impresiona más, si las cuatro columnas helicoidales de 14 metros que lo sostienen o que esté fabricado enteramente de bronce. Como no hay dicha sin desdicha el Papa Urbano para obtener el metal mandó fundir la cúpula del Panteón, de ahí que alguien colgara en el Pasquino la siguiente frase: *Quod non fecerunt barbari, fecerunt Barberini* (lo que no hicieron los bárbaros, lo hicieron los Barberini, oséase, la familia del Papa).

Tengo un recuerdo bastante curioso de la Plaza Navona en mi anterior visita: resulta que andábamos por aquí a la hora del oscurecer, y nos fijamos en unos tipos jóvenes, trajeados y bien parecidos que estaban por allí como espeando algo. La cosa no tendría por qué haber sido llamativa si no fuera porque entraban a las chicas que pasaban (muy educadamente, eso sí). Llegamos a la conclusión de que debían ser gigolós o, como se dice ahora, *escorts* ofreciéndose para dar una vuelta, tomar algo o lo que surgiera, y nos pareció una muestra genuina de excentricidad italiana.



Piazza Navona



Fuente de los Cuatro Ríos



Música, maestros



Exposición leonardina

Nos quedamos un rato en la plaza, disfrutando de los mimos, la música y la pintura y esperando que amengüe el calor. Después salimos en dirección Sur rumbo al Campo dei Fiori (hoy no hay mercado, o ya lo han quitado) y de ahí al Teatro Marcelo, cerca de la Isla Tiberina. De entre un conjunto disforme de ruinas sobresale este edificio tanto por sus dimensiones como por el contraste entre las arcadas inferiores, de factura romana, con las superiores, donde lo que hay son casas modernas. Respecto al resto del yacimiento, se puede decir, como el italiano de Ihlara: *Ma è tutto rotto!*



Teatro Marcelo.

Vamos en dirección a la Piazza Venezia, pero antes de llegar a ella ascendemos a la Colina Capitolina por unas escaleras que suben por detrás de *la máquina de escribir*. Arriba, en la Piazza Campidoglio, está la estatua ecuestre de Marco Aurelio. Bueno, una copia, porque la original tuvieron que retirarla debido a que la contaminación se la estaba cargando.

Desde aquí se puede contemplar en todo su esplendor el foro romano, que por su extensión puede compararse a Pompeya, sólo que aquí la concentración de edificios emblemáticos es mucho mayor, que para eso era la capi. Abarca una superficie de unos 600.000 metros cuadrados, y lo limitan el Circo Máximo al Sur y el Coliseo al Este. A diferencia de Pompeya, este lugar sí que me produce melancolía y *sic transit gloria mundi* porque en él sí que se percibe claramente el poder destructor del transcurso del tiempo, que disuelve las obras humanas como si fueran azucarillos.



El foro

Bajamos de la Colina Capitolina por el lado opuesto, a la Via dei Fori Imperiali. A la izquierda, la Columna Trajana. Me acerco un poco para hacerle una foto. Siempre me ha agradado la multitud de figuras que se apiña en la espiral que gira y gira en torno a la columna, y que parece la versión romana del *¿Dónde está Wally?*



Columna Trajana

Son ya las siete. Ha bajado el calor y se ve mucha gente paseando, no sólo turistas. En el lado opuesto de la calle hay estatuas de emperadores romanos, y en el nuestro estatuas de mentirijillas, o sea mimos. Uno de ellos, con una vestimenta y un maquillaje que imita a la perfección el bronce viejo, mosquea muchísimo a Chandra, quien primero piensa que se trata de algo inanimado, luego lo ha visto moverse y de nuevo ha vuelto a ser inanimado.



El asustador de Chandra

Pasamos junto a un par de edificios imponentes: uno es la basílica de Majencio y Constantino, razonablemente bien conservada. El otro, el templo de Venus y de Roma al que posteriormente se le arrimó-agregó la basílica de Santa Francesca. Finalmente, el Coliseo.



Nada se puede decir de este edificio que no se haya dicho ya. Fue utilizado sin interrupción durante casi 500 años: los últimos juegos se celebraron aquí en el siglo VI, bastante más tarde de la tradicional fecha de la caída del Imperio romano de Occidente. En la Edad Media tuvo multitud de usos, entre ellos el de cantera. Pese al expolio, aguanta en razonable buen estado y hoy día es un icono de la Roma imperial y uno de los monumentos más famosos del mundo. Sin embargo poca gente sabe que a 750 kilómetros de aquí en la ciudad de El Djem, Túnez, el Coliseo tiene un hermano gemelo que en conjunto se halla mejor conservado que su homólogo romano.



Está anocheciendo. En teoría ahora sería un buen momento para recogerse, pero aún nos queda por ver un sitio: la irrenunciable Fontana de Trevi.

¿Sería famoso este lugar de no ser por *La Dolce Vita* de Fellini? Sin duda, pero la explosiva sensualidad de Anita Ekberg, pelo rubio y traje negro, incitando a Mastroianni al chapuzón quedará unida a la fuente más famosa de Italia para los restos. En la época actual es imposible que ninguna ciudad pueda tener su propia mitología si previamente no ha pasado por el tamiz del celuloide.



<http://www.youtube.com/watch?v=GKN1T3K1idg>

Cogemos el metro, hacemos transbordo en Termini y nos apeamos en Barberini. Bajando hacia la Fontana sucede algo realmente curioso, y es que nos cruzamos con los de Mataró. Ya sé que a los turistas Dios los cría y ellos se juntan, que en todo sitio visitable siempre hay una serie de sitios clave... Pero Roma es enorme, y muchos los lugares emblemáticos. Yo no los he visto, son ellos quienes saludan primero. Como el encuentro sobreviene en un paso de peatones atestado de gente, apenas si hay tiempo para un apresurado saludo antes de que perdernos de nuevo entre la multitud.

Escondida en las callejuelas encontramos una tienda regentada por chinos. Compramos unas camisetas con el Hombre de Vitruvio, de Leonardo. Ya sé que son muy malas y que no durarán dos suspiros, pero es que nos hacía ilusión llevarnos un recuerdo de este tipo.

http://es.wikipedia.org/wiki/Hombre_de_Vitruvio

La Fontana está de bote en bote, pero la multitud no grita, ni alborota: se limita a contemplar el agua y las luces en estado de trance. ¿Qué es lo que vuelve a este monumento tan magnético? No sé, tal vez el barroquismo de la composición, o el delirante equilibrio entre lo civilizado y lo salvaje. Además está el agua, sin ella todo este virtuosismo escultórico no valdría para nada.

Quiero acercarme a tocarla, pero como las escaleras se hallan atestadas me cuelo por la barandilla. La superficie espejea de tanta luz. Meto la mano. Está fría. En mi

ultrarrecordada visita anterior lancé la moneda ritual y pedí mi deseo, que fue volver algún día a Roma. Bueno, pues parece que se ha cumplido; lo que no imaginé entonces es que el regreso ocurriría casi un cuarto de siglo después y que -maravillas del destino- llegaría por el Este en lugar de por el Oeste, digno fin de fiesta para este viaje que nos ha llevado hasta las puertas de Irán. Me vuelvo de espaldas y lanzo otra moneda. No cuento cuál fue mi nueva petición, que la mejor forma de evitar que los deseos se cumplan es publicitarlos a los cuatro vientos.









Tras extasiarme yo también un rato, lleno la botella en un grifo cercano (esta agua debe de ser como la de Lourdes, habrá que aprovechar) y vuelvo con Bego. Mientras ella baja a la fuente, me quedo yo con Chandrita. En parte por protegerla de los pisotones y en parte por que vea el espectáculo, la subo al pretil. Un hombre mayor que se ha puesto junto a mí parece entusiasmado con la perrita; sonrío y hace preguntas sobre ella.

Vuelve Bego, y tras una corta deliberación convenimos en que es absolutamente necesario un sitio donde descansar y comer algo. En la Via del Lavatore hay un montón de restaurantes con mesas fuera. Elegimos uno y nos dejamos caer en las sillas. Chandra se acurruca en un rincón y se queda frita. Es que son ya muchas horas de tralla.

Aunque hay servicio de mesas, nos dicen que para pedir hay que entrar dentro. Voy yo, y encargo cuatro raciones de una especie de pizzas-empanadas que se venden al peso. La camarera me cobra y a continuación se desentiende de mí. Como reclamo me contesta, bastante borde, que ya lo sacará el camarero. Me quedo perplejo. Con el mogollón que hay ¿cómo va a saber el mesero adónde tiene que llevar la comanda, si ni siquiera me ha visto? La tipa sube un grado el baremo de su desprecio, pero yo aguanto

impertérrito hasta que aparece el susodicho, y pongo en relación el pedido con nuestra mesa. Sólo entonces me voy a mear.

En la mesa de al lado se sientan dos chicas, jóvenes y estadounidenses. Las acompaña una tercera que no me queda claro si es yanqui que vive en Italia o a la inversa. A éstas sí que las atiende el camarero. Hacen el pedido y tres desaparecen dentro del bar. La cuarta se queda sola, bebiendo un refresco. Están las mesas tan juntas que me parece una grosería no decirle nada, pero la veo tan tiesa, tan rígida en la inseguridad de su propio territorio comanche que opto por no intentarlo.

Terminamos de comer y volvemos sobre nuestros pasos. Nos despedimos de la fuente (últimas fotos), y por la Via della Stampeña salimos a la Via del Tritone, que a la derecha y todo tieso lleva de nuevo hasta Barberini.

La fotocopia que nos dieron esta mañana refiere que hay tres formas de ir a o volver del centro: a) autobús 105 (el de esta mañana), b) tranvía y c) autobús 558, que enlaza el área con la estación de metro Ponte Lungo, en la línea A. Esta última opción nos parece la más cómoda, porque Barberini cae precisamente en esa línea de metro, y podemos evitarnos una parte del trayecto a lomos de la batidora-bus. El problema es que cuando nos apeamos en Ponte Lungo no vemos señal alguna del 558, ni en los planos de la estación ni tampoco en las paradas de superficie. Como veo que no nos va a quedar otra que llegar a la Via Casilina andando, saco una foto por si nos sirve de algo. Supongo que lo que debíamos haber hecho en esa situación es volver de cabeza al metro, retroceder hasta Termini y pillar allí el autobús pero el caso es que, sencillamente, no se nos ocurre.



Preguntamos a un señor mayor si para la Via Casilina vamos bien. Responde que que sí, aunque precisa que è *lungo*. Seguimos andando. A nosotros caminar nos encanta, pero no cuando llevas doce horas pateando asfalto, es de noche y estás en un barrio desconocido. Además, hemos salido de la zona estrictamente residencial y la calle está desierta. Empiezan a darme sudores fríos cuando recuerdo comentarios oídos acerca de lo insegura que es la periferia de Roma por las noches: mira que si venimos del quinto pino para sufrir algún percance como quien dice a las puertas de casa...

Entonces vemos una pareja, y nos acercamos a preguntar.

Debido a la apariencia desolada del sitio yo tengo mis dudas sobre cómo reaccionarán. Sin embargo, lo hacen con mucha naturalidad: no sólo nos indican la dirección correcta, sino que se ofrecen a acompañarnos, pues están dando un paseo. Bego entabla una animada charla con la mujer y yo con el hombre, como si nos conociéramos de toda la vida. Nos cuentan que ella es alemana, pero vive en Italia desde hace bastantes años. En cuanto a él, me sorprende bastante cuando me doy cuenta de que me está hablando en castellano: al parecer ha residido temporadas en España por motivos de trabajo. Me pregunto si las vivencias que han tenido en países distintos al suyo no influirán para que se comporten con nosotros de forma tan exquisita.

Nuestros ángeles guardianes nos sacan hasta la Via Casilina dando un rodeo considerable, ya que hay aquí un nudo ferroviario que hace de tapón, y nos indican dónde está la parada del tranvía más cercana. Emocionados, y con la fe en la condición humana renovada, nos despedimos.

En la estación hay dos o tres hombres de aspecto inmigrante que me imponen un poco, aunque se los ve tranquilos. Pasa un metro y no recoge a nadie, de lo que astutamente deducimos que se ha acabado el servicio, y que va camino de las cocheras. Toca pues esperar al autobús, que si esta mañana se retrasó ahora parece que no fuera a llegar nunca. Esto, unido al cansancio supremo que arrastramos, propicia una discusión de las que hacen historia.

Un par de eternidades más tarde aparece el fatídico 105, que acogemos con una mezcla de fatalismo y alivio. No va tan repleto como hace trece horas, pero casi. Un chico negro se levanta y cede su sitio a Bego, que lleva a Chandra en brazos. De todos modos, el viaje dura poco: el loco del conductor (el mismo de esta mañana u otro) surca la Via Casilina a la velocidad del sonido y se detiene en la puerta del área con chirriar de frenos y crujir de huesos. Después de lo vivido no me acabo de creer que hayamos llegado. Entramos como si viniéramos de la guerra: hay semanas de mi vida cotidiana que, en lo tocante a experiencias, dan menos de sí que días como éste.

Juan Carlos y Cristina están aún despiertos. Nos referimos mutuamente las incidencias del día, y yo en particular los sinsabores de la última hora. Luego nos encerramos en la auto y, más que dormir, nos sumergimos en la inconsciencia.

26 DE AGOSTO: DE ROMA AL MAR TIRRENO

Habíamos pensado en aprovechar la mañana visitando algún sitio camino de Civitavecchia (las playas nos dan reparo, por aquello de los robos), pero después del palizón de ayer lo que nos apetece es, ante todo, descansar. Por mi parte estoy cosido de picaduras de mosquito tigre: los muy cabritos se burlaron del repelente y me han mordido a través de la camiseta: tengo unos ronchones que dan miedo y que, además, escuecen una barbaridad.

Decido que es un buen momento para cambiar la luz derecha de cruce, que se fundió hace unos días. Juan Carlos es un mañoso, me ayuda y al final casi lo hace él solito.

Ellos van a volver hoy a Roma, todavía les quedan un par de días antes de que salga su barco. Nos despedimos deseándonos buen viaje.

Como tenemos la mañana libre se me ocurre hacer lo que otro no pudiera hacer por mí, esto es, lavar la autocaravana: cerca de la entrada tienen un espacio habilitado para ello, con lanza a presión y toda la parafernalia. Paso por recepción para comunicar mis intenciones, y allí me entero de que el lavado se paga aparte. El propietario del área -porque es el propietario, seguro- me entrega una ficha para la máquina, precisando que si no tengo suficiente que venga a por otra. No te preocupes que vendré, digo para mí. Tú no sabes cómo la tengo de guarra. Es más que cierto: creo que jamás la he visto con tanta mugre como ahora, sobre todo en los bajos pero también por delante, por los lados y por arriba (el aseo de la trasera que le hice en Paestum no fue más que una ablución ritual, comparado con lo que me espera ahora.)

En un recipiente me han puesto detergente industrial, con la recomendación expresa de que utilice guantes para prevenir posibles alergias. Mediante una escalerilla con ruedas que recuerda a la de los aviones subo al techo, me descalzo y comienzo el embadurne general. Mucho ojo con la lanza, ya que la presión es tan fuerte que una vez casi pierdo el equilibrio.

La primera ficha se acaba enseguida, y como era previsible toca volver a por la otra. Litros de roña caen por los costados del vehículo, como si brotaran de un géiser inagotable. Pero el punto culminante llega cuando enchufo la lanza a los bajos: sale a colación toda la tierra adherida de las carreteras turcas en obras: cae aquí un terrón de Doğubayazit; allí, otro del lago Van. Aprovecho el agua hasta la última gota, y no queda absolutamente nada para deshacerse de los residuos terrestres, que quedan inertes sobre el cemento.

Una vez limpia y refrescada la auto, lleno el depósito de limpias y con los otros vacíos, volvemos a nuestro sitio asignado. Enchufó la corriente, conecto el enfriador y despliego el toldo, pues hoy pinta tan caluroso como ayer.

Salvo la creciente temperatura, transcurre la mañana sin incidencias, igual que la comida y la siesta. Después recojo todo y arrancamos. Cuando vamos a pagar nos piden 30 euros mondos y lirondos, ningún recargo por marcharnos después de las doce ni tonterías por el estilo. Los campings deberían aprender.

En el navegador he visto (después de convencerle para que no nos lleve por el centro de Roma) que desde aquí al puerto de Civitavecchia hay unos cien kilómetros. El barco zarpa a las 22:15, y tenemos que estar en el puerto un par de horas antes. Vamos con tiempo de sobra, pero esto es Italia y nunca se sabe.

Desandamos la Via Casilina hasta el el anillo de circunvalación de Roma. Si éste fuera un reloj de esfera, lo tomaríamos donde marca las cuatro y saldríamos a la altura de las nueve, recorriendo toda la mitad inferior. Hasta aquí es la teoría, porque en la práctica cuando me incorporo al anillo equivoco la puerta y salgo en dirección contraria. Tal y como señalizan en este país deben estar de lo más acostumbrados, porque un poco más allá encuentro un cambio de sentido.

En todo el trayecto pagamos dos peajes de 1,9 euros cada uno. En cuanto al tráfico, es menor del que esperaba, teniendo en cuenta que hoy es miércoles. El camino, sin incidencias por lo menos hasta las inmediaciones de Civitavecchia, donde se produce una colisión de opiniones: el navegador me ordena que deje la autopista y me vaya por Civitavecchia Centro, mientras que los paneles indicadores dice que el puerto es hacia adelante. Por experiencia de otras veces decido hacer caso a estos últimos, aunque hoy no es el caso: nos quedaban 5 kilómetros para llegar y ahora por lo visto faltan 16. La carretera sube tanto hacia el Norte que temo que vamos a llegar a Génova. De repente la autopista se acaba justo donde hay que girar, y para tomar el desvío al puerto es menester incorporarse al carril contrario y compartirlo durante 100 metros en forma de X con el tráfico que viene a toda pastilla desde arriba (vaya, que nos tenemos que cruzar). Si hubiera un certamen internacional de carreteras negligentemente construidas creo que este kafkiano enlace se llevaría el premio. Me pregunto cómo harán los camioneros.



Solución italiana a las intersecciones de autopista

Esta extraña cualidad italiana en virtud de la cual lo fácil se convierte en difícil hace que lleguemos al puerto bastante cabreados. Pero no se vayan todavía, que aún hay más: la entrada la bloquean las barreras automáticas de lo que parece un peaje. Lo que dicen los carteles es que si pasas en el recinto portuario más de no sé cuántas horas tienes que pagar tal y tal; lo que nosotros debemos inferir es que, como venimos a embarcar, el ticket que nos da la máquina lo podemos pasar por salva sea la parte. En fin. Una vez dentro, buscamos alguna señal o indicación que nos mande al muelle de embarque, o a las oficinas de Grimaldi o donde sea, pero no hay nada de nada. Como la autocarava no es un seiscientos que puedas dejar en cualquier lado, tenemos que encontrar un sitio para aparcar y que Bego pregunte. Por fin encuentra alguien que le indique que tenemos que ir hacia la izquierda, y justo cuando me lo está explicando descubro que sí que hay carteles indicadores, pero como hay obras en el puerto los han tapado con unos amarillos provisionales, de manera que los importantes (para nosotros) no se ven. *E così via.*

Damos por fin con las oficinas de Grimaldi, allí presentamos nuestra reserva y tras un sencillo trámite nos entregan nuestros billetes. Menos mal, porque si después de los 582 euros de ala que pagamos en junio encima hay problemas...

Vamos para la zona de embarque. Como aquí tampoco hay carteles, nos metemos en la de los camiones, y de inmediato viene alguien a sacarnos. El operario se sorprende de nuestro mayúsculo cabreo, y tengo que explicarle que desde que entramos en el puerto no hemos dado una a derechas.

Por fin estamos donde se supone que hemos de estar. Aún es muy temprano, y apenas han llegado coches. Tampoco el barco. Sin embargo, con el pasaje asegurado y dentro en la autocaravana el tiempo pasa rápido. Ya ha oscurecido cuando salgo a dar una vuelta con Chandra a tiempo de ver cómo atraca el barco. La cola de coches ha crecido enormemente. Paseamos a lo largo del muelle hasta que noto a los tigres revolotear. De vuelta a la auto veo a una chica española que examina cuidadosamente la carrocería de su coche y, en cuanto localiza a un díptero lo aplasta. Les da con mucha saña, tengo la impresión de que durante los días que haya pasado en Italia la han hecho sufrir lo suyo.

A eso de las nueve embarcamos. El navío tiene muy buena pinta, pero dentro el descontrol es total: no hay personal allí para organizar nada y aparcamos donde buenamente podemos. Sólo entonces aparece un tipo con chaleco amarillo y pinta de lord inglés que nos mira a todos con displicencia, como dejando claro que él no está aquí para eso.

El acceso a las cubiertas superiores está regido por idéntico caos: hay un follón de mil demonios, nadie indica por dónde hay que subir y aparecemos en la zona de los camarotes; un azafato nos dice que el perro allí no puede estar. Le pido a Bego que se espere, que voy yo a buscar las llaves del camarote. Cuando las consigo y vuelvo tanto ella como Chandra han desaparecido, y me cuesta una agonía encontrarlas: por lo visto, el otro capullo las ha echado a cubierta.

A diferencia del Barcelona-Génova, este barco no ofrece la posibilidad de viajar con tu perro en el camarote, así que es obligatorio llevarlo al *canile*, situado en la cubierta superior. Escogemos uno de los cubículos, dejamos allí las cosas de Chandra y salimos fuera.

Nada más asomar se nos viene encima un pastor alemán que anda por allí suelto. El dueño –al que a partir de ahora llamaremos *Tarzán*, pues en todo el viaje no le vi vestir otra cosa que un taparrabos– nos dice que no nos preocupemos, que es sólo un cachorro. Cachorro o no, debe de pesar ya tres veces lo que Chandra, y el bicho se divierte corriendo a toda velocidad hacia ella, frenando en el último momento y

llevándosela por delante. El conflicto se resuelve por la vía del alejamiento. Alejándonos nosotros, quiero decir.

Mientras esperamos a que el barco arranque se nos acerca un hombre a quien el acento delata al instante que es argentino, y que se dirige a nosotros con mucha cortesía y educación. Resulta que viaja con una perrita, y quiere saber dónde vamos a dejar la nuestra, ya que le han avisado de que en los camarotes está prohibido. Le explico lo del *canile* y le acompaño para que lo vea. Escoge una jaula que queda libre al lado de la de Chandra y baja a recepción a pedir un candado.

Zarpa por fin el barco, y en poco rato la noche se traga las luces y el puerto de Civitavecchia. Hacemos turnos en cubierta para estar con Chandra. Estoy paseando con ella cuando aparece de nuevo el pastor alemán haciendo de las suyas. Un poco harto, le digo a *Tarzán* que los perros se llevan atados, a lo que él responde cogiéndose un cabreo de la leche. Menos mal que la chica que le acompaña tiene más cabeza y sujeta al chuchó. Nos separamos mirándonos fieramente, como en las películas del Oeste.



Adiós, Italia, adiós

Aparece Bego y le narro el incidente. Llega el argentino y se lo cuento también. Convenimos en que hay mucho desgraciado y sinvergüenza suelto (*Cuidado con el amo. Firmado: el perro*). Por cambiar de tema nos presenta a su familia (mujer, hijo, suegra) y aprovecha para contarnos algo de su historia: llegaron a Italia hace ocho años, durante un tiempo vivieron en la isla de Capri, y después se mudaron a Ancona. Su mujer es médico, y ha conseguido un contrato para trabajar en Orihuela, de manera que se mudan todos a vivir a España.

Hay mucha animación en cubierta, especialmente en la zona del bar. A medida que avanza la noche es perceptible un claro proceso de decantación: la gente de más edad desaparece gradualmente rumbo a las cubiertas inferiores. Quienes quedan, o sea los jóvenes, resulta evidente que se conocen todos o casi todos entre sí, es como si fueran integrantes de una excursión, y andan en plan desparrame (ya hemos asistido en los pasillos a escenas de descontrol y griterío, y a los de seguridad mirándolos con cara de pocos amigos).

Le propongo a Bego que nos tomemos unas cervezas. Me acerco a la barra, donde hay cuatro camareros. Cuando por fin consigo que uno me haga caso me dice que a él no, y me señala a quien tengo que encargárselas. Reitero mi petición al segundo camarero y éste me responde que vuelva dentro de un rato, que ahora no me puede cobrar. Conclusión: el barco será un palacio flotante, pero la organización *is the milk*.

Si no hay cerveza, nos vamos a cenar. Dejamos a Chandra en el *canile* y bajamos al camarote. Mientras, damos vueltas al plan que acariciamos hace días: nuestra idea es *secuestrar* a Chandra y bajarla de incógnito a dormir con nosotros. No nos apetecía la idea de dejarla en esa cárcel de perros donde los hay que aúllan como posesos. Menos aun después del incidente con *Tarzán*, al que no supongo tan amante de los animales como para no intentar hacerle alguna putada a nuestra perrita si se le presenta la ocasión.

Estudiamos la disposición del terreno con minuciosidad militar: nuestro camarote se halla en la cubierta nueve, y el *canile* en la once, casi encima. Son sólo dos pisos y muy poco tramo de pasillo, no puede fallar.

Hacemos tiempo hasta las doce, confiando en que la mayoría del *staff* se haya recogido. Cogemos la mochila y subimos. La perra del argentino no está. En cuanto a Chandra, se pone muy contenta al vernos: esto de la celda de castigo y la forzada comunidad con otros perros le tiene que recordar demasiado a los quince días que pasó en la perrera municipal, antes de que la adoptáramos.

Abro la mochila y la coloco en el suelo. He de confesar que esta operación ya la ensayamos en Paestum, con nulo éxito: una cosa ir en la mochila, y otra bien distinta permitir que te escondan la cabeza dentro y luego cierren la cremallera. El día de Paestum, como digo, no funcionó. Ahora, sin embargo, se ve en la tesitura de elegir: la mochila o el *canile*. Con sorprendente sensatez escoge la mochila.

Bajamos un poco nerviosos, como si realmente estuviéramos haciendo algo delictivo, y debido a ello estamos a punto de despistarnos por estos pasillos tan clónicamente iguales (es justo lo que no necesitamos, llamar la atención). Por fortuna damos con nuestra puerta sin cruzarnos con nadie. La cerradura se abre con tarjeta magnética y funciona de pena, pero al menos esta vez se abre a la primera. O a la segunda.

¡Felicidad suprema la de dormir con los amitos! Como es una perra hipersilenciosa, al menos cuando sale de viaje, sabemos que por ese lado no habrá problema. En cuanto a sus aguas mayores y menores, confío fervientemente en que aguante hasta por la mañana.

Kilómetros etapa: 113

Kilómetros viaje

Tierra: 10.867

Mar: 1.100 (+ 900 de Civitavecchia a Barcelona)

27 DE AGOSTO: DEL TIRRENO A BARCELONA

Esta noche, como era de esperar, ha habido ratos de bastante escándalo a cargo de los adolescentes juerguistas. Luego, en algún momento de la madrugada, hemos atracado en Porto Torres y los altavoces se han desgañitado a placer. Por lo visto faltaba por desembarcar el coche de alguien que se había quedado dormido, y mucho me temo que espabiló a última hora o viene con nosotros a Barcelona.

Me da pena haber cruzado es Estrecho de Bonifacio durante el sueño, con las ganas que tenía de ver Córcega y Cerdeña...

La urgencia más inmediata ahora es sacar a Chandra del camarote: durante la noche no se ha hecho caca ni pis, pero nunca se sabe, así que hay que espabilar. Repetimos la maniobra de la mochila (para ella ahora ya es un juego), subimos, la

liberamos en el *canile* y aparecemos en cubierta como si tal cosa. La mascota del argentino no está, mucho me temo que han sido dos los canes que esta noche han dormido bajo cubierta.

Llevamos trece horas de travesía, por lo que deduzco que debemos llevar recorridos dos tercio del trayecto y hallarnos ya a mitad de camino entre Porto Torres y Barcelona: si dividimos los 900 kilómetros de travesía entre las veinte horas que ésta dura nos sale una media de 45 kilómetros/hora, algo más si tenemos en cuenta el tiempo empleado en desembarcar en Cerdeña. Si multiplicamos 45×7 nos da 315, que son más o menos los kilómetros que deben de quedar para llegar a destino.

La mañana transcurre plácida y un poco aburrida. Cae el sol a plomo y arranca destellos eneguedores del mar. Por ninguna parte se ve tierra, ni tampoco barcos, y más que en el Mediterráneo parece que nos hallemos en medio del Atlántico. Es fácil ahora ponerse en el lugar de Ulises y los suyos. Resulta curioso, además, darse cuenta de que cuando uno mira la superficie no suele pensar en el abismo que hay debajo, imagino que se trata de un mecanismo de defensa: por donde navegamos ahora mismo el fondo se halla a una profundidad de 2.600 metros. Francamente, es mucha agua para nuestra imaginación de animales terrestres.



Paseo matinal



Nubes sobre el Mediterráneo

Pasamos la mayor parte del tiempo en cubierta, con breves turnos para bajar al camarote o darnos una vuelta por el barco (para cuando hayamos conseguido orientarnos del todo ya estaremos tocando tierra). Poco a poco van apareciendo los juerguistas de anoche, con unas caras de resaca que son un poema.

Descubrimos que la parte de la popa, a cubierto de la brisa, es el sitio más cómodo y adecuado para tomar el solito. Yo me quedo absorto contemplando la estela que deja el barco. Al ser tan grande, la sensación no es que nosotros avancemos, sino que es el mar el que retrocede.



La espera



Autopista del mar

Pero por muy grande que sea no deja de ser un barco: estoy algo inquieto por si *Tarzán* aparece de nuevo. En toda la mañana lo hemos visto sólo una vez (me parece que su pastor alemán chupa más horas de *canile* que otra cosa). Seguía llevando al perro suelto, y cuando éste hizo ademán de venirse hacia Chandra al menos lo sujetó por el

collar. Podría pensarse que ha recapacitado sobre el incidente de ayer y ha decidido ejercer de *Buen Salvaje*, pero no: antes de desembarcar aún habrá tiempo de tener otro encontronazo, y es que los hay que jamás aprenden.

Compartimos muchos ratos con la familia argentina. Ninguno hace alusión a la pernocta de las perrillas, aunque yo creo que ambos sabemos o sospechamos que al final ninguno acató las instrucciones del Almirante Grimaldi.

Pasan las horas, aunque el movimiento del sol es el único que lo delata, lo demás sigue todo igual. Es extraña la vivencia del barco: por un lado resulta tediosa; por otro, no deseas que acabe por lo que tiene de liberación de todas las cuitas asociadas a la tierra firme. Entonces, de repente, me doy cuenta de que algo se divisa en el horizonte: es tierra otra vez. El viaje, o al menos la parte marítima, toca a su fin.



Un portacontenedores



Barcelona de nuevo



Empiezan a verse barcos, y ahora es el perfil de Barcelona y sus rascacielos lo que se recorta en el horizonte. El 6 de Julio, hace hoy cincuenta y dos días, escribí: *La luz del puerto de Barcelona es opaca y blanquecina*. Soy consciente del enorme círculo que cerramos esta tarde, de la multitud de cosas que nos han sucedido, y de todo lo que en la comodidad de casa jamás habríamos podido aprender.

Me doy cuenta -aunque ya lo sabía de otras veces- que hace falta al menos tanto coraje para regresar a lo cotidiano como para salir de aventura. Y también –pero esto he tardado más en verlo- que cuantas más veces abres el frasco de la pócima *Viajes* más difícil es la vuelta atrás, porque a partir de ese fatídico momento el mundo deja de ser un sitio hermético y hostil el mundo, y se abre se abre ante ti como una fruta roja y madura.

Y esto es sencillamente imposible de olvidar, por mucho tiempo que se viva.



Despedida

LAS CIFRAS

Días de viaje: 57

Países recorridos: 7

Kilómetros totales: 13.794

Tierra: 11.794

Mar: 2.000

LOS GASTOS

Ferries: 1.211,8 €

Gasoil

Euros: 1.498,3 €

Litros: 1.374,03

Peajes: 144,73 €

Comida, camping y otros: 1.577,89 €

TOTAL: 4.432,72 €